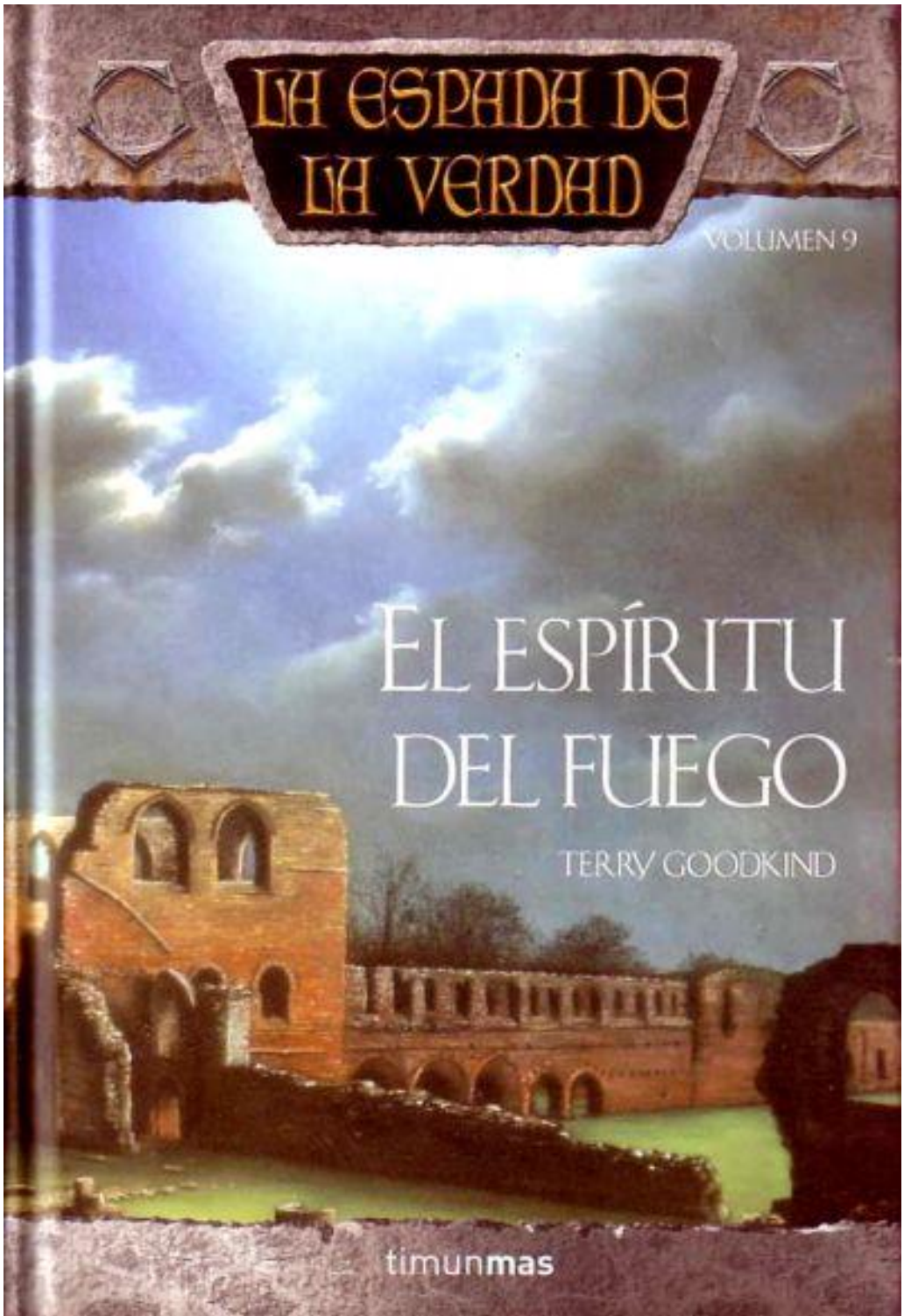




LA ESPADA DE
LA VERDAD

VOLUMEN 9

EL ESPÍRITU DEL FUEGO

TERRY GOODKIND

timunmas

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 9

El Espíritu del Fuego

TERRY GOODKIND

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Valerio Viano

Ilustración de cubierta: Anne Sudworth

Título original: *Soul of the Fire*

Traducción: Joana Claverol

Primera edición: abril de 2005

© 1999, Terry Goodkind

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 2005

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.

www.timunmas.com

ISBN: 84-480-3232-2

Depósito legal: M. 10.476-2005

Impreso en España por Brosmac, S.L.

ÍNDICE

1.....	6
2.....	11
3.....	16
4.....	22
5.....	29
6.....	34
7.....	41
8.....	48
9.....	57
10.....	62
11.....	68
12.....	77
13.....	81
14.....	87
15.....	93
16.....	101
17.....	105
18.....	117
19.....	122
20.....	130
21.....	137
22.....	144
23.....	154
24.....	159
25.....	164
26.....	168
27.....	174
28.....	181
29.....	188
30.....	193
31.....	200
32.....	210
33.....	219
34.....	224
35.....	232

*A James Frenkel, un hombre con mucha
paciencia, coraje, integridad y talento*

Guardaos cuando el día se funde con la oscuridad. Guardaos de las encrucijadas, por donde merodean. Acechan en el crepitar del fuego y viajan fácilmente en las chispas. Guardaos de los espacios sombríos entre rocas, bajo las cosas, los agujeros, cavernas y pozos de todo tipo. Guardaos de los peñascos, los bordes y las orillas del agua, pues esos seres incorpóreos se deslizan por los límites, donde lo de aquí se encuentra con lo de allí.

Algunos son de una terrible belleza gélida. Casi todos se moldean a capricho. Suelen reclamar atención. Sobre todo no los provoques, pues gozan causando mucho daño y son extremadamente peligrosos. Son ladrones de la magia, incansables cazadores, sin sentimientos y sin alma.

Fijaos bien en lo que digo: guardaos de los repiques y, en caso de necesidad extrema, dibujad tres veces en la tierra árida, con arena, sal y sangre una Gracia fatal.

Traducido del diario de Koloblicin

1

—Me pregunto qué les pasa a los pollos —dijo Richard.

Kahlan se acurrucó contra el hombro de Richard.

—Tal vez tu abuelo les está dando la lata también a ellos. —En vista de que Richard no respondía, Kahlan echó la cabeza hacia atrás para observarlo a la tenue luz del fuego. Richard miraba la puerta—. O quizá protestan porque no les hemos dejado pegar ojo esta noche.

Richard sonrió y la besó en la frente. Ya no se oía a los pollos al otro lado de la puerta. Kahlan pensó que sin duda los niños de la aldea, que seguían celebrando la boda, los habían espantado del murete que se alzaba junto a la casa de los espíritus, donde les gustaba posarse, y se lo dijo a Richard.

Hasta su tranquilo refugio les llegaban los lejanos sonidos de risas, conversaciones y canciones. La fragancia de los palitos embadurnados con resina que siempre quemaban en la casa de los espíritus se mezclaba con el penetrante olor del sudor fruto de la pasión y el aroma dulce y picante de cebollas y pimientos asados. Kahlan contempló un segundo el resplandor del fuego que se reflejaba en los ojos grises de Richard antes de volverse a acurrucar entre sus brazos y mecerse suavemente al son de los tambores y las boldas. Éstas eran instrumentos huecos en forma de campana, con crestas grabadas que se rascaban con una especie de paletas, produciendo extrañas e inquietantes melodías. Su música se filtraba en la soledad de la casa de los espíritus antes de perderse hacia la llanura. Era el modo de invitar a los espíritus de los antepasados a unirse a la celebración.

Richard se estiró hacia un lado para coger un pedazo redondo y plano de pan de tava de la fuente que su abuelo Zedd les había llevado.

—Aún está caliente. ¿Quieres un poco?

—¿Ya os habéis aburrido de vuestra esposa, lord Rahl? —Kahlan sonrió al oír cómo Richard se reía, satisfecho.

—Estamos casados de verdad, ¿no? No ha sido sólo un sueño, ¿verdad?

A Kahlan le encantaba su risa. Había pedido tantas veces a los buenos espíritus que Richard volviera a reír... y también ella.

—Es un sueño hecho realidad —murmuró, y desvió su atención del pan de tava para darle un beso muy largo.

La respiración del joven se aceleró al estrecharla entre sus fuertes brazos. Kahlan le acarició los hombros, anchos, musculosos y resbaladizos por el sudor, hasta hundir los dedos en el espeso cabello de Richard. Gemía suavemente.

Precisamente allí, en la casa de los espíritus de la gente barro, fue donde una noche Kahlan se dio cuenta por primera vez de que estaba perdidamente enamorada de él. Pero en aquel entonces, de eso le parecía que había pasado una eternidad, le estaba prohibido amar y lo mantuvo en secreto. Fue en el curso de esa visita que, después de mucho batallar, esforzarse y sacrificarse, fueron aceptados en la comunidad de ese remoto pueblo. También en la casa de los espíritus, aunque en una visita posterior, después de que Richard logró lo imposible y rompió el hechizo de la prohibición, fue donde le pidió que se casara con él. Y por fin habían pasado su noche de bodas en la casa de los espíritus de la gente barro.

Pese a que se habían casado por amor y sólo por amor, su boda sellaba asimismo la unión formal de la Tierra Central y D'Hara. En cualquiera de las grandes ciudades de la Tierra Central se habría festejado con grandes y esplendorosas celebraciones. Kahlan sabía mucho de eso. Pero la gente barro no tenía ninguna malicia y comprendía que quisieran casarse por razones sencillas y sinceras. Kahlan se alegraba de haberse casado entre personas que los apreciaban de corazón en lugar de haberlo hecho con fría pompa y lujo.

La vida era muy dura para la gente barro en las llanuras de la Tierra Salvaje, así que esa celebración era una oportunidad excepcional para divertirse, darse un festín, bailar y contar historias. Que Kahlan supiera, ningún forastero había sido aceptado antes como gente barro, por lo que esa boda no tenía precedentes. Seguramente sería incorporado a su tradición y, en el futuro, bailarines vestidos con complicados disfraces de hierba y pieles, con las caras pintadas de barro negro y blanco, relatarían la historia.

—Te estás aprovechando de una chica inocente con tu encanto —bromeó ella sin aliento. Empezaba a olvidar lo débiles y cansadas que notaba las piernas.

Richard se tumbó de espaldas para recuperar la respiración.

—¿No crees que deberíamos salir y averiguar qué trama Zedd?

—Pero ¡bueno, lord Rahl! Creo que realmente estás cansado de tu nueva esposa. Primero los pollos, luego el pan de tava y ahora tu abuelo.

Con la mirada fija otra vez en la puerta, Richard anunció:

—Huelo sangre.

Kahlan se incorporó.

—Probablemente no es más que una pieza que acaban de traer los cazadores. Si pasara algo, lo sabríamos. Tenemos guardianes. De hecho, toda la aldea nos protege. Nadie podría pasar entre los cazadores sin ser visto. Como mínimo darían la alarma, y la gente barro se enteraría.

Pero dudaba de que la hubiera oído. Richard se había quedado paralizado, con la mirada clavada en la puerta. No se relajó hasta que Kahlan le acarició un brazo y le posó suavemente una mano en el hombro.

—Tienes razón —se disculpó con una sonrisa volviéndose hacia ella—. Me temo que no consigo relajarme.

Durante casi toda su vida Kahlan había tenido poder y autoridad. Desde pequeña le habían inculcado disciplina, sentido del deber y le habían enseñado las amenazas que siempre ensombrecieron su existencia. Así pues, cuando le llegó el momento de ponerse al frente de la alianza de la Tierra Central, ya estaba acostumbrada a vivir con eso.

La infancia de Richard había sido muy distinta. Cuando creció, pudo dedicarse a su gran pasión, los bosques de su tierra natal, y se convirtió en guía de bosque. Los sucesos externos, los sufrimientos y el destino lo habían empujado hacia una nueva vida como líder del imperio de D'Hara. Por eso debía mantenerse siempre alerta y le costaba bajar la guardia.

Kahlan observó cómo, involuntariamente, Richard se pasaba la mano por la ropa. Buscaba la *Espada de la Verdad*. Para viajar hasta la aldea de la gente barro había tenido que dejarla atrás.

En incontables ocasiones lo había visto asegurarse distraídamente y sin darse cuenta de que tenía la espada a mano. Durante meses, mientras se enfrentaba a cambios trascendentales, el arma lo había acompañado. La espada lo protegía y, a cambio, él protegía la singular arma y lo que representaba.

De algún modo, la *Espada de la Verdad* no era más que un talismán, pues en realidad el verdadero poder residía en la mano que la empuñaba. Como Buscador de la Verdad, Richard era la verdadera arma. En algunos aspectos la espada era simplemente un símbolo de autoridad para quien la llevaba, igual que el inconfundible vestido blanco de Kahlan simbolizaba a la Madre Confesora.

Ella se inclinó hacia adelante y lo besó. Los brazos de Richard la estrecharon de nuevo. Juguetonamente, Kahlan lo atrajo hasta que quedó otra vez encima de ella.

—¿Y bien?, ¿qué se siente al estar casado con la Madre Confesora en persona?

Richard se recostó sobre un codo, junto a ella, y la miró a los ojos.

—Es maravilloso e inspirador. Además de cansado. —Suavemente fue siguiendo la mandíbula de Kahlan—. ¿Y qué se siente al estar casada con lord Rahl?

—Pues resulta bastante pegajoso —repuso Kahlan sin poder reprimir una carcajada gutural.

Richard se rió y le tapó la boca con un pan de tava. Luego se incorporó y colocó la fuente de madera, llena hasta el borde, entre ellos dos. Ese pan se elaboraba con raíces de tava y era uno de los alimentos básicos de la gente barro. Se servía en casi todas las comidas y se consumía solo o enrollado sobre otros alimentos o para acompañar gachas y estofados, en cuyo caso se usaba a modo de cuchara. También se secaba en forma de galleta para las largas expediciones de caza.

Aliviada porque el joven había dejado de preocuparse por lo que pasaba al otro lado de la puerta, Kahlan bostezó mientras se estiraba. Al verlo de nuevo tranquilo, lo besó.

Debajo de una pieza de pan de tava caliente descubrió pimientos, cebollas y setas tan grandes como su mano, nabos asados y verduras hervidas. Incluso había tortas de arroz. Richard dio un mordisco a un nabo antes de enrollar algunas verduras, una seta y un pimiento en un pan de tava, que luego ofreció a Kahlan.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —comentó pensativamente.

Kahlan se cubrió un poco con la manta. Sabía qué quería decir Richard. Fuera, el mundo los esperaba.

—Bueno... —repuso poniéndole ojitos tiernos y pestañeando—, sólo porque Zedd nos haya dicho que los ancianos quieren recuperar la casa de los espíritus no significa que tengamos que irnos hasta que estemos preparados.

Richard se tomó la juguetona sugerencia con una sonrisa afectada.

—Lo de los ancianos era una excusa. Zedd quiere verme.

Kahlan mordió el rollito que Richard le había preparado mientras observaba cómo él partía por la mitad una torta de arroz con aire ausente. Parecía tener la mente muy lejos de lo que estaba haciendo.

—Hace meses que no te ve —admitió ella, y se limpió con un dedo una gota de jugo que le caía por la mejilla—. Se muere de ganas de enterarse de todo lo que has pasado y lo que has averiguado. —Richard asintió distraídamente. Mientras, ella se chupaba el dedo manchado de jugo—. Te quiere, Richard. Y hay cosas que tiene que enseñarte.

—Me ha estado enseñando cosas desde que nací. Yo también lo quiero.

Richard envolvió setas, verduras, pimiento y cebolla en pan de tava y le dio un gran mordisco. Kahlan oía el lento crepitar del fuego y la lejana música mientras sacaba trozos de verdura de su rollito y los mordisqueaba.

Al acabar, Richard buscó bajo la pila del pan y sacó una ciruela pasa.

—Y durante todo ese tiempo pensé que sólo era un amigo muy querido; nunca sospeché que fuese mi abuelo, ni tampoco que fuese más que un hombre normal.

Mordió la mitad de la ciruela y le ofreció a ella la otra mitad.

—Te estaba protegiendo, Richard. Lo más importante que debías saber era que era tu amigo. —Kahlan aceptó la ciruela y se la metió en la boca. Mientras masticaba contempló las hermosas facciones del joven.

Con las yemas de los dedos le obligó a girar la cara para mirarla. Kahlan comprendía las preocupaciones profundas de Richard.

—Ahora Zedd vuelve a estar con nosotros, Richard, y nos ayudará. Su consejo será tanto un consuelo como una ayuda.

—Tienes razón. ¿Qué mejor consejero podemos tener? —Con estas palabras se acercó los pantalones—. Y no hay duda de que está impaciente por oírlo todo.

Mientras Richard cogía los pantalones negros, Kahlan se colocó una torta de arroz entre los dientes y la mantuvo allí, mientras sacaba cosas de su mochila. Entonces se detuvo y se quitó la torta de la boca para hablar:

—Hemos estado separados de Zedd durante meses, tú más tiempo que yo. Zedd y Ann querrán saberlo todo. Tendremos que contárselo una docena de veces antes de que se den por satisfechos.

»Pero antes me encantaría darme un baño. Hay manantiales de agua caliente bastante cerca.

Richard dejó de abrocharse la camisa negra.

—¿Qué fue eso que alarmó tanto a Zedd y Ann anoche, antes de la boda?

—¿Anoche? —Kahlan sacó de la mochila su camisa doblada y la desplegó—. Fue algo sobre los repiques. Les conté que había pronunciado el nombre de los tres repiques. Pero Zedd dijo que se ocuparía de eso, fuese lo que fuese.

A Kahlan no le gustaba pensar en ello. Se le ponía la piel de gallina al recordar el miedo y el pánico que la embargaron en esos momentos. Notaba una sensación de náusea y debilidad al imaginarse lo que podría haber ocurrido de haber tardado un segundo más en pronunciar esos tres nombres. Un segundo más, y Richard estaría muerto. Kahlan apartó de sí esos funestos pensamientos.

—Eso es lo que recuerdo. —Richard sonrió mientras le guiñaba un ojo—. Te vi con tu vestido azul de novia y... bueno, recuerdo que en esos momentos tenía cosas más importantes en que pensar.

»Se supone que los tres repiques son un asunto de poca importancia. Creo que Zedd lo dijo. Justamente a él no deberían representarle ningún problema.

—¿Qué me dices del baño?

—¿Qué? —Otra vez miraba fijamente la puerta.

—El baño. Podemos ir a los manantiales y tomar un baño de agua caliente antes de sentarnos con Zedd y Ann a explicarles largas historias.

Richard se puso la túnica negra por la cabeza. El resplandor del fuego se reflejó en la ancha banda dorada que ribeteaba los bordes.

—¿Me lavarás la espalda? —preguntó a Kahlan observándola de soslayo.

Ella se quedó mirando su sonrisa, mientras él se abrochaba el ancho cinturón de piel, que llevaba bolsas recamadas en oro a ambos lados, en las que guardaba posesiones tan extraordinarias como peligrosas.

—Lord Rahl, os lavaré cualquier cosa que deseéis.

Richard se reía mientras se colocaba los brazaletes de plata acolchados con piel y adornados con antiguos símbolos en los que se reflejaba la luz rojiza de las llamas.

—Parece que mi reciente esposa piensa convertir un baño normal y corriente en algo memorable.

Kahlan se cubrió los hombros con una capa y a continuación liberó su espesa y larga melena de debajo de la prenda.

—Antes de ponernos en marcha, tenemos que avisar a Zedd —replicó, clavándole un dedo en las costillas con gesto juguetón—. Y luego ya verás.

Riéndose entre dientes, Richard le cogió el dedo para que dejara de hacerle cosquillas.

—Si realmente quieres bañarte, será mejor que no le digamos nada a Zedd. Empezaré a hacernos sólo una pregunta, luego otra y otra más. —El joven se ató al cuello la capa dorada, que relucía a la luz del fuego—. Y antes de que nos demos cuenta, el día llegará a su fin y él seguirá preguntando. ¿A qué distancia están los manantiales de agua caliente?

—A una hora de camino hacia el sur o tal vez un poco más.

Kahlan metió en una cartera de cuero pan de tava, un cepillo, una pastilla de jabón de hierbas aromáticas y algunas cosillas más.

—Pero si, como dices, Zedd quiere vernos, ¿no crees que se molestará si nos vamos sin decirle nada?

Richard soltó una risa cínica.

—Si te apetece bañarte, será mejor disculparnos después por no habérselo dicho antes. No iremos lejos. De todos modos, estaremos de vuelta antes de que quiera darse cuenta.

—Richard —dijo Kahlan muy seria, cogiéndolo por un brazo—, sé que tienes muchas ganas de ver a Zedd. Si estás impaciente por hablar con él, podemos posponer el baño. De verdad que no me importa. De hecho... lo he propuesto sobre todo porque deseaba que estuviésemos solos un poco más.

Richard la abrazó.

—Ya lo veremos cuando volvamos dentro de un par de horas. Zedd puede esperar. Yo también prefiero estar contigo a solas.

Mientras él empujaba suavemente la puerta, Kahlan se fijó en que una vez más buscaba con gesto involuntario la espada ausente. La dorada capa del joven brilló cuando le dio la luz del sol. Kahlan, que salió tras él a la fría luz matutina, tuvo que entornar los ojos. Su olfato se llenó de los sabrosos aromas de comida que se preparaban en los fuegos de la aldea.

Richard se inclinó a un lado y miró detrás del murete. Su mirada de halcón barrió velozmente el cielo y se demoró en los angostos espacios que quedaban entre el lío de edificaciones cuadradas y monótonas que los rodeaban.

Los chamizos que se levantaban en ese lado de la aldea, como la casa de los espíritus, tenían diversos usos comunales. Algunos los utilizaban únicamente los ancianos como una especie de refugio y otros eran el escenario de los rituales que realizaban los cazadores antes de emprender una larga expedición. Ningún hombre cruzaba jamás el umbral de las casas destinadas a las mujeres.

También los muertos se preparaban allí antes de la ceremonia funeraria. La gente barro los enterraba. Hubiera sido muy poco práctico usar leña para levantar piras funerarias; toda la leña se recogía muy lejos de la aldea, por lo que era muy valiosa. El combustible con que se encendían los fuegos para cocinar se completaba, generalmente, con fajos muy prietos de hierba seca o también con estiércol seco. Las hogueras como las que habían ardido la noche anterior en su boda eran algo muy especial y que pocas veces podían disfrutar.

En esa parte de la aldea reinaba una atmósfera vacía y sobrenatural, pues nadie vivía en ninguno de los chamizos vecinos. El misterioso sonido de los tambores y las boldas acentuaba el ambiente que se creaba en las profundas sombras. Debido a las voces lejanas, las calles desiertas parecían estar encantadas, mientras que en comparación con los audaces rayos de sol que caían oblicuos, las profundas sombras se antojaban impenetrables.

Sin dejar de escrutar las sombras, Richard hizo un gesto hacia atrás. Kahlan miró por encima del murete.

En medio de un montón de plumas que se agitaban con la fría brisa vio el cuerpo ensangrentado y sin vida de un pollo.

2

Kahlan se había equivocado al suponer que los niños habían estado molestando a los pollos.

—¿Un halcón? —preguntó.

—Es posible —respondió Richard tras estudiar de nuevo el cielo—. O tal vez haya sido una comadreja o un zorro. Sea lo que sea, ha huido antes de devorar su comida.

—Bueno, espero que ahora te tranquilices. No ha sido más que un animal que cazaba un pollo.

Cara, con su habitual vestido de cuero rojo ceñido, los había divisado de inmediato y se estaba acercando a ellos a grandes zancadas. En una muñeca llevaba una fina cadena de la que colgaba lo que parecía una simple barra de cuero rojo sangre, delgada y de no más de treinta centímetros de longitud, un agiel. Bastaba con un giro de muñeca para empuñar la horripilante arma.

Kahlan percibió alivio en los ojos azules de Cara al comprobar que sus protegidos no habían sido raptados por fuerzas invisibles mientras estaban en el interior de la casa de los espíritus.

La mord-sith hubiese preferido estar más cerca de ellos, pero había tenido el detalle de alejarse para respetar su intimidad. Y no sólo eso, sino que también había mantenido a otros alejados. Sabiendo que Cara se tomaba muy en serio la protección de ambos, Kahlan apreciaba ese regalo de mantenerse a distancia. Claro, distancia. Eso había despertado las sospechas de Richard.

Kahlan alzó los ojos hacia él. Richard había sabido que no eran los niños los que habían espantado a los pollos, pues Cara no les habría permitido que se acercaran tanto a la casa de los espíritus, cuya puerta no tenía cerrojo.

Sin dar tiempo a Cara a decir nada, Richard le preguntó:

—¿Sabes cómo ha muerto el pollo?

—No —respondió la mord-sith, que se echó la larga trenza rubia hacia atrás—. Supongo que he asustado al depredador cuando he corrido hacia aquí.

Todas las mord-sith se recogían el pelo en una sola trenza; era parte del uniforme, para que nadie pudiera confundirlas. Pocos, por no decir nadie, cometían ese error.

—¿Zedd ha intentado vernos?

—No —repuso Cara, apartándose un mechón rubio—. Después de traeros la comida, me dijo que os vería cuando estuvierais listos.

Richard asintió, escrutando aún las sombras.

—Aún no estamos listos. Primero iremos a unos manantiales de agua caliente que hay aquí cerca para bañarnos.

—Qué agradable —comentó Cara con una pícara sonrisa—. Así podré lavaros la espalda.

—No, Cara —la corrigió Richard, inclinándose hacia ella—, no vas a lavarme la espalda. Tú sólo mirarás.

La sonrisa de Cara se hizo más amplia.

—Mmmm. Eso también suena divertido.

El rostro de Richard se puso tan rojo como el uniforme de Cara. Kahlan desvió la mirada, tratando de reprimir una sonrisa. Sabía que a Cara le encantaba poner nervioso a Richard. De hecho, nunca había visto unos guardaespaldas tan irrespetuosos como Cara y la otra mord-sith. Pero no podrían ser más eficientes.

Una característica común a todas las mord-sith, una antigua secta dedicada a proteger al lord Rahl de D'Hara, era una inquebrantable seguridad en ellas mismas. Desde que eran adolescentes se las sometía

a un entrenamiento mucho más que salvaje, absolutamente despiadado, que las convertía en asesinas sin escrúpulos.

Kahlan creció sin saber casi nada del misterioso país de D'Hara, situado al este. Por su parte, Richard había nacido en la Tierra Occidental, muy lejos de D'Hara, y aún sabía menos que ella. Cuando D'Hara atacó la Tierra Central, Richard se había visto envuelto en la lucha y finalmente había matado a Rahl el Oscuro, el tirano que gobernaba D'Hara.

Por aquel entonces Richard ignoraba que Rahl el Oscuro había violado a su madre y que era su padre. Había crecido convencido de que George Cypher, un bondadoso hombre que lo había criado, era su verdadero padre. Zedd había mantenido el secreto para proteger a su hija y luego a su nieto. Richard no descubrió la verdad hasta después de matar a Rahl el Oscuro.

El joven sabía muy poco de las posesiones que había heredado y solamente la amenaza inminente de una gran guerra lo había impulsado a asumir el poder. Era preciso impedir que la Orden Imperial esclavizara el mundo.

Como nuevo amo de D'Hara, Richard había liberado a las mord-sith de la cruel disciplina que les imponía su brutal profesión. Pero resultó que las mord-sith eligieron libremente seguir siendo sus protectoras. Richard llevaba colgados de una cinta al cuello dos agieles como signo de respeto hacia dos mujeres que habían dado su vida por él.

Por mucho que Richard fuese objeto de veneración para las mord-sith, éstas trataban al nuevo lord Rahl de un modo impensable hasta entonces: bromeaban con él y le tomaban el pelo. De hecho, no dejaban pasar ninguna oportunidad para mortificarlo.

El anterior lord Rahl, el padre de Richard, las habría hecho torturar hasta matarlas por una falta de disciplina como ésa. Kahlan había llegado a la conclusión de que trataban a Richard de un modo irreverente para recordarle que las había liberado y que lo servían por decisión propia. O tal vez, por haber tenido una infancia rota, poseían un extraño sentido del humor que por fin eran libres de expresar.

Las mord-sith protegían a Richard sin mostrar nunca miedo y también a Kahlan, porque era su deber, hasta el punto que parecía que tentaran al destino. Su único temor confesado era morir en la cama, viejas y desdentadas. Richard había jurado más de una vez que haría lo posible por que tuvieran ese destino.

Por lo general, Richard era incapaz de reñirlas por sus bromas; en parte, por la profunda compasión que sentía hacia ellas debido al terrible entrenamiento al que las habían sometido los anteriores Rahl. Él solía mantenerse por encima de sus pullas. Pero su actitud sería sólo servía para darles alas.

El rubor encendido que cubrió el rostro de lord Rahl cuando Cara anunció que miraría cómo se bañaba reveló la educación que había tenido el joven. Finalmente, Richard contuvo la exasperación y puso los ojos en blanco.

—No, tampoco mirarás. Nos esperarás aquí.

Kahlan sabía que eso era imposible. Cara se echó a reír y los siguió. La mord-sith no dudaba ni un segundo en desobedecer las órdenes directas de Richard cuando consideraba que interferían en su tarea de protegerlo. Cara y la otra mord-sith solamente lo obedecían cuando consideraban importantes sus órdenes y pensaban que no lo ponían en peligro.

En seguida se les unieron una media docena de cazadores salidos de las sombras y entre las construcciones que rodeaban la casa de los espíritus. Nervudos y proporcionados, ni siquiera el más alto llegaba a la altura de Kahlan. Richard les sacaba varias cabezas. Los cazadores se habían pintado las piernas y el pecho desnudo con rayas largas y manchas de barro para camuflarse. Todos llevaban un arco colgado del hombro, un cuchillo al cinto y unas cuantas lanzas.

Kahlan sabía que las aljabas contenían flechas con las puntas untadas en veneno de diez pasos. Dedujo que eran hombres de Chandalen, pues ellos eran los únicos de la aldea que llevaban siempre flechas envenenadas. Los hombres de Chandalen no eran simples cazadores, sino que protegían a su gente.

Sonrieron de oreja a oreja cuando Kahlan les propinó un suave cachete: el saludo tradicional de la gente barro con el que se expresaba respeto hacia la fuerza del otro. La mujer les dio las gracias en su idioma por montar guardia y a continuación tradujo lo que les había dicho a Richard y Cara.

—¿Sabías que estaban por aquí montando guardia? —preguntó Kahlan a Richard en un susurro cuando se pusieron en marcha.

Richard lanzó una mirada furtiva por encima del hombro.

—Sólo vi a cuatro. Tengo que admitir que se me pasaron por alto dos.

Era imposible que hubiese visto a esos dos, pues habían salido del lado más alejado de la casa de los espíritus. Kahlan se estremeció al pensar que ella no había reparado en ninguno. Los cazadores parecían capaces de hacerse invisibles, sobre todo cuando se encontraban en la pradera. Se sintió agradecida de que tantas personas se preocuparan por su seguridad.

Sabían por Cara que Zedd y Ann se alojaban en el extremo sudeste de la aldea, por lo que avanzaron por el lado oeste en dirección al sur. Seguidos por Cara y los cazadores, procuraron evitar la plaza en la que la gente barro se reunía, prefiriendo los callejones delimitados por las casas de adobes revocadas con arcilla oscura.

La gente sonreía y los saludaba con gestos, otros les daban palmaditas en la espalda o las tradicionales bofetadas flojas de respeto.

Los niños se metían entre las piernas de los adultos, persiguiéndose los unos a los otros y corriendo tras pequeñas pelotas de cuero o animales de caza invisibles. De vez en cuando los pollos se convertían en el objetivo y huían, aterrorizados, de los pequeños cazadores que trataban de atraparlos riendo y saltando.

Kahlan, que se abrigaba con la capa, no comprendía cómo los niños podían soportar el aire frío de la mañana con tan poca ropa encima. Casi todos llevaban el pecho descubierto y los más pequeños iban desnudos.

Aunque la gente barro cuidaba de los niños, les permitían corretear libremente. Pocas veces les pedían cuentas. Cuando crecieran, se someterían a un entrenamiento intensivo, difícil, estricto, y se les pedirían responsabilidades.

Mientras aún gozaban de la libertad de ser niños constituían un público siempre presente y ansioso por presenciar cualquier cosa que se saliera de lo común. Y para los niños barro, como suele suceder, muchas cosas caían dentro de esa categoría, incluso los pollos.

Chandalen, que era el líder de los más bravos cazadores, divisó al grupito que atravesaba la plaza por el borde meridional. Chandalen llevaba puestas sus mejores prendas de ante y, como era costumbre entre la gente barro, se había embadurnado hasta el último mechón de pelo con barro pegajoso.

El pellejo de coyote con el que se cubría los hombros era una nueva marca de autoridad, pues recientemente había sido nombrado uno de los seis ancianos de la aldea. En su caso, «anciano» era solamente un término de respeto y no tenía nada que ver con su verdadera edad.

Después de intercambiarse los cachetes de rigor, Chandalen sonrió mientras daba a Richard una palmada en la espalda.

—Eres un buen amigo de Chandalen —anunció—. Sin duda la Madre Confesora habría elegido a Chandalen por marido si tú no te hubieras casado con ella. Siempre te estaré agradecido.

Antes de que Kahlan emprendiera un desesperado viaje en busca de ayuda a la Tierra Occidental, donde conoció a Richard, Rahl el Oscuro había asesinado a todas las Confesoras. Así pues, Kahlan era la única. Hasta que ella y Richard encontraron el modo de amarse, ninguna Confesora se había casado nunca por amor, pues involuntariamente podía descargar su magia contra su amado y destruirlo.

Tradicionalmente, las Confesoras elegían pareja pensando en engendrar hijas fuertes y, después de elegir, tomaban al hombre con su magia. Chandalen no pretendía ofender, simplemente consideraba que había corrido un gran riesgo de ser él el elegido.

Richard se rió y declaró su satisfacción por ser él el marido de Kahlan. Seguidamente echó un rápido vistazo a los hombres de Chandalen y le preguntó bajando la voz y con gesto serio:

—¿Alguno de tus hombres ha visto qué mató al pollo junto a la casa de los espíritus?

Sólo Kahlan hablaba el idioma de la gente barro, y de ésta sólo Chandalen hablaba el de Kahlan y Richard. Chandalen escuchó atentamente a sus hombres, que declararon que había sido una noche tranquila. Ellos formaban el tercer turno.

Uno de los cazadores más jóvenes, Juni, imitó el gesto de colocar una flecha en el arco, estirar la cuerda hasta la mejilla y apuntar rápidamente primero en una dirección y luego en otra, pero dijo que no había llegado a ver al animal que había atacado al pollo. A continuación hizo una demostración de cómo había maldecido al atacante con toda suerte de insultos y había escupido con desprecio sobre su honor para tratar de avergonzarlo y que se mostrara. Todo en vano. Richard escuchó la traducción de Chandalen y asintió.

El jefe de los cazadores no lo había traducido todo, se había callado la disculpa de Juni. Para un cazador, especialmente tratándose de uno de sus hombres, era una vergüenza no haberlo visto estando de guardia. Kahlan sabía que, más tarde, Chandalen tendría unas palabritas con Juni.

Justo iban a ponerse de nuevo en camino cuando el Hombre Pájaro, que estaba en una de las estructuras levantadas con palos, miró en su dirección. Era el líder de los seis ancianos y, por ende, de la gente barro, y había sido el oficiante de la ceremonia de boda.

Sería una falta de consideración no saludarlo y darle las gracias antes de partir hacia los manantiales. Richard debió de pensar lo mismo, pues cambió de dirección y se encaminó hacia la plataforma con techumbre de hierba en la que estaba sentado el Hombre Pájaro.

Unos niños jugaban cerca. Varias mujeres vestidas de color rojo, azul y marrón pasaron por delante, charlando. Dos cabras marrones buscaban por el suelo restos de comida que la gente pudiera haber tirado. Cuando los animales se libraron de los niños, tuvieron cierto éxito. Unos cuantos pollos picoteaban la tierra, mientras otros se pavoneaban y piaban.

Las hogueras del claro, pese a que ya no eran más que meras ascuas, seguían congregando a su alrededor a personas extasiadas bien por el resplandor bien por el calor. Eran una extravagancia muy poco común, un símbolo de celebración o de reunión para convocar a los espíritus de los antepasados y darles la bienvenida con calor y luz. Seguramente algunas de esas personas se habían mantenido en vela toda la noche contemplando el espectáculo del fuego. Para los niños era una fuente de admiración y deleite.

Todos se habían ataviado con sus mejores galas para la celebración y aún no se habían cambiado, pues oficialmente la boda no acababa hasta la puesta de sol. Los hombres llevaban excelentes pieles y cueros, y mostraban con orgullo sus preciadas armas. Las mujeres lucían vestidos de colores vivos, brazaletes de metal y amplias sonrisas.

Los jóvenes de la tribu solían ser tremendamente tímidos, pero la boda los había vuelto audaces. La noche anterior un grupo de muchachas había hecho entre risas preguntas atrevidas a Kahlan, mientras que los muchachos seguían a Richard por todas partes, sonriéndole y sintiéndose felices simplemente por estar cerca de la acción.

El Hombre Pájaro iba vestido como siempre, con pantalones y túnica de ante. La melena, larga y plateada, le caía hasta los hombros. Alrededor del cuello llevaba una cinta de cuero de la que colgaba un silbato de hueso que jamás se quitaba. Con él podía llamar a cualquier tipo de ave; el Hombre Pájaro extendía un brazo y los pájaros se posaban en él la mar de contentos. Richard se quedaba con la boca abierta cada vez que lo veía.

Kahlan sabía que el Hombre Pájaro entendía los signos de las aves y confiaba en ellos. Tal vez, pensaba ella, llamaba a los pájaros con el silbato por si acaso le transmitían señales que solamente él era capaz de interpretar. Asimismo, el Hombre Pájaro interpretaba sagazmente los signos que emitían los seres humanos. A veces Kahlan pensaba que podía leerle la mente.

Muchos habitantes de las grandes ciudades de la Tierra Central consideraban a los pueblos que habitaban la Tierra Salvaje, como la gente barro, unos bárbaros adoradores de cosas extrañas con

creencias fruto de la ignorancia. Pero Kahlan era consciente de que poseían una sabiduría sin complicaciones y eran capaces de leer señales sutiles en los seres vivos de su entorno, que tan bien conocían. Muchas veces había sido testigo de cómo la gente barro predecía con bastante exactitud el tiempo que haría los días siguientes fijándose en cómo el viento mecía las hierbas.

Dos de los ancianos de la aldea, Hanjalet y Arbrin, estaban sentados al fondo de la plataforma. Haciendo esfuerzos para mantener los ojos abiertos, contemplaban las evoluciones de su gente en la plaza. Arbrin tenía una mano posada con gesto protector en el hombro de un niño que dormía a su lado acurrucado. El pequeño se chupaba un dedo rítmicamente en sueños.

Había fuentes con restos de comida esparcidas por la plataforma y jarras de diversas bebidas que se compartían en las celebraciones. Algunas de ellas llevaban alcohol, aunque Kahlan sabía que la gente barro no era dada a emborracharse.

—*Buenos días, honorable anciano* —lo saludó Kahlan en la lengua de la gente barro.

El Hombre Pájaro levantó hacia ellos su curtida cara y les sonrió ampliamente.

—*Bienvenida al nuevo día, hija mía.*

Algo que sucedía entre su gente le llamó la atención. Kahlan vio a Chandalen que observaba las jarras antes de volverse hacia sus hombres con sonrisa fingida.

—*Honorable anciano* —prosiguió Kahlan—, *Richard y yo queremos darte las gracias por la maravillosa ceremonia de boda. Si no nos necesitas, nos gustaría ir a los manantiales de agua caliente.*

El Hombre Pájaro sonrió e hizo un ademán negativo.

—*No estéis mucho tiempo o la lluvia os robará el calor que os den los manantiales.*

Kahlan miró el cielo despejado y luego miró a Chandalen. El cazador asintió con la cabeza.

—El Hombre Pájaro dice que si nos entretenemos demasiado en los manantiales, nos pillarán la lluvia en el camino de vuelta.

Perplejo, Richard escrutó el cielo.

—Será mejor que sigamos su consejo y no nos demoremos.

—*En ese caso nos pondremos en marcha en seguida* —dijo Kahlan al Hombre Pájaro.

El anciano le indicó con un dedo que se acercara. Kahlan así lo hizo. El Hombre Pájaro no dejaba de mirar a los pollos que escarbaban la tierra cerca de la plataforma. Mientras esperaba que hablara, Kahlan podía oír la respiración lenta y regular del hombre barro.

Cuando ya pensaba que el hombre había olvidado que pensaba decir algo, éste señaló la plaza y le susurró algo.

Kahlan se enderezó y miró los pollos.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho? —quiso saber Richard.

En un principio Kahlan no estaba segura de haber oído bien, pero por las expresiones de perplejidad de Chandalen y de sus cazadores supo que no se equivocaba.

No obstante, dudaba en traducirlo. Tal vez el Hombre Pájaro se había excedido con la bebida ritual y más tarde se avergonzaría de sus palabras.

Richard esperaba con expresión interrogante.

Kahlan volvió a mirar al Hombre Pájaro y comprobó que tenía los ojos marrones clavados en la plaza que se abría ante él. Con el mentón seguía el ritmo de las boldas y los tambores.

Finalmente, Kahlan se inclinó hacia atrás hasta que uno de sus hombros tocó a Richard y respondió:

—Dice que uno de éstos no es un pollo.

3

Kahlan se deslizó por la arena gruesa hasta los brazos de Richard. El agua les llegaba a la cintura, y si flotaban de espalda los cubría hasta el cuello. Kahlan comenzaba a ver el agua bajo una nueva y provocativa luz.

Habían encontrado el sitio perfecto en la maraña de arroyos y corrientes que fluían por esa zona tan singular de lechos de arenisca y afloramientos rocosos en medio de la vasta llanura. Los riachuelos que serpenteaban más allá de los manantiales, hacia el noroeste, enfriaban el agua casi hirviendo. Después de probar varios parajes situados a diferente distancia de los manantiales, dieron con uno de aguas especialmente profundas a la temperatura perfecta.

Los nuevos brotes de hierba, altos y tiernos, no dejaban ver el terreno circundante y creaban un estanque privado para ellos dos, cubierto por una enorme cúpula de cielo soleado, aunque por los bordes del azul brillante comenzaban a colarse las nubes. Frescas brisas mecían la hierba ligera y vaporosa, formando ondas y moviéndola en espirales.

Pero en la llanura los cambios bruscos de tiempo estaban a la orden del día. A un cálido día de primavera podía seguirle un día glacial. Kahlan sabía que el frío no podía durar; la primavera había llegado definitivamente, aunque el invierno les enviaba un gélido beso de despedida. Su refugio de aguas cálidas se rizaba por efecto de esa contundente despedida.

Por encima de sus cabezas un aguilucho revoloteaba surcando los vientos fríos en busca de una presa. Kahlan sintió una punzada de pesar, pues mientras Richard y ella se relajaban y disfrutaban juntos, las garras del aguilucho no tardarían en cobrarse una vida. Ella conocía perfectamente qué significaba ser el objeto de apetitos carnales cuando la muerte acechaba.

Los seis cazadores se habían apostado a distancia en algún lugar de la extensa llanura. Seguramente Cara estaba recorriendo el perímetro como una madre halcón, controlando a los guardias. Kahlan se dijo que aunque no hablasen el mismo idioma, se entenderían porque todos desempeñaban la misma tarea. Asumían la responsabilidad de un deber muy serio, y Cara respetaba la atención serena con la que los cazadores cumplían con su misión.

—Aunque hayamos tenido muy poco tiempo para nosotros, para casarnos —comentó Kahlan mientras vertía agua caliente sobre los brazos de Richard—, ha sido la mejor boda que podría haber imaginado. Y me alegro de haberte podido mostrar este lugar.

—Nunca olvidaré nada: ni la ceremonia de anoche, ni la casa de los espíritus, ni este manantial.

Kahlan le acarició los muslos por debajo del agua.

—Eso espero, lord Rahl.

—Hace mucho tiempo que sueño con llevarte a unos lugares preciosos y muy especiales cerca de donde crecí. Espero poder mostrártelos algún día.

Richard guardó de nuevo silencio. Kahlan imaginó que sopesaba asuntos muy serios y que por eso se mostraba caviloso. A pesar de que, de vez en cuando, a los dos les gustaba olvidar sus responsabilidades, no podían hacerlo. Los ejércitos esperaban órdenes, en Aydindril diplomáticos y altos funcionarios aguardaban con impaciencia ser recibidos por la Madre Confesora o lord Rahl.

No todo el mundo estaba dispuesto a abrazar con fervor la causa de la libertad. Para algunos la tiranía resultaba atractiva. Ni el emperador Jagang ni la Orden Imperial los esperarían.

—Ese día llegará, Richard —le aseguró Kahlan, acariciando con un dedo la piedra oscura engarzada en la exquisita gargantilla de oro que llevaba al cuello.

La noche anterior, la bruja Shota se había presentado inesperadamente en su boda y le había regalado a Kahlan la gargantilla. Según la bruja, impediría que Kahlan concibiera un hijo. La bruja era capaz de ver el futuro, aunque a veces lo que veía tomaba derroteros inesperados. En más de una ocasión Shota les había avisado del cataclismo que se desencadenaría si tenían un hijo y había jurado que si era varón, no permitiría que viviera.

Durante la azarosa búsqueda del Templo de los Vientos, Kahlan había logrado comprenderla un poco mejor, y ambas mujeres habían llegado a una especie de entendimiento. La gargantilla era una ofrenda de paz; eso o que Shota tratara de matar el fruto de su unión. De momento existía una tregua.

—¿Crees que el Hombre Pájaro sabía lo que se decía? —preguntó Richard.

Kahlan contempló el cielo con ojos entornados.

—Supongo que sí. Ya empieza a nublarse.

—Me refería a lo del pollo.

—¡El pollo! —Kahlan se dio media vuelta entre los brazos de Richard y lo miró a los ojos frunciendo el entrecejo—. Pero ¡Richard! Dijo que eso no era un pollo. Lo que creo es que se ha pasado con la celebración.

Kahlan apenas podía creer que de entre todas las cosas de las que podía preocuparse Richard estuviera dando vueltas a eso.

El joven guardó silencio, como si sopesara las palabras de Kahlan. Sobre la hierba ondeante se abatieron profundas sombras cuando el sol desapareció de repente detrás de enormes nubes de un blanco lechoso con núcleos de un gris pizarra verdoso. En el aire se respiraba la tormenta.

Detrás de Richard, el viento agitó su capa dorada, que estaba encima de unas rocas bajas. El movimiento llamó la atención de Kahlan. Richard la estrechó con más fuerza, pero no era un gesto de amor.

Algo semejante a una onda de luz se movía rápidamente en el agua. Tal vez era el reflejo de las escamas de un pez. Estaba allí y a la vez no estaba, como algo que se percibe por el rabillo del ojo. Si uno miraba directamente, no veía nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kahlan. Richard la hacía retroceder—. Era sólo un pez o algo así.

Con un movimiento rápido y fluido, Richard se puso de pie, levantándola del agua.

—Más bien algo así.

Chorreando agua, desnuda y expuesta a la gélida brisa, Kahlan escudriñó las aguas transparentes temblando.

—¿Como qué? ¿Qué es? ¿Ves algo?

Los ojos de Richard recorrían la superficie del agua, buscando.

—No lo sé. Tal vez no era más que un pez —decidió, dejándola en la orilla.

—Los peces de estas aguas son tan pequeños que ni siquiera podrían mordernos un dedo del pie —dijo Kahlan—. A no ser que se trate de una tortuga mordedora, deja que vuelva a entrar. Me estoy helando —confesó. Los dientes le castañeteaban.

Richard admitió a su pesar que no veía nada y le tendió una mano para ayudarla a meterse de nuevo en el agua.

—Quizá he visto solamente una sombra cuando el sol se ha ocultado detrás de las nubes.

Kahlan se sumergió de nuevo hasta el cuello y gimió de alivio al sentirse de nuevo envuelta en la protectora calidez de las aguas. Mientras la piel de gallina iba desapareciendo, miró a su alrededor: nada enturbiaba el agua y no vio hierbas acuáticas. El fondo de arena era claramente visible. Una tortuga mordedora no podría esconderse. Pese a las tranquilizadoras palabras de Richard, el modo en que observaba el agua las desmentía.

—¿Crees que era un pez o estás tratando de asustarme? —Kahlan no sabía si realmente Richard había visto algo inquietante o si sencillamente estaba siendo sobreprotector con ella—. Éste no es el baño reconfortante que me imaginaba. Si realmente crees que has visto algo, dímelo.

»No sería una serpiente, ¿verdad? —preguntó, alarmada.

Richard inspiró profundamente y se retiró el pelo mojado.

—No veo nada. Lo siento.

—¿Seguro? ¿No sería mejor irnos?

Richard se disculpó con una sonrisa.

—No puedo evitar ponerme nervioso cuando me baño en lugares desconocidos con mujeres desnudas.

—¿Y os bañáis a menudo con mujeres desnudas, lord Rahl? —lo provocó Kahlan, aunque en realidad le hacía muy poca gracia la broma.

Ya se disponía a buscar refugio en los brazos de Richard cuando éste se puso de pie bruscamente. Kahlan lo imitó con igual rapidez.

—¿Qué pasa? ¿Una serpiente?

Richard la empujó hacia el fondo. Mientras ella tosía el agua que había tragado, Richard se abalanzó hacia la ropa.

—¡No te levantes! —le gritó. Rápidamente desenvainó el cuchillo, se agazapó y espió por encima de la hierba—. Es Cara —anunció, y se levantó para ver mejor.

Por encima de la hierba, Kahlan divisó una mancha roja que trazaba una línea recta en el paisaje marrón y verde. La mord-sith se acercaba a todo correr pisando la hierba y salpicando agua al cruzar los arroyos por los sitios menos profundos.

Richard le lanzó una manta mientras observaba el avance de Cara. Kahlan se fijó en que la mord-sith empuñaba el agiel.

Se trataba de un arma mágica única e intransferible. Era una arma que causaba un dolor inconcebible, y si la mord-sith lo deseaba, podía incluso llegar a matar.

Como las mord-sith llevaban el mismo agiel con el que las habían torturado en su entrenamiento, al empuñarlo sentían un dolor muy intenso. Ésa era una de las paradojas de esas mujeres entrenadas para infligir dolor, aunque su rostro nunca dejaba traslucir lo que sentían.

—¿Ha pasado por aquí? —preguntó Cara jadeando.

La sangre le manchaba el pelo rubio en la parte izquierda de la cabeza y le corría por un lado de la cara. Apretaba el agiel con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—¿Quién? —preguntó Richard—. No hemos visto a nadie.

—¡Juni! —gritó Cara con la expresión transformada por la ira.

Richard la agarró por un brazo.

—Cara, ¿qué pasa?

Con la palma de la otra mano la mord-sith se apartó un mechón de pelo ensangrentado de los ojos para examinar mejor la extensa llanura.

—No lo sé —admitió apretando los dientes—, pero ése no se me escapa.

Con un gesto brusco se desasió de Richard y echó de nuevo a correr, gritando por encima del hombro:

—¡Vestíos!

Richard agarró a Kahlan por la muñeca y la sacó del agua. Ella se puso los pantalones, recogió algunas de sus cosas y se dispuso a salir disparada detrás de Cara. Pero Richard, que tenía dificultades para ponerse los pantalones encima de las piernas mojadas, se lo impidió cogiéndola por la cinturilla de los pantalones.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó, y con la otra mano seguía peleándose con los pantalones—. Quédate detrás de mí.

Kahlan se soltó bruscamente.

—No llevas la espada, y yo soy la Madre Confesora. Será mejor que vayas detrás de mí, lord Rahl.

Un solo hombre no representaba ningún peligro para una Confesora; no existía defensa posible contra su poder, y sin su espada Richard era más vulnerable que ella.

Excepto una flecha o una lanza certeras, nada podía impedir a una Confesora que tomara con su poder a otra persona si estaba suficientemente cerca, y éste los unía a ambos en una red mágica imposible de anular o invertir.

Era algo tan definitivo como la muerte. De hecho, en cierto modo era la muerte, pues la persona que la Confesora tocaba con su poder ya nunca volvía a ser la misma, pasaba a pertenecerle por completo.

A diferencia de Richard, Kahlan sí sabía cómo usar su magia. El hecho de haber sido nombrada Madre Confesora demostraba su absoluto dominio.

Richard lanzó un gruñido de disgusto mientras cogía rápidamente el ancho cinturón con las bolsas y corría tras ella. No tardó en darle alcance y la ayudó a acabar de vestirse, estirando la camisa para que ella pudiera meter el brazo en la manga. Por su parte, él no llevaba camisa. Se ciñó el cinturón. Aparte de eso, sólo llevaba el cuchillo.

Avanzaron a toda prisa por la red de riachuelos, salpicando agua a cada paso, y corrieron por la hierba, siguiendo la mancha roja que se movía delante de ellos. Al atravesar un arroyo, Kahlan se tambaleó, pero recuperó de inmediato el equilibrio gracias a que Richard la cogió por la espalda. Era una locura correr como alma que lleva el diablo por terreno desconocido y descalzos, pero la sangre que había visto en el rostro de Cara la impulsaba a seguir adelante.

Cara era más que su guardaespaldas, era su amiga.

En su vertiginosa carrera por la pradera tuvieron que cruzar varios arroyos en los que el agua les llegaba hasta los tobillos. Kahlan se topó con un estanque y dio un salto para superarlo, pues iba tan de prisa que ni siquiera podía virar. Alcanzó a duras penas la otra orilla. Una vez más la mano de Richard la sujetó y la tranquilizó.

Mientras corrían entre la hierba y salvando los arroyos, Kahlan percibió a un cazador que se les acercaba por la izquierda. No era Juni. Simultáneamente fue consciente de que Richard ya no estaba detrás y lo oyó silbar. La mujer detuvo su frenética carrera sobre la hierba resbaladiza y tuvo que poner una mano en el suelo para mantener el equilibrio. Richard se había quedado un poco más atrás, en medio de un arroyo.

El joven volvió a meterse dos dedos en la boca y lanzó un segundo silbido, más potente y agudo que el primero, que hendió el silencio de la llanura. Kahlan vio que Cara y el cazador se volvían al oír el sonido y luego corrían hacia ellos.

Respirando a grandes bocanadas para tratar de recuperar el aliento, Kahlan se dirigió a toda prisa hacia Richard. El joven había hincado una rodilla en el agua, apoyaba un antebrazo en la otra pierna y miraba hacia el riachuelo.

Juni yacía boca abajo en el arroyo. El agua era tan poco profunda que ni siquiera le cubría la cabeza.

Kahlan se dejó caer de rodillas al lado de Richard y, aún jadeante, se apartó el pelo mojado de los ojos, mientras Richard le daba la vuelta al nervudo cazador. El camuflaje de barro y hierba con el que los cazadores se cubrían había surtido efecto, pues ella ni siquiera lo había visto. Pero a Richard no le había engañado.

Juni parecía muy pequeño y frágil mientras Richard lo cogía por los hombros para sacarlo del agua helada. Lo depositó suavemente en la hierba de la orilla. Kahlan no vio ni cortes, ni sangre. A simple vista los miembros estaban en su lugar y el cuello no parecía roto.

Incluso muerto Juni conservaba una extraña mirada de anhelo en sus ojos vidriosos.

Cara llegó a todo correr y se abalanzó sobre el cazador. Sólo frenó al ver los ojos de Juni abiertos y sin vida.

Uno de los cazadores apareció de repente. Jadeaba tan fuerte como Cara. Llevaba el arco en una mano y con la otra asía una flecha, preparado para dispararla. Con el pulgar sujetaba un cuchillo contra la palma, mientras que con los dedos índice y corazón mantenía la flecha contra la cuerda del arco en tensión.

Juni iba desarmado.

—¿Qué le ha pasado a Juni? —preguntó el cazador mientras recorría con la mirada la llanura.

—No lo sé —contestó Kahlan—. *Supongo que se ha caído y se ha golpeado en la cabeza.*

—¿Y ella? —continuó preguntando el cazador, señalando con la cabeza a Cara.

—*Todavía no sabemos nada. Acabamos de encontrarlo.*

—Yo diría que lleva aquí un rato —comentó Cara a Richard, que acababa de cerrar los ojos de Juni.

Kahlan dio un tirón al uniforme de cuero rojo de la mord-sith. Cara se dejó caer en la orilla y se sentó sobre los talones. Kahlan le apartó el pelo para examinarle la herida. No parecía grave.

—Cara, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué es todo esto?

—¿Estás malherida? —la interrumpió Richard.

Cara lo tranquilizó con un ademán, y no protestó cuando Kahlan cogió agua fría en una mano y se la tiró sobre el corte que tenía en la sien. Richard arrancó unas hierbas, las sumergió en el agua y se las tendió a Kahlan.

—Toma, usa esto.

Si al principio Cara estaba roja de rabia, en esos momentos su tez era de un gris terroso.

—Estoy perfectamente.

Kahlan no se lo creyó; la mord-sith parecía mareada. Antes de limpiarle la sangre le dio pequeños toques en la frente con la hierba mojada. Cara se dejó hacer.

—¿Vas a explicarnos qué ha pasado? —preguntó Kahlan.

—No lo sé. Me disponía a comprobar la posición de Juni cuando, de repente, lo vi acercarse siguiendo un arroyo. Caminaba encorvado, como si estuviera observando algo. Yo lo llamé y le pregunté por gestos, como él había hecho antes en la aldea, dónde había dejado el arco. Pero él no me hizo caso —prosiguió la mord-sith, sin podérselo creer—. Volvió a fijarse en el agua. Yo pensé que había abandonado su puesto para atrapar un estúpido pez, pero no vi nada en el riachuelo.

»De repente salió disparado, como si el pez que seguía hubiese huido. Yo miraba a un lado; estaba revisando la zona —confesó Cara, sonrojándose—. Me pilló desequilibrada y resbalé. Al caer me golpeé la cabeza contra una roca. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Me equivoqué al confiar en él.

—No, no te equivocaste —la contradijo Richard—. No sabemos qué perseguía.

A esas alturas habían aparecido los demás cazadores, que lanzaron una andanada de preguntas. Kahlan los silenció con un gesto. Cuando se callaron, les tradujo lo que Cara había contado. Los hombres barro escuchaban atónitos. Juni era uno de los hombres de Chandalen y, por tanto, era inconcebible que faltara a su deber de proteger a los demás para tratar de coger un pez.

—Lo lamento, lord Rahl —susurró Cara—. No puedo creer que me pillara desprevenida. ¡Y todo por un estúpido pez!

—No te preocupes, Cara —la tranquilizó él—. Lo importante es que estés bien. Tal vez deberías tumbarte un rato. No tienes buen aspecto.

—Tengo el estómago un poco revuelto, nada más. Sólo necesito descansar un minuto. ¿De qué murió Juni?

—Iba corriendo. Supongo que tropezó y cayó —contestó Kahlan—. Yo casi me caigo también. Debió de darse en la cabeza, como tú, y se desmayó. Por desgracia, perdió el conocimiento boca abajo en el agua y se ahogó.

Estaba traduciendo esas palabras a los cazadores, cuando Richard la interrumpió:

—Yo no lo creo.

—No hay otra opción —insistió Kahlan.

—Fíjate en sus rodillas. No las tiene despellejadas, ni tampoco los codos, ni la palma de las manos. Y mira —prosiguió, girándole la cabeza—, nada de sangre. Si cayó y perdió el conocimiento, ¿por qué no tiene ni siquiera un chichón? Solamente le ha saltado la pintura de barro de la nariz y la barbilla, porque tenía la cara sobre el lecho del arroyo.

—¿Me estás diciendo que no crees que se ahogara?

—Yo no he dicho eso, pero nada indica que cayera. —Richard examinó el cuerpo brevemente—. Parece que, efectivamente, se ahogó. Al menos ésa es mi opinión de no experto. La pregunta es por qué.

Kahlan se apartó para que los cazadores pudieran arrodillarse junto a su compañero caído y expresar la compasión y el pesar que sentían.

De pronto la extensa llanura parecía un lugar muy solitario.

—Suponiendo que realmente abandonara su puesto de vigilancia para atrapar a un pez, cosa que me cuesta mucho de creer, ¿qué sentido tenía que dejara sus armas? —preguntó Cara, que aún sostenía el manojo de hierba mojada a un lado de la cabeza—. ¿Y cómo es posible que se ahogara en tan poca agua, si es que no se cayó y se golpeó en la cabeza?

Los cazadores lloraban en silencio y acariciaban la cara del joven Juni. Richard los imitó.

—Lo que quisiera saber es qué perseguía —comentó—. Me gustaría saber por qué tenía esa mirada.

4

El ruido de los truenos que retumbaban en la llanura resonaba por los estrechos callejones, mientras Richard, Cara y Kahlan salían del chamizo donde habían dejado el cuerpo de Juni para ser preparado.

Por su aspecto, esa construcción no se diferenciaba de las otras de la aldea: gruesos muros de adobe rebozados con arcilla y techumbre de chamiza. Sólo la casa de los espíritus tenía cubierta de tejas. Ninguna ventana de la aldea poseía cristales; algunas estaban protegidas con tela basta y pesada.

Debido a que todos los edificios eran del mismo color apagado, se podía pensar que la aldea era una ruina sin vida. En tres tiestos colocados encima de un murete crecían unas plantas altas, cultivadas como ofrendas a los malos espíritus, que animaban un poco ese pasaje por el que normalmente tan sólo discurría el viento.

Dos pollos huyeron a su paso. Kahlan se recogió el pelo con una mano, pues las rachas de viento se lo lanzaban contra el rostro. Se cruzaban con personas, algunas de ellas llorosas, que iban a ver al cazador muerto. Kahlan sentía remordimientos por haber abandonado a Juni en un lugar que olía a heno mojado, agrio y en descomposición.

Richard, Kahlan y Cara habían esperado hasta que Nissel, la vieja curandera, llegó arrastrando los pies para inspeccionar el cadáver. En su opinión, Juni no tenía el cuello roto, ni tampoco había encontrado indicios de que se hubiera caído. Así pues, su veredicto había sido que Juni había muerto ahogado.

Cuando Richard le preguntó cómo podía haber sucedido, Nissel se sorprendió. Para ella la respuesta era evidente: la muerte de Juni se debía a los malos espíritus.

La gente barro creía que, además de los espíritus de los antepasados que convocaban, los malos espíritus acudían de vez en cuando para reclamar una vida a cambio de alguna falta contra ellos. En esos casos, la muerte sobrevenía por enfermedad, accidente o de manera sobrenatural. Que un hombre sin ninguna herida se ahogara en un palmo de agua era una causa evidente de muerte sobrenatural, al menos para Nissel. Y tanto Chandalen como sus cazadores daban por buena esa explicación.

La curandera no podía perder tiempo especulando qué falta había enfurecido a los malos espíritus; le esperaba una tarea urgente y mucho más gratificante: ayudar a nacer a un bebé.

En calidad de Madre Confesora, Kahlan había visitado oficialmente a la gente barro en repetidas ocasiones, igual que a otros pueblos de la Tierra Central. Aunque algunos países cerraban sus fronteras a cal y canto, ninguno de ellos, por cerrado, aislado, receloso o poderoso que fuera, osaba impedir el paso a una Confesora. Entre otras cosas, las Confesoras aseguraban que la justicia fuese honesta, tanto si los gobernantes lo deseaban como si no.

Las Confesoras eran las defensoras ante el Consejo de todos los pueblos sin voz propia. Algunos, como la gente barro, desconfiaban de los forasteros y no buscaban audiencia; simplemente querían que los dejaran en paz. Kahlan se ocupaba de que sus deseos se respetaran. La palabra de la Madre Confesora ante el Consejo era ley, y sus decisiones, inapelables.

Desde luego todo eso había cambiado.

En Aydindril, en el Alcázar del Hechicero, se guardaban libros sobre el idioma, el gobierno, la fe, los alimentos, el arte y las costumbres de todos y cada uno de los pueblos de la Tierra Central. Allí Kahlan había estudiado no sólo el idioma de la gente barro, entre muchos otros, sino también sus creencias.

Sabía que la gente barro solía dejar ofrendas de tortas de arroz y ramilletes de hierbas aromáticas delante de pequeñas figuras de arcilla en varios de los chamizos vacíos que se alzaban en el extremo septentrional de la aldea, reservados para el uso exclusivo de los malos espíritus. Las figurillas los representaban.

La gente barro creía que cuando los malos espíritus se enfadaban y se llevaban una vida, el alma del muerto iba al inframundo para unirse a los buenos espíritus que protegían a la gente barro y ayudaban a mantener a raya a los espíritus malvados. De ese modo, se reforzaba el equilibrio entre ambos mundos. Por eso creían que el mal se limitaba a sí mismo.

Aunque eran las primeras horas de la tarde, en la aldea reinaba la penumbra. Los nubarrones bajos se cernían sobre los tejados. Los rayos se aproximaban, y su resplandor iluminaba los altos muros de las casas. Casi inmediatamente seguía un estruendoso trueno que sacudía el suelo.

Las ráfagas de viento transportaban grandes gotas de lluvia que golpeaban a Kahlan en la parte posterior de la cabeza. En cierto modo se alegraba de que lloviera, pues apagaría los fuegos. No hubiese sido correcto que las hogueras de la celebración siguieran ardiendo después de la muerte de Juni. La lluvia ahorraría a alguien la tarea de tener que apagar las llamas que quedaban de la fiesta.

Richard había transportado a Juni hasta la aldea como muestra de respeto. Los cazadores entendieron el gesto; Juni había muerto mientras protegía a Richard y a Kahlan.

Pero Cara había llegado rápidamente a otra conclusión: Juni se había convertido en una amenaza. El cómo o el porqué no importaban, lo esencial era que había pasado. La próxima vez que uno de ellos se convirtiera de repente en una amenaza, ella estaría preparada.

Richard y ella habían discutido brevemente sobre el tema. Aunque los cazadores no entendían lo que decían, el tono se lo había dicho todo y no pidieron traducción.

Al final, Richard lo dejó correr. Seguramente Cara se sentía culpable por no haber detenido a Juni. Kahlan cogió a Richard de la mano, y ambos caminaron detrás de Cara, que se empeñó en ir la primera para protegerlo de posibles peligros en un lugar donde todo el mundo los quería bien. La mord-sith los guiaba siguiendo un tortuoso camino hacia donde esperaban Zedd y Ann.

Pese a que estaba firmemente convencida de que Cara se equivocaba, Kahlan no podía evitar sentirse inquieta. Vio cómo Richard echaba un vistazo hacia atrás con una mirada de preocupación.

—¿Qué pasa? —susurró Kahlan.

Richard recorrió con la mirada el callejón vacío y sacudió la cabeza, impotente.

—Los pelillos de la nuca se me han puesto de punta, como si alguien me estuviera vigilando. Pero no hay nadie.

Aunque también ella se sentía inquieta, ignoraba si realmente notaba unos ojos malignos que la observaban o si sólo se lo imaginaba. No obstante, no dejaba de mirar atrás mientras avanzaban rápidamente por los sombríos callejones entre los edificios. Se le habían puesto los brazos de piel de gallina, y se los frotó.

Cuando Cara llegó al lugar que buscaba, la lluvia comenzaba a caer con fuerza. Agiel en mano, la mord-sith miró a ambos lados del estrecho pasaje antes de abrir una sencilla puerta de madera y entrar la primera.

A Kahlan el viento le lanzaba el pelo a la cara. Tronaba y relampagueaba. Uno de los pollos, que merodeaba por el callejón, asustado por los truenos y los relámpagos, se coló entre las piernas de Kahlan y entró delante de ellos.

En el hogar pequeño situado en una esquina de la humilde pieza ardía un fuego bajo. Encima de un estante de madera pegado a la pared, al lado de la lumbre, había varias velas gruesas y altas. Debajo de éste se almacenaban pequeños fardos de hierba seca y leña menuda. El único asiento era un pellejo curtido colocado en el suelo de tierra delante del hogar. La llama de las velas se agitaba cada vez que una racha de viento especialmente fuerte levantaba la tela que tapaba la abertura de la ventana.

Richard empujó la puerta con el hombro y echó el pestillo para que no entrara ni el viento ni la lluvia. La pieza olía a cera, al aroma dulzón de la hierba ardiendo y al humo acre que no llegaba a salir por la chimenea.

—Deben de estar en las habitaciones de atrás —dijo Cara. Con el agiel señaló una pesada piel que separaba las estancias.

El pollo recorría la pieza pavoneándose, ladeando la cabeza a un lado y al otro, y piando satisfecho. Daba vueltas alrededor de un símbolo dibujado en la tierra con un palito o con un dedo.

Desde niña Kahlan había visto a magos y hechiceras dibujar ese antiguo signo que simbolizaba el Creador, la vida, la muerte, la magia y el inframundo. Era un símbolo que dibujaban automáticamente tanto en ensueños como en momentos de preocupación, ya fuera simplemente en busca de consuelo o para recordar que estaban conectados con todo y con todos.

Y también lo dibujaban para conjurar la magia.

A Kahlan la reconfortaba, pues para ella era un talismán de su infancia, de una época en la que los magos jugaban con ella o le hacían cosquillas y la perseguían por los pasillos del Alcázar del Hechicero mientras se reía. Otras veces la sentaban en su regazo, donde se sentía protegida y a salvo, y le contaban historias que la dejaban con la boca abierta.

Fue una época, antes de que comenzara la disciplina, en que se le permitió ser niña.

Todos esos magos habían muerto. Todos menos el que la traicionó habían dado su vida para que Kahlan consiguiera cruzar el Límite en busca de ayuda para detener a Rahl el Oscuro. Pero hubo un tiempo en que esos magos eran sus amigos, sus compañeros de juego, sus tíos y sus maestros, a quienes quería y reverenciaba.

—He visto ese signo antes —dijo Cara tras echarle un vistazo—. A veces Rahl el Oscuro lo dibujaba.

—Se llama Gracia —explicó Kahlan.

El viento levantó el retal cuadrado de tela que tapaba la ventana, permitiendo que el violento resplandor de los relámpagos iluminara el símbolo dibujado en el suelo.

Richard abrió la boca para preguntar algo, pero vaciló. Observaba el pollo que picoteaba la tierra cerca de la alfombra de piel curtida.

—Cara, abre la puerta, por favor —pidió a la mord-sith.

Ésta obedeció. Richard agitó los brazos para ahuyentar al ave. Volaron plumas cuando el pollo batió las alas, asustado, y echó a correr de un lado a otro, tratando de esquivar al joven. Pero no había manera de que cruzara la estancia hacia la puerta abierta.

Richard hizo una pausa y, con los brazos en jarras, observó al pollo con el entrecejo fruncido. Las marcas negras en el plumaje blanco y marrón creaban un efecto que mareaba. El pollo protestó con estridencia cuando Richard comenzó a avanzar, usando las piernas para guiarlo hacia la salida.

Antes de llegar al dibujo del suelo, el pollo chilló, volvió a batir las alas, aterrado, salió disparado a un lado, corrió a toda prisa pegado a la pared y, finalmente, salió por la puerta. Habían presenciado el asombroso comportamiento de un animal tan atemorizado que era incapaz de huir en línea recta hacia una puerta abierta de par en par que le ofrecía salvación.

Cara cerró la puerta.

—Si hay un animal más tonto que un pollo, que alguien me lo diga.

—¿Qué es tanto jaleo? —preguntó una voz familiar.

Zedd apareció por la cortina que conducía a las habitaciones de atrás. Era de la misma estatura que Cara, más alto que Kahlan pero menos que Richard, aunque la mata blanca de pelo ondulado y alborotado le hacía parecer más alto. Por su parte, la pesada túnica color granate con mangas negras y hombros muy pronunciados le daba la impresión de ser un hombre corpulento, cuando en realidad era flaco como un palo. Tres hileras de brocado plateado rodeaban los puños, mientras que un brocado dorado más grueso le adornaba el cuello y la parte delantera. Un cinturón rojo de satén con la hebilla dorada le ceñía la prenda a la cintura.

En el pasado, Zedd solía vestir sin pretensiones. Era muy extraño que un mago de su rango y poder llevara ropa tan espléndida. Justamente lo que distinguía a los novatos en asuntos de magia era su vestimenta llamativa. Aunque a Zedd le disgustaban esas prendas tan ostentosas, habían sido un valioso

disfraz, pues lo confundían con un aristócrata o con un rico mercader. Lo importante era que lo tomaran por alguien que no poseía el don.

Richard y su abuelo se abrazaron con alegría. Los dos se reían de contento al volver a estar juntos. Hacía mucho tiempo que no se veían.

—Por todos los cielos, Zedd, ¿de dónde has sacado esa ropa? —le preguntó finalmente contemplándolo. Estaba más impresionado incluso que Kahlan.

Inclinó hacia arriba la hebilla de oro con el pulgar para observarla. Sus ojos color avellana chispeaban.

—Lo dices por la hebilla de oro, ¿no? ¿Es exagerada?

Ann apartó la pesada colgadura que hacía las veces de puerta y se agachó para pasar. Baja y corpulenta, llevaba un sencillo vestido de lana oscura sin adornos que simbolizaba su poder como superiora de las Hermanas de la Luz, una comunidad de hechiceras del Viejo Mundo. Había hecho creer a sus Hermanas que la habían asesinado para tener la libertad de dedicarse a asuntos de importancia vital. Aunque por su aspecto parecía que tenía la misma edad que Zedd, Kahlan sabía que era mucho más vieja.

—Zedd, deja de presumir —dijo—. Tenemos trabajo.

El mago la fulminó con la mirada. Después de comprobar que Ann no se quedaba atrás en su mirada, Kahlan se preguntó cómo habrían conseguido viajar juntos sin lanzarse más que dardos verbales. Ella no había conocido a Ann hasta la noche anterior, pero Richard la tenía en muy alta estima pese a las circunstancias en que la conoció.

—Vaya, vaya, muchacho —comentó Zedd al fijarse a su vez en la ropa de Richard—, quién te ha visto y quién te ve.

Richard había sido guía de bosque y solía llevar prendas sencillas, y Zedd nunca lo había visto con ese aspecto. El joven había encontrado la mayor parte del conjunto de su lejano predecesor en el Alcázar del Hechicero. Por lo visto, en el pasado algunos magos se vestían con lujo, tal vez a modo de advertencia.

Richard calzaba botas negras con la parte superior cubierta con correas de piel sujetas con emblemas de plata repujada con diseños geométricos. Las botas cubrían unos pantalones negros de lana. Sobre la camisa, también negra, llevaba una túnica del mismo color abierta por los costados y adornada con símbolos a lo largo de una ancha banda dorada que recubría todo el borde. Un cinturón de piel guarnecido con más emblemas de plata, así como sendas bolsas trabajadas en oro a los lados, ceñían su magnífica túnica a la altura de la cintura. Del cinto colgaba un pequeño monedero de piel. En cada muñeca llevaba un ancho brazalete de plata acolchado con piel que exhibía anillos unidos entre sí y más símbolos extraños. Se cubría los anchos hombros con una resplandeciente capa que parecía confeccionada con hilo de oro.

Incluso sin la espada componía una estampa a la vez noble y siniestra, regia y letal. Parecía alguien capaz de dar órdenes a los reyes, así como la encarnación del nombre que se le adjudicaba en las profecías: Portador de la Muerte.

Pero, bajo todo eso, Kahlan sabía que seguía siendo la misma persona generosa y con un corazón de oro que cuando era guía de bosque. Más que desmerecer el conjunto, su sinceridad campechana reforzaba su autenticidad.

Su aspecto fiero estaba justificado y, en muchos aspectos, era una ilusión. Si bien con sus enemigos era decidido y temible, en el fondo era una persona afable, comprensiva y gentil. Kahlan no había conocido nunca a un hombre más justo ni más paciente. Para ella era la persona más extraordinaria que había conocido.

Ann saludó a Kahlan como una abuela cariñosa saluda a una nieta querida: con una amplia sonrisa y una caricia en la cara. Kahlan notó que era un gesto honesto y sentido. Luego, con ojos chispeantes, hizo lo propio con Richard.

Se remitió unos mechones de pelo gris que se le habían escapado del flojo moño que llevaba a la nuca y echó más hierba seca al fuego.

—Espero que vuestro primer día de casados esté yendo bien —dijo.

Kahlan buscó fugazmente la mirada de Richard antes de responder.

—Antes hemos ido a los manantiales de agua caliente a darnos un baño. Allí, uno de los cazadores que nos protegían ha muerto —explicó con pesar.

Tanto Zedd como Ann se mostraron muy interesados.

—¿Cómo murió? —quiso saber Ann.

—Ahogado. —Richard invitó a todos a sentarse con un gesto—. El agua era muy poco profunda, pero, por lo que parece no tropezó ni cayó. Lo llevamos a un edificio que está ahí atrás. —Mientras los cuatro se sentaban alrededor de la Gracia dibujada en el suelo en el centro de la habitación, Richard agitó el pulgar por encima de un hombro, señalando.

Zedd miró por encima del hombro de su nieto, como si fuera capaz de ver a través de las paredes y contemplar el cuerpo de Juni.

—Le echaré un vistazo. ¿Qué crees tú que ocurrió? —preguntó a Cara, que montaba guardia con la espalda pegada a la puerta.

La mord-sith no vaciló.

—Creo que Juni se convirtió en una amenaza. Mientras buscaba a lord Rahl para hacerle daño, cayó y se ahogó.

—¡Una amenaza! —exclamó Zedd, enarcando las cejas—. ¿Qué razón podría tener para volverse en tu contra? —le preguntó a Richard.

El interrogado lanzó una ceñuda mirada a Cara por encima del hombro.

—Cara se equivoca. Juni no pretendía hacernos ningún daño. —Satisfecho porque Cara no protestaba, dirigió de nuevo la atención hacia su abuelo—. Cuando lo encontramos ya estaba muerto y tenía una mirada extraña. Antes de morir vio algo que le dejó una expresión de... No sé cómo definirlo... de anhelo o algo parecido.

»Nissel, la curandera, ha examinado el cadáver y afirma que se ahogó, aunque no ha encontrado ninguna herida. Pero sólo había un palmo de agua —continuó, apoyando un antebrazo en la rodilla—. Nissel opina que los malos espíritus lo mataron.

—¿Los malos espíritus? —Las cejas de Zedd se levantaron aún más.

—La gente barro cree que a veces los malos espíritus vienen para arrebatarse la vida a uno de los suyos —explicó Kahlan—. Por eso dejan ofrendas delante de las figuras de arcilla que hay en algunas de las cabañas de la parte norte de la aldea. Creen que con las ofrendas de tortas de arroz pueden apaciguar a esos espíritus malvados. Como si los malos espíritus pudieran comer o se dejaran sobornar fácilmente.

Fuera, la lluvia azotaba las casas. El agua formaba una mancha oscura debajo de la ventana y se filtraba por varios puntos de la techumbre. Los truenos retumbaban casi sin descanso, reemplazando a los tambores que habían enmudecido.

—Entiendo —dijo Ann y esbozó una sonrisa que a Kahlan se le antojó curiosa—. ¿De modo que crees que la gente barro os organizó una mísera ceremonia en comparación con la espléndida boda que habríais tenido en Aydindril?

Kahlan se quedó perpleja.

—Claro que no —se defendió—. No podríamos haber tenido una boda más bonita.

—¿De veras? —Ann indicó con el brazo la aldea que los rodeaba—. ¿Gente cubierta con vestidos chabacanos y pellejos de animal, y que además se habían embadurnado el pelo con barro? ¿Niños desnudos que corrían, reían y jugaban durante una ceremonia tan solemne? ¿Hombres pintados con espantosas máscaras de barro que bailaban y explicaban historias de cacerías y guerras? ¿Eso es tu idea de una buena boda?

—No... no me refería a nada de eso, ni a nada material —balbució Kahlan—. Fue especial por lo que sienten en sus corazones. La gente barro comparte sinceramente nuestra alegría, y eso es lo que a nosotros nos importa. Además, ¿qué tiene eso que ver con ofrecer tortas de arroz a unos malos espíritus imaginarios?

Ann rectificó con un dedo una de las líneas de la Gracia, la que representaba el inframundo.

—Cuando dices «Queridos espíritus, velad por el alma de mi madre muerta», ¿esperas que los espíritus corran todos a uno a velar por ella sólo porque tú se lo pides?

Kahlan notó que se sonrojaba. Era cierto que solía pedir a los buenos espíritus que velaran por el alma de su madre. Empezaba a entender por qué Zedd encontraba tan irritante a Ann.

Por suerte, Richard fue en su rescate.

—Las plegarias no pretenden ser una petición directa; ya sabemos que los espíritus no trabajan de una manera tan simple, sino que sencillamente transmiten sentimientos muy sinceros de amor y esperanza por la paz de su madre en el otro mundo. —Con un dedo rozó el lado opuesto de la misma línea que Ann había rectificado—. Yo también rezo por mi madre —añadió en un susurro.

Al sonreír, las mejillas de Ann se hincharon.

—Tienes razón, Richard. La gente barro no es tan tonta para tratar de sobornar con tortas de arroz a unas fuerzas poderosas en las que creen y a las que temen, ¿no crees?

—Lo importante es el gesto de la ofrenda —repuso Richard. Por la calma con la que sabía tratarla, Kahlan se dio cuenta de que Richard había aprendido a distinguir las buenas hierbas de las malas. Para Kahlan era evidente lo que quería decir.

»Lo que verdaderamente apacigua a lo desconocido es la súplica que dirigen a unas fuerzas que temen.

—Sí —convino Ann—. La naturaleza de la ofrenda es meramente simbólica. Con ella se quiere rendir homenaje al poder de esas fuerzas. De ese modo confían en aplacarlas. A veces, basta con un gesto cortés de rendición para aplacar a un enemigo enfurecido, ¿verdad?

Tanto Kahlan como Richard se mostraron de acuerdo, pero no Cara.

—Es mejor matar al enemigo y acabar de una vez con el problema —espetó la mord-sith desde la puerta.

Ann se lo tomó con humor.

—Bueno, querida —le dijo, echándose hacia atrás para mirarla—, a veces la alternativa que propones tiene su mérito.

—¿Y cómo «matarías» a los malos espíritus? —preguntó Zedd con voz débil pero que se oyó por encima del tamborileo de la lluvia.

A falta de respuesta Cara le lanzó una mirada iracunda. Richard no escuchaba la conversación, absorto como estaba en la Gracia.

—De igual modo —dijo—, los malos espíritus y... otros podrían enfadarse por una falta de respeto hacia ellos.

Kahlan se disponía a preguntarle por qué de repente se tomaba tan en serio los malos espíritus de la gente barro, pero Zedd le llamó la atención rozándole una pierna. Luego le dirigió una mirada de soslayo con la que le pedía silencio.

—Algunos lo creen, Richard —dijo Zedd.

—¿Por qué habéis dibujado este símbolo, esta Gracia?

—Ann y yo queríamos comprobar unas cuantas cosas. A veces, una Gracia es inestimable. Una Gracia es simple y, al mismo tiempo, de una complejidad infinita. Se necesita toda una vida para entenderla, aunque, como un niño que aprende a andar, hay que empezar con un primer paso. Ya que tú naciste con el don, nos pareció que sería un buen momento para que empezaras.

El don de Richard seguía siendo un gran enigma para él mismo. Después de haberse reunido por fin con su abuelo, el joven necesitaba profundizar en los misterios de ese don y comenzar de una vez por todas a trazar el mapa del territorio ignoto que representaba su poder. Kahlan deseaba que dispusieran del tiempo que Richard necesitaba, pero no era así.

—Zedd, me gustaría que echaras un vistazo al cuerpo de Juni.

—La lluvia amainará dentro de poco —la tranquilizó el mago—. Entonces iré.

Richard resiguió con el dedo una línea que representaba el don, es decir la magia.

—Si es el primer paso y es tan importante, ¿por qué las Hermanas de la Luz no me enseñaron nada sobre la Gracia cuando me llevaron con ellas al Palacio de los Profetas en el Viejo Mundo y tuvieron la oportunidad? —dijo, mirando de manera significativa a Ann.

Kahlan sabía que Richard adoptaba inmediatamente una actitud recelosa y desconfiada cuando le parecía que alguien trataba de ponerle un ronzal, por muy amablemente que lo trataran o por buena que fuera la intención. Las Hermanas de Ann le habían puesto un collar al cuello.

Ann lanzó una rápida mirada a hurtadillas a Zedd.

—Las Hermanas de la Luz nunca habían intentado enseñar a alguien como tú, a alguien nacido con Magia de Suma y de Resta. Teníamos que ser muy prudentes —se explicó, eligiendo cuidadosamente las palabras.

La voz de Richard había cambiado sutilmente de interrogado a interrogador.

—No obstante, ¿ahora piensas que debo aprender sobre la Gracia?

—También la ignorancia es peligrosa —replicó Ann críticamente.

5

Zedd cogió un puñado de tierra seca del suelo.

—Ann es muy dada a la exageración —refunfuñó el mago—. Yo te hubiera instruido sobre la Gracia hace mucho tiempo, Richard, pero hemos estado separados. Eso es todo.

Las palabras de Zedd lograron lo que Ann no había conseguido: calmar la aprensión que sentía Richard. Los músculos de sus hombros y cuello, perfectamente definidos, se relajaron.

—Aunque una Gracia parece simple —continuó explicando Zedd—, representa el conjunto de todo. Se dibuja así.

El mago se inclinó hacia adelante de rodillas. Con una precisión fruto de la práctica dejó que la tierra se le escurriera por un lado del puño y trazó rápidamente un símbolo idéntico al anterior.

—El círculo exterior representa el inicio del inframundo, el mundo infinito de los muertos. Fuera de este círculo, o sea en el inframundo, no hay nada más; sólo existe la eternidad. Por esta razón la Gracia se empieza aquí, a partir de la nada. La Creación empieza donde antes no había nada.

Dentro del círculo exterior había perfilado un cuadrado cuyas esquinas tocaban el círculo. El cuadrado contenía otro círculo que rozaba las líneas del cuadrado y en cuyo interior había una estrella de ocho puntas. Desde las puntas se habían dibujado en último lugar líneas rectas que atravesaban ambos círculos; cuatro de ellas, una sí una no, cortaban las esquinas del cuadrado.

Éste simbolizaba el velo que separaba el círculo exterior del mundo de los espíritus, el inframundo o mundo de los muertos, del círculo interior, que representaba los límites del mundo de los vivos. La estrella del centro simbolizaba la Luz, o sea el Creador. Los rayos que emanaban de su Luz, del don de la magia, atravesaban todas las fronteras.

—Lo he visto antes —comentó Richard, colocando las muñecas encima de las rodillas.

Llevaba unos brazaletes de plata adornados con símbolos extraños, y en el centro de ambos, en la cara interna, había una pequeña Gracia. Kahlan no había reparado en ellas porque estaban en la parte interior.

—La Gracia es una representación del continuo del don, simbolizado por los rayos —dijo Richard—. Emanan del Creador y existe tanto en la vida como en la muerte, pues atraviesa el velo hacia la eternidad, hacia el reino del Custodio donde moran los espíritus, el inframundo. También es un símbolo de esperanza para permanecer en la luz del Creador desde que nacemos, a lo largo de la vida y más allá, en la otra vida del inframundo.

Zedd se mostró sorprendido.

—Muy bien, Richard. Pero ¿cómo sabes eso?

—He aprendido a descifrar el lenguaje de los emblemas y he leído algo sobre la Gracia.

—¿El lenguaje de los emblemas? —Era evidente que Zedd hacía esfuerzos por contenerse—. Debes saber, hijo mío, que una Gracia puede invocar magia de gran trascendencia. Si se dibuja con sustancias peligrosas, por ejemplo arena de hechicero, o se usa de manera determinada, puede tener efectos profundos como...

—Como alterar la relación entre ambos mundos con un objetivo concreto —interrumpió Richard—. Ya te he dicho que he leído un poco sobre ello.

—Yo diría que ha sido más que un poco —comentó Zedd—. Quiero que nos expliques todo lo que has hecho desde que nos separamos. Y no te dejes nada en el tintero —insistió.

Pero, en lugar de eso, Richard hizo una pregunta que dejó al mago totalmente pasmado:

—Zedd, ¿qué es una Gracia fatal?

—¿Una qué?

—Una Gracia fatal —murmuró el joven, con la mirada clavada en el dibujo del suelo.

Kahlan tenía tan poca idea como Zedd de lo que estaba hablando Richard, pero a ella ya no le extrañaba en absoluto su comportamiento. De vez en cuando Richard actuaba de ese modo, casi como si su pensamiento estuviera en otro lugar, y formulaba preguntas muy peculiares mientras consideraba un sombrío y vago dilema. Era un comportamiento típico de Buscador de la Verdad.

Asimismo desencadenaba en ella una señal de alarma, que le indicaba que Richard pensaba que algo iba muy mal. Kahlan notó que se le ponían los brazos de piel de gallina.

No se le escapó que la frente de Ann temblaba. Zedd parecía a punto de estallar con mil preguntas, pero también sabía que a veces Richard entraba en una especie de trance por razones inexplicables y lanzaba preguntas inesperadas. Zedd se esforzaba por contestarlas.

Frotándose con la yema de los dedos las arrugas de la frente, inspiró hondamente para armarse de paciencia.

—Córcholis, Richard, jamás había oído hablar de una Gracia fatal. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo leí en alguna parte —murmuró el joven—. Zedd, ¿puedes levantar otro Límite, puedes invocar un Límite como hiciste antes de que yo naciera?

El mago contrajo el rostro, incapaz de ocultar su frustración.

—¿Qué razón tendría para...?

—Aislar el Viejo Mundo y poner así fin a la guerra.

Pillado por sorpresa, Zedd se quedó con la boca abierta, pero en seguida apareció una sonrisa en su cara angulosa y llena de arrugas.

—Muy bien, Richard. Serás un mago magnífico; siempre piensas en cómo utilizar la magia para impedir sufrimientos y males. Sí, muy buena idea. Por desgracia —añadió poniéndose serio—, no puedo volver a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Fue un hechizo de tres. Es decir, estaba estrechamente vinculado a tres de esto y tres de aquello. Los hechizos más poderosos suelen estar bien protegidos. La fórmula de los tres y tres es simplemente un modo de evitar que magia poderosa se desencadene fácilmente. El hechizo del Límite era uno de éstos. Lo encontré en un texto antiguo escrito antes de la gran guerra.

»Parece que has salido a tu abuelo y te interesa leer libros viejos llenos de cosas extrañas. La diferencia es que yo he estudiado toda mi vida y sabía lo que hacía. Conocía los peligros y sabía cómo evitarlos o minimizarlos. Conocía mis propias capacidades y mis limitaciones. Hay una gran diferencia, hijo mío.

—Solamente existían dos Límites —insistió Richard.

—Ah, bien, la Tierra Central estaba envuelta en una guerra terrible con D'Hara. —Zedd cruzó las piernas bajo el cuerpo y prosiguió—. Utilicé el primero de los tres para aprender cómo manejar el hechizo, cómo funcionaba y cómo lanzarlo. Con el segundo separé la Tierra Central y D'Hara para poner fin a la guerra. Y el último lo usé para aislar la Tierra Occidental, para quienes quisieran vivir sin magia y de ese modo evitar un alzamiento contra los poseedores del don.

A Kahlan le costaba imaginar un mundo sin magia. A ella le parecía una idea lúgubre y sombría, pero era consciente de que algunas personas simplemente querían vivir su vida sin tener nada que ver con la magia. Y la Tierra Occidental, aunque no era muy grande, era el lugar para hacerlo, o al menos lo había sido hasta entonces.

—Ya no hay más Límites. No hay nada que hacer —sentenció Zedd.

Había pasado casi un año desde que Rahl el Oscuro había derribado los Límites para que las tres tierras volvieran a unirse. Era una lástima que la idea de Richard fuese impracticable, que no pudieran

aislar el Viejo Mundo e impedir que la guerra se extendiera por todo el Nuevo Mundo. Ésta, que sólo acababa de comenzar, causaría innumerables víctimas.

—¿Alguno de vosotros tiene idea de por dónde anda el profeta Nathan? —La voz de Ann rompió el silencio.

—Yo lo vi hace poco —respondió Kahlan—. Me ayudó a salvar a Richard dándome el libro que había sido robado del Templo de los Vientos y diciéndome las tres palabras mágicas que necesitaba para destruir el libro y mantener a Richard con vida hasta que pudiera recuperarse de la peste.

Ann tenía el mismo aspecto que un lobo a punto de zamparse a alguien.

—¿Y dónde fue eso? —preguntó.

—En algún lugar del Viejo Mundo. La hermana Verna también estaba allí. Una mujer muy querida por Nathan acababa de ser asesinada delante de él. Nathan me dijo que a veces las profecías desbaratan todos nuestros intentos por burlarlas y que a veces nos creemos más listos de lo que en realidad somos, pensando que podemos cambiar el destino si lo deseamos con todas nuestras fuerzas.

»Se marchó con dos de sus hombres, Walsh y Bollesdun. Pero antes dijo que devolvía a Richard el título de lord Rahl. Luego advirtió a Verna que sería inútil tratar de seguirlo.

»Creo —añadió, mirando a Ann a los ojos—, que se marchaba para tratar de olvidar lo que fuera que acabó esa noche, para olvidar a la persona que lo había ayudado y que dio la vida por él. No creo que puedas encontrarlo si él no quiere.

Se hizo un profundo silencio, que Zedd rompió al golpearse las rodillas con las palmas de las manos.

—Richard, quiero saber todo lo que ha pasado desde la última vez que nos vimos, a principios del invierno pasado. Lo quiero saber todo. No te dejes nada; los pequeños detalles también son importantes. Aunque a ti quizá no te lo parezca, los detalles pueden ser realmente esenciales. Tengo que saberlo absolutamente todo.

Richard alzó la vista el tiempo suficiente para captar la expresión expectante de su abuelo.

—Ojalá tuviéramos tiempo para eso, Zedd, pero no lo tenemos. Kahlan, Cara y yo tenemos que regresar a Aydindril.

Ann jugueteaba con un botón del cuello. Kahlan vio que en su fachada de imperturbable serenidad y paciencia comenzaban a aparecer las primeras grietas.

—Podemos empezar ahora y seguir hablando durante el viaje —propuso.

—Me encantaría quedarme con vosotros, de veras, pero no podemos demorar el viaje —replicó Richard—. Tenemos que regresar en seguida. Iremos en la sliph y, sintiéndolo en el alma, vosotros dos no nos podéis acompañar. Tendréis que viajar hasta Aydindril solos. Cuando lleguéis, ya hablaremos.

—¿La sliph? —preguntó Zedd, frunciendo la nariz—. ¿De qué estás hablando?

Richard no contestó, ni siquiera pareció haber oído la pregunta. Miraba absorto la ventana cubierta con la tela. Kahlan respondió por él:

—La sliph es una... —Se interrumpió. ¿Cómo explicarlo?—. Bueno, es una especie de ser vivo de azogue que es capaz de comunicarse con nosotros. Quiero decir que habla.

—¿Habla? ¿Y de qué habla? —preguntó Zedd con voz inexpresiva.

—Lo importante no es lo que dice. —Con la uña del pulgar Kahlan jugueteaba con la costura de la pernera del pantalón, mirando fijamente los ojos color avellana de Zedd—. La sliph fue creada por hechiceros en la gran guerra. Creaban armas a partir de seres humanos, y una de éstas fue la sliph. Era una mujer. Con su vida los magos dieron forma a la sliph: un ser capaz de transportar a otros con su magia. La sliph es capaz de recorrer rápidamente grandes distancias, distancias realmente grandes, por ejemplo, desde aquí a Aydindril en menos de un día.

Zedd se quedó pensativo. Kahlan sabía que sus palabras le habían chocado, pues también ella había reaccionado igual al principio. Lo normal era que un viaje como ése durara muchas jornadas o semanas, incluso a caballo.

—Lo siento, Zedd —siguió diciendo Kahlan—, pero tú y Ann no podéis venir. Como tú mismo has explicado, la magia de la sliph tiene normas que la protegen. Por eso Richard no pudo llevar consigo la *Espada de la Verdad*, porque es incompatible con la magia de la sliph.

»Para viajar en ella es necesario tener una mínima cantidad de Magia de Resta además de Magia de Suma. Tú no la tienes. Tanto tú como Ann moriríais en la sliph. Yo poseo un elemento de Resta unido a mi poder de Confesora, y Cara se sirvió de su habilidad de mord-sith para capturar el don de un andoliano que también poseía Magia de Resta, por lo que también ella puede viajar. Y en cuanto a Richard, él tiene el don para la Magia de Resta.

—¡No me digas que has usado Magia de Resta! Pero, pero ¿cómo... qué... dónde...? —farfulló Zedd, olvidándose de lo que quería preguntar primero.

—La sliph vive en una especie de pozo de piedra. Richard la llamó y ahora podemos viajar en ella. Pero debemos ir con cuidado, pues Jagang también puede enviarnos a sus esbirros mediante ella. Por eso, cuando no la necesitamos Richard la adormece poniendo en contacto las Gracias dibujadas en los brazaletes de las muñecas. —Kahlan hizo un gesto—. De ese modo la sliph se reúne con su alma en el inframundo.

Ann se había quedado lívida.

—Zedd, ya te lo advertí. No podemos permitir que vaya por ahí solo. Es demasiado importante. Va a conseguir que lo maten.

El mago parecía a punto de explotar.

—¿Has usado las Gracias de los brazaletes? ¡Maldita sea, Richard! ¡No tienes ni idea de lo que estás haciendo! ¡Cada vez que las usas perturbas el velo!

Pero Richard tenía la mente en otra parte. Chasqueó los dedos y señaló las recias ramas apiladas debajo del estante. A continuación agitó los dedos con impaciencia. Aunque ignoraba para qué la quería, Zedd le pasó una. Richard la partió en dos encima de la rodilla sin apartar la mirada de la ventana.

Al resplandor del siguiente relámpago, Kahlan vio la silueta de un pollo en el alféizar, al otro lado de la tela. Mientras el relámpago estallaba y el trueno retumbaba, la sombra del pollo se desplazó sigilosamente a la otra esquina de la ventana.

Richard lanzó la rama con fuerza, que dio de lleno al animal en el pecho. El pollo soltó un graznido de sorpresa, batió frenéticamente las alas y por un momento cayó de espaldas del alféizar.

—¡Richard! —exclamó Kahlan, cogiéndolo por una manga—. ¿Por qué has hecho eso? Ese pollo no molestaba a nadie. El pobre animal sólo quería resguardarse de la lluvia.

Pero Richard no pareció oírla, pues se dirigió a Ann:

—Tú has vivido en el Viejo Mundo con él. ¿Sabes mucho sobre el Caminante de los Sueños?

—Bueno, supongo que algo sé —balbució la hechicera, sorprendida.

—¿Sabes que Jagang es capaz de invadir la mente de otra persona, colarse entre sus pensamientos y atrincherarse ahí, a veces sin que esa persona se dé cuenta?

—Pues claro que lo sé —replicó. Parecía casi indignada de que Richard creyera que fuese tan ignorante acerca del enemigo al que se enfrentaban—. Pero tú estás protegido, así como todos los vinculados a ti. El Caminante de los Sueños no puede invadir la mente de los leales a lord Rahl. No sé por qué, pero funciona.

—Yo lo sé. Es por Alric.

Zedd parpadeó, confundido.

—¿Quién dices?

—Alric Rahl, uno de mis antepasados. He leído que los Caminantes de los Sueños fueron armas diseñadas hace tres mil años, durante la gran guerra. Alric Rahl creó un conjuro, el vínculo, para proteger de los Caminantes a su pueblo y a cualquiera que le jurara lealtad. El poder del vínculo se transmite a todos los Rahl nacidos con el don.

Zedd abrió la boca para preguntar algo, pero Richard ya se dirigía a Ann.

—Jagang se apoderó de la mente de un mago y lo envió para matarnos a Kahlan y a mí. Intentó usarlo como un asesino.

—¿Un mago dices? ¿Quién?, ¿qué mago?

—Marlin Pickard —respondió Kahlan.

—¡Marlin! —Ann suspiró y meneó la cabeza—. Pobre chico. ¿Qué le pasó?

—La Madre Confesora lo mató —contestó Cara al instante—. La Madre Confesora es una verdadera hermana del agiel.

Ann cruzó las manos en el regazo y se inclinó hacia Kahlan.

—¿Cómo lograste averiguar que...?

—Es de esperar que vuelva a intentar algo parecido —interrumpió Richard—. Mi pregunta es: ¿puede un Caminante de los Sueños invadir la mente de un ser vivo que no sea una persona?

Ann dedicó a la pregunta más reflexión de la que Kahlan creía que merecía.

—No —dijo al fin—, creo que no.

—Crees que no. ¿Es una mera suposición o estás segura? Es importante. Por favor, no respondas a la ligera.

Ann intercambió una prolongada mirada con Richard antes de negar con la cabeza.

—No. No puede hacer eso.

—Ann tiene razón —la apoyó Zedd—. Sé lo bastante sobre él para saber de qué no es capaz. El Caminante de los Sueños necesita un alma, un alma similar a la suya. Si no, su poder no funciona. Es como si tratara de proyectar su mente en una roca para averiguar qué piensa.

—En ese caso, no es Jagang —murmuró Richard para sí, con aire pensativo.

Zedd puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Qué no es Jagang? —quiso saber.

Kahlan suspiró. A veces, tratar de seguir el razonamiento de Richard era como tratar de coger hormigas con una cuchara.

6

Cuando Richard habló no fue para contestar a Zedd; sus palabras fueron por derroteros muy distintos.

—Los repiques. ¿Te has ocupado de eso? Se supone que es algo simple. ¿Ya está solucionado?

—¿Qué es simple? —explotó Zedd— ¿Quién te ha dicho eso?

Richard pareció sorprendido por la pregunta.

—Lo leí. Bueno, ¿te has ocupado de eso?

—Decidimos que no había nada de lo que «ocuparse» —dijo Ann. En su voz se notaba un trasfondo de enfado.

—Es cierto —gruñó Zedd—. ¿Qué quieres decir con que es simple?

—Kolo dice que al principio se alarmaron mucho, pero que después de investigarlo descubrieron que los repiques son un arma simple y fácil de vencer. ¿Cómo sabes que no es un problema? ¿Estás seguro?

—¿Kolo? Córcholis, Richard, ¿de qué estás hablando? ¿Quién es ese Kolo?

Richard agitó una mano como pidiéndole paciencia, se levantó y anduvo hasta la ventana. Allí levantó la cortina. El pollo había desaparecido. Mientras se ponía de puntillas para mirar afuera, donde caía una lluvia torrencial, Kahlan contestó en su lugar.

—Richard encontró un diario personal en el Alcázar. Está escrito en d'haraniano culto, una lengua muerta. Él y otra de las mord-sith, Berdine, que sabe un poco de d'haraniano culto, han trabajado muchísimo para traducir una parte.

»Lo escribió un mago que vivía en el Alcázar durante la gran guerra, pero no sabemos cómo se llamaba, por lo que lo llamamos Kolo, que en d'haraniano culto significa "consejero de confianza". El diario nos ha sido tremendamente útil.

Zedd se volvió para mirar a Richard con recelo, luego se dirigió a Kahlan y, cuando habló, la sospecha se había trasladado también a su voz.

—¿Y dónde encontró ese diario?

Richard empezó a caminar de un lado a otro con los dedos apoyados en la frente, absorto en sus cavilaciones. Zedd aguardaba una respuesta.

—En la habitación de la sliph, en el nivel inferior de la gran torre.

—La gran torre —repitió Zedd en tono de acusación. Nuevamente echó una rápida mirada a Richard—. No me digas que te refieres a la habitación sellada.

—Esa misma. Cuando Richard destruyó las torres que separaban el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo para regresar, el sello de la habitación también voló por los aires. Allí fue donde encontró el diario, los huesos de Kolo y a la sliph.

Richard se detuvo junto a su abuelo.

—Zedd, ya te lo explicaremos más tarde. Ahora mismo lo que me interesa es por qué crees que los repiques no están aquí.

—¿Aquí? —repitió Kahlan muy extrañada—. ¿Qué quieres decir con «aquí»?

—Aquí, en este mundo. Zedd, ¿cómo lo sabes?

El mago señaló con un dedo el espacio vacío en el círculo alrededor de la Gracia que él y Ann habían dibujado en el suelo.

—Siéntate, Richard, me estás poniendo nervioso. Pareces un sabueso que da vueltas esperando que lo suelten.

Mientras Richard obedecía, no sin antes comprobar una última vez la ventana, Kahlan preguntó a Zedd:

—¿Qué son los repiques?

El mago se encogió de hombros.

—Simplemente unos seres de lo más irritante, pero...

—¿Irritantes? —exclamó Ann, dándose una palmada en la frente—. ¡Yo diría más bien catastróficos!

—¿Y los invoqué yo? —La voz de Kahlan dejaba traslucir una profunda inquietud. Había pronunciado en voz alta el nombre de los tres repiques para completar el conjuro necesario para salvar a Richard. Cuando lo hizo no conocía su significado, pero sabía que o los decía o Richard moriría en cuestión de segundos.

—No, no. —Zedd agitó una mano para aplacar sus miedos—. Tal como dice Ann, pueden causar problemas, pero...

Richard se arremangó los pantalones por las rodillas y cruzó las piernas.

—Zedd, por favor, contesta mi pregunta: ¿cómo sabes que no están aquí?

—Porque los repiques son una obra de tres. Eso explica, en parte, que también ellos sean tres: Reechani, Sentrosi y Vasi.

Kahlan dio un respingo.

—Pensaba que no se debían pronunciar sus nombres en voz alta.

—Tú no. Una persona normal puede decirlos sin que pase nada. Yo puedo pronunciar sus nombres sin invocarlos, como Ann y también Richard. Pero cuando se trata de personas tan excepcionales como tú...

—¿Por qué yo soy excepcional?

—Porque tu magia es suficientemente poderosa para invocar su ayuda en bien de otro. Pero sin el don, que protege el velo, los repiques podrían utilizar tu magia para penetrar en este mundo. Se supone que los nombres de los tres repiques son secretos.

—En ese caso, es posible que los haya traído a este mundo.

—Por todos los espíritus —susurró Richard, que se había quedado blanco—. Podrían estar aquí.

—No, no. Existen innumerables medidas preventivas y numerosos requisitos tan rigurosos como excepcionales. —Zedd alzó un dedo para silenciar la pregunta de Richard antes de que saliera de su boca—. Por ejemplo, entre muchas otras cosas, Kahlan tendría que ser tu tercera esposa. ¿Contento, señor «lo he leído en un libro»? —le espetó con una radiante sonrisa.

—Perfecto —repuso Richard con un hondo suspiro de alivio. Volvía a recuperar el color—. Perfecto. Sólo es mi segunda esposa.

—¿Qué? —Zedd levantó bruscamente los brazos con tanto ímpetu que estuvo a punto de caerse hacia atrás. Resopló y volvió a bajarse las mangas—. ¿Cómo que es tu segunda esposa? Te conozco desde que naciste, Richard, y sé que no has amado a otra mujer que no fuese Kahlan. ¿Por qué tendrías que haberte casado con otra, en nombre del Creador?

Richard carraspeó. Él y Kahlan se miraron con expresión afligida.

—Es una larga historia, pero se resume en que para poder entrar en el Templo de los Vientos y poner fin a la peste, tuve que casarme con Nadine. Por tanto, Kahlan es mi segunda esposa.

—Nadine. —Zedd se quedó boquiabierto y se dedicó a rascarse una de sus mejillas hundidas—. ¿Nadine Brighton? ¿Esa Nadine?

—Sí —respondió Richard, incómodo—. Nadine... murió poco después de la ceremonia.

El mago soltó un quedo silbido.

—Nadine era una chica estupenda. Iba a ser curandera. Pobrecita. Sus padres quedarán desconsolados.

—Sí, pobrecita —murmuró Kahlan en voz apenas audible.

Nadine se había empeñado en que Richard fuese suyo y no se había detenido ante nada para conseguirlo. Por muchas veces que Richard le dijera en términos muy explícitos que entre ellos dos no había nada, que nunca habría nada, y le pidiera que se marchara lo antes posible. Nadine se limitaba a sonreír y a decir «como tú digas, Richard», y continuaba maquinando, para exasperación de Kahlan.

Aunque ésta nunca le había deseado ningún mal real, y mucho menos la horrible muerte que tuvo, Kahlan era incapaz de fingir que compadecía a esa zorra maquinadora, que era como la llamaba Cara.

—¿Por qué te has puesto roja? —preguntó Zedd.

Kahlan levantó la mirada. Tanto Zedd como Ann la observaban.

—Yo... esto... eh, un momento —dijo cambiando de tema—. Cuando pronuncié el nombre de los tres repiques no estaba casada con Richard. No nos casamos hasta anoche, con la gente barro. Así que, ya veis, cuando lo hice ni siquiera era su esposa.

—Mucho mejor. Un impedimento más para los repiques —comentó Ann.

Richard tomó a Kahlan de la mano.

—Bueno, eso no es exactamente cierto. Cuando hicimos los juramentos que se nos pedían para que yo pudiera entrar en el templo, en nuestros corazones los hicimos para nosotros. De modo que puede decirse que nos casamos, porque hicimos el juramento.

—A veces la magia, al menos la magia del mundo de los espíritus, funciona mediante reglas ambiguas.

Ann se revolvió incómodamente.

—Cierto, muy cierto.

—En el fondo no importa. De un modo u otro, Kahlan sólo sería su segunda esposa. —Zedd los miró a ambos con recelo—. Esta historia se hace más y más complicada cada vez que abris la boca. Tengo que saberlo todo.

—Antes de partir te contaremos parte de la historia. Luego, en Aydindril, tendremos tiempo para explicártelo todo. Ahora debemos regresar en la sliph lo antes posible.

—¿Por qué tanta prisa, hijo?

—Nada le gustaría más a Jagang que apoderarse de la peligrosa magia que se guarda en el Alcázar del Hechicero. Si lo consigue, sería un desastre. Zedd, tú eres el más adecuado para proteger el Alcázar, pero mientras no estés en Aydindril, ¿no te parece que Kahlan y yo seremos mejor que nada?

»Por lo menos estábamos allí cuando Jagang envió a Marlin y a la hermana Amelia a Aydindril.

—¡Amelia! —Ann cerró los ojos y se apretó las sienes—. Es una Hermana de las Tinieblas. ¿Sabéis dónde está ahora?

—La Madre Confesora también la mató —respondió Cara desde la puerta.

Kahlan la miró enfadada, pero la mord-sith le sonrió como una hermana orgullosa de ella.

Ann abrió un solo ojo para mirar detenidamente a Kahlan.

—No debió de ser tarea fácil. Un mago dirigido por el Caminante de los Sueños y ahora una mujer que maneja el talento oscuro del Custodio.

—No fue más que un acto desesperado.

Zedd expresó su aprobación con un breve gruñido.

—A veces, en los actos desesperados se esconde una magia muy poderosa.

—Pronunciar el nombre de los tres repiques fue algo parecido —replicó Kahlan—: un acto desesperado para salvar a Richard. ¿Qué son los repiques? ¿Por qué estáis tan preocupados?

Zedd se movió para sentarse más cómodamente sobre su huesudo trasero.

—Si la persona equivocada pronuncia sus nombres para pedirles ayuda e impedir que alguien cruce la línea —explicó, dando pequeños toques a la parte del dibujo que representaba el mundo de los muertos—, sin quererlo puede traerlos al mundo de los vivos, donde tratarán de cumplir el propósito para el que fueron creados: eliminar la magia.

—La absorben como la tierra reseca absorbe la lluvia de verano. Podría decirse que son seres, aunque no están vivos. No poseen alma —aclaró Ann.

Zedd asintió con expresión sombría.

—Los repiques son criaturas mágicas del otro lado. Son seres del inframundo. En nuestro mundo anularían la magia.

—¿Quieres decir que persiguen y matan a todos los que poseen magia? —preguntó Kahlan—. ¿Cómo solían hacer los seres de sombra, que matan a quien tocan?

Ann fue la encargada de responder.

—No. Pueden matar y matan, pero su mera presencia en este mundo, con el tiempo, bastaría para extinguir la magia. Finalmente, cualquiera que dependiera de la magia para sobrevivir, moriría: primero los más débiles y, en último término, incluso los más fuertes.

—Debéis comprender que no sabemos mucho sobre ellos —advirtió Zedd—. Fueron creados en la gran guerra por magos que poseían un poder inimaginable. El don ya no es lo que era.

—Si los repiques lograran infiltrarse en este mundo y acabarían con la magia, ¿los que poseen el don simplemente perderían sus poderes? —preguntó Richard—. Por ejemplo, ¿la gente barro ya no podría comunicarse con los espíritus de sus antepasados? ¿Los seres mágicos se extinguirían, y todo quedaría ahí? ¿Se salvarían las personas, los animales y las plantas normales? ¿Sería un mundo parecido a la Tierra Occidental, donde yo nací, y donde no existe la magia?

Kahlan sentía el débil retumbar de los truenos en el suelo. La lluvia seguía cayendo con fuerza. El fuego que ardía en el hogar siseaba con inquina a su líquido enemigo.

—Eso no lo sabemos, muchacho. No existen precedentes a los que remitirnos. El mundo es tan complejo que escapa a nuestra comprensión. Sólo el Creador sabe cómo funciona todo.

La luz de las llamas proyectaba crudas sombras angulares en el rostro de Zedd. El mago continuó con sombría convicción:

—Me temo que sería mucho peor de lo que te imaginas.

—¿Peor? ¿Cómo de peor?

Zedd se alisó meticulosamente la túnica a la altura de las caderas y se tomó su tiempo en responder:

—Al oeste de aquí, en las tierras altas por encima del valle Nareef se encuentra el nacimiento del río Dammar, que desemboca en el río Drug. Pero el agua del naciente Dammar está contaminada con venenos que se filtran del suelo.

»Las tierras altas son un paraje inhóspito y yermo. Sólo de vez en cuando se ven los huesos blanqueados de un animal que se demoró y bebió demasiada agua envenenada. Es un lugar azotado por el viento, desolado y mortal.

»Los miles de pequeños arroyos y riachuelos procedentes de las laderas de las montañas vecinas confluyen en un amplio lago pantanoso de aguas superficiales antes de fluir hacia el valle. En ese lago crece en abundancia la planta paka, especialmente en el ancho extremo meridional, desde donde descienden las aguas. La paka no sólo resiste el veneno, sino que le resulta beneficioso. Tan sólo las orugas de una mariposa nocturna se alimentan de sus hojas y tejen su capullo entre los carnosos tallos de la planta.

»Los pájaros del valle Nareef anidan en la cabeza del valle del mismo nombre, en las colinas situadas justo por debajo del lago de aguas venenosas. Una de sus comidas favoritas son las bayas de la

paka, que crece un poco por encima del valle, por lo que son uno de los escasos animales que frecuentan las tierras altas. Pero no beben el agua.

—Entonces, ¿las bayas no son venenosas? —preguntó Richard.

—No. Por una de esas maravillas de la Creación, la ponzoña de las aguas es como abono para la paka, pero sus bayas no contienen ese veneno. Además la planta actúa de filtro, por lo que el agua que baja por la montaña es pura y saludable.

»En las tierras altas también vive una mariposa nocturna llamada gambit. Sus revoloteos ejercen un efecto irresistible en los pájaros del valle Nareef, que por lo general se alimentan de semillas y bayas. En un lugar tan inhóspito, los únicos enemigos del gambit son los pájaros del valle Nareef.

»Pero resulta que la paka es incapaz de reproducirse por sí misma. Debido tal vez a los venenos del agua, sus semillas tienen una cáscara dura como el acero y tampoco se abre, por lo que no germina. Solamente la magia lo logra.

A medida que avanzaba la narración, Zedd fue entrecerrando los ojos, abriendo los brazos y separando los dedos. Kahlan recordó su propio asombro de niña al escuchar por primera vez la historia de esa mariposa nocturna sentada en las rodillas de un mago, en el Alcázar.

—El polvillo que cubre las alas del gambit es mágico. Cuando el pájaro del valle Nareef se come el gambit, así como las bayas de la paka, el polvillo mágico actúa en el interior del pájaro y rompe la cáscara de las diminutas semillas. Luego las expulsan en los excrementos. Así pues, gracias a la singular magia del gambit, las semillas de la paka pueden germinar.

»A su vez, el gambit pone sus huevos en las hojas de la paka, las orugas que salen de esos huevos se alimentan de las hojas y crecen, hasta que finalmente tejen su capullo, en cuyo interior se transforman en mariposas.

—¿Qué estás diciendo? —intervino Richard—. ¿Que si la magia desapareciera, incluso seres como esa mariposa de la que hablas la perderían y, en consecuencia, la paka se extinguiría, luego el gambit y a continuación el pájaro del valle Nareef? Además, las orugas del gambit ya no podrían alimentarse de las hojas de la paka y también morirían.

—Piensa —lo animó el mago—. ¿Qué más pasaría?

—Pues, para empezar, si las pakas fueran muriendo y no brotaran nuevas, la consecuencia lógica es que el agua que baja hasta el valle Nareef estaría envenenada.

—Eso es. Y esa agua envenenaría a los animales que habitan el valle: ciervos, mapaches, puerco espines, ratones, búhos, pájaros cantores y cualquier otro que comiera sus cuerpos, como lobos, coyotes y buitres. Todos morirían. —Zedd se inclinó hacia adelante y levantó un dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Incluso los gusanos.

Richard asintió.

—Comprendo. Con el tiempo, la mayor parte del ganado que se cría en el valle moriría, y las aguas del Dammar contaminarían los cultivos. Una auténtica catástrofe para la gente y los animales que viven en el valle Nareef.

—Piensa en lo que ocurriría cuando se vendiera la carne de ese ganado, antes de darse cuenta de que está envenenada —sugirió Ann.

—O las cosechas —añadió Kahlan.

—Y eso no es todo —apostilló Zedd.

Richard los miró a los tres alternativamente.

—El río Dammar desemboca en el Drun. Si el Dammar estuviera contaminado, a su vez contaminaría al Drun, y éste, a su vez, lo contaminaría todo a su paso.

—Así es —convino con él Zedd—. Río abajo se extiende un país llamado Toscla. El Nareef es para Toscla lo mismo que una pulga para un perro. Toscla cultiva grandes cantidades de cereales y otros

productos que alimentan a muchos habitantes de la Tierra Central. Grandes caravanas de carros transportan mercancías al norte.

Hacía mucho tiempo que Zedd había abandonado la Tierra Central. Toscla era un nombre antiguo. Se trataba de un remoto país situado en el suroeste de la Tierra Central. La Tierra Salvaje lo aislaba como un océano del resto de la Tierra Central. La población dominante, que se autodenominaban anders, solía cambiarse de nombre y, por ende, el de su país. Por ello, lo que Zedd conocía como Toscla había sido Vengren, Vendice, Turslan y, en ese momento, Anderith.

—El cereal contaminado se vendería sin saber que es venenoso y a su vez envenenaría a muchas personas, o, con el tiempo, los habitantes de Toscla lo descubrirían y ya no podrían vender sus cosechas. El ganado del país no resistiría mucho. Muy probablemente, los peces que pescaran en la costa también estarían envenenados, pues el Drun desemboca en el mar y lo contaminaría. Con el tiempo la ponzoña llegaría a los campos y mataría los nuevos cultivos, que son la esperanza del futuro.

»Con el ganado y la pesca contaminados, y sin cosechas que vender para comprar otros alimentos, la población de Toscla perecería. También serían malos tiempos para los países que les compran las cosechas y les venden otros alimentos, pues no tendrían a quien vender. La marcha normal del comercio quedaría afectada, la escasez de alimentos dispararía los precios y, en consecuencia, todos los habitantes de la Tierra Central tendrían problemas para alimentar a sus familias.

»La escasez alimentaría el descontento social. El hambre se generalizaría. Se extendería el pánico. La gente huiría a zonas no contaminadas, en las que ya viven otras personas, por lo que podrían producirse luchas. La desesperación avivaría las llamas. Nadie impondría el orden.

—Todo eso no son más que especulaciones. No estás prediciendo una calamidad de grandes proporciones, ¿verdad? Si la magia desapareciera, tal vez las consecuencias no serían tan desastrosas —apuntó Richard.

Zedd se encogió de hombros.

—Nunca ha ocurrido algo así, por lo que no es fácil hacer predicciones. Tal vez las aguas de los ríos Dammar y Drun diluirían el veneno, y éste sólo contaminaría zonas muy restringidas. El Drun desemboca en el mar, y tal vez toda esa agua neutralizaría la ponzoña, por lo que la pesca no se vería afectada. Es posible que todo quedara en unas pocas molestias.

A la tenue luz, el pelo de Zedd parecía una llamarada blanca.

—No obstante —añadió en susurros, clavando la mirada en su nieto—, la desaparición de la magia del gambit podría desencadenar una cascada de acontecimientos que culminarían en el fin de la vida tal como la conocemos.

Richard se pasó una mano por la cara mientras se imaginaba cómo se extendía el desastre de manera imparable por la Tierra Central.

—¿Empiezas a entenderlo? ¿Captas la idea? —le espetó Zedd, que dejó que el incómodo silencio se prolongara, antes de añadir—: Y estamos hablando de sólo una criatura mágica. Podría ponerte muchos otros ejemplos.

»Los repiques pertenecen al mundo de los muertos. Desde luego ellos estarían encantados —masculló Richard, pasándose una mano por el pelo—. ¿Significa eso que si la magia fallara, los más débiles morirían los primeros, y la magia del gambit estaría entre las primeras en desaparecer?

—¿Cómo saber hasta qué punto es fuerte la magia del gambit? Es imposible de decir. Podría estar entre las primeras o entre las últimas.

—¿Y Kahlan?, ¿perdería su poder? Su poder es su protección; lo necesita.

Richard había sido el primero que la había aceptado tal como era y que la amaba incluso pese a su poder. De ese modo, Richard había dado con la clave de su poder de Confesora, y eso era lo que lo protegía de su naturaleza mortífera. Gracias a eso podían compartir la esencia física de su amor sin que el poder de Kahlan destruyera a Richard.

—¡Córcholis, Richard! ¿Por qué no atiendes? Pues claro que lo perdería. Es magia, y toda la magia desaparecería: la suya, la mía y la tuya. Pero lo importante no es eso, sino que el mundo podría acabarse.

—Yo no sé cómo usar el don que poseo, por lo que a mí no me importaría demasiado. Pero para otros es esencial. No podemos permitir que eso suceda.

—Por suerte, no puede suceder. —Zedd se alisó las mangas en un gesto enfático—. Simplemente lanzamos conjeturas sobre lo que podría llegar a pasar.

Richard se acercó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos. Nuevamente se sumió en su lejano mundo de silencio.

—Zedd tiene razón —dijo Ann—. No son más que especulaciones. Los repiques no andan sueltos. Ahora lo importante es Jagang.

—Si la magia acabara, ¿no perdería también él su capacidad como Caminante de los Sueños? —sugirió Kahlan.

—Por supuesto. Pero nada indica que...

—Si los repiques estuvieran libres en este mundo, ¿cómo podríamos detenerlos? —la interrumpió Richard—. Se supone que es fácil. ¿Cómo lo harías tú?

Ann y Zedd se miraron.

Antes de que pudieran responder, Richard giró la cabeza hacia la ventana, se levantó y cruzó la habitación en tres zancadas. Al llegar a la ventana apartó la cortina y atisbó afuera. Rachas de viento cargadas de lluvia le golpearon la cara mientras se asomaba para mirar a ambos lados. Los relámpagos restallaban en el opaco aire de la tarde, seguido de los truenos.

—¿Tienes idea de lo que puede estar pensando? —preguntó Zedd a Kahlan en voz baja.

Ésta se humedeció los labios.

—Me imagino algo, pero si te lo dijera no me creerías.

Richard ladeó la cabeza, escuchando en el silencio. Kahlan se esforzó por oír algo fuera de lo normal.

En la distancia sonó el grito de un niño aterrorizado.

Richard salió disparado hacia la puerta.

—Esperadme aquí —dijo.

Nadie le hizo caso.

7

Zedd, Ann, Cara y Kahlan corrían detrás de Richard por los callejones entre paredes de estuco, levantando barro con los pies. Apenas se veía nada en medio del aguacero. Por si fuera poco, la lluvia estaba helada.

Los cazadores, que no se separaban de ellos ni a sol ni a sombra, aparecieron de repente en medio del diluvio para correr a su lado. Las casas que dejaban atrás velozmente eran, en su mayor parte, hogares de una sola habitación que compartían, al menos, una pared común, aunque a veces compartían hasta tres. El resultado era un complejo laberinto sin un diseño aparente.

Kahlan se sorprendió al comprobar la ligereza con la que Ann seguía a Richard a la cabeza del pequeño grupo. Aunque por su aspecto no parecía una buena corredora, mantenía el paso con facilidad. Zedd se ayudaba marcando una cadencia veloz y constante con sus huesudos brazos. Cara, con sus largas piernas, trotaba junto a Kahlan. Y los cazadores, muy acostumbrados a la carrera, corrían con una gracia natural. Primero iba Richard, con la capa dorada agitándose a su espalda y aspecto intimidador; comparado con los nervudos cazadores era una verdadera mole humana que avanzaba en tromba por los callejones.

El joven avanzó un poco por el serpenteante callejón antes de girar a la derecha como una flecha en la primera esquina. Una cabra negra y dos marrones contemplaron con curiosidad la procesión que pasaba a toda prisa, igual que varios niños desde diminutos patios en los que se había plantado colza para los pollos. Algunas mujeres también los miraron boquiabiertos desde las puertas flanqueadas por tiestos con hierbas aromáticas.

En la siguiente esquina Richard giró a la izquierda. Al ver el grupo que corría en su dirección, una mujer joven que se resguardaba bajo un tejadillo cogió en brazos a un niño que lloraba. Sosteniendo la cabeza del pequeño contra el hombro, la joven se pegó a la puerta para dejar el paso libre a la pequeña tropa que se acercaba. El niño continuaba llorando, pese al consuelo de su madre.

Finalmente Richard se detuvo bruscamente. La comitiva que lo seguía estuvo a punto de chocar contra él. La mujer miraba con ojos muy abiertos y expresión asustada a toda esa gente que de pronto la rodeaba.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué queréis de nosotros?

Richard quiso que le tradujeran sus palabras antes incluso de que acabara de hablar. Kahlan se abrió paso a duras penas hasta la cabeza del grupo. El niño que la mujer llevaba en brazos tenía cortes y arañazos que sangraban.

—Hemos oído a tu hijo llorar y pensamos que había pasado algo —le dijo mientras acariciaba el pelo del desconsolado niño—. *Estábamos preocupados por tu hijo. Hemos venido a ayudar.*

Aliviada, la mujer dejó que el peso del niño le resbalara de la cadera hasta el suelo. Entonces se agachó y comenzó a limpiarle la sangre de los cortes con un trozo de tela ensangrentado mientras le susurraba palabras dulces para calmarlo. Finalmente levantó la vista hacia la pequeña multitud que los rodeaba.

—Ungi está bien. Gracias por preocuparos, pero son sólo cosas de niños. Los niños se meten en problemas.

Kahlan tradujo sus palabras.

—Pregúntale por los arañazos —dijo Richard.

—*Ka chenota* —fue la respuesta de la mujer barro.

—Un pollo —dijo Richard adelantándose a la traducción de Kahlan. Por lo visto había aprendido que en el lenguaje de la gente barro *chenota* significaba «pollo»—. ¿Un pollo lo atacó? ¿*Ka chenota*?

La madre parpadeó cuando Kahlan tradujo la pregunta de Richard. Su risa resonó entre el tamborileo de la lluvia.

—¿*Atacado por un pollo*? —se burló la mujer—. *Ungi se cree un gran cazador y suele perseguir a los pollos. Esta vez acorraló a uno, lo asustó, y el pollo lo arañó para escapar.*

Richard se agachó frente a Ungi y le alborotó cariñosamente la melena oscura y mojada.

—¿Estabas persiguiendo pollos? ¿*Ka chenota*? ¿Los fastidiabas? No es eso lo que ha pasado, ¿verdad?

En lugar de traducir las preguntas de Richard, Kahlan se puso a su vez en cuclillas y le preguntó:

—Richard, ¿qué pasa?

Él pasó una mano por la espalda del chiquillo para tranquilizarlo mientras la madre le limpiaba la sangre que le bajaba por el pecho.

—Fíjate en las marcas de las garras —susurró—. Casi todas están alrededor del cuello.

Kahlan lanzó un suspiro de irritación.

—Sin duda trató de cogerlo y sostenerlo contra el pecho. El pollo se asustó y simplemente intentó huir.

Richard admitió de mala gana esa posibilidad.

—Bueno, no ha sido más que un pequeño percance —afirmó Zedd—. Dejad que cure al pequeño, y luego podremos resguardarnos de esta maldita lluvia y comer algo. Además, me quedan muchas preguntas.

Richard, que seguía agachado delante del niño, lo detuvo alzando un dedo.

—Por favor, pregúntaselo —pidió a Kahlan.

—Dime antes por qué —insistió Kahlan—. ¿Tiene que ver con lo que dijo el Hombre Pájaro? ¿Es eso lo que pasa? Richard, el Hombre Pájaro estaba un poco borracho.

—Mira por encima de mi hombro.

Kahlan forzó la mirada entre la agitada lluvia. Al otro lado del callejón, debajo del alero goteante de paja de una casa, un pollo erizaba las plumas. Era un ejemplar de la variedad más común de la aldea, manchas transversales negras sobre plumaje blanco y marrón.

Helada y empapada hasta los huesos, Kahlan comenzaba a perder la paciencia.

—Un pollo que intenta resguardarse de la lluvia. ¿Es eso lo que quieres que vea, Richard?

—Creo que piensas que...

—Richard —susurró, irritada—, escúchame. —Hizo una pausa, pues por nada del mundo quería enfadarse con Richard. Se dijo que simplemente se preocupaba por la seguridad de todos, aunque se estuviese equivocando. Kahlan se obligó a inspirar profundamente, le puso una mano en el hombro y lo acarició con el pulgar.

»Richard, te sientes mal porque Juni ha muerto. Yo también estoy fatal. Pero no ha sido algo oscuro y deliberado. Tal vez ha muerto simplemente por el agotamiento de la carrera; sé de algunos casos. Tienes que reconocer que la gente a veces muere y nunca se descubre por qué.

Richard levantó la mirada hacia el grupo. Zedd y Ann estaban ocupados admirando los músculos de Ungi para fingir que no oían lo que empezaba a sonar a disputa de enamorados. Cerca de ellos, Cara inspeccionaba con la mirada los callejones. Uno de los cazadores dejó que Ungi tocara el astil de su lanza para distraerlo mientras la madre le curaba las heridas.

Tampoco Richard tenía ganas de discutir. Se apartó el pelo mojado de la cara.

—Creo que es el mismo pollo que ahuyenté —susurró finalmente—. El de la ventana, al que le arrojé la rama.

—Richard, la mayoría de los pollos de la gente barro tiene ese aspecto —replicó Kahlan, exasperada—. Además —añadió tras mirar de nuevo—, ya no está.

Richard miró por encima del hombro para comprobarlo. A continuación recorrió con la mirada el callejón vacío.

—Pregunta al niño si estaba molestando al pollo, si lo perseguía.

Bajo el tejadillo que cubría la puerta, la madre de Ungi había estado observando con recelo la ininteligible conversación mientras curaba a su hijo. Kahlan se lamió los labios húmedos de lluvia. Si tan importante era para Richard, lo menos que podía hacer era preguntarle.

—Ungi, ¿es cierto que perseguías al pollo? ¿Trataste de cogerlo?

El niño se sorbió las lágrimas y meneó la cabeza. Luego señaló el tejadillo.

—Me saltó encima y me atacó así. —El pequeño arañó el aire.

Su madre se inclinó y le dio una zorra en el trasero.

—Di la verdad, Ungi. Tú y tus amigos siempre estáis persiguiendo a los pollos.

El niño contempló con sus ojazos negros a Kahlan y Richard. Ambos estaban a su misma altura; habían descendido a su mundo infantil.

—Voy a ser un gran cazador, como mi padre. Mi padre es un cazador muy valiente. Tiene cicatrices de las bestias que caza.

Richard sonrió al oír la traducción y rozó suavemente uno de los arañazos.

—Ésta es una marca de cazador, como las cicatrices de tu padre, que es tan valiente. Así pues, ¿es verdad que perseguías el pollo, como dice tu madre? ¿Es ésa la verdad?

—Tenía hambre y volvía a casa. El pollo me esperaba —insistió Ungi. Su madre dijo su nombre en tono reprobador—. Bueno... suelen posarse sobre el tejadillo de la puerta. —Con un gesto señaló arriba—. Quizá lo asusté cuando llegué corriendo, resbaló en el tejadillo mojado y me cayó encima.

La madre abrió la puerta y empujó al pequeño adentro.

—Perdonad a mi hijo. Es pequeño y se inventa historias. Le gusta perseguir pollos. No es la primera vez que lo araña uno. Una vez, un gallo le hizo un buen tajo en el hombro con su espolón. Se imagina que son águilas.

»Ungi es un buen chico, pero es un niño y le encanta fantasear. Cuando descubre una salamandra debajo de una roca corre a casa a enseñármela y me dice que ha encontrado un nido de dragones. Luego pide a su padre que vaya a matarlos antes de que nos coman a todos.

Todos se rieron menos Richard. La mujer saludó con la cabeza y se dio media vuelta para entrar en casa, pero Richard la cogió suavemente del codo para detenerla mientras pedía a Kahlan:

—Dile que siento que su hijo esté herido. No ha sido culpa de Ungi. Díselo. Dile que lo lamento.

Kahlan escuchó con el entrecejo fruncido y tradujo sus palabras introduciendo algunos cambios para evitar malas interpretaciones.

—Sentimos mucho que Ungi resultara herido y esperamos que pronto esté bien. Si tarda en recuperarse o si alguno de los cortes es profundo, ven a decírnoslo y Zedd lo curará con magia.

La madre asintió, se lo agradeció con una sonrisa y se agachó para pasar por la puerta. Kahlan se dijo que la idea de que hicieran magia a su hijo no le había hecho mucha gracia.

Después de ver cómo la puerta se cerraba, Kahlan apretó la mano de Richard con fuerza.

—¿Todo bien? ¿Ya te has convencido de que no era lo que creías?, ¿que no ha sido nada?

El joven permaneció un momento con la mirada perdida en el callejón vacío. Finalmente se dio por vencido y esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—Es que no quiero que te pase nada malo —admitió.

—Ya que estamos calados hasta los huesos, propongo que vayamos a echar un vistazo al cadáver de Juni —rezongó Zedd—. Si estáis pensando en empezar a besaros, yo, desde luego, no tengo intención de seguir de pie bajo la lluvia.

Con un gesto indicó a Richard que los guiara y le dijo que se diera prisa. Cuando el joven se puso en marcha, el mago enlazó con su brazo el de Kahlan y dejó que todos pasaran delante. Caminando trabajosamente por el barro, Zedd se demoró hasta que los demás les sacaron una cierta distancia.

Entonces le pasó un brazo por encima de los hombros y se arrimó a ella, aunque Kahlan estaba segura de que la lluvia habría silenciado sus palabras.

—Y ahora, querida, quiero saber qué es eso que según tú no podría creerme.

Por el rabillo del ojo vio que la miraba intensamente. No bromeaba. Así pues, Kahlan decidió tranquilizarlo.

—No es nada. A Richard se le pasó por la cabeza una idea descabellada, pero le hice entrar en razón. Ya se ha olvidado.

Zedd la miró entrecerrando los ojos, lo que resultaba desconcertante en un mago.

—Sé que no eres tan estúpida para creer eso, ¿Por qué piensas que yo sí lo soy? No ha entrado en razón; es como un perro que se aferra a su hueso.

Kahlan miró hacia los demás; les llevaban varios pasos de ventaja. Aunque se suponía que Richard debía guiarlos, Cara, pensando siempre en protegerlo, lo había adelantado.

Ann charlaba animadamente con Richard, aunque Kahlan no entendía qué decían. Por mucho que Zedd y Ann parecieran detestarse, cuando les convenía funcionaban perfectamente en equipo.

Los enjutos dedos del mago se le clavaron en el brazo. Richard no era el único que no soltaba su hueso. Finalmente se dio por vencida.

—Sospecho que Richard cree que anda suelto un monstruo con forma de pollo.

Kahlan se había cubierto la boca y la nariz por el hedor, pero dejó caer las manos a los lados cuando las dos mujeres dejaron lo que estaban haciendo y los miraron. Ambas dirigieron una sonrisa a la pequeña comitiva que entraba arrastrando los pies. Parecían perros mojados sacudiéndose el agua.

Las mujeres estaban preparando el cadáver de Juni, decorándolo con dibujos en barro blanco y negro. Ya le habían colocado bandas de hierba alrededor de las muñecas y los tobillos, además de una cinta de cuero en la cabeza con hierba debajo, como solían hacer los cazadores antes de salir de expedición.

El cuerpo de Juni descansaba sobre una plataforma de adobe, una de las cuatro que había para preparar los cadáveres. A ambos lados de cada una de ellas se deslizaban unas manchas oscuras. Una capa de paja hedionda cubría el suelo. Cuando llegaba un nuevo cuerpo, se amontonaba paja contra la base de la plataforma para que absorbiera los fluidos que se escurrían.

La paja era un hervidero de bichos. Cuando no había ningún cadáver se dejaba la puerta abierta para que los pollos se dieran un festín y limitar así su número.

A la derecha de la puerta se abría la única ventana. Cuando nadie se ocupaba de un cuerpo, una flexible piel de ciervo tapaba la luz para que el fallecido tuviera paz. Las mujeres habían apartado la piel y la habían sujetado a un gancho en la pared para permitir el paso de la lúgubre luz a la sala.

No era costumbre preparar los cadáveres de noche, para respetar la paz del alma que debía hacer el tránsito al otro lado. La gente barro sentía un profundo respeto hacia el espíritu de los que acababan de fallecer, pues tal vez algún día tuvieran que invocarlo y pedirle que ayudaran a los que aún estaban vivos.

Las mujeres eran mayores y risueñas. Ni siquiera esa ingrata tarea lograba ensombrecer su naturaleza alegre. Kahlan supuso que eran expertas en adornar debidamente a los muertos antes de ser enterrados.

Antes de aplicar el barro se ungía el cadáver con aceites aromáticos que hacían brillar la piel. Pero ni eso lograba enmascarar el insoportable hedor del lugar. Kahlan se preguntó por qué razón la gente barro no cambiaba la paja más a menudo, aunque tal vez sí lo hacía; era imposible eludir las consecuencias del proceso de la muerte y la descomposición.

Probablemente ésa era la razón por la que los muertos se enterraban rápidamente; el mismo día o, a lo sumo, al día siguiente. Juni no tendría que esperar mucho antes de recibir sepultura. Después, su alma comprobaría que todo estaba en orden e iría a reunirse con los demás espíritus en el otro mundo.

Kahlan se inclinó hacia las dos mujeres y les habló en voz baja, mostrando así respeto al muerto.

—Zedd y Ann —dijo, señalándolos con la mano— *quisieran ver a Juni*.

Ellas hicieron una reverencia y se apartaron de la plataforma llevándose consigo los pots de barro blanco y negro. Richard observó cómo su abuelo y Ann posaban las manos encima de Juni; sin duda lo estaban examinando con su magia. Mientras Zedd y Ann conferenciaban en voz muy baja, Kahlan se volvió hacia las dos mujeres, las felicitó por su magnífico trabajo y expresó su pesar por la muerte de Juni.

Richard, que hasta entonces había contemplado el cuerpo sin vida de su protector, se reunió con ella, le enlazó la cintura con un brazo y le pidió que transmitiera a las mujeres su pesar. Kahlan añadió las palabras de Richard a las suyas propias.

Un poco después Zedd y Ann los empujaron suavemente a un lado. Sonriendo, indicaron a las mujeres que podían proseguir con su trabajo.

—Como tú sospechabas, no tiene el cuello roto, ni tampoco ninguna herida en la cabeza. Mi opinión es que se ahogó —susurró Zedd.

—¿Y como crees que pudo ocurrir? —preguntó Richard con un punto de sarcasmo.

Zedd le apretó un hombro.

—En una ocasión enfermaste y perdiste el conocimiento. ¿Lo recuerdas? Fue de lo más normal. ¿Te rompiste el cráneo? No. Caíste al suelo, y allí te encontré. La respuesta podría ser tan simple como eso.

—Pero Juni no mostraba signos de...

Todos se volvieron cuando Nissel, la anciana curandera, entró sosteniendo contra el pecho un pequeño fardo. Al ver a tanta gente en ese pequeño recinto, la curandera se detuvo un momento antes de dirigirse a otra de las plataformas para los muertos. Allí depositó tiernamente el bulto encima de los fríos adobes. Kahlan se llevó una mano al corazón cuando Nissel lo desenvolvió y apareció un recién nacido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No ha sido el feliz acontecimiento que se esperaba. El bebé nació muerto —respondió la curandera, mirando a Kahlan con expresión afligida.

—Queridos espíritus, lo siento tanto... —susurró Kahlan.

Richard quitó del hombro de Kahlan un bicho color rojo brillante y preguntó:

—¿Qué le ha pasado al bebé?

Nissel se encogió de hombros cuando Kahlan se lo tradujo.

—He cuidado a la madre durante meses. Todo apuntaba a que sería un nacimiento feliz. No preveía ningún problema, pero el niño nació muerto.

—¿Cómo está la madre?

Nissel bajó la mirada al suelo.

—Ahora mismo está deshecha en lágrimas, pero se recuperará. Son cosas que pasan —comentó con una sonrisa forzada—. Algunos niños son demasiado débiles para vivir. La madre tendrá más.

Cuando fue evidente que no iba a añadir nada más, Richard preguntó con mucho interés qué había dicho.

Kahlan dio dos patadas en el suelo para quitarse un ciempiés que le subía por la pierna.

—Ha dicho que el bebé era demasiado débil y que nació muerto.

—Era demasiado débil... —Con el entrecejo fruncido observó al bebé muerto; su imagen rompía el corazón.

A su vez Kahlan lo miraba a él, que continuaba con la vista fija en el pequeño cuerpo inmóvil, exangüe y de aspecto irreal. Un recién nacido poseía siempre una belleza única, pero ese niño, desprovisto del alma que su madre le había dado para que pudiera permanecer en el mundo de los vivos, era de una descarnada fealdad.

Kahlan preguntó cuándo sería el entierro de Juni. Una de las dos mujeres echó una rápida mirada al cadáver del bebé.

—*Tendremos que preparar otro. Mañana serán enterrados ambos para su descanso eterno.*

Cuando salieron, Richard se volvió y miró hacia arriba pese a la lluvia torrencial que caía. Un pollo posado en un alero encima de sus cabezas ahuecaba las plumas. El joven se lo quedó mirando un momento.

El razonamiento que tan claramente revelaba su cara se convirtió en resolución, examinó el callejón en cuestión y silbó al tiempo que hacía señas para llamar a los cazadores. Todos acudieron sin demora.

Richard agarró a Kahlan por un brazo con una de sus grandes manos.

—Diles que vayan a buscar más hombres. Quiero que reúnan a todos los pollos y que...

—¿Qué? —exclamó Kahlan, soltándose—. ¡Richard, no pienso pedirles eso! ¡Van a pensar que te has vuelto loco!

Zedd asomó la cabeza entre los dos.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber.

—Richard quiere que los cazadores reúnan a todos los pollos sólo porque uno de ellos está posado encima de la puerta.

—No estaba cuando llegamos. Lo comprobé.

Zedd se volvió y buscó entre la lluvia, entrecerrando los ojos.

—Yo no veo ningún pollo.

Kahlan y Richard miraron también. El pollo había desaparecido.

—Seguramente ha buscado un sitio más seco —rezongó Kahlan—. O más tranquilo.

Zedd se enjugó los ojos del agua de lluvia.

—Richard, explícame ahora mismo de qué va todo esto.

—Algo, no sabemos qué, mató a un pollo delante de la casa de los espíritus. Juni escupió sobre el honor de lo que fuera que lo hubiera matado. Poco después Juni murió. Yo arrojé una rama contra el pollo que había en la ventana y poco después ese pollo atacó al niño. Fue culpa mía que arañara de ese modo a Ungi. No quiero cometer el mismo error dos veces.

Para sorpresa de Kahlan, Zedd no se alteró.

—Richard, estás sacando conclusiones muy aventuradas basándote en un razonamiento que se sujeta por un hilo muy fino.

—El Hombre Pájaro afirmó que uno de los pollos no era un pollo.

—¿Eso dijo?

—Había estado bebiendo —apuntó Kahlan.

—Zedd, tú me nombraste Buscador. Si quieres reconsiderar la elección que hiciste, hazlo ahora. Si no, deja que haga mi trabajo. Si me equivoco, ya me echarás el sermón más tarde.

Richard tomó el silencio de Zedd por un sí y volvió a coger a Kahlan por el brazo, aunque más suavemente esta vez. Los ojos grises del joven ardían de convicción.

—Por favor, Kahlan, haz lo que te pido. Si me equivoco, quedaré en ridículo, pero prefiero eso antes que quedarme de brazos cruzados y luego tener razón.

Fuera lo que fuera que había matado el pollo lo había hecho justo delante de la casa de los espíritus, donde ella se encontraba. Ése era el hilo de la madeja del que Richard había tirado hasta descubrir la supuesta amenaza. Kahlan creía en Richard, pero sospechaba que se había dejado llevar por un exceso de celo hacia ella.

—¿Qué quieres que diga a los cazadores?

—Diles que reúnan a los pollos y los conduzcan a los edificios que mantienen vacíos para los espíritus malvados. Que no se dejen ni uno fuera. Luego, pediremos al Hombre Pájaro que les eche un vistazo y nos diga cuál de ellos no es un pollo.

»Adviérteles que traten a los pollos con amabilidad. Bajo ninguna circunstancia deben ser irrespetuosos con ellos.

—Irrespetuosos. Con pollos —repitió Kahlan.

—Exactamente. —Richard observó a los cazadores, que esperaban, antes de volver a clavar la vista en ella—. Diles que me temo que uno de los pollos está poseído por un mal espíritu, el que mató a Juni.

Kahlan ignoraba si realmente Richard lo creía, pero sabía sin ningún género de dudas que la gente barro lo creería a pies juntillas.

En vano buscó consejo en los ojos de Zedd y tampoco el rostro de Ann le dijo nada. Cara, por otra parte, había jurado lealtad a Richard y, aunque no le importaba desoír órdenes que consideraba insignificantes, sería capaz de tirarse por un precipicio por él.

Richard no cedería. Si Kahlan no traducía sus palabras, iría en busca de Chandalen para que lo hiciera. Y, en caso necesario, él solito reuniría a todos los pollos.

Lo único que conseguiría negándose a traducirlo sería mostrar una total falta de confianza en él. Eso fue lo que finalmente la convenció.

Temblando bajo la lluvia helada, Kahlan miró por última vez los resueltos ojos grises de Richard antes de dirigirse a los cazadores.

8

—¿Habéis encontrado ya al espíritu malvado?

Kahlan miró por encima del hombro y vio a Chandalen abriéndose paso cuidadosamente entre la multitud de pollos alborotados. Aunque la luz apagada ayudaba a mantenerlos calmados en su encierro, el clamor era ensordecedor. Había unos pocos rojos y algunos ejemplares de otros tipos, pero en general pertenecían a la variedad más dócil con manchas transversales negras sobre plumaje blanco y marrón. Suerte tenían de eso, o lo que era un simple guirigay hubiese sido una batalla campal de aves.

La Confesora estuvo a punto de poner los ojos en blanco al oír a Chandalen murmurar ridículas disculpas a los pollos que apartaba de su camino con un pie. De no ser por el atemorizador aspecto del cazador, con un cuchillo largo en la cadera izquierda, otro corto en la derecha, una aljaba llena de flechas colgada de un hombro y un arco en el otro, Kahlan habría bromeado sobre su modo de comportarse.

Lo más inquietante era la troga que llevaba al cinto. Se trataba de un simple pedazo de alambre lo suficientemente largo para hacer un lazo y pasarlo alrededor de la cabeza del enemigo. Se aplicaba desde atrás y luego se tiraba bruscamente de los mangos de madera en direcciones opuestas. Alguien tan diestro como Chandalen podía pasar fácilmente su troga en el punto exacto del cuello del enemigo sin darle tiempo a emitir ningún sonido.

Kahlan y Chandalen habían luchado codo con codo contra el ejército de la Orden Imperial que atacó la ciudad de Ebinissia y había pasado a cuchillo a las mujeres y los niños. Durante la lucha, Kahlan había visto en más de una ocasión cómo Chandalen decapitaba a los centinelas de la Orden con su troga. El cazador no la llevaría para enfrentarse a un pollo poseído por un mal espíritu.

En la mano sostenía cinco lanzas con las puntas muy afiladas. Por su aspecto negro y pegajoso Kahlan adivinó que acababa de untarlas con veneno. Una vez untadas, se tenían que tratar con la máxima cautela.

En la bolsa de gamuza que llevaba a la cintura, Chandalen guardaba una cajita de hueso tallado llena de una pasta oscura que se elaboraba con hojas de bandu. Después de masticarlas y cocerlas se convertían en un tóxico de diez pasos. Asimismo llevaba unas pocas hojas de quassim doe, el antídoto de éste, aunque, como el propio nombre del veneno daba a entender, debía actuarse con la máxima rapidez.

—No —contestó Kahlan—, el Hombre Pájaro aún no ha localizado al pollo que no es un pollo. ¿Por qué te has pintado con barro y vas armado hasta los dientes? ¿Qué pasa?

Chandalen levantó un pie por encima de un pollo que se negaba a moverse.

—Mis hombres, los que patrullan más lejos, tienen problemas. Tengo que ir a ver qué ocurre.

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

Chandalen se encogió de hombros.

—No estoy seguro. El cazador que ha venido a avisarme dice que hay hombres con espadas...

—¿La Orden?, ¿soldados de la batalla que se libra al norte? Podrían ser rezagados que se escaparon o exploradores. Tal vez deberíamos avisar al general Reibisch; su ejército no debe de andar muy lejos, y si podemos lograr que den media vuelta, podrían atacarlos. —Kahlan se estaba asustando.

Chandalen la tranquilizó con un gesto.

—No. Los dos juntos luchamos contra los hombres de la Orden Imperial. No son sus tropas ni tampoco de exploradores.

»Mi cazador opina que no son hostiles, pero van fuertemente armados y avanzan con una calma que dice mucho. Como yo hablo tu idioma y ellos también, mis hombres prefieren que yo trate con esa gente de aspecto tan peligroso.

Kahlan hizo gesto de alzar un brazo para llamar la atención de Richard.

—Será mejor que Richard y yo te acompañemos.

—No. Hay muchas personas que pasan por nuestro territorio. Es habitual que nos topemos con extraños en la llanura. Es mi deber. Yo me ocuparé de ellos e impediré que se acerquen a la aldea. Además, vosotros dos deberíais quedaros y disfrutar de vuestro primer día de casados.

Sin hacer comentarios Kahlan miró a Richard con el entrecejo fruncido. El joven seguía examinando a los pollos.

Chandalen se dirigió hacia el Hombre Pájaro, situado a unos pocos pasos de distancia:

—*Honorable anciano, debo ir a reunirme con mis hombres. Se acercan unos forasteros.*

El Hombre Pájaro miró a quien era su general, el encargado de velar por la seguridad de la gente barro.

—*Ten cuidado* —le aconsejó—. *Por aquí andan malos espíritus.*

Chandalen asintió. Antes de que pudiera dar media vuelta, Kahlan lo agarró por un brazo.

—Chandalen, yo no sé nada sobre malos espíritus, pero hay otros peligros alrededor. Ve con mucho cuidado. Richard teme que algo malo esté pasando y, aunque yo no entiendo sus razones, me fío de su instinto.

—Tú y yo hemos luchado juntos, Madre Confesora —repuso el cazador, guiñándole un ojo—. Sabes que soy demasiado fuerte y listo para dejarme vencer por los problemas.

Mientras observaba cómo Chandalen se abría paso entre los pollos apiñados, Kahlan preguntó al Hombre Pájaro:

—*¿Has visto algo... sospechoso?*

—*Aún no he visto al pollo que no es un pollo, pero seguiré mirando hasta que lo encuentre.*

Kahlan trató de dar con una manera educada de preguntarle si estaba sobrio. Finalmente cambió la pregunta.

—*¿Cómo sabes que ese pollo no es un pollo?*

El Hombre Pájaro se quedó pensativo, y en su bronceada cara aparecieron arrugas.

—*Es algo que puedo sentir.*

Kahlan decidió que no había modo de eludir la pregunta.

—*¿Y no puede ser que, como bebiste en la fiesta de la boda, simplemente te imaginaras que sentías algo?*

El anciano sonrió.

—*Es posible que la bebida me relajara y me ayudara a ver con más claridad.*

—*¿Y sigues... umm... relajado?*

El Hombre Pájaro se cruzó de brazos, observando la alborotada bandada.

—*Yo sé lo que vi.*

—*¿Cómo supiste que no era un pollo?*

El anciano se acarició la nariz mientras meditaba la respuesta. Kahlan esperó, mirando cómo Richard examinaba frenéticamente a los pollos, como si buscara a una mascota perdida.

—*En las celebraciones como vuestra boda, por ejemplo, es costumbre que los hombre barro representen mediante bailes historias de nuestro pueblo. Las mujeres no bailan, sólo los hombres. Pero en muchas historias aparecen personajes femeninos. ¿Te fijaste en esos bailes?*

—*Sí. Ayer vi cómo representaban la leyenda de los primeros hombre y mujer barro, nuestros primeros antepasados.*

El Hombre Pájaro sonrió, como si esa historia en particular lo conmoviera. Fue una sonrisa que expresaba el orgullo que sentía por su gente.

—Si hubieras llegado en medio del baile y no supieras nada sobre nosotros, ¿te habrías dado cuenta de que el bailarín disfrazado de primera mujer barro no era una mujer?

Kahlan lo pensó bien. La gente barro elaboraba expresamente disfraces para esos bailes cuidando hasta el último detalle. Únicamente se utilizaban en esas ocasiones. A la gente barro le impresionaba contemplar a los bailarines ataviados con esas ropas especiales. Los hombres vestidos de mujeres hacían todo lo posible por meterse en el papel.

—No estoy segura, pero creo que me daría cuenta de que no es una mujer.

—¿Cómo? ¿Estás segura? ¿Qué lo delataría?

—No sé si puedo explicarlo. Simplemente habría algo que no me cuadraría. Creo que me daría cuenta de que no es una mujer de verdad.

—Pues del mismo modo yo sé que no es un pollo. —El Hombre Pájaro clavó por primera vez en ella su penetrante mirada.

Kahlan entrelazó los dedos.

—Tal vez por la mañana, cuando estés descansado, tan sólo veas un pollo cuando mires un pollo.

El Hombre Pájaro se limitó a sonreír ante la indirecta de que no estaba en plena capacidad de juicio.

—Deberías ir a cenar. Lleva contigo a tu marido. Cuando dé con el pollo que no es un pollo, os avisaré.

Era una buena idea. Kahlan vio que Richard caminaba hacia ellos. La Confesora tocó al Hombre Pájaro en el brazo en señal de mudo reconocimiento.

Les había llevado toda la tarde reunir a los pollos. Los dos chamizos reservados a los malos espíritus y un tercero vacío se habían reconvertido en corral. Casi toda la aldea había participado, pues suponía mucho trabajo y se trataba de un asunto grave.

Sin los niños quizá no lo habrían conseguido. Entusiasmados por la responsabilidad en ese esfuerzo colectivo tan importante, habían conducido a los mayores a todos los escondites de los pollos y los sitios donde solían posarse. Los cazadores trataban con igual delicadeza a todos los pollos, aunque tanto el que había señalado el Hombre Pájaro como el que Richard había ahuyentado cuando fue a visitar a Zedd o el que, según Richard, esperaba encima de la puerta cuando fueron a ver a Juni tenían manchas negras sobre plumaje blanco y marrón, como casi todos.

La búsqueda había sido exhaustiva, y confiaban en que todos los pollos estuvieran encerrados en las tres construcciones.

Mientras avanzaba en línea recta entre las aves, Richard saludó con una breve sonrisa al Hombre Pájaro, aunque sus ojos no sonreían. Cuando su mirada se encontró con la de Kahlan, ella se cogió al musculoso brazo de su marido. Pese a la exasperación que sentía, se alegraba de poder tocarlo.

—El Hombre Pájaro dice que aún no ha encontrado el pollo que buscas, pero que seguirá buscando. Y quedan otros dos edificios llenos. Sugiere que vayamos a comer algo y que cuando vea a tu pollo enviará a alguien a avisarnos.

—Aquí no lo encontrará —afirmó Richard, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

—Tengo que echar un vistazo en los otros dos chamizos.

Aunque Kahlan simplemente estaba enojada, Richard parecía fuera de sí por no encontrar lo que buscaba. Se imaginó que Richard sentía que su palabra estaba en tela de juicio. Zedd y Ann aguardaban cerca de la puerta, en silencio, dando a Richard completa libertad para mirar tanto como quisiera y hacer lo que creyera necesario.

Él se detuvo y se pasó los dedos por la espesa mata de pelo.

—¿Alguno de vosotros conoce un libro titulado *El Gemelo de la Montaña*?

Zedd se sujetó el mentón mientras alzaba la vista hacia la parte inferior de la techumbre de paja, sumido en sus reflexiones.

—Pues no, no lo conozco, hijo.

Ann también hizo memoria.

—Yo tampoco he oído hablar de él.

Richard echó una última mirada a la polvorienta sala atestada de aves y maldijo por lo bajo.

—¿Qué pasa con ese libro? —preguntó Zedd.

Richard pareció no oír la pregunta en medio del cacareo, pues no contestó.

—Tengo que echar un vistazo al resto de pollos —anunció.

—Si es importante, puedo preguntárselo a Verna y Warren. —Ann se sacó un librito negro de un bolsillo—. Es posible que Warren lo sepa.

Richard había explicado a Kahlan que el libro que Ann llevaba y que en esos momentos mostraba era un libro de viaje, creado con la magia de antaño. Esos libros formaban parejas; cualquier mensaje que se escribiera en uno de ellos aparecía simultáneamente en su gemelo. Las Hermanas de la Luz los usaban para comunicarse cuando emprendían largos viajes, por ejemplo el realizado hasta el Nuevo Mundo para conducir a Richard al Palacio de los Profetas.

—Sí, hazlo, por favor —pidió Richard, animándose—. Es importante. Ahora debo irme —añadió, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta.

—Yo voy a visitar a la mujer que ha perdido el bebé. La ayudaré a descansar —dijo Zedd a Ann.

—Richard, ¿no te apetece comer algo? —exclamó Kahlan.

El joven le indicó con señas que lo acompañara, aunque había pasado la puerta antes de que ella acabara de formular la pregunta. Zedd salió después de su nieto, encogiéndose de hombros hacia las dos mujeres con gesto de perplejidad. De mala gana, Kahlan siguió a Richard.

—Supongo que para ti, para una Confesora, casarte por amor es como un cuento de hadas —comentó Ann, sin moverse ni un milímetro; llevaba allí de pie toda una hora.

Kahlan se volvió hacia ella.

—Bueno, sí lo es.

—Me alegro mucho por ti, hija mía —dijo Ann con sinceridad—. Es maravilloso que tengas un marido al que quieres tanto.

Los dedos de Kahlan se detuvieron en el tirador de la puerta cerrada.

—A veces aún me cuesta creerlo.

—Teniendo en cuenta que os acabáis de casar, debe de ser un poco decepcionante que tu marido tenga cosas más importantes de que ocuparse que de su esposa. Parece que no te haga caso. —Ann frunció la boca—. Y eso que éste es vuestro primer día de casados.

—Ya entiendo. —Kahlan se volvió y enlazó las manos a la espalda relajadamente—. Por eso Zedd se ha ido: para que tú y yo tengamos una charla de mujer a mujer, ¿me equivoco?

Ann se rió entre dientes.

—Me encanta que un hombre al que respeto se haya casado con una persona tan lista como tú. Nada dice más del carácter de un hombre que su atracción por la inteligencia.

Kahlan suspiró y apoyó un hombro en la pared.

—Conozco a Richard y sé que no está poniendo a prueba mi paciencia deliberadamente. No obstante, es nuestro primer día de casados, y no imaginaba que lo pasaríamos así... persiguiendo a un pollo monstruoso que no existe. Me parece que está tan preocupado por protegerme que ve peligros donde no los hay.

La voz de Ann se tornó comprensiva.

—Richard te quiere mucho y, aunque no entiendo sus razones, sé que está preocupado. Tiene una gran responsabilidad.

»Todos debemos hacer sacrificios en lo que se refiere a Richard —prosiguió en tono más duro mientras fingía contemplar a los pollos.

Kahlan respondió con mesura y cautela.

—En esta misma aldea, antes de que llegaran las nieves, entregué a Richard a las Hermanas de la Luz en la esperanza de que pudieran salvarle la vida, aunque sabía que me estaba jugando su amor. Tuve que hacerle creer que lo había traicionado para que accediera a irse con las Hermanas. ¿Puedes hacerte una idea de...?

La joven enmudeció para no sacar a relucir innecesariamente recuerdos dolorosos. Todo había salido bien, y por fin ella y Richard estaban juntos. Eso era lo único importante.

—Lo sé —susurró Ann—. No tienes que demostrarme nada, Kahlan; fui yo quien ordené que trajeran a Richard al Palacio de los Profetas.

Sin duda Ann había dado en el clavo, aunque Kahlan repuso muy educadamente:

—¿A qué te refieres?

—Los magos de hace miles de años crearon el Palacio de los Profetas. Yo viví allí, protegida por su excepcional hechizo, más de novecientos años. Quinientos años antes de que sucediera, el profeta Nathan predijo el nacimiento de un mago guerrero.

»Juntos, él y yo, estudiamos los libros de profecías que se custodiaban en las criptas de palacio tratando de comprender ese guijarro que se lanzaría al estanque, intentando prever las ondas que ese suceso podría causar.

Kahlan no se lo iba a poner tan fácil.

—Sé por experiencia que, a veces, las profecías más que revelar la verdad la enmascaran.

Ann se rió.

—Conozco a Hermanas cientos de años mayores que tú y que todavía no han comprendido eso sobre las profecías.

»Cuando Richard no era más que un bebé, una nueva alma acabada de llegar a este mundo, viajé para verlo —prosiguió con voz nostálgica—. Su madre estaba atónita y también profundamente agradecida porque la brutalidad que había sufrido a manos de Rahl el Oscuro había quedado compensada por el magnífico regalo que era ese niño. Era una mujer extraordinaria, decidida a no transmitir amargura ni resentimiento a su hijo. Estaba tan orgullosa de Richard, tan llena de sueños y esperanzas para él...

»Cuando Richard no era más que un recién nacido que se alimentaba de la leche de su madre, Nathan y yo ayudamos a su padrastro a que recuperara el *Libro de las Sombras contadas*, para que cuando Richard creciera pudiera salvarse de la bestia que había violado a su madre y lo había engendrado a él.

»Ya ves, profecías —dijo con una irónica sonrisa.

—Richard me lo contó.

El Hombre Pájaro seguía mirando absorto a los pollos que picoteaban la tierra.

—Richard es aquel tan esperado, un mago guerrero. Las profecías no dicen si tendrá éxito, pero él es el nacido para la batalla que debe librarse a fin de mantener la Gracia intacta. No obstante, a veces es preciso un gran esfuerzo espiritual para no perder la fe en él.

—¿Por qué? ¿Por qué si él es el que tanto esperabais, el que queráis?

Ann carraspeó y se quedó pensativa. A Kahlan le pareció ver lágrimas en sus ojos.

—Richard destruyó el Palacio de los Profetas. Por su culpa Nathan escapó. Nathan es peligroso. Después de todo, fue él quien te dijo los nombres de los repiques, fue un acto precipitado que podría habernos conducido a todos al desastre.

—Eso salvó la vida de Richard —protestó Kahlan—. Si Nathan no me hubiera dicho el nombre de los repiques, estaría muerto. En ese caso, tu guijarro estaría en el fondo del estanque, fuera de tu alcance, y ya no podría ayudar a nadie.

—Cierto —admitió Ann de mala gana.

Kahlan jugueteó con un botón. Comenzaba a ponerse en la piel de Ann.

—Debió de ser muy duro que Richard destruyera el palacio, vuestro hogar.

—No sólo destruyó el palacio, sino también su hechizo. Ahora las Hermanas de la Luz envejecerán como cualquier mortal. En palacio tal vez habría vivido cien años más, y las Hermanas habrían disfrutado de muchos siglos de vida. Ahora no soy más que una anciana cerca del fin de mis días. Richard me arrebató todos esos años, se los arrebató a todas las Hermanas.

Kahlan se quedó callada, sin saber qué decir.

—Es posible que el futuro de todos dependa de él algún día. Eso es lo prioritario, y ésa es la razón por la que lo ayudé a destruir el palacio. Ésa es la razón por la que sigo al hombre que aparentemente ha destruido la labor de toda mi vida: porque mi verdadero cometido es su lucha, no mis intereses particulares.

—Hablas de Richard como si fuera un arma que acabaras de forjar para usarla. Richard quiere hacer lo justo, pero también es un hombre con sus propias apetencias y necesidades. Sólo él debe decidir cómo vivir, no tú ni nadie según lo que dicen unos libros polvorientos.

—No lo entiendes. Ése es precisamente su mayor valor: sus instintos, su curiosidad, su corazón. Y también su mente. —Ann se dio golpecitos en la sien—. Nuestra intención no es dirigirlo, sino seguirlo, por muy doloroso que sea el camino por el que nos lleva.

Kahlan lo sabía. Richard había puesto fin a la alianza que había mantenido unidos a todos los países de la Tierra Central durante miles de años. Como Madre Confesora, ella presidía el consejo que gobernaba la Tierra Central. Siendo ella Madre Confesora la Tierra Central había caído en manos de Richard, el nuevo lord Rahl de D'Hara, aunque aún quedaban algunos países que conformaban la antigua alianza que no se habían aliado. Kahlan era consciente de que las acciones de Richard eran necesarias y bondadosas, aunque desde luego había sido un camino muy doloroso.

No obstante, la audaz iniciativa de Richard era el único modo de unir de verdad a todos los países en una sola fuerza si querían tener alguna oportunidad de vencer la tiranía que pretendía imponer la Orden Imperial. Todos avanzaban por ese camino, unidos, con un único propósito y una única determinación.

Kahlan se cruzó de brazos y se recostó en la pared, contemplando a los estúpidos pollos.

—Si lo que querías era hacerme sentir culpable y egoísta por desear pasar a solas con mi marido nuestro primer día de casados, lo has conseguido. No puedo evitar sentirlo.

Ann le cogió cariñosamente un brazo.

—No, hija, no era ésa mi intención. Sé que a veces Richard puede ser exasperante. Yo sólo te pido que tengas paciencia y le permitas hacer lo que cree que debe hacer. No te lleva la contraria porque sí; él sigue sus instintos.

»No obstante, el amor que siente hacia ti lo distrae de su deber. No interfieras pidiéndole que abandone su tarea si él quiere seguir.

—Lo sé, lo sé. Pero los pollos...

—Pasa algo raro con la magia.

Kahlan miró con ceño a la vieja hechicera.

—¿Qué quieres decir?

Ann se encogió de hombros.

—No estoy segura. Zedd y yo creemos que hemos detectado un cambio en nuestra magia. Es algo muy sutil y difícil de distinguir. ¿Tú has notado algún cambio en tu poder?

Presa de un súbito ataque de pánico, Kahlan dirigió los pensamientos hacia su interior. Resultaba difícil imaginarse una diferencia sutil en su magia de Confesora; esa magia simplemente existía. Se tranquilizó al no notar ningún cambio en su centro de poder, ni en su control sobre él, sin embargo...

Kahlan retrocedió ante esa cortina oscura de conjeturas.

La magia ya era suficientemente etérea por sí sola. Tiempo atrás, un hechicero la persuadió de que había perdido el poder de Confesora, cuando, en realidad, no era así. Por creerle, Kahlan había estado a punto de morir. Si sobrevivió fue solamente porque se dio cuenta a tiempo de que aún lo conservaba y podía usarlo para salvarse.

—No. Es como siempre —contestó Kahlan—. He aprendido que es fácil creer que nuestra magia está menguando. Probablemente no sea nada. Estás preocupada, eso es todo.

—Tienes razón, sin embargo Zedd opina que lo más prudente es seguir la corriente a Richard. Sin tener nuestros conocimientos de magia, Richard ha llegado por sí solo a la conclusión de que pasa algo grave, y eso da credibilidad a nuestras sospechas. Si es cierto, entonces nos lleva ventaja. No nos queda otra que seguirlo.

Ann posó de nuevo los dedos nudosos en el brazo de Kahlan.

—Te pido que no le insistas para que te haga la corte. Es un deseo muy comprensible, pero te ruego que le permitas cumplir con su deber.

Hacerle la corte, vaya modo de decirlo. Ella simplemente quería cogerlo de la mano, abrazarlo, besarle, sonreírle y que le devolviera la sonrisa. Al día siguiente regresarían a Aydindril, y muy pronto la misteriosa muerte de Juni sería reemplazada por asuntos más graves, por ejemplo el emperador Jagang y la guerra. Kahlan simplemente deseaba disfrutar de un día a solas con él.

—Lo entiendo. Intentaré no interferir —prometió, con la vista clavada en el montón de estúpidos pollos que no dejaban de piar y agitarse.

Ann asintió sin alegría; ya tenía lo que quería.

Fuera, en la penumbra del atardecer, Cara caminaba de arriba abajo. Por su expresión enojada Kahlan dedujo que Richard le había ordenado que se quedara atrás para proteger a su esposa. Para la mord-sith era una orden inviolable que ni siquiera la propia Kahlan podía retirar.

—Vamos —le dijo a Cara pasando por su lado sobre el barro—. Vamos a ver cómo le va a Richard en su búsqueda.

Kahlan comprobó con descontento que la desagradable lluvia seguía cayendo. Aunque ya no era tan abundante, seguía siendo igual de fría, y ella no tardaría en estar tan mojada como antes.

—No se fue por ahí —le advirtió la mord-sith.

Kahlan y Ann se volvieron. Cara no se había movido.

—Pensaba que quería echar un vistazo al resto de los pollos —dijo la Confesora, señalando hacia la casa de los espíritus.

—Echó a andar hacia los otros edificios, pero cambió de opinión. Se fue en esa dirección —dijo señalando.

—¿Por qué?

—No lo dijo. Me ordenó que me quedara aquí y os esperara. —Cara echó a andar bajo la lluvia—. Vamos. Os llevaré hasta él.

—¿Sabes dónde está? —Kahlan se dio cuenta de que era una pregunta ridícula antes de acabar de hacerla.

—Pues claro. Estoy vinculada a lord Rahl. Siempre sé dónde está.

A Kahlan le parecía inquietante que las mord-sith fueran capaces de percibir la cercanía de Richard, como una gallina clueca con sus pollitos. Eso le daba envidia. Tocó la espalda de Ann, instándola a darse prisa o se quedarían atrás en la oscuridad.

—¿Cuánto hace que tú y Zedd pensáis que algo va mal? —preguntó en susurros a Ann, refiriéndose a sus sospechas de que algo raro sucedía con la magia.

La rechoncha y baja hechicera caminaba en la oscuridad casi total con la cabeza gacha, mirando dónde ponía los pies.

—Lo notamos por primera vez anoche. Aunque se trata de algo difícil de cuantificar o confirmar, hicimos unas pruebas sencillas. Los resultados no fueron concluyentes. Es algo así como tratar de distinguir si hoy puedes ver tan lejos como ayer.

—¿Le estás diciendo que sospechamos que nuestra magia puede estar debilitándose? —preguntó de pronto una voz familiar desde atrás.

Kahlan se sobresaltó. Pero Ann contestó con toda tranquilidad, como si no le sorprendiera que Zedd hubiera aparecido de repente a su espalda.

—Sí —dijo sin detenerse. Cara dobló una esquina—. ¿Cómo estaba la mujer?

Zedd suspiró.

—Abatida. Traté de calmarla y consolarla, pero me temo que no tuve demasiada suerte.

—Zedd —interrumpió Kahlan—, ¿estás diciendo que estás seguro de que pasa algo malo? Es una afirmación muy grave.

—Bueno, no. Yo no afirmo nada...

Los tres chocaron contra Cara, que se había detenido inesperadamente en la oscuridad. La mord-sith se mantenía completamente inmóvil, con la mirada fija al frente, en la lluvia. Finalmente lanzó un débil gruñido y los empujó para que dieran media vuelta.

—Me he equivocado —rezongó—. Tenemos que volver.

A empujones y codazos Cara los guió de nuevo hasta la esquina y torció al otro lado. Era casi imposible ver por dónde iban. Kahlan se apartó el pelo mojado de la cara. El tiempo era tan infame que apenas veía. En medio de la susurrante lluvia, con Cara sola delante y Zedd y Ann hablando en voz baja varios pasos por detrás de ella, Kahlan se sentía sola y desamparada.

La lluvia y la oscuridad debían de confundir a la mord-sith pues a pesar del vínculo, tuvo que volver sobre sus pasos varias veces.

—¿Falta mucho? —le preguntó Kahlan.

—No —fue la escueta respuesta de la mord-sith.

Mientras Kahlan avanzaba penosamente por los callejones convertidos en lodazales se le metió barro en las botas. A cada paso notaba la desagradable sensación de apretar frío barro entre los dedos. Se moría de ganas de lavarse los pies. Tenía frío, estaba empapada, cansada y embarrada, y todo porque Richard temía que un estúpido monstruo con forma de pollo y poseído por un espíritu malvado andaba suelto.

Recordaba con nostalgia el baño caliente de la mañana y deseaba encontrarse de nuevo en los manantiales.

Al pensar en la muerte de Juni cambió de opinión. Había cosas peores que su deseo egoísta de estar calentita. Si las sospechas de Zedd y Ann respecto a la magia eran ciertas...

Cuando llegaron a la plaza situada en el centro de la aldea, la sombra de Cara se detuvo. La lluvia golpeaba los tejados, caía de los aleros formando riachuelos, levantaba barro y salpicaba en los charcos que se formaban a cada pisada.

La mord-sith alzó un brazo y señaló.

—Está allí.

Kahlan entrecerró los ojos, tratando de ver a través de la cortina de lluvia. Tenía a Zedd casi pegado a ella a la derecha y a Ann a la izquierda. Cara, un poco apartada, observaba a Richard con visión del vínculo, mientras el resto escrutaba la oscuridad, esforzándose por ver lo mismo que ella.

Finalmente fue el diminuto fuego lo que llamó la atención de Kahlan. Unas llamas pequeñas y lánguidas lamían el aire mojado. Parecía mentira que ardieran. Tal vez era un resto de las hogueras

encendidas para su boda. Por imposible que pudiera parecer, en medio del aguacero había sobrevivido un pequeño rescoldo de la sagrada ceremonia.

Richard estaba de pie frente al fuego, mirándolo. Kahlan apenas percibía su imponente silueta. El viento levantó el borde de su capa dorada, reflejando chispas de la milagrosa luz del fuego.

La Confesora distinguió gotas de lluvia en la punta de la bota con la que él había avivado el fuego de una patada. Las llamas, que seguían ardiendo pese a la lluvia, se hicieron tan altas como su rodilla. El viento agitó las retozonas llamas; sus brazos rojos y amarillos oscilaban y se ondulaban, haciendo cabriolas, revoloteando en una fascinante danza de luz cálida en medio de la fría lluvia.

Richard olió el fuego. Kahlan estuvo en un tris de maldecirlo.

—Sentrosi —murmuró el joven, aplastando unas brasas con la bota.

El viento helado levantó una chispa encendida. Richard trató de atraparla con la mano, pero la centella lo eludió, levantada por una racha de viento, y desapareció en la noche oscura.

—Córcholis —masculló Zedd en tono hosco—, el chico encuentra una bolsa de resina que sigue ardiendo en un viejo tronco y está dispuesto a creer lo imposible.

—Tenemos cosas más importantes que hacer que considerar las absurdas conjeturas de los ignorantes —afirmó Ann sin ambages.

Exasperado, Zedd se pasó una mano por el rostro, aunque tuvo que darle la razón.

—Podrían ser muchas otras cosas, pero él se empeña en que sea ésa porque no tiene ni idea de todas las demás.

Ann apuntó con un dedo a Zedd.

—La ignorancia de ese muchacho es...

—Es uno de los tres repiques —la atajó Kahlan—. ¿Qué significa?

Zedd y Ann se volvieron hacia ella y se quedaron mirándola, como si se hubieran olvidado de su presencia.

—No es importante —insistió Ann—. La cuestión es que hay asuntos de gran trascendencia que requieren nuestra atención, y él está perdiendo el tiempo preocupándose por los repiques.

—¿Qué significa la palabra...?

Zedd carraspeó para advertirle que no debía pronunciar en voz alta el nombre del segundo repique. Kahlan frunció el entrecejo y se inclinó hacia el viejo mago.

—¿Qué significa?

—Fuego —respondió finalmente Zedd.

9

Kahlan se incorporó y se frotó los ojos. Fuera tronaba. Parecía que la tormenta se había reavivado. La mujer entrecerró los ojos tratando de ver en la tenue luz. Richard no estaba a su lado. Ignoraba qué hora era, pero se habían acostado tarde. Le parecía que aún faltaba mucho para el amanecer y se dijo que seguramente Richard había salido a orinar.

La intensa lluvia golpeaba con fuerza el tejado y sonaba como si estuviera bajo una cascada. En su primera visita Richard había utilizado la casa de los espíritus para enseñar a la gente barro a construir cubiertas con tejas que no filtraran el agua cuando llovía, como sucedía con las techumbres de hierba. Probablemente, la casa de los espíritus era el lugar más seco de toda la aldea.

La gente se había entusiasmado con la idea de tener tejados sin goteras. Kahlan se imaginó que pasarían bastantes años antes de que todas las techumbres de la aldea se construyeran con tejas en vez de con chamiza. Desde luego ella se alegraba de encontrarse en un sitio seco.

Ojalá que Richard se tranquilizara un poco; ahora ya sabían que no había habido nada siniestro en la muerte de Juni. Tanto él como el Hombre Pájaro habían examinado a todos y cada uno de los pollos de la aldea sin dar con el pollo que no era un pollo ni hallar tampoco a un monstruo con plumas. El asunto estaba cerrado. Por la mañana los soltarían.

Zedd y Ann no estaban contentos con Richard. Si pensaba realmente que la bolsa de resina ardiendo era un repique, es decir, algo del inframundo, ¿qué pensaba hacer con él si lo atrapaba con la mano? Richard no había pensado en eso o callaba por temor a darle más razones a Zedd para pensar que era un insensato.

Al menos Zedd no había sido duro cuando le echó un largo sermón sobre algunas de las innumerables causas posibles de los recientes acontecimientos. Su intención no había sido criticarlo sino educarlo, aunque sus palabras no habían estado totalmente exentas de crítica.

Richard Rahl, el amo del imperio de D'Hara, ante quien reyes y reinas mostraban pleitesía, el hombre ante el cual se rendían las naciones había permanecido mudo mientras su abuelo caminaba arriba y abajo, reprendiéndole, sermoneándole, enseñándole, hablando a veces como Primer Mago, otras como abuelo y otras como amigo.

Kahlan sabía que Richard respetaba demasiado a Zedd para protestar; si Zedd se sentía decepcionado, sus razones tendría.

Antes de retirarse a descansar, Ann les dijo que había recibido una respuesta en su libro de viaje. Verna y Warren conocían el libro por el que había preguntado Richard, *El Gemelo de la Montaña*. Según Verna, era un libro de profecías sobre todo, pero había estado en manos de Jagang. Siguiendo instrucciones de Nathan, ella y Warren lo habían destruido junto con otros libros que Nathan había indicado, excepto el *Libro de Inversión y Dobles*, que Jagang no tenía en su poder.

Cuando se acostaron finalmente, Richard parecía huraño o, al menos, absorto en sus propios pensamientos. Desde luego no estaba de humor para hacer el amor. A decir verdad, después del día que habían pasado, tampoco ella lo estaba.

Kahlan suspiró. Su segunda noche juntos, y no estaban de humor para tener relaciones. ¿Cuántas veces había ansiado tener la oportunidad de estar con él?

La Confesora se dejó caer en la cama y se cubrió los cansados ojos con la mano. Ojalá que Richard se diera prisa en volver a la cama antes de quedarse dormida. Quería al menos besarlo y tranquilizarlo, decirle que sabía que simplemente estaba haciendo lo que pensaba que era mejor y más apropiado, y que no lo consideraba un tonto por eso. Kahlan no se había enfadado de verdad; simplemente quería estar a solas con él y no mojándose todo el día y persiguiendo pollos.

Quería decirle que lo amaba.

Se giró en la cama hacia donde debería estar él. Mientras lo esperaba se le cerraban los ojos y tenía que hacer esfuerzos para mantenerlos abiertos. Cuando puso una mano encima de la manta en el lado de Richard se dio cuenta de que la había tapado con su mitad de la manta. ¿Qué sentido tenía hacer eso si pensaba volver en seguida?

Se incorporó y volvió a frotarse los ojos. A la tenue luz del pequeño fuego vio que no estaba la ropa de él.

Había sido un día muy largo. La noche anterior apenas habían dormido. ¿Qué estaría haciendo Richard fuera en plena noche y lloviendo? Tenían que descansar, pues por la mañana emprenderían el viaje de regreso a Aydindril.

Por la mañana. Partían por la mañana. Richard tenía tiempo hasta entonces.

Kahlan gruñó mientras recogía a toda prisa sus cosas desperdigadas por el suelo. Richard había salido en busca de algún tipo de prueba, algo que demostrara que no se había comportado como un tonto.

Rebuscó en la mochila hasta dar con una pequeña palmatoria. En la parte superior llevaba una pieza cónica para que la vela no se mojara y se mantuviera encendida bajo la lluvia. A continuación cogió una astilla larga de un lado de la chimenea, la acercó al fuego y prendió la vela. Luego cerró el cristal para que el viento no apagara la llama. La palmatoria y la candela eran diminutas y apenas iluminaban, pero no tenía nada más. Mejor eso que nada en una noche oscura como boca de lobo y, además, lluviosa.

Cogió a toda prisa su camisa, aún húmeda, de la barra que Richard había colocado junto al fuego. Al meter los brazos en las mangas sintió la tela fría y mojada contra la carne, lo que la hizo estremecerse. Su marido se estaba ganando otro sermón. Cuando lo encontrara, lo obligaría a volver a la cama y abrazarla hasta que entrara de nuevo en calor. Era culpa de él que volviera a temblar de frío. Haciendo muecas se puso los pantalones, también empapados y fríos, sobre las piernas desnudas.

¿Qué tipo de prueba estaría buscando Richard?, ¿el pollo?

Mientras se había estado secando el pelo junto al fuego, Kahlan le había preguntado por qué pensaba que había visto el mismo pollo varias veces. Él le había contestado que el pollo muerto que habían encontrado por la mañana junto a la casa de los espíritus llevaba una marca oscura en la derecha de la parte superior del pico, justo debajo de la cresta. Según él, el pollo que el Hombre Pájaro había señalado tenía la misma señal.

Pero no se había dado cuenta hasta más tarde. El pollo que esperaba encima de la puerta de la casa donde habían llevado el cuerpo de Juni tenía idéntica marca al lado del pico. Pero ninguna de las aves recogidas la tenía.

Kahlan le hizo ver que los pollos se pasaban el día picoteando la tierra y que ese día había mucho barro, así que, probablemente, no era más que lodo. Además, más de uno tenía el pico manchado de tierra o barro, y seguramente la lluvia había limpiado las manchas cuando los llevaban a guardar.

La gente barro estaba segura de haber reunido a todas las aves de la aldea, por lo que el pollo que andaban buscando tenía que estar necesariamente en uno de los tres chamizos. Richard no supo qué responder a eso.

Kahlan siguió preguntando qué razón podría tener ese pollo en particular, un pollo resucitado, para seguirlos todo el día. ¿Con qué propósito? Tampoco Richard tenía respuesta para eso.

Desde luego ella no lo había apoyado en nada. Kahlan sabía positivamente que Richard no se dejaba llevar por la imaginación y que cuando insistía en algo no era por obcecación ni para irritarla a ella.

Debería haberlo escuchado con más cariño y la mente más abierta. Si Richard no podía contar con ella, con su esposa, ¿quién lo haría? No era de extrañar que no estuviera de humor para hacer el amor. Claro que lo del pollo...

Al abrir la puerta fue recibida por una racha de viento y lluvia. Cara se había acostado. Los cazadores que protegían la casa de los espíritus la vieron y corrieron hacia ella. Todos los ojos se alzaron

hacia el rostro femenino iluminado por la vela que parecía flotar en la oscuridad lluviosa. Con cada relámpago veía más cuerpos brillantes de cazadores.

—¿Por dónde se ha ido Richard? —les preguntó.

Los cazadores estaban mudos por la sorpresa.

—Richard —repitió Kahlan—. *No está dentro. Salió hace un rato. ¿Por dónde se fue?*

Uno de los cazadores miró a sus compañeros, interrogándolos en silencio. Todos negaron con la cabeza.

—*No hemos visto a nadie* —dijo—. *Está muy oscuro, pero si hubiera salido lo habríamos visto.*

Kahlan suspiró.

—*Tal vez no. Richard fue guía de bosque. En la noche se siente como pez en el agua. Es capaz de hacerse invisible en la oscuridad tan fácilmente como vosotros en la pradera.*

Los hombres asintieron. Ninguno dudó de sus palabras.

—*Entonces seguro que anda por ahí, pero no sabemos dónde. Cuando quiere, Richard el de genio pronto es como un espíritu. No hemos conocido otro igual.*

Kahlan sonrió para sí. Richard era una persona excepcional, algo típico de un mago.

En una ocasión había ido con los cazadores a disparar y los había dejado a todos boquiabiertos, pues había dado con todas las flechas en el centro de la diana, exactamente en el mismo punto. Cada flecha había partido la anterior por la mitad.

Su don guiaba las flechas, aunque Richard creía otra cosa; según él, se trataba simplemente de práctica y concentración. En sus propias palabras «llamaba al blanco»: a su alrededor todo desaparecía y cuando notaba que la flecha encontraba el punto concreto en el aire, disparaba. Todo eso lo hacía en un abrir y cerrar de ojos.

Kahlan tenía que admitir que cuando él le enseñó a disparar podía notar esa sensación a veces. Lo que Richard le enseñó llegó incluso a salvarle la vida una vez. No obstante, ella sabía que era algo mágico.

Los cazadores respetaban mucho a Richard, y no sólo porque disparara como nadie; era casi inevitable. Si Kahlan afirmaba que Richard podía hacerse invisible, ellos no tenían por qué dudarlo.

Curiosamente, el principio no pudo haber sido peor. Kahlan lo había llevado al territorio de la gente barro y, en su primer encuentro en la llanura, Richard interpretó erróneamente el saludo tradicional de la gente barro, un bofetón. Richard propinó a Savidlin, uno de sus líderes, un tremendo puñetazo. Sin saberlo acababa de honrar la fuerza de la gente barro y se ganó a un amigo muy valioso. Asimismo se había ganado el mote de Richard el de genio pronto.

—*De acuerdo. Vamos a buscarlo. Dispersaos. Quien lo encuentre que le diga que lo estoy buscando. Si no dais con él, regresad aquí y buscaremos en otros sitios.*

Los cazadores hicieron objeciones, pero Kahlan les replicó que estaba cansada y quería volver a la cama, pero no sola, sino con su marido. Les suplicó que la ayudaran o lo buscaría sola.

Se le ocurrió que Richard estaba haciendo justamente eso: buscar solo porque nadie creía en él.

Los hombres barro accedieron de mala gana y se dispersaron. La oscuridad se los tragó. Ellos no llevaban botas que les estorbaran, así que no les costaba tanto como a ella caminar por el barro.

Kahlan se quitó las botas y las tiró al lado de la puerta de la casa de los espíritus. Se sentía muy satisfecha de haberse quitado esa traba.

Muchas mujeres de Aydindril, desde aristócratas hasta funcionarias o mujeres de funcionarios, se habrían desmayado de haber visto a la Madre Confesora en esos momentos, descalza, hundida en el barro hasta los tobillos y totalmente empapada.

Mientras chapoteaba por los charcos, Kahlan trató de imaginarse el método que habría seguido Richard en su búsqueda. Él no solía hacer nada al tuntún. ¿Cómo pretendía registrar él solo toda la aldea en la oscuridad?

Aunque en un principio había pensado que Richard buscaba el pollo, cambió de idea. Quizá había comprendido que tanto ella como Zedd y Ann tenían razón. Quizá no buscaba un pollo. Pero, en ese caso, ¿qué estaba haciendo fuera en medio de la noche?

La lluvia le acribillaba la cabeza y le corría por el cuello y la espalda, dándole escalofríos. Su larga melena, que con tanto empeño había secado y cepillado, volvía a estar empapada. La camisa se le pegaba como una segunda piel, una piel terriblemente fría.

¿Adónde habría ido Richard?

Kahlan se quedó inmóvil, con la vela en alto.

Juni.

Tal vez había ido a ver a Juni o, aún peor, al bebé muerto. Kahlan se apenó al pensar en el pequeño. Podía ser que Richard quisiera llorar por ambos.

Eso era propio de él. Tal vez quería rezar por las dos almas que acababan de incorporarse al mundo de los espíritus. Sí, era muy propio de él.

Kahlan pasó por debajo de un chorro invisible de agua helada que caía de un tejado. Le dio en plena cara y le empapó la pechera, cortándole la respiración del frío. Se apartó de la cara mechones de pelo mojado y, sin dejar de caminar, escupió parte del agua que había tragado. Tenía que sostener la palmatoria en medio de la helada lluvia y notaba los dedos entumecidos.

Escrutó atentamente la oscuridad para saber exactamente dónde estaba y comprobar que no se hubiera extraviado. Distinguió un muro bajo con tres macetas con hierbas aromáticas que le resultaron familiares. Nadie vivía allí; eran las hierbas aromáticas que se cultivaban para los espíritus malvados que habitaban cerca. Ya sabía el camino.

Un poco más adelante, tras doblar una esquina, llegó finalmente a la puerta de la casa de los muertos. Buscando torpemente con los dedos helados, localizó el pestillo. La lluvia había hinchado la puerta, que se resistía, y chirrió al abrirse. Kahlan entró y cerró tras ella.

—Richard, Richard, ¿estás ahí?

Nadie respondió. Kahlan levantó la vela. Con la otra mano se tapó la nariz para protegerse del hedor, aunque lo notaba en la lengua.

La luz de la palmatoria iluminó la plataforma en la que estaba el cadáver del bebé. Kahlan se acercó, estremeciéndose al aplastar un bicho duro con el pie descalzo, aunque la tragedia que tenía ante ella inmediatamente se lo hizo olvidar.

La imagen la dejó paralizada. El bebé tenía los bracitos paralizados en el aire y las piernas rígidas, con apenas un par de centímetros de espacio vacío bajo los talones. Las diminutas manos estaban abiertas con las palmas hacia arriba. Parecía imposible que pudiera haber dedos tan pequeñitos.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en esa vida truncada y se cubrió la boca para ahogar un sollozo. Pobre niño, y pobre madre.

Detrás, oía un extraño sonido repetitivo. Mientras contemplaba el pequeño cuerpo sin vida, intentaba interpretar ese débil golpeteo entrecortado. Se detenía, volvía a empezar y se paraba de nuevo. Kahlan se dijo que debía de ser una gotera.

Sin poder resistir la tentación, Kahlan posó tiernamente uno de sus dedos en la diminuta palma del bebé; sólo le cabía uno. Casi esperaba que la mano se cerrara alrededor de su dedo, pero no sucedió.

Reprimió otro gemido y notó que se le escapaba una lágrima. Lo lamentaba tanto por la madre... Kahlan había visto tanta muerte, tantos cadáveres, que no sabía por qué éste le afectaba tanto.

Finalmente se derrumbó y lloró encima del niño sin nombre. En la solitaria casa de los muertos, lloró a lágrima viva por esa vida no vivida, por ese cuerpo nacido sin alma.

El ruido a su espalda se hizo tan molesto que se volvió para ver qué perturbaba la oración a los buenos espíritus.

Kahlan lanzó un grito ahogado en medio del llanto. Allí, de pie encima del pecho de Juni, había un pollo. Le estaba sacando los ojos.

10

Kahlan quería espantar al pollo, pero se quedó paralizada. El ave giró un ojo en su dirección sin dejar de picotear.

Pec, pec, pec. Pec. Pec. Ése era el ruido que le había llamado la atención.

—¡Fuera! ¡Fuera! —exclamó, y agitó una mano hacia el pollo.

Seguramente los bichos lo habían atraído. Por eso estaba allí: por los bichos. No obstante, en su fuero interno no acababa de creérselo.

—¡Fuera! ¡Déjalo en paz!

El animal levantó la cabeza. Siseaba y se le erizaron las plumas.

Kahlan retrocedió.

Con las garras clavadas en la carne rígida del cadáver, el pollo giró lentamente hacia ella. Al ladear la cabeza, la cresta le cayó a un lado y las carúnculas oscilaron.

—Fuera —se oyó a sí misma Kahlan susurrar.

A la escasa luz se le añadía que el pollo tenía un lado del pico cubierto de sangre y otros fluidos, por lo que era imposible distinguir la marca oscura. Pero no necesitaba verla.

—Queridos espíritus, ayudadme —murmuró.

El ave emitió un lento cacareo. Sonaba como un pollo, pero, en su corazón, Kahlan supo que no lo era.

En ese instante se le hizo perfectamente evidente el concepto de pollo que no era un pollo. Eso tenía el aspecto que los pollos de la gente barro, pero no lo era.

Era la encarnación del mal.

Kahlan lo sentía con una certeza que le venía de las entrañas. Era algo tan obsceno como la misma sonrisa de la muerte.

Inconscientemente, se estrujó la camisa cerrada al cuello. Chocó contra la plataforma del cadáver del bebé con tanta fuerza que se preguntó si podría volcar esa masa sólida de argamasa.

Su instinto era de atacar y descargar su poder de Confesora contra esa cosa inmundada. Su magia destruía para siempre la esencia de una persona, vaciándola por dentro, y sustituyendo lo que antes era por una total e incondicional devoción hacia ella. Eso servía para que los condenados a muerte confesaran sinceramente sus horrendos crímenes o bien probaran su inocencia. Era el método definitivo para garantizar la autenticidad de la justicia.

Nada se salvaba del poder de una Confesora. Era algo tan absoluto como definitivo. Incluso el asesino más maniaco tenía alma y, por tanto, era vulnerable.

Su poder, su magia, actuaba asimismo como arma defensiva, pero sólo contra seres humanos. No le serviría contra un pollo y, desde luego, no podría hacer nada contra el mal hecho carne.

La mirada de Kahlan voló hacia la puerta para calcular la distancia. El pollo dio un solo salto hacia ella. Luego, aferrándose con las garras en el brazo de Juni, se inclinó en su dirección. Kahlan notó que los músculos de las piernas se le tensaban tanto que empezaron a temblar.

El pollo retrocedió un paso, se puso tenso y lanzó un chorro de excrementos sobre la cara de Juni. Al mismo tiempo pió de un modo que parecía una risotada.

Kahlan deseó fervientemente convencerse de que estaba siendo tonta e imaginando cosas.

Pero era real.

Del mismo modo que sentía que su poder no podría destruir esa cosa, también sentía que su ostensible ventaja en cuanto a tamaño y fuerza carecía de sentido. Lo mejor era tratar de escapar.

Eso era lo único que deseaba en esos momentos, escapar.

Un bicho gordo y marrón le subió corriendo por el brazo. Kahlan lanzó un breve grito y se lo sacudió. Arrastrando los pies, dio un paso hacia la puerta.

El pollo se alejó de un salto de Juni y aterrizó frente a la puerta.

Trató de pensar mientras el animal avanzaba balanceando la parte superior del cuerpo y de un picotazo cogía el bicho que ella se había quitado del brazo. Después de engullirlo volvió a levantar la mirada hacia ella, ladeando la cabeza primero a la derecha y luego a la izquierda, moviendo la cresta.

Kahlan miró la puerta. Buscaba el mejor modo de salir: ¿apartar el pollo de un puntapié?, ¿tratar de ahuyentarlo de delante de la puerta?, ¿no hacerle caso y pasar junto a él?

Entonces recordó las palabras de Richard: «Juni escupió sobre el honor de lo que fuera que mató a ese pollo. Poco después Juni murió. Yo arrojé una rama contra el pollo de la ventana, y poco después ese pollo atacó al niño. Fue culpa mía que arañara de ese modo a Ungi. No quiero cometer el mismo error dos veces».

Tampoco ella debía cometer ese error. Esa cosa podía saltarle a la cara y sacarle los ojos, o desgarrarle un lado del cuello con la espuela y abrirle la arteria carótida y dejarla después que se desangrara. Quién sabía lo fuerte que era realmente o lo que era capaz de hacer.

Richard había insistido mucho en que todo el mundo tratara bien a los pollos. De pronto la vida de Kahlan dependía de las palabras de él. Aunque tan sólo unas horas antes las había calificado de ridículas para sus adentros, ahora calculaba sus posibilidades y hacía elecciones basándose en ellas.

—Oh, Richard, perdóname —imploró en un susurro.

Notó algo en los pies. Un vistazo a la tenue luz no bastó para asegurarse, aunque le pareció ver bichos que se arrastraban por encima de sus pies. Uno le subió rápidamente por el tobillo y se le metió dentro del pantalón. Dio una patada en el suelo, pero el bicho se aferraba a ella.

Tenía que inclinarse y matarlo de un manotazo. Tenía que quitárselo de encima. Pero golpeó con demasiada fuerza y lo espachurró contra la pantorrilla.

Se enderezó, alarmada, pues notaba insectos que se le arrastraban por el pelo. Un ciempiés la picó en el dorso de la mano y la hizo chillar. Agitó la mano para tirarlo al suelo. Inmediatamente el pollo lo cogió con el pico y se lo comió.

De pronto, con un batir de alas, el ave brincó y se posó de nuevo encima de Juni. Moviendo las zarpas exageradamente, se volvió lentamente encima del cadáver para mirarla. Uno de sus ojos negros la contemplaba con gélido interés. Kahlan deslizó un pie hacia la puerta.

—Madre —graznó el pollo.

Kahlan se estremeció y chilló. Luego trató de calmar su respiración. El corazón le latía con tanta fuerza que notaba como si se le formara un bulto en el cuello. Se agarraba a la áspera plataforma de atrás arañándose la piel.

Seguramente el pollo había emitido un sonido muy semejante a la palabra *madre*. Ella era la Madre Confesora y estaba acostumbrada a oír que la llamaran madre. Simplemente estaba asustada y se había imaginado que el pollo le hablaba.

Volvió a chillar cuando algo le picó en el tobillo. Mientras trataba de aplastar a otro bicho que le corría por debajo de una manga dio un manotazo sin querer a la vela que había dejado encima de la plataforma, a su espalda. La palmatoria cayó al suelo de tierra con un tintineo.

En un instante la oscuridad se adueñó de la estancia.

Kahlan se giró, tratando frenéticamente de atrapar algo que le subía reptando entre los omóplatos y se le metía en el pelo. Por el peso y el chillido, tenía que tratarse de un ratón. Por suerte, con sus contorsiones y giros logró quitárselo de encima.

Entonces se quedó inmóvil, intentando percibir por el sonido si el pollo se había movido, si había saltado al suelo. No oía absolutamente nada excepto los rápidos latidos de su corazón en los oídos.

Kahlan comenzó a avanzar lentamente hacia la puerta, arrastrando los pies por la fétida paja y deseando con todo su corazón no haberse descalzado. El hedor le daba arcadas. Tenía la impresión de que nunca volvería a sentirse limpia. No obstante, no le importaría si lograba salir de ésa con vida.

En la oscuridad, el pollo que no era un pollo lanzó un sonido que pareció una risa.

No provenía de donde ella creía que estaba; había sonado detrás de ella.

—Por favor, no es mi intención hacerte ningún daño —dijo—, ni tampoco faltarte al respeto. Me marcharé para dejarte vía libre, si no te importa.

Kahlan arrastró otro pie hacia la puerta. Se movía despacio y con cuidado, por si acaso el pollo estaba en su camino. No quería chocar contra él y que se enfadara. No debía subestimarle.

Había atacado con ferocidad a enemigos que parecían invencibles muchas veces, por lo que era consciente de la importancia de atacar con decisión y violencia. Pero también sabía sin ningún género de dudas que, si lo quería, ese adversario podía matarla tan fácilmente como ella retorcer el cuello a un pollo verdadero. Si forzaba la lucha, perdería con total seguridad.

Con un hombro tocó la pared y deslizó una mano por los adobes revocados; buscaba a tientas la puerta. No estaba allí. Palpó la pared en ambas direcciones sin dar con ella.

Era para volverse loca. Había entrado por ella. Tenía que haber una puerta. El pollo que no era un pollo emitió una especie de susurro.

Reprimiendo las lágrimas de terror, Kahlan se volvió y pegó la espalda al muro. Debía de haberse desorientado cuando se giró para quitarse el ratón de la espalda. Tenía que darse otra vez la vuelta, eso era todo. La puerta seguía en su sitio. Era ella la que se había equivocado.

Pero ¿en qué dirección estaba la puerta?

Kahlan abrió los ojos de par en par para tratar de ver en la impenetrable oscuridad. De pronto se le ocurrió una nueva y terrorífica posibilidad: ¿y si el pollo le sacaba los ojos? ¿Y si era eso lo que le gustaba hacer, picotear ojos?

Se oyó a sí misma sollozar de pánico. La lluvia se filtraba por la techumbre de hierba. Se estremeció al notar las gotas en la cabeza. Cayó otro rayo. Kahlan vio que la luz atravesaba la pared a su izquierda. No, era la puerta. La luz penetraba por el resquicio de la puerta. Estaba tronando.

Corrió desesperadamente hacia ella. En la oscuridad chocó con la cadera contra el borde de una plataforma y se golpeó los pies contra la esquina de adobes. Instintivamente se cogió el pie que tanto le dolía. Mientras saltaba a la pata coja para mantener el equilibrio pisó algo duro. Un dolor punzante le recorrió todo el pie. Kahlan buscó donde asirse, pero retiró precipitadamente la mano al notar el cuerpo rígido del bebé. Se desplomó con estrépito.

Maldiciendo entre dientes se dio cuenta de que había pisado la palmatoria caliente. Ella misma se consoló: no se había quemado de verdad, sino que el terror había creado en su mente la imagen del metal caliente que la había quemado. Sin embargo, el otro pie le sangraba debido al golpe contra los adobes.

Kahlan respiró profundamente y se dijo que no debía dejarse llevar por el pánico o sería peor. Tenía que salir de la casa de los muertos por sus propios medios. Debía recuperar la serenidad y conservar la calma; sólo así podría escapar de allí.

Hizo otra inspiración profunda. Simplemente era cuestión de llegar a la puerta, y podría irse. Fuera estaría a salvo.

Comenzó a arrastrarse muy lentamente sobre el vientre. Notaba la paja mojada por la lluvia o por los nauseabundos fluidos que se escurrían de las plataformas. Se dijo que la gente barro respetaba a sus muertos, así que no dejarían que la paja se ensuciara hasta ese punto. Seguro que era paja limpia. Pero, en ese caso, ¿por qué olía tan terriblemente mal?

Con mucho esfuerzo hizo caso omiso de los bichos que le corrían por el cuerpo. Se concentraba en permanecer en silencio. Cuando la concentración le falló se dio cuenta de que se le escapaban leves

quejidos. Con la cara a nivel del suelo, percibió el destello del siguiente relámpago por debajo de la puerta. Estaba muy cerca.

Ignoraba dónde se había metido el pollo. Kahlan rezaba para que se hubiera vuelto a picotear los ojos de Juni.

El siguiente relámpago iluminó las patas del pollo, que se interponían entre ella y la rendija de la puerta. Lo tenía a poco más de un palmo de la cara.

Muy lentamente se acercó una temblorosa mano a la frente para protegerse los ojos. Sabía que en cualquier momento el monstruo con forma de pollo se lanzaría sobre ellos. Kahlan jadeó, aterrorizada, al imaginarse que el pollo le arrancaba los ojos de un picotazo y la sangre le manaba de dos cuencas desgarradas y vacías.

Se quedaría ciega e indefensa. Nunca más vería los ojos grises de Richard sonriéndole.

Un bicho se le había enredado en el pelo y pugnaba por liberarse. Kahlan trató de sacudírselo en vano.

De pronto algo le golpeó la cabeza. Kahlan lanzó un grito. Ya no tenía el bicho; el pollo se lo había quitado de un picotazo tan fuerte que el cuero cabelludo le escocía.

—Gracias —se obligó a decirle al pollo—. Muchas gracias. Te lo agradezco mucho.

Gritó de nuevo cuando el pollo la picó en un brazo. Otro bicho. En realidad, no le había picado a ella, sino que pretendía zamparse un insecto.

—Perdón por gritar —dijo Kahlan con voz trémula—. Me has asustado, eso es todo. Gracias otra vez.

Otro picotazo. Esta vez en la parte superior de la cabeza y sin que mediara ningún bicho. Kahlan ignoraba si al pollo que no era un pollo le había parecido ver un bicho o si deliberadamente le había dado un picotazo en la cabeza. Dolía mucho. Kahlan volvió a protegerse los ojos con una mano.

—Por favor, no hagas eso. Duele mucho. Por favor, no me piques.

El pollo le pellizcó una vena del dorso de la mano con la que se tapaba los ojos y tiró de ella, como si tratara de sacar un gusano de la tierra. Era una orden. Quería que apartara la mano de los ojos.

Otro tirón fuerte con el pico. Era evidente que pretendía decirle con los insistentes tirones: «Aparta la mano ahora mismo o lo lamentarás».

A saber de lo que sería capaz si lo hacía enfadar. El cercano cadáver de Juni se lo recordaba.

Kahlan trazó un plan: si el pollo le picaba los ojos, lo agarraría por el pescuezo e intentaría retorcérselo. Si era rápida, solamente podría arrancarle un ojo. Eso le dejaría otro ojo. Solamente lucharía si se le lanzaba a los ojos.

Sus instintos la avisaban atronadoramente que eso sería la cosa más estúpida y peligrosa que podía hacer. Tanto el Hombre Pájaro como Richard le habían advertido de que no se trataba de un verdadero pollo, y Kahlan ya no dudaba de ellos. No obstante, tal vez no le quedara otra opción.

Una vez que comenzara sería una lucha a vida o muerte. Kahlan no se hacía ilusiones sobre sus posibilidades. De todos modos, quizá se viera obligada a luchar. En caso necesario pelearía hasta el último aliento, tal como su padre le había enseñado.

El pollo cogió con el pico un trozo más grande de piel junto con la vena y los retorció. Era el último aviso.

Cayó otro relámpago, aunque Kahlan ya no necesitaba la luz. Tenía el pollo a escasos centímetros, tan cerca que notaba su respiración.

—Por favor, no me hagas daño —imploró.

El trueno estalló con doloroso estruendo. El pollo graznó y giró en redondo.

Kahlan se dio cuenta de que eso no había sido un trueno, sino la puerta que se abría de golpe.

—¡Kahlan! ¿Dónde estás? —gritó Richard.

Ella se puso en pie de un salto.

—¡Richard, cuidado! ¡Es el pollo! ¡Es el pollo!

Richard trató de atraparlo, pero el animal se le coló entre las piernas y salió disparado por la puerta.

Kahlan quiso abrazar a Richard, pero él se lo impidió al tiempo que cogía rápidamente el arco de uno de los cazadores que esperaban fuera de la casa. Sin dar tiempo al cazador a reaccionar, tomó también una flecha de la aljaba que le colgaba del hombro. En un abrir y cerrar de ojos ya la había colocado y estiraba la cuerda del arco hacia su mejilla.

El pollo corría como un loco por el barro, callejón abajo. Por efecto de los entrecortados relámpagos parecía que se quedara paralizado en medio de las zancadas. Cada destello revelaba su posición con luz deslumbrante, y cada vez se veía más lejos.

La cuerda del arco vibró al soltarse. La flecha silbó en la noche.

Kahlan oyó cómo la punta de acero del proyectil golpeaba con un ruido seco. A la luz de los relámpagos vio que el pollo se daba media vuelta para mirarlos. La flecha se le había clavado en la parte posterior de la cabeza, y la punta sobresalía por el pico abierto. El astil de la flecha estaba manchado de sangre, que goteaba de la punta formando pequeños charcos y ensuciaba las carúnculas del ave.

El cazador emitió un débil silbido de admiración ante ese disparo.

La noche se oscureció mientras los truenos retumbaban con un ruido ensordecedor. El siguiente relámpago iluminó al pollo, que doblaba una esquina a todo correr.

Richard salió disparado en persecución del animal con Kahlan pegada a los talones. El cazador tendió a Richard otra flecha sin dejar de correr. Él colocó el proyectil, tensó la cuerda del arco y la mantuvo preparada mientras los tres giraban la esquina corriendo.

Frenaron a la par. Allí, en el barro, en medio del callejón, estaba la flecha ensangrentada, aunque ni rastro del pollo.

—Richard —dijo Kahlan, jadeante—. Ahora te creo.

—Ya me lo imaginaba.

A su espalda oyeron un gran rugido. Se asomaron por la esquina y vieron cómo la techumbre de la casa de los muertos, donde se preparaban los cadáveres antes de ser enterrados, se incendiaba. Por la puerta abierta Kahlan vio el suelo cubierto de paja en llamas.

—Llevaba una vela que se me cayó al suelo. Pero la llama se apagó. Estoy segura de que se apagó.

—Quizá ha sido un relámpago —apuntó Richard mientras contemplaba el vivo fuego.

A la cruda luz del incendio todos los edificios vecinos parecían temblar y moverse en sincronía con las llamas. Pese a la distancia, Kahlan percibía el fiero calor del fuego en la cara. Hierba ardiendo y chispas se elevaban en remolino hacia el cielo nocturno.

Los cazadores aparecieron de repente entre la lluvia y se congregaron alrededor. El dueño de la flecha se la pasó a sus compañeros mientras les susurraba que Richard el de genio pronto había disparado al espíritu malvado y lo había ahuyentado.

Dos personas más surgieron de las sombras al doblar la esquina de un edificio. Antes de reunirse con el grupo miraron las vivas llamas. Zedd tendió una mano; a la luz del fuego su rebelde mata de pelo blanco se veía anaranjada. Un cazador colocó la ensangrentada flecha en la palma del mago. Zedd inspeccionó brevemente la flecha antes de pasársela a Ann. Ésta la hizo girar entre los dedos, suspirando, como si el proyectil le estuviera confesando su historia y confirmara sus miedos.

—Son los repiques —afirmó Richard—. Están aquí. ¿Me creéis ahora?

—Zedd, yo lo vi —intervino Kahlan—. Richard tiene razón. No era un pollo. Estaba allí dentro, arrancando los ojos a Juni. Me habló, se dirigió a mí llamándome Madre Confesora.

El fuego se reflejaba en los ojos serios de Zedd. Finalmente hizo un gesto de asentimiento.

—En una cosa tienes razón, muchacho: estamos en graves problemas, pero no se trata de los repiques.

—Zedd —insistió Kahlan, señalando el chamizo en llamas—, te digo que era...

Se calló cuando él alargó un brazo y le cogió una pluma del pelo. Entonces la sostuvo frente a él, haciéndola girar lentamente entre dos dedos. Se convirtió en humo y se evaporó en el aire de la noche frente a sus ojos.

—Era un acechante —murmuró Zedd.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Un acechante? ¿Qué es un acechante? ¿Y cómo lo sabes?

—Ann y yo hemos estado haciendo conjuros para comprobarlo —respondió el anciano mago—. Tú nos has proporcionado la prueba que necesitábamos para estar seguros. Los indicios de magia en esta flecha confirman nuestras sospechas. Tenemos un grave problema.

—Fue conjurado por los adoradores del Custodio, por aquellos capaces de usar Magia de Resta, o sea, las Hermanas de las Tinieblas —agregó Ann.

—Jagang —susurró Richard—. Jagang tiene Hermanas de las Tinieblas.

—Eso es —confirmó Ann—. La última vez que Jagang envió a un mago para matarte, sobreviviste. Ahora envía algo más mortífero.

Zedd puso una mano sobre el hombro de Richard.

—Tu insistencia era acertada, pero tus conclusiones equivocadas. Ann y yo estamos convencidos de que podremos desarmar el conjuro que lo trajo aquí. Trata de no preocuparte; trabajaremos en ello y daremos con la solución.

—Aún no me has dicho qué es un acechante. ¿Cuál es su objetivo? ¿Para qué lo envían?

Ann miró brevemente a Zedd antes de responder.

—Es un ser del inframundo conjurado mediante Magia de Resta. Su objetivo es trastocar la magia de este mundo.

—Exactamente igual que los repiques —susurró Kahlan, alarmada.

Zedd la corrigió.

—No, esto es serio, pero nada comparable con los repiques. Ann y yo somos expertos y tenemos recursos.

»Por el momento el acechante se ha ido, gracias a Richard. Ahora que lo hemos desenmascarado, tardará en volver. Id a dormir. Afortunadamente Jagang ha actuado con torpeza, y el acechante se ha traicionado a sí mismo antes de poder causar más daño.

Richard miró por encima del hombro hacia el fuego chisporroteante, como si estuviera dándole vueltas a algo.

—Pero ¿cómo ha podido Jagang...?

—Ann y yo necesitamos descansar si queremos averiguar con exactitud lo que ha hecho Jagang y cómo contrarrestarlo. Es complicado. Deja que hagamos lo que debemos hacer.

Finalmente, Richard enlazó la cintura de Kahlan para tranquilizarla y la atrajo hacia él mientras asentía mirando a su abuelo. Al pasar junto a él, le apretó un hombro con cariño. Luego él y Kahlan se alejaron en dirección a la casa de los espíritus.

11

Richard se sobresaltó y despertó a Kahlan. De espaldas a él, se apartó el pelo de los ojos tratando de espabilarse rápidamente. Richard se incorporó, dejando un hueco frío donde había estado su cálida presencia. Alguien llamaba insistentemente a la puerta.

—Lord Rahl, lord Rahl —llamaba una voz apagada.

No era un sueño; Cara estaba aporreando la puerta. Richard se puso de prisa los pantalones y corrió a abrir. La luz del día irrumpió en la casa de los espíritus.

—¿Qué ocurre, Cara?

—Me envía la curandera. Zedd y Ann están enfermos. No he entendido qué decía, pero he comprendido que quería que viniera a buscarte.

Richard cogió las botas a toda prisa.

—¿Es grave?

—Por cómo se comporta la curandera diría que no. Claro que yo no entiendo de esas cosas. Pensé que querías comprobarlo tú mismo.

—Naturalmente que sí. Ahora mismo salimos.

Kahlan ya se estaba vistiendo. Su ropa aún seguía húmeda, pero al menos no estaba empapada.

—¿Qué crees que ha podido pasar?

—Ni idea —admitió Richard mientras se bajaba la camiseta interior negra y sin mangas.

Sin molestarse en ponerse nada más, se ciñó el ancho cinturón con las bolsas trabajadas en oro y se dirigió a la puerta. Éstas contenían sustancias demasiado peligrosas para perderlas de vista. Echó un vistazo atrás para comprobar que Kahlan lo seguía. La joven se estaba poniendo las botas, dando saltitos para no caer.

—Me refería a si crees que se trata de algo malo relacionado con la magia, algo malo provocado por el acechante.

—No demos alas a nuestros temores. Aún no tenemos suficientes datos.

Salieron en tromba. Cara se unió a ellos y apretó también el paso. Era una mañana borrasca y húmeda. Seguía lloviendo, aunque débilmente.

La larga trenza rubia de la mord-sith le colgaba lacia y pesada, como si hubiera permanecido mojada y sin deshacer toda la noche. Pero Kahlan se dijo que tenía mejor aspecto que su enmarañada y apelmazada melena.

En comparación, el uniforme de piel roja de Cara se veía impecable. El cuero rojo era un motivo de orgullo para ellas, pues, a modo de advertencia, anunciaba la presencia de una mord-sith. Difícilmente podría transmitirse mejor una amenaza con palabras.

Cuando su cuero flexible se mojaba no absorbía el agua, debía de estar tratado con aceites o con lanolina. Kahlan siempre había pensado que, como era tan ceñido, más que quitarse el uniforme lo que hacían era desprenderse de una segunda piel.

Mientras avanzaban apresuradamente Cara les lanzó una mirada acusadora.

—Parece que anoche estuvisteis de aventura.

Por cómo tensó los músculos de la mandíbula era evidente que a Cara no le gustaba ni pizca que la hubieran dejado dormir mientras ellos corrían innecesariamente graves peligros como cervatillos indefensos.

—Encontré el pollo que no era un pollo —anunció Kahlan.

Richard y ella habían regresado a la casa de los espíritus totalmente exhaustos en medio de la oscuridad y la lluvia, arrastrando los pies por el barro, y habían hablado muy poco del tema. Cuando ella le preguntó, él contestó que estaba buscando el pollo en cuestión cuando oyó su voz en la casa de los muertos. Kahlan esperaba que comentara algo sobre su falta de confianza en él, pero Richard se calló.

Kahlan se disculpó por haberle puesto las cosas aún más difíciles por no creerle, pero él se limitó a decir que daba gracias a los buenos espíritus por haber velado por ella. Entonces la abrazó y la besó en la coronilla. Kahlan pensó que se habría sentido mejor si la hubiera recriminado.

Muertos de cansancio se deslizaron debajo de las mantas. Pese al agotamiento, estaba segura de que el espantoso recuerdo del mal encarnado en pollo le impediría pegar ojo el resto de la noche, pero con la mano cálida y tranquilizadora de Richard en su hombro se durmió en cuestión de segundos.

—Nadie me ha explicado todavía en qué os basáis para afirmar que no era un pollo —se quejó Cara mientras doblaban una esquina.

—Es imposible de explicar. Simplemente había algo en él que no encajaba. Era una sensación. Cuando lo tenía cerca, los pelillos de la nuca se me ponían de punta —repuso Richard.

—Si hubieras estado allí, lo entenderías. Cuando me miró vi el mal en sus ojos —añadió Kahlan.

La mord-sith lanzó un gruñido de escepticismo.

—Tal vez tenía ganas de poner un huevo.

—Se dirigió a mí llamándome por mi título.

—Ah. Un indicio evidente incluso para mí —dijo Cara en tono más serio y también más inquieto—. ¿De veras os llamó Madre Confesora?

Kahlan asintió. El rostro de la mord-sith reflejaba una sincera preocupación.

—De hecho, empezó a decirlo, pero se quedó en *Madre*. Yo no esperé educadamente a oír el resto.

Encontraron a Nissel sentada sobre una piel en el suelo frente al pequeño hogar donde calentaba un recipiente con hierbas aromáticas. Al verlos en el umbral, la curadera se levantó. En un anaquel junto a la chimenea guardaba una pila de pan de tava para que se mantuviera caliente. Esbozó una leve sonrisa, típica de alguien que sabe algo que los demás ignoran.

—*Madre Confesora. Buenos días. ¿Has dormido bien?*

—*Sí, gracias Nissel. ¿Qué les ocurre a Zedd y Ann?*

La sonrisa de Nissel se esfumó y echó una ojeada a la pesada piel que tapaba la entrada a la habitación de atrás.

—*No estoy segura.*

—Bueno, ¿qué tienen? —preguntó Richard cuando Kahlan tradujo—. ¿Qué mal padecen? ¿Tienen fiebre? ¿Es el estómago?, ¿la cabeza? ¿O es que se les ha desprendido la cabeza de los hombros? —inquirió, levantando los brazos.

La curandera sostuvo la mirada de Richard mientras Kahlan le traducía las preguntas. Nuevamente esbozó su característica sonrisa.

—*Tu marido es impaciente.*

—*Está preocupado por su abuelo. Richard tiene en gran estima a sus mayores. ¿Y bien? ¿Sabes qué es lo que tienen?*

Nissel se volvió hacia el fuego para remover la olla. La anciana curandera solía comportarse de un modo curioso, incluso desconcertante, por ejemplo tenía la costumbre de farfullar mientras trabajaba o daba instrucciones a un herido de que aguantara en equilibrio unas piedras encima del estómago para distraerlo mientras ella cosía una herida. Pero Kahlan sabía que poseía una inteligencia perspicaz y que, en su oficio, era la mejor. Esa anciana encorvada atesoraba la experiencia de toda una vida y vastos conocimientos.

Finalmente, Nissel se agachó ante la Gracia aún dibujada en el centro del suelo de tierra, manteniendo cerrado con una mano el sencillo mantón que llevaba. Lentamente siguió con un dedo torcido una de las líneas rectas que irradiaban desde el centro, la que representaba la magia.

—*Creo que esto.*

Kahlan y Richard intercambiaron una mirada de inquietud.

—Seguramente averiguaríais antes lo que les pasa si entráis allí y les echáis un vistazo —sugirió Cara.

Richard la fulminó con la mirada.

—Si no te importa, antes preferimos saber qué pasa —dijo.

Kahlan se relajó un poco. Cara nunca sería irrespetuosa con algo tan importante para ellos si pensara realmente que detrás de la cortina de piel se libraba una batalla a vida o muerte. No obstante, la mord-sith apenas sabía nada sobre magia, excepto que no le gustaba ni pizca.

Cara, como los bravos soldados d'haranianos, temía la magia. Todos repetían sin cesar la invocación según la cual ellos eran el acero contra el acero, y lord Rahl era la magia contra la magia. Formaba parte del vínculo del pueblo de D'Hara con su señor; se protegían mutuamente. Era casi como si creyeran que su deber consistía en proteger físicamente a lord Rahl para que éste, en justa compensación, protegiera sus almas.

Paradójicamente, el vínculo único y especial que existía entre las mord-sith y lord Rahl era una relación simbiótica que alimentaba el poder del agiel, el asombroso instrumento de tortura que toda mord-sith llevaba en la muñeca. Pero, sobre todo, gracias a ese antiguo nexo con lord Rahl, las mord-sith eran capaces de usurpar la magia de quien la tuviese. Hasta que Richard las liberó, su objetivo no se limitaba únicamente a proteger a lord Rahl, sino a torturar hasta la muerte a los enemigos de lord Rahl que tuviesen dones para sacarles cualquier tipo de información.

La única magia capaz de resistirse a una mord-sith era la de Confesora. Por mucho que ellas tuvieran miedo de la magia, en realidad eran los poseedores de dones mágicos quienes tenían motivos para temerlas a ellas. Pues, como le solían decir a Kahlan para ayudarla a superar su miedo a las serpientes, éstas le tenían más miedo que a la inversa.

Cara enlazó las manos a la espalda, separó las piernas y tomó posición. Kahlan se agachó para entrar en la habitación trasera, mientras Richard mantenía apartada la cortina de piel para que ella pasara.

Entraron en una habitación sin ventanas e iluminada por velas. Dibujos mágicos salpicaban el suelo de tierra. Kahlan se dio cuenta de que no eran señales para practicar, como la Gracia de la habitación exterior, sino que habían sido dibujados con sangre.

—Cuidado —advirtió a Richard, señalando los símbolos del suelo—. No los pises. Su objetivo es atraer y atrapar a los incautos.

Él hizo un gesto de asentimiento y penetró en la habitación, zigzagueando entre el laberinto de dibujos. Zedd y Ann yacían cabeza contra cabeza en sendos jergones estrechos y rellenos de hierba pegados a la pared del fondo. Estaban tapados hasta la barbilla con bastas mantas de lana.

—Zedd, ¿estás despierto? —susurró Richard, hincando una rodilla en el suelo.

Kahlan se agachó junto a Richard y le cogió una mano. Ambos se apoyaron sobre los talones. Cuando Ann parpadeó y abrió los ojos, Kahlan le cogió una mano también a ella. Zedd frunció el entrecejo, como si la dulce luz de las velas lo molestara.

—Ah, Richard, estás aquí. Bien. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfermo? ¿Qué podemos hacer?

El pelo blanco y ondulado del mago estaba más alborotado que de costumbre. Aunque en la penumbra la piel se le veía menos arrugada, parecía un hombre muy viejo.

—Ann y yo... nos sentimos un poco cansados, eso es todo. Hemos estado...

El mago sacó una mano de debajo de la manta y señaló el entramado de dibujos diseminados por el suelo. Parecía que la piel se le fuera a descolgar.

—Díselo tú o lo haré yo —dijo Ann, rompiendo el prolongado silencio.

—¿Decirme qué? ¿Qué está pasando?

Zedd descansó una de sus huesudas manos encima de la musculosa pierna de Richard e hizo varias inspiraciones dificultosas.

—¿Recuerdas la charla que tuvimos? Sobre lo que podría suceder si la magia desaparecía...

—Por supuesto.

—Ha empezado.

Richard abrió los ojos de par en par.

—Entonces son los repiques.

—No —lo corrigió Ann—. Son las Hermanas de las Tinieblas. —La maga se limpió el sudor de los ojos—. Al lanzar el hechizo para conjurar a... esa especie de pollo...

—Al acechante —dijo Zedd, acudiendo en su ayuda—. Al conjurar al acechante han desencadenado, ya sea queriendo o no, un imparable proceso de degeneración de la magia.

—No creo que fuera accidental —opinó Richard—. Seguro que su intención era ésa. Al menos, era la de Jagang, y las Hermanas de las Tinieblas cumplen sus órdenes.

Zedd asintió y cerró los ojos.

—No lo dudo, muchacho.

—Entonces, ¿no habéis sido capaces de detenerlo? —preguntó Kahlan—. Disteis a entender que podríais contenerlo.

—Hemos pagado un precio muy alto por los hechizos de comprobación que lanzamos. —La voz de Ann rezumaba una amargura que Kahlan podía comprender perfectamente—. Han consumido nuestras fuerzas.

Zedd levantó un brazo, pero en seguida lo dejó caer de nuevo sobre la pierna de Richard.

—Debido a lo que somos, debido a que tenemos más poder y capacidad que otros, la contaminación o atrofia nos ha afectado a nosotros primero.

—¿No dijisteis que llegaría primero a los más débiles? —se extrañó Kahlan.

Ann se limitó a girar la cabeza de un lado al otro.

—¿Por qué no nos afecta a nosotros? —quiso saber Richard—. Kahlan posee una magia de Confesora muy poderosa. Y yo tengo el don.

Zedd agitó la mano débilmente.

—No, no. No funciona de ese modo. Comienza con nosotros, más conmigo que con Ann.

—No los confundas. Es demasiado importante —protestó Ann e hizo acopio de fuerzas para seguir—. Richard, el poder de Kahlan fallará muy pronto. Y también el tuyo, aunque tú no dependes de él como nosotros del nuestro, ni como Kahlan del suyo, por lo que a ti no te importará tanto.

—Kahlan perderá su poder de Confesora —confirmó Zedd—. Ella y cualquier ser u objeto mágicos. Quedará indefensa y necesitará protección.

—De indefensa nada —objetó Kahlan.

—Pero tiene que haber un modo de impedirlo. Anoche dijiste que teníais recursos propios. —Richard apretó los puños—. Dijiste que podríais remediarlo. ¡Tenéis que hacer algo!

Ann levantó un brazo para propinar un débil golpe a Zedd en la cabeza.

—¿Piensas decírselo o no, carcamal? ¿O esperarás a que al chico le dé una apoplejía y ya no pueda ayudarnos?

—¿Puedo ayudar? —preguntó Richard con ansiedad—. ¿Cómo? Dímelo y lo haré.

Zedd logró esbozar una débil sonrisa.

—Siempre he podido contar contigo, Richard, siempre.

—¿Qué podemos hacer? —insistió Kahlan—. También podéis contar conmigo.

—Veréis, sabemos qué hacer, pero nosotros solos no podemos.

—Pues os ayudaremos. ¿Qué necesitáis? —preguntó Richard.

Zedd tomó aire trabajosamente.

—En el Alcázar —dijo.

Kahlan sintió renacer la esperanza. La sliph les ahorraría semanas de viaje. Gracias a ella llegarían al Alcázar en menos de un día.

Zedd resolló y pareció perder el conocimiento. Muy frustrado, Richard se apretó las sienes con los dedos pulgar e índice, luego inspiró en profundidad y zarandeó a Zedd suavemente.

—Zedd, ¿qué podemos hacer para ayudar? ¿Qué pasa con el Alcázar del Hechicero? ¿Qué hay allí?

El viejo mago tragó saliva como si estuviera aletargado.

—En el Alcázar. Sí.

Richard volvió a inspirar profundamente tratando de conservar la calma y que su voz sonara serena.

—Muy bien. En el Alcázar. Hasta ahí lo entiendo. ¿Qué quieres decirme sobre el Alcázar, Zedd?

—Agua —pidió el mago al notar que la lengua se le pegaba al paladar.

Kahlan posó una mano sobre el hombro de Richard, como si temiera que de un momento a otro fuese a dar un salto y chocara contra el techo.

—Ya se la traigo yo.

Nissel la esperaba junto a la cortina. En vez del agua que Kahlan pidió le entregó una taza caliente.

—*Dale esto. Acabo de prepararlo. Es mejor que el agua. Le dará fuerzas.*

—*Gracias, Nissel.*

Kahlan llevó en seguida la taza a Zedd. El mago tomó unos sorbos. Luego le ofreció la taza a Ann, que se lo acabó. Nissel se inclinó por encima del hombro de Kahlan para ofrecerle un pedazo de pan de tava untado con algo semejante a la miel y que olía ligeramente a menta, como si llevara alguna sustancia curativa. La curandera le susurró que intentara que los enfermos comieran un poco.

—Zedd, toma un poco de tava con miel —dijo Kahlan.

Pero el mago levantó una mano para taparse la boca y rechazó la comida.

—Tal vez más tarde.

Kahlan y Richard se miraron disimuladamente. Era inaudito que Zedd rechazara comer. Probablemente, Cara había sacado la conclusión de que la cosa no era grave por la calmada actitud de la curandera. Mientras que Nissel ni siquiera se inmutaba por el estado de los dos enfermos, la preocupación de Richard y Kahlan crecía por momentos.

—Zedd, ¿qué me dices del Alcázar? —insistió Richard cuando su abuelo ya había bebido.

Zedd abrió los ojos. A Kahlan le parecieron más brillantes, el color avellana más límpido y menos empañado. Lentamente, el mago agarró a Richard por la muñeca.

—La infusión me hace bien. Dame más.

Kahlan se volvió hacia la curandera.

—*Dice que la infusión le hace bien y le gustaría tomar un poco más.*

—*Pues claro que le hace bien. ¿Por qué cree si no que la he preparado?* —dijo Nissel con mala cara y, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer tal estupidez, fue a por más arrastrando los pies. Definitivamente Zedd parecía un poco más despierto.

—Escúchame atentamente, hijo —dijo el mago alzando un dedo para dar más énfasis a sus palabras—. En el Alcázar se guarda un hechizo muy poderoso. Es una especie de antídoto ya preparado contra la lacra que se está extendiendo por el mundo de los vivos.

—Y lo necesitas, ¿no es eso? —conjeturó Richard.

También Ann había mejorado un poco gracias a la infusión.

—Hemos intentado tejer los contrahechizos, pero nuestro poder ya se ha deteriorado demasiado. No descubrimos a tiempo lo que pasaba.

—Pero el conjuro vaporoso que contiene la botella hará al mal lo mismo que éste nos hace a nosotros —dijo Zedd arrastrando las palabras.

Richard no tuvo paciencia para esperar el final y se adelantó:

—Y, de ese modo, se igualará el poder para que vosotros podáis lanzar el contrahechizo y eliminarlo.

—Exacto —dijeron Zedd y Ann al unísono.

Kahlan sonrió con entusiasmo.

—Entonces ningún problema. Buscaremos esa botella.

—Viajaremos en la sliph —anunció Richard con una amplia sonrisa—. Recuperaremos la botella y estaremos de regreso muy pronto.

Ann se tapó los ojos con una mano mientras mascullaba una maldición.

—Zedd, ¿es que no le has enseñado nada al muchacho?

La sonrisa de Richard desapareció.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en eso?

Nissel apareció con dos tazas de barro llenas de infusión. Tendió una a Kahlan y la otra a Richard.

—*Que se lo beban todo.*

—Nissel dice que os lo bebáis todo —tradujo Kahlan.

Ann comenzó a beber a sorbos apenas la joven le acercó la taza, pero Zedd arrugó la nariz. Sin embargo, no le quedó más remedio que tragar cuando Richard le puso la taza en la boca. De mala gana y tosiendo se vio obligado a beberse todo o a atragantarse.

—¿Y bien? ¿Qué problema hay en que vayamos a buscar ese hechizo al Alcázar? —preguntó Richard cuando Zedd dejó de toser.

—Para empezar —contestó el mago recuperando el aliento—, no es preciso que lo traigas aquí. Simplemente debes romper la botella y liberar así el hechizo. No necesita instrucciones; ya está creado.

Richard asentía.

—Puedo romper una botella. Lo haré.

—Escucha. Está en una botella creada para proteger la magia. El hechizo solamente se liberará si se rompe la botella como es debido, es decir, con un objeto mágico. De otro modo simplemente se evaporará.

—¿Qué objeto? ¿Cómo tengo que romperla?

—Con la *Espada de la Verdad*. La espada posee la magia adecuada para liberar el hechizo manteniéndolo intacto.

—Eso no es ningún problema. Dejé la espada en tu enclave privado en el Alcázar. Pero ¿no fallará también la magia de la espada?

—No. La *Espada de la Verdad* fue forjada por magos que sabían cómo proteger su magia de posibles ataques.

—Así ¿crees que la *Espada de la Verdad* es capaz de acabar con un acechante?

Zedd asintió.

—No sé mucho de eso, pero estoy convencido de una cosa: es posible que la *Espada de la Verdad* sea lo único que tenga poder suficiente para protegerte. —Zedd lo agarró por la camiseta y lo acercó a él—. Tienes que recuperar la espada.

Los ojos del mago se encendieron cuando Richard asintió con aire muy serio. El anciano trató de apoyarse sobre un codo, pero su nieto lo obligó a acostarse empujándole suavemente el pecho con una mano.

—Descansa. Ya te levantarás más tarde. Vamos a ver, ¿dónde está esa botella con el hechizo?

Zedd frunció el entrecejo y señaló algo detrás de Richard y Kahlan. Ambos se volvieron. No vieron nada, aparte de Cara que los observaba desde la cortina. Cuando giraron de nuevo la cabeza, vieron que Zedd se había incorporado sobre un codo. El mago sonrió por su pequeño triunfo, pero a Richard no le hizo ninguna gracia.

—Ahora escúchame bien, muchacho. Dijiste que lograste entrar en el enclave privado del Primer Mago, ¿verdad? —Richard asentía con la cabeza mientras Zedd hablaba—. ¿Recuerdas el lugar? —Asintió de nuevo—. Bien. Hay una entrada y luego se anda un rato entre diferentes objetos.

—Sí, lo recuerdo. Es una larga entrada con una alfombra roja en el centro. A ambos lados hay columnas de mármol blancas más o menos de mi estatura. Encima de cada una de ellas descansan diferentes objetos. Al final...

—Sí, sí. —Zedd levantó una mano para silenciarlo—. Las columnas de mármol blancas. ¿Las recuerdas? ¿Y los objetos de encima?

—Recuerdo algunos, no todos. Recuerdo gemas engarzadas en broches, cadenas de oro, un cáliz de plata, cuchillos finamente trabajados, cuencos, cajas. —El joven se detuvo, intentando recordar más. De repente hizo chasquear los dedos—. La quinta columna de la izquierda aguanta una botella. Me fijé en ella porque me pareció bonita. Una botella completamente negra con un tapón dorado con filigranas.

Zedd sonrió astutamente.

—Muy bien, hijo. Ésa es la botella.

—¿Qué debo hacer? ¿Simplemente romperla con la *Espada de la Verdad*?

—Sí, sólo romperla.

—¿Sin hacer nada especial? ¿Sin pronunciar ningún conjuro ni colocarla en algún lugar en concreto de una manera determinada. ¿Sin esperar a la luna adecuada?, ¿en cualquier momento del día o de la noche? ¿Sin dar primero una vuelta sobre mí mismo? ¿Sin hacer nada especial?

—Nada especial. Tú sólo rómpela con la espada. En tu lugar, yo la dejaría en el suelo con todo cuidado por si acaso tienes mala puntería, y luego la golpeas con la espada. Pero es sólo una sugerencia.

—Muy bien, la dejaré en el suelo y luego la romperé con la espada. Estará hecho antes de que salga el sol mañana.

Richard hizo ademán de irse, pero Zedd lo cogió por una mano y lo obligó a sentarse otra vez.

—No, Richard, no puedes hacerlo —dijo en tono apesadumbrado; luego se dejó caer sobre el camastro y suspiró.

—¿No puedo hacer qué?

Zedd tomó aire varias veces antes de responder.

—No puedes viajar en esa cosa llamada sliph.

—Pero es necesario —insistió Richard—. Con la sliph llegaremos en menos de un día. Si no, tardaremos... no sé... semanas.

El anciano mago alzó un dedo con gesto de seria advertencia.

—La sliph utiliza magia. Si viajas en ella, morirás antes de llegar a Aydindril. Cuando la magia falle te encontrarás en los oscuros recovecos de ese ser de azogue, respirando su magia. Te ahogarás, y nadie encontrará nunca tu cuerpo.

Richard se humedeció los labios y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Estás seguro? Quizá podría conseguirlo antes de que la magia falle. Zedd, esto es muy importante. Si existe algún riesgo, debemos correrlo. Iré solo. Kahlan y Cara se quedarán aquí.

Kahlan se alarmó al imaginarse a Richard dentro de la sliph en el momento en que su magia fallara. Se ahogaría y su cuerpo sin vida quedaría atrapado eternamente en la oscuridad de la sliph. La joven se le aferró a un brazo para protestar, pero Zedd se adelantó.

—Richard, escúchame. Soy el Primer Mago y te digo que la magia está fallando. Si viajas en la sliph, morirás. No es una posibilidad, sino una certeza. Todo tipo de magia está fallando. Debes viajar por medios no sobrenaturales.

Richard apretó los labios con fuerza y asintió.

—De acuerdo. Si no hay más remedio, así lo haré. Pero tardaremos más. ¿Cuánto tiempo crees que tú y Ann podréis...?

Zedd sonrió.

—Richard, si no estuviéramos demasiado débiles para viajar, te acompañaríamos. Pero os retrasaríamos sin motivo. Tranquilo, estaremos bien. Sé que harás lo que debes. Tan pronto como rompas la botella y liberes el hechizo, todo esto de aquí —dijo señalando los numerosos símbolos dibujados en el suelo— nos advertirán. Entonces podré lanzar los contrahechizos.

»Hasta entonces, el Alcázar será vulnerable. Cuando los escudos mágicos del Alcázar fallen, cualquiera podrá robar objetos extraordinariamente poderosos y peligrosos. Y, aunque consiga restaurar el poder de la magia, cualquier cosa robada podrá utilizarse contra nosotros.

—¿Sabes qué magia del Alcázar fallará?

Zedd negó con la cabeza, frustrado.

—No existen precedentes, así que no puedo prever las consecuencias exactas. No obstante, estoy seguro de que toda fallará. Tienes que quedarte en el Alcázar y protegerlo, como tenías pensado. Ann y yo nos reuniremos contigo cuando este asunto se acabe. Contamos contigo. ¿Podrás hacer eso por mí, hijo?

Richard hizo un gesto de asentimiento con los ojos brillantes por las lágrimas. Tomó la mano de su abuelo y le aseguró:

—Pues claro. Puedes confiar en mí.

—Prométemelo, Richard. Prométeme que irás al Alcázar.

—Te lo prometo.

—Si no lo haces —le advirtió Ann en voz baja—, es posible que el optimismo de Zedd sobre que se pondrá bien... no se cumpla.

—Ann, lo dices como si... —protestó Zedd.

—Si no digo la verdad, llámame mentirosa.

Ann se cubrió los ojos con el dorso de la muñeca y guardó silencio. Después inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a Richard a los ojos.

—¿Me he expresado con claridad? —le espetó.

Richard tragó saliva.

—Sí, Prelada.

Zedd buscó el consuelo de la mano de Richard.

—Es importante, hijo, pero no quiero que te rompas la crisma por intentar llegar cuanto antes.

—Lo entiendo, Zedd. La manera más segura de llegar es viajar sin prisa pero sin pausa.

Zedd se rió forzosamente.

—Ya veo que me escuchabas cuando eras pequeño.

—Yo siempre te escucho, Zedd.

—Pues escúchame ahora. —De nuevo levantó un escuálido dedo—. Procurad no encender ningún fuego. El acechante puede encontrarte mediante el fuego.

—¿Cómo?

—Creemos que el hechizo puede localizarte a través de la luz de las llamas. Fue enviado contra ti, así que puede encontrarte por el fuego. Mantente alejado de las llamas.

»Y también del agua. Si tenéis que vadear un río, pasad por un puente siempre que sea posible, aunque debáis desviaros varios días. Si no, cruzad la corriente sobre un tronco, pasadla con una cuerda o saltad.

—¿Quieres decir que si nos acercamos al agua nos arriesgamos a acabar como Juni?

—Eso es. Lamento ponerte tantas trabas, pero nos enfrentamos a algo muy peligroso. El acechante va a por ti. Sólo estarás a salvo, tú y todos nosotros, si logras llegar al Alcázar y romper la botella antes de que el acechante te encuentre.

Richard no se amilanó.

—Ganaremos tiempo si no recogemos leña ni nos bañamos.

Zedd se rió otra vez por lo bajo sin apenas fuerzas.

—Cuídate Richard, y tú también, Cara. Protégelo. —Con sus enjutos dedos agarró con fuerza la mano de Kahlan—. Cuídate mucho, nieta. Te quiero. Protegeos el uno al otro. Os veré en Aydindril, y entonces disfrutaremos de estar juntos. Esperadnos en el Alcázar.

Kahlan cubrió la huesuda mano del mago con las suyas. Contenía las lágrimas a duras penas.

—Así lo haremos. Te estaremos esperando y, cuando llegues, volveremos a ser una familia unida.

—Buen viaje a todos —les deseó Ann—. Que los buenos espíritus os acompañen siempre. Rezaremos por vosotros.

Richard le dio las gracias e hizo ademán de levantarse, pero se detuvo. Parecía estar considerando algo. Finalmente dijo con voz suave:

—Zedd, hasta hace muy poco no supe que eras mi abuelo. Sé que me lo ocultaste para protegerme, pero... no lo sabía. —Estaba tan nervioso que jugueteaba con una brizna de hierba que salía del jergón—. Nunca he oído hablar de la madre de mi madre. Mamá casi nunca hablaba de la abuela y, cuando lo hacía, apenas decía nada. Nunca me contasteis nada sobre mi abuela, tu mujer.

Zedd giró la cara mientras una lágrima le corría por la mejilla. Carraspeó y contestó:

—Erilyn era una mujer... maravillosa. Yo también tuve una esposa maravillosa como tú ahora.

»Erilyn fue capturada por el enemigo, por una cuadrilla enviada por tu otro abuelo, Panis Rahl. Por aquel entonces tu madre era una niña. Ella lo vio todo, vio lo que le hicieron a su madre... Cuando la encontré, agonizaba. Traté de curarla, pero mi magia activó un siniestro maleficio que el enemigo había ocultado en ella. Fui yo quien, al querer curarla, la maté. A tu madre le resultaba muy doloroso hablar de Erilyn por lo que vio.

Se hizo un incómodo silencio. Zedd se volvió hacia ellos y sonrió recordando momentos de auténtica satisfacción.

—Era muy hermosa. Tenía los ojos grises como tu madre y como tú. Además era tan lista como tú y le encantaba reírse. Es algo que quiero que sepas de ella: le encantaba reírse.

—Si tanto le gustaba reírse, se casó con la persona adecuada —replicó Richard, embargado por una profunda emoción.

—Pues sí, lo hizo. Ahora, recoged vuestras cosas y partid a Aydindril para restaurar la magia.

»Cuando nos reunamos en Aydindril te explicaré todas las cosas sobre Erilyn, tu abuela, que nunca pude explicarte. Tendremos una larga charla sobre la familia —concluyó con una sonrisa muy propia de abuelo.

12

—¡Ganapán! ¡Eh, chico! ¡Ganapán!

Los hombres se rieron, y también las mujeres, aunque disimuladamente. Fitch deseó no ponerse como un pimientito cada vez que maese Drummond se mofaba de él llamándolo así. El muchacho dejó el cepillo de fregar en el caldero y corrió a ver qué quería el jefe de cocina.

Al dar la vuelta a toda prisa a una de las mesas largas, golpeó con el codo una jarra grande que alguien había dejado cerca del borde. No obstante, logró atrapar el pesado recipiente de cristal azul cobalto antes de que cayera al suelo. El muchacho respiró, aliviado, y colocó la jarra cerca del montón de masa de pan trenzada. Entonces oyó cómo volvían a gritar su nombre.

Fitch frenó en seco delante de maese Drummond y bajó la mirada. Si no, parecería que protestaba por ser el blanco de las bromas y se ganaría un coscorrón.

—¿Sí, maese Drummond?

El corpulento jefe de cocina se secó las manos en el trapo blanco que llevaba siempre colgado del cinturón.

—Fitch, jamás he conocido a un friegaplatos más torpe que tú.

—Sí, señor.

Maese Drummond se puso de puntillas para atisbar por la ventana trasera. Alguien en la distancia, detrás de Fitch, maldijo al quemarse con un cazo caliente y, al retroceder, tiró al suelo sin querer más cazos y ollas. Los utensilios de metal repiquetearon contra el suelo de ladrillos cerca del horno en el que se cocía el pan. Al ruido no le siguió una dura reprimenda, por lo que Fitch supo que no había sido otro de los friegaplatos hakens.

El jefe de cocina señaló la puerta de servicio de la amplia cocina.

—Ve a buscar leña. Necesitamos roble y un poco de manzano para dar sabor a las costillas.

—Roble y manzano. Ahora mismo, señor.

—Pero primero cuelga un caldero de cuatro asas. Y date prisa con el roble.

—Sí, señor —respondió el muchacho, muy abatido. La leña de roble que alimentaba el fuego para asar pesaba mucho, y siempre se le clavaban astillas. Las astillas de roble eran las peores, y Fitch lo pasaba mal durante días. Al menos, con la de manzano no pasaba lo mismo. Iba a ser una celebración importante, así que sabía que debía llevar bastante cantidad.

—Y vigila si llega el carro del carnicero. Está al caer. Si se retrasa, le retorceré el pescuezo a Inger.

Fitch se animó al oír nombrar el carro del carnicero, aunque no se atrevía a preguntar lo que realmente le interesaba.

—¿Queréis que lo descargue, señor?

Maese Drummond apoyó las manos en sus anchas caderas.

—Caramba, Fitch, por fin piensas un poco por ti mismo. —Varias mujeres que preparaban salsas lo oyeron y resoplaron—. ¡Pues claro que quiero que lo descargues! Y si se te cae alguna pieza, como la última vez, asaré tu escuchimizado trasero.

—Sí, maese Drummond —dijo, inclinándose hasta tres veces.

El muchacho se retiró, apartándose para dejar pasar a la lechera, que llevaba una selección de quesos para someterlos a la aprobación de maese Drummond. Una de las mujeres que preparaban salsas cogió al chico por una manga.

—¿Dónde están las espumaderas que te pedí?

—Ahora las traigo, Gillie, pero primero tengo que...

La mujer le retorció una oreja.

—No me trates con condescendencia. Los de tu calaña no podéis evitarlo, ¿verdad?

—No, Gillie, te juro que no lo hacía. Yo sólo siento respeto hacia los anders. Cada día trato de corregir mi vil naturaleza para que ni en mi corazón ni en mi mente haya lugar para el odio o el rencor. Pido al Creador que me dé fuerzas para transformar mi alma imperfecta y que, si no, me condene a arder durante toda la eternidad —recitó de memoria—. Ahora mismo te traigo las espumaderas, Gillie. Por favor, déjame hacerlo.

—De acuerdo. Pero date prisa.

Tocándose la dolorida oreja, Fitch corrió hasta la rejilla en la que se dejaban las espumaderas a secar. Cogió unas cuantas a toda prisa y se las llevó a Gillie con el máximo respeto posible, teniendo en cuenta que maese Drummond lo observaba por el rabillo del ojo. Sin duda pensaba en darle unos buenos azotes por no haber ido a buscar antes las espumaderas para Gillie. Si lo hubiera hecho, ya estaría cumpliendo con su encargo de colgar el caldero e ir a buscar la leña.

Fitch tendió las espumaderas a la mujer con una reverencia.

—Espero que esta semana acudas a una asamblea de penitencia extra —le espetó Gillie, arrebatándole las espumaderas—. Hay que ver cómo nos humilláis a los anders —masculló, sacudiendo la cabeza con aire atribulado.

—Sí, Gillie. Necesito la tranquilidad que me dará una penitencia extra. Gracias por recordármelo.

La mujer resopló con desprecio y volvió a su trabajo. Fitch, avergonzado por haber permitido desconsideradamente que su malvada naturaleza molestara a un ander, corrió a pedir a otro de los friegaplatos que lo ayudara a levantar el pesado caldero y colgarlo. Morley, con los brazos sumergidos hasta los codos en agua hirviendo, se mostró encantado de sacar los brazos del agua, aunque sólo fuera para hacer otra tarea igualmente dura.

Mientras lo ayudaba a levantar el caldero de hierro, Morley miró por encima del hombro. Era de constitución fuerte y no le resultaba tan duro como al larguirucho y desgarbado Fitch.

—Hay que ver la que se prepara para esta noche —comentó Morley con una sonrisa de complicidad—. Ya sabes lo que eso significa.

Fitch sonrió también. Con tantos invitados habría canciones, risas, gritos, comida y bebida. Con esa fiesta y gente corriendo de arriba abajo, se servirían litros y litros de vino y cerveza, y nadie notaría que desaparecían copas y botellas medio llenas.

—Es una de las ventajas de trabajar para el Ministro de Cultura —dijo Fitch.

Morley se inclinó hacia su amigo, forzando los músculos de su recio cuello para arrastrar el caldero por el suelo.

—Procura ser más respetuoso con los anders o no podrás disfrutar de esa ventaja. Ni tampoco de la de tener un techo sobre tu cabeza ni la de poder llenar el estómago.

Fitch asintió. No había sido su intención mostrarse irrespetuoso. Nada más lejos de su intención, pues se lo debía todo a los anders. No obstante, a veces le parecía que los anders se ofendían con demasiada facilidad, aunque sabía que esos malentendidos eran fruto únicamente de su falta de sensibilidad y su ignorancia, así que sólo él era culpable.

Después de colgar el caldero, Fitch puso los ojos en blanco y dejó colgar la lengua a un lado, insinuando así a su amigo que esa noche se emborracharían. Morley, que, como tantos hakens era pelirrojo, se apartó el pelo de la cara y fingió en silencio que hipaba como un borracho antes de sumergir de nuevo los brazos en el agua con jabón.

Sonriendo, Fitch salió en busca de la leña. Los recientes aguaceros se habían desplazado hacia el este, dejando tras de sí el dulce aroma de tierra fresca y mojada. En la mañana flotaba la promesa de un cálido día de primavera. A lo lejos brillaban los frondosos campos con tiernos brotes verdes de trigo.

Algunos días, cuando soplabla viento del sur, un aroma marino se extendía por los campos, pero ése no era uno de esos días, aunque algunas gaviotas revoloteaban por el cielo.

Cada vez que iba a por una nueva carga de leña, Fitch echaba un vistazo al camino por si llegaba el carro del carnicero. Al acabar de acarrear el roble tenía la túnica sudada, pero había completado la tarea clavándose una única astilla, bastante larga, en el pulgar.

Mientras recogía leños del montón de troncos de manzano, percibió el rítmico crujido de un carro que se acercaba. Mientras se chupaba el pulgar para tratar de atrapar con los dientes el extremo de la astilla que tanto le dolía, miró a hurtadillas la sombra de los grandes robles que flanqueaban la larga avenida que conducía a la mansión. *Bizcocho*, el caballo del carnicero, se acercaba a paso lento y pesado. Era un animal con el lomo exageradamente inclinado hacia la grupa. Fuera quien fuese quien conducía la carga, quedaba del otro lado; por eso y por la distancia, era imposible distinguirlo.

Además del carro del carnicero, otras personas acudían a la vasta propiedad, desde estudiosos que pretendían visitar la biblioteca de Anderith hasta sirvientes que llevaban mensajes e informes, y trabajadores con entregas, por no hablar de un buen número de personas bien vestidas que acudían con otros propósitos.

Cuando Fitch empezó a trabajar en la cocina, tanto ésta como la finca en general le habían parecido enormes y desconcertantes. Se sentía intimidado por todos y por todo, aunque sabía que ése era su nuevo hogar y que, para ganarse cama y comida, tenía que aprender a hacerse con el trabajo.

Su madre le había dicho que si trabajaba duro, con un poco de suerte, nunca le faltaría ni techo ni comida. También le había advertido que respetara a sus superiores, que hiciera siempre lo que le mandaban y que, por duras que le parecieran las normas, las cumpliera. Si se le asignaban tareas pesadas, debía realizarlas sin abrir la boca y, sobre todo, sin quejarse.

Fitch no tenía padre, al menos que él supiera, aunque hubo hombres que pensó que podrían casarse con su madre. Ésta vivía en una habitación que le proporcionaba su patrón, un comerciante llamado Ibson. La habitación se encontraba en la ciudad, junto a la casa del señor Ibson, en un edificio que alojaba a otros empleados suyos. Su madre trabajaba en la cocina, era una cocinera estupeada.

No obstante, siempre había pasado apuros para alimentar a Fitch y apenas tenía tiempo para cuidar de él. Cuando Fitch no asistía a las asambleas de penitencia, su madre solía llevárselo al trabajo para vigilarlo. En la cocina, el niño daba vueltas a los asadores, hacía recados, fregaba pequeños utensilios, barría el patio y muchas veces tenía que vaciar y limpiar los establos donde el señor Ibson guardaba algunos de sus caballos de tiro.

Su madre era buena con él, al menos el poco tiempo que podían estar juntos. Fitch sabía que su madre se preocupaba por él y por su futuro. No como algunos hombres a los que ella veía ocasionalmente y para los que Fitch era un estorbo. Algunos, para estar a solas con su madre, lo echaban en plena noche de la habitación en la que madre e hijo vivían.

La madre de Fitch se retorció las manos, pero no se atrevía a impedirles que pusieran a su hijo de patitas en la calle.

En esos casos, Fitch dormía en el umbral de la puerta que daba a la calle, debajo de una escalera o en casa de algún vecino que se apiadaba de él. Cuando llovía, los mozos de cuadra del señor Ibson lo dejaban dormir en los establos contiguos a su casa. A Fitch le gustaba la compañía de los caballos, pero no soportaba las moscas. Claro que aguantarlas era mucho mejor que arriesgarse a que los chicos anders lo atraparan solo de noche.

Al día siguiente, muy temprano, su madre se iba al trabajo, por lo general con su acompañante nocturno, también empleado de la casa Ibson, y Fitch podía entrar en la habitación. Después, cuando su madre volvía del trabajo, le llevaba alguna cosa especial que birlaba de la cocina.

Su madre quería que Fitch aprendiera un oficio, pero no conocía a nadie que lo aceptara como ayudante y mucho menos como aprendiz, así que unos cuatro años antes, cuando Fitch tuvo edad suficiente para ganarse el pan, el señor Ibson los ayudó a encontrarle un trabajo en la cocina del Ministerio de Cultura, situado en las afueras de Fairfield, la capital.

A su llegada, uno de los empleados del Ministro explicó a Fitch y a otros recién llegados las reglas de la casa, le indicó dónde dormiría (junto con los otros friegaplatos), y cuáles serían sus obligaciones. El empleado les echó un solemne discurso sobre la importancia del lugar en el que iban a trabajar: desde esa finca, el Ministro de Cultura desempeñaba las tareas de su alto cargo y gobernaba casi todos los aspectos de la vida en Anderith. Y también era su hogar. El puesto de Ministro de Cultura era el segundo en importancia después del de Soberano.

Hasta entonces, Fitch había estado convencido de que trabajaría en la cocina de un comerciante y se preguntó cómo habría conseguido su madre colocarlo en la casa de un personaje tan encumbrado. Se sintió inmensamente orgulloso de estar empleado allí. Con el tiempo se dio cuenta de que el trabajo era duro y no se diferenciaba de trabajar en cualquier otro lugar. No tenía nada de glamuroso. No obstante, le llenaba de orgullo que él, un haken, trabajara para el Ministro.

De hecho, Fitch sólo sabía sobre el Ministro lo que le habían enseñado: que elaboraba leyes y decretos que garantizaban que la cultura de Anderith continuara siendo ejemplar y protegían los derechos de todos. Sin embargo, no llegaba a comprender por qué eso implicaba que siempre hubiera tanto movimiento de gente. Ni siquiera entendía por qué se necesitaban sin cesar leyes nuevas. Después de todo, no había duda sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Fitch se lo preguntó a un ander, que le contestó que continuamente se descubrían cosas que estaban mal y tenían que corregirse. Fitch no lo entendió, pero no lo dijo, pues el ander se había tomado bastante mal esa primera pregunta.

En vista de que era incapaz de quitarse la astilla de roble se agachó para recoger una rama de manzano sin perder de vista la avenida ni el carro del carnicero. Uno de los desconocidos que se aproximaban era un hombre musculoso con un atuendo militar que a Fitch no le resultaba familiar. Lo que más le llamó la atención fue una peculiar capa que parecía recubierta con mechones de pelo.

El desconocido llevaba en cada dedo un anillo del que salía una tira de cuero que llegaba al nudillo. Todas las tiras confluían en sendos brazaletes de cuero negro tachonado que le ceñían las muñecas y los antebrazos. También sus botas estaban tachonadas de plata. Fitch se quedó boquiabierto ante el brillo de los aretes de metal que le atravesaban las orejas y la nariz.

Los cintos de piel llevaban armas que Fitch no se había imaginado que existieran ni en sus peores pesadillas. De la cadera derecha le colgaba un hacha con una hoja muy grande, cuyos extremos se curvaban hacia atrás hasta casi tocarse. De la parte superior del mango de madera, oscurecido por el uso, salía una cadena con una bola con pinchos. Una púa semejante a una garra remataba la parte inferior del mango.

Por su espesa y enmarañada cabellera oscura podría tratarse de un ander, aunque sus pobladas cejas lo desmentían. Poseía un cuello corto y ancho, casi tan largo de contorno como la cintura de Fitch. Aunque aún lo tenía muy lejos, Fitch notó que se le revolvía el estómago al mirarlo.

Cuando el desconocido adelantó al carro del carnicero, que avanzaba muy lentamente, se quedó mirando fijamente a la persona situada al otro lado de *Bizcocho*. Finalmente siguió adelante y fijó su atención en las ventanas de la mansión, escrutándolas con intenciones oscuras.

13

Fitch sabía que no debía quedarse de brazos cruzados esperando que el carro recorriera el camino y llegara al patio de la cocina. Así pues, cogió una brazada de leña de manzano y la llevó adentro. Tanta era su prisa por volver a salir que la tiró de golpe en el cubo sin acordarse de ser silencioso, pero con tanta gente hablando y gritando, los diversos alimentos que chisporroteaban en las sartenes, el crepitar de los fuegos, el golpeteo de las cucharas en los cuencos, el ruido de las mazas de mortero, el raspar de los cepillos y el estrépito general, nadie reparó en ello.

Algunos leños se habían salido. Fitch iba a dejarlos tal cual, pero divisó a maese Drummond cerca, así que se arrodilló y rápidamente los metió en el cubo.

Salió corriendo con el corazón latiéndole con fuerza y casi sin respiración. Entonces vio quién conducía el carro del carnicero: era ella.

Fitch se retorció las manos mientras observaba cómo guiaba a *Bizcocho* en el giro. Al frotarse, la astilla que tenía clavada se le introdujo más profundamente. El muchacho hizo una mueca y se le escapó una maldición en voz baja, aunque en seguida cerró la boca. Con la esperanza de que ella no lo hubiera oído, trotó hacia el carro agitando la mano herida para tratar de disipar el dolor.

—Buenos días, Biata.

Ella alzó la mirada y respondió con un escueto:

—Fitch.

El muchacho buscó desesperadamente algo que decir, pero no se le ocurría nada con sentido. Así pues, se quedó mudo mientras ella indicaba a *Bizcocho* que retrocediera haciendo chasquear la lengua. Con una mano sujetaba las riendas mientras que con la otra acariciaba el pecho del caballo, guiándolo y tranquilizándolo. Qué no hubiera dado Fitch por que esa mano lo tocara a él del mismo modo.

La cálida brisa primaveral alborotaba el pelo corto y pelirrojo de la muchacha. Era un pelo suave, brillante y espeso que se afilaba para cubrirle la nuca de un modo muy atractivo, como si le acariciara el cuello.

Fitch esperaba junto al carro. Tenía miedo de decir algo estúpido y que Biata lo tomara por tonto. Aunque pensaba en ella a menudo, suponía que ella nunca pensaba en él. Eso podía soportarlo, pero la idea de que Biata lo creyera estúpido lo sublevaba. El muchacho deseó conocer alguna noticia interesante o algo, lo que fuera, que despertara en ella pensamientos agradables sobre él.

Biata se bajó del carro hacia él con cara inexpresiva.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntó.

Fitch se quedó paralizado por tenerla tan cerca. Llevaba un vestido azul oscuro de falda larga con vuelo, que le ceñía la cintura y le cubría el prominente pecho de un modo que a Fitch le cortó la respiración. Una hilera de gastados botones de madera le recorrían la parte delantera, mientras que un alfiler con una simple cabeza en espiral cerraba el cuello.

Era un vestido viejo, pues Biata era haken como él, y éstos no merecían nada mejor. El tejido azul estaba deshilachado por los bordes y se había descolorido un poco en los hombros. No obstante, parecía una reina.

Biata le cogió la mano para echarle un vistazo lanzando un suspiro de impaciencia.

—No es nada... sólo una astilla —balbució Fitch.

Ella le giró la mano y se la colocó sobre la suya, con la palma hacia arriba, seguidamente le pellizcó la piel para comprobar hasta dónde se le había clavado. Fitch estaba aturdido por la calidez de la mano

femenina y vio, horrorizado, que de tanto fregar cacharros y calderos con agua caliente y jabón tenía las manos más limpias que ella. Temía que pensara que no trabajaba.

—Estaba fregando cacharros y luego me mandaron a por leña —explicó—. La leña de roble pesa mucho. Por eso estoy sudando.

Sin decir nada, Biata se quitó el alfiler del cuello del vestido. El escote le bajó unos centímetros, dejando al descubierto la base del cuello. Fitch se quedó deslumbrado al ver esos centímetros de piel que normalmente Biata ocultaba. Él no era digno de que lo ayudara y mucho menos de contemplar esa porción de cuello que ella quería mantener oculta, y se obligó a apartar la mirada.

El muchacho gritó al notar el alfiler que hurgaba en su carne. Totalmente absorta en la tarea, Biata murmuró una disculpa mientras trataba de quitarle la astilla clavada. Fitch curvó los dedos de los pies contra el suelo para no contorsionar la cara de dolor.

Entonces notó un tirón profundo y fuerte. Biata inspeccionó brevemente la larga astilla de roble semejante a una aguja que acababa de sacarle y la arrojó a un lado. A continuación se cerró el cuello del vestido y volvió a prenderlo con el alfiler.

—Asunto resuelto —afirmó, volviéndose hacia el carro.

—Gracias, Biata. Has sido muy amable —dijo Fitch mientras la seguía—. Esto... me han dicho que te ayude a descargar.

El muchacho arrastró los enormes cuartos traseros de una vaca al final del carro y se agachó para cargárselos a la espalda. Pesaban tanto que las rodillas casi se le doblaron. Cuando consiguió girar con el peso encima, vio que Biata ya avanzaba hacia la cocina con una red grande llena de gallinas jóvenes en una mano y una parte de un costillar de cordero en equilibrio sobre el otro hombro, por lo que no podía ver su enorme esfuerzo.

Dentro, Judith, la dispensera, le ordenó que hiciera una lista de todo lo que había enviado el carnicero. Fitch hizo una reverencia y prometió que lo haría, aunque por dentro se encogió.

Cuando ambos volvieron al carro, Biata le ayudó a hacer la lista dando una palmada a cada artículo mientras que decía en voz alta lo que era. Fitch no sabía leer, por lo que tenía que aprenderse la lista de memoria. Biata procuró ser muy clara. Había carne de cerdo, cordero, buey, castor y ternera, tres vasijas de tuétanos, ocho odres grandes con sangre fresca, medio barril de tripas de cerdo para rellenar, dos docenas de gansos, una cesta de palomas y tres redes de gallinas jóvenes, contando la que ella ya había llevado a la cocina.

—Sé que puse... —Biata cogió una de las redes con gallinas buscando algo—. Aquí están. Por un momento temí haberlos olvidado. Y un saco de gorrones. El Ministro de Cultura siempre quiere gorrones en sus banquetes.

Fitch notó que se sonrojaba. Todo el mundo sabía que los gorrones y los huevos de gorrión se consumían para estimular la libido, aunque el muchacho no lograba imaginarse la razón, pues no le cabía en la cabeza que alguien necesitara estímulos de ese tipo. Cuando Biata lo miró a los ojos para comprobar si había añadido a su lista mental ese último artículo, Fitch sintió la irrefrenable necesidad de decir algo, cualquier cosa, para cambiar de tema.

—Biata, ¿crees que algún día seremos absueltos de nuestros crímenes ancestrales y seremos tan puros de corazón como los anders?

La tersa frente de la joven tembló.

—Somos hakens y nunca seremos tan buenos como los anders. Nosotros tenemos almas corruptas e impuras, mientras que ellos tienen almas puras e incorruptas. Los hakens nunca quedaremos totalmente libres de culpa; sólo podemos aspirar a controlar nuestra maldad innata.

Fitch se sabía esa respuesta tan bien como ella y probablemente había quedado como un total ignorante por preguntar. Fitch no era capaz de expresar con palabras lo que realmente pensaba.

Quería pagar su deuda, es decir ganarse la absolución y, con ella, un apellido. Era un privilegio que pocos hakens conseguían. Fitch nunca podría hacer lo que deseaba hasta que lo lograra. Con la cabeza gacha trató de buscar el modo de enmendar esa pregunta.

—Quiero decir que... después de tanto tiempo, ¿no crees que ya somos conscientes de los errores de nuestros antepasados? ¿No te gustaría tener más poder para decidir sobre tu propia vida?

—Soy una haken y no soy digna de decidir mi destino. Deberías saber que ese camino sólo conduce a la maldad.

Fitch se tocó la herida dejada por la astilla.

—Pero algunos hakens sirven de maneras que les valen la absolución. Una vez dijiste que te gustaría alistarte en el ejército. A mí también me gustaría.

—Por ser haken hombre no se te permite llevar armas. Ya deberías saberlo, Fitch.

—Sí, lo sé. No quería decir eso, sino que... no sé. —El muchacho se metió las manos en los bolsillos de atrás—. Yo simplemente quería decir que ojalá pudiera, para hacer el bien, para probarme a mí mismo y ayudar a todos los que sufrieron por nuestra culpa.

—Lo entiendo. —Biata señaló con un gesto las ventanas de los pisos superiores—. Fue el Ministro de Cultura el que aprobó la ley que permite a las mujeres hakens alistarse en el ejército junto con las mujeres anders. Esa ley también dice que todos debemos mostrar respeto hacia esas mujeres hakens. El Ministro es compasivo con todo el mundo. Las mujeres hakens tienen una gran deuda con él.

Fitch era consciente de que no se explicaba bien.

—Pero ¿no quieres casarte y...?

—También aprobó la ley que dice que hay que emplear a las mujeres hakens para que puedan mantenerse ellas mismas sin necesidad de casarse y convertirse en esclavas de los hombres hakens, pues la naturaleza de éstos es esclavizar incluso a los de su misma etnia. Si pudieran hacerlo mediante el matrimonio, lo harían. El Ministro Chanboor es un héroe para las mujeres hakens.

»Y también debería serlo para los hombres, porque os da educación para que abandonéis vuestro comportamiento belicoso y os integréis en la comunidad de las personas pacíficas. Es posible que decida servir en el ejército; es el modo que tenemos las mujeres hakens para ganarnos el respeto. Es la ley, la ley del Ministro Chanboor.

Fitch se sintió como si estuviera en una asamblea de penitencia.

—Aunque no estés en el ejército yo te respeto, Biata. Sé que harás el bien a los demás tanto si te listas como si no. Eres una buena persona.

La joven se encogió de hombros ligeramente y, cuando habló, lo hizo con voz más suave, sin tanto acaloramiento:

—Si un día llego a alistarme será por lo que tú dices: para ayudar a la gente y hacer el bien. También yo quiero ser buena.

Fitch la envidió. En el ejército podría ayudar a comunidades que se enfrentaban a dificultades de todo tipo, desde inundaciones hasta hambrunas. El ejército ayudaba a los necesitados, y sus miembros eran respetados.

Ahora no era como antes, cuando ser soldado podía ser peligroso. No con el Dominie Dirtch. Era un arma capaz de someter a cualquier enemigo sin necesidad de que los soldados lucharan. Por suerte los anders controlaban ahora el Dominie Dirtch y solamente lo utilizaban para mantener la paz, nunca para causar daño intencionadamente.

El Dominie Dirtch era la única cosa haken que los anders usaban. Éstos jamás habrían concebido un arma como ésta, pues no se les habría pasado por la cabeza los perversos pensamientos que se necesitaron para crearla. Sólo los hakens podrían haber creado una arma tan decididamente maligna.

—Y también me gustaría trabajar aquí, como tú —añadió Biata.

Fitch alzó los ojos. La joven miraba fijamente las ventanas del segundo piso. El muchacho abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea.

—Una vez vino a ver a Inger, y lo vi —dijo Biata sin apartar los ojos de las ventanas—. Me refiero al Ministro Chanboor. Es mucho más atractivo que Inger, el carnicero.

Fitch no era capaz de juzgar el encanto de un hombre; las mujeres armaban mucho alboroto por hombres que a Fitch le parecían poco atractivos. El Ministro Chanboor era alto y tal vez en el pasado hubiese sido buen mozo, pero su típico pelo oscuro de anders comenzaba a encanecer. Todas las mujeres que trabajaban en la cocina hacían comentarios sobre él. Cuando el Ministro entraba, algunas se sonrojaban, suspiraban y tenían que abanicarse. Pero a Fitch le parecía repulsivamente viejo.

—Todo el mundo dice que el Ministro es un hombre encantador. ¿Lo ves alguna vez? ¿Hablas con él? He oído que incluso habla con hakens, como si fueran personas como las demás. Todo el mundo cuenta maravillas de él.

»Según los anders, seguramente un día será el Soberano.

Desalentado, Fitch se apoyó contra el carro.

—Lo he visto un par de veces —respondió. No le dijo que una vez le dio un coscorrón porque se le cayó un cuchillo de mantequilla romo cerca de su pie. Se lo tuvo bien merecido.

Biata seguía mirando las ventanas. Fitch clavó los ojos en las rodadas del suelo mojado.

—El Ministro de Cultura gusta a todos, y todos lo respetan. Me alegro mucho de poder trabajar para alguien tan magnífico, aunque sé que no soy digno de ello. Dice mucho a favor de su noble corazón que también dé trabajo a los hakens para que no nos muramos de hambre.

De pronto Biata miró a su alrededor, avergonzada, y se limpió las manos en la falda. Fitch trató una vez más de que la joven se diera cuenta de que llevaba buenas intenciones.

—Un día espero hacer el bien, contribuir a la comunidad, ayudar a la gente.

Ella asintió en gesto de aprobación. Fitch se sintió envalentonado y levantó el mentón.

—Un día espero pagar mi deuda y ganarme mi apellido. Entonces viajaré a Aydindril, al Alcázar del Hechicero, y pediré a los magos que me nombren Buscador de la Verdad y me entreguen la *Espada de la Verdad* para proteger así a los anders y hacer buenas acciones.

Biata parpadeó y se echó a reír.

—Si ni siquiera sabes dónde está Aydindril ni a qué distancia. —La joven meneaba la cabeza entre risas.

Pero Fitch sí sabía dónde estaba Aydindril.

—Norte y este —murmuró.

—Se dice que la *Espada de la Verdad* es mágica. La magia es malvada, sucia y perversa. ¿Qué sabes tú de magia?

—Bueno... nada, supongo.

—No tienes ni idea de magia ni de espadas. Seguramente te cortarías un pie con ella. —Biata se inclinó hacia el carro, cargó la cesta de palomas y otra red con gallinas y, riéndose entre dientes, se encaminó a la cocina.

Fitch deseó morir. Le había contado su sueño secreto, y ella se había reído. Agachó la cabeza hasta tocarse el pecho con el mentón. Biata tenía razón. Él era un haken y nunca tendría la oportunidad de demostrar su valía.

Con los ojos bajos y sin decir nada más ayudó a descargar el carro. Se sentía un idiota. A cada paso que daba se reprendía silenciosamente; ojalá se hubiera guardado sus sueños para sí, ojalá pudiera retirar lo dicho.

Antes de descargar los últimos artículos del carro, Biata lo cogió por un brazo y carraspeó para añadir algo más. Fitch volvió a bajar la vista, resignado a oír cualquier cosa sobre su estupidez.

—Lo siento, Fitch. Mi corrompida naturaleza haken me ha hecho cometer un desliz y he sido cruel. No debí decirte cosas tan crueles.

—No, no. Tenías motivos para reírte.

—Oye, Fitch... todos albergamos sueños imposibles; forma parte de nuestra naturaleza vil. Pero tenemos que aprender a ser mejores que nuestros sueños mezquinos.

Él se apartó el pelo de la frente y miró los ojos grises de la joven.

—¿Tú también tienes sueños, Biata?, ¿sueños de verdad? ¿Hay algo que desees?

—¿Quieres decir como tu estúpido sueño de convertirte en el Buscador de la Verdad? —Fitch asintió y ella apartó la mirada—. Supongo que es justo que te lo cuente, para que puedas reírte de mí.

—No me reiré —susurró Fitch, aunque Biata miraba absorta unas nubecillas blancas que atravesaban el cielo y no pareció oírlo.

—Me gustaría aprender a leer.

Ella lo miró a hurtadillas para comprobar si se reía. Fitch permaneció serio.

—Yo también he soñado con eso —confesó el muchacho. Se cercioró de que no había nadie cerca, se inclinó sobre la parte trasera del carro y con el dedo trazó unas marcas en el suelo del carro.

—¿Eso es una palabra? —preguntó la joven con una curiosidad que pudo más que su desaprobación.

—Sí. Es la única que conozco, pero es una palabra y sé leerla. En un banquete oí a un hombre decir que está en la empuñadura de la *Espada de la Verdad*. —Fitch subrayó la palabra escrita en el suelo—. El hombre la grabó en la parte superior de un trozo grande de mantequilla para enseñársela a una mujer. Es la palabra *verdad*.

»Le dijo que, en el pasado, se nombraba Buscador a una persona de excelente reputación para que hiciera el bien, pero que en la actualidad los Buscadores no son más que criminales o asesinos. Como nuestros antepasados.

—Como todos los hakens —lo corrigió ella—. Y como nosotros.

Fitch no protestó porque sabía que tenía razón.

—Ésa es otra de las razones por las que me gustaría ser Buscador: para devolverle su buen nombre y que fuera como antes, para que la gente volviera a confiar en la verdad. Me gustaría demostrar a todos que un haken puede desempeñar esa labor honorablemente. Sería una buena acción, ¿no crees? ¿No contribuiría a compensar nuestros crímenes?

Biata se frotó los brazos vigorosamente mientras miraba alrededor, nerviosa.

—Soñar con ser el Buscador es infantil y estúpido. Y aprender a leer sería un crimen —añadió bajando la voz significativamente—. Será mejor que no aprendas nada más.

—Lo sé —suspiró Fitch—, pero ¿es que tú nunca...?

—Y la magia es perversa. Tocar un objeto mágico es tan malo como cometer un crimen.

Biata echó una mirada de soslayo por encima del hombro hacia la fachada de ladrillo. Con un rápido movimiento borró la palabra escrita en el suelo del carro. Fitch quiso protestar, pero ella se le adelantó:

—Será mejor que acabemos —dijo mientras alzaba la vista rápidamente hacia las ventanas superiores.

Fitch miró, y un escalofrío de terror le recorrió la columna vertebral. El Ministro de Cultura en persona los observaba desde una de ellas.

El muchacho cargó con un costillar de cordero y se dirigió a la despensa de la cocina. Biata lo siguió con gansos atados con una cuerda en una mano y el saco con los gorriones en la otra. Acabaron de descargar el carro en silencio. Él deseaba no haber dicho tanto y ella quería haber dicho más.

Al acabar, Fitch intentó acompañarla hasta el carro con la excusa de comprobar si se habían dejado algo, pero maese Drummond preguntó a Biata, y ella le dijo que no faltaba nada. En vista de eso, el jefe de cocina ordenó al muchacho que regresara a sus tareas, clavándole un rígido dedo en el pecho. Mientras arrastraba los pies sobre el suelo de madera lisa sin pulir ni barnizar hacia las cubas con agua y jabón, Fitch se frotaba donde maese Drummond le había dado. Echó una mirada por encima del hombro para contemplar cómo Biata se marchaba, con la esperanza de que ella lo mirara y, al menos, poder dirigirle una sonrisa de despedida.

El asesor del Ministro Chanboor, Dalton Campbell, entró en la cocina. Hasta entonces Fitch no había tenido oportunidad de conocerlo, pero lo tenía en alta estima porque, que él supiera, nunca causaba problemas a nadie.

El nuevo asesor del Ministro era un ander bastante apuesto, con la típica nariz recta de los de su etnia, ojos oscuros y mandíbula marcada. Las mujeres, especialmente las hakens, lo encontraban atractivo por ello. Dalton Campbell presentaba una noble estampa con un jubón azul oscuro guateado por encima de un justillo de un color semejante, ambos con botones de peltre.

De un cinturón de doble vuelta primorosamente trabajado colgaba una funda de espada labrada en plata. La empuñadura de la hermosa arma estaba cubierta con piel de una tonalidad entre parda y rojiza. Fitch deseó con todas sus fuerzas ser él el portador de esa magnífica espada; seguro que las chicas se sentían atraídas por los hombres con espada.

Antes de que Biata pudiera mirar a Fitch o marcharse, Dalton Campbell acortó rápidamente la distancia que lo separaba de ella y la cogió por debajo del brazo. La joven palideció, y también Fitch notó un súbito estremecimiento de terror en las entrañas. Instintivamente supo que podía ser algo serio y se temía que conocía la causa. Si el Ministro, al mirar abajo, había visto a Fitch escribir esa palabra en el suelo del carro...

Dalton Campbell sonrió y la tranquilizó. Lentamente, los hombros de Biata se relajaron, y el nudo que Fitch tenía en el estómago desapareció. El muchacho apenas podía oír nada, pero le pareció que decía algo sobre el Ministro Chanboor mientras señalaba con la cabeza la escalera situada al fondo de la cocina. Biata abrió mucho los ojos y se ruborizó. Finalmente esbozó una sonrisa radiante con las mejillas encendidas.

Dalton Campbell no dejó de sonreír mientras la conducía a la escalera llevándola del brazo, aunque ella no necesitaba que la animaran a acompañarlo; parecía flotar en el aire. Ni una sola vez miró atrás antes de salir por la puerta y comenzar a subir la escalera.

—Eh, tú —le gritó súbitamente maese Drummond, dándole un pescozón—, ¿qué haces aquí plantado? Friega de una vez esas sartenes.

14

Zedd se despertó al oír cerrarse la puerta de la otra habitación. Entreabrió un ojo sólo lo suficiente para ver quién levantaba la cortina de piel. Se relajó un poco al comprobar que se trataba de Nissel. La encorvada curandera se tomó su tiempo para atravesar la habitación.

—*Ya se han ido* —anunció.

—¿Qué ha dicho? —susurró Ann. También ella entornó un solo ojo para mirar.

—¿Estás segura? —preguntó Zedd a Nissel en susurros.

—*Han empacutado todas sus cosas y se han llevado comida para el viaje. Algunas mujeres los han ayudado reuniendo las provisiones que pueden necesitar. Yo les he dado hierbas medicinales para curarse pequeños males. Los cazadores les han entregado cantimploras con agua y armas. Después se despidieron brevemente de sus amigos, de sus seres más queridos en la aldea. He tenido que prometerles que haría lo posible por vosotros.*

»*Tal como yo lo veo* —añadió, rascándose la barbilla—, *eso no es mucho.*

—*Pero ¿viste cómo se marchaban?* —insistió Zedd—. *¿Estás totalmente segura de que se han ido?*

Nissel giró el cuerpo ligeramente y apuntó con una mano hacia el nordeste.

—*Han partido. Los tres. Los he visto irse, como me dijiste. Los acompañé hasta donde acaba la aldea, con todos los demás, pero la mayoría de la gente barro quería caminar un trecho con ellos por la pradera para disfrutar más tiempo de su compañía y despedirlos como gente barro que son. Me instaron a que también los acompañara, y lo hice, aunque mis piernas ya no son tan rápidas como antes. No obstante, puedo hacer paseos cortos.*

»*Después de recorrer una buena distancia, Richard nos dijo que regresáramos, pues no tenía sentido que nos mojáramos con la lluvia. Sobre todo quería que yo volviera para cuidarlos a vosotros. Creo que estaban impacientes por viajar de prisa, y nosotros los estábamos retrasando. Pero eran demasiado considerados para decírnoslo.*

»*Richard y Kahlan me abrazaron y me desearon lo mejor. La mujer de cuero rojo no me abrazó, pero inclinó la cabeza ante mí en muestra de respeto. Kahlan me tradujo sus palabras; quería que supiera que protegería a Richard y a Kahlan. Aunque no sea de la gente barro, esa extraña mujer de rojo es buena persona. Los despedí con mis mejores deseos.*

»*Todos los que los habíamos acompañado hasta la pradera nos quedamos allí, mojándonos, mientras los despedíamos con gestos. Partieron en dirección nordeste. Esperamos hasta que no fueron más que puntitos en el horizonte. Entonces el Hombre Pájaro nos pidió que inclináramos la cabeza. Bajo su guía suplicamos a los espíritus de nuestros antepasados que velaran por Richard y Kahlan y les dieran un viaje seguro. El Hombre Pájaro llamó a un halcón y lo envió para que viajara con ellos un trecho, como muestra de que nuestros corazones estaban con ellos. Esperamos hasta que ni siquiera pudimos ver al halcón dar vueltas en el cielo por encima de sus cabezas.*

»*Luego volvimos directamente. ¿Satisfecho ahora?* —Nissel ladeó la cabeza hacia el mago y levantó una ceja—. *¿No te bastaba con que dijera que se habían ido?*

Zedd carraspeó. Pensaba que Nissel haría bien en practicar el sarcasmo cuando no estuviera atendiendo a nadie.

—¿Qué ha dicho? —volvió a preguntar Ann.

—Dice que se han ido.

—¿Está segura?

Zedd se quitó la manta.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Esa mujer es una cotorra. Pero yo diría que se han marchado de verdad.

También Ann se destapó.

—Pensaba que me iba a ahogar en mi propio sudor debajo de esta manta tan áspera.

Zedd y Ann no se habían levantado de sus respectivos jergones, esperando pacientemente en silencio por si acaso Richard volvía a visitarlos para formularles una última pregunta o exponerles una nueva idea. Era típico de él hacer cosas inesperadas. Zedd no quiso precipitarse por miedo a traicionarse; no permitiría que un descuido arruinara sus planes.

Ann pasó la espera inquieta y sudando, mientras que Zedd aprovechó para dormir.

A Nissel le gustó que Zedd le pidiera ayuda, le prometió que vigilaría y que los avisaría cuando los tres se hubieran ido. Según ella, los mayores debían mantenerse unidos, y la única defensa contra la juventud era la astucia. Zedd no podía estar más de acuerdo con ella. Nissel tenía ese peculiar brillo en los ojos que molestaba y confundía a Ann.

Zedd se limpió las manos en la paja y se alisó la túnica. Le dolía la espalda. Luego abrazó a la curandera.

—*Gracias por tu ayuda, Nissel. Te lo agradezco mucho.*

La curandera se rió suavemente contra su hombro.

—*Por ti haría cualquier cosa* —le dijo. Antes de separarse le pellizcó el trasero.

—*¿Qué tal si nos traes un poco de tava con miel, cariño mío?* —le sugirió él con un guiño.

Nissel se sonrojó. Ann miró alternativamente a uno y a otra.

—¿Qué le estás diciendo, Zedd?

—Oh, acabo de darle las gracias por ayudarnos y le he pedido que nos traiga algo de comer.

—Jamás había visto unas mantas que picaran tanto —rezongó Ann rascándose furiosamente los brazos—. Di a Nissel que yo también se lo agradezco pero, si no le importa, prefiero que no me pellizque el culo.

—*Ann también te da las gracias sinceramente. Es mucho mayor que yo.* —Entre la gente barro, la edad de una persona daba más importancia a sus palabras.

La faz arrugada de Nissel se distendió en una sonrisa mientras alargaba una mano y pellizcaba cariñosamente a Zedd en una mejilla.

—*Ahora os traigo té y tava.*

—Yo diría que le gustas —comentó Ann, alisándose el pelo mientras miraba cómo la curandera desaparecía detrás de la cortina de piel que hacía las veces de puerta.

—¿Y por qué no?

Ann puso los ojos en blanco y luego se dedicó a quitarse briznas de paja de su vestido oscuro.

—¿Cuándo aprendiste la lengua de la gente barro? Nunca mencionaste ni a Richard ni a Kahlan que conocías su idioma.

—Oh, lo aprendí hace mucho tiempo. Yo sé muchas cosas y no voy por ahí mencionándolas todas. Además, yo siempre me guardo un as en la manga por si lo necesito, como en esta ocasión. De hecho, no he mentido.

Ann lo admitió con un grave sonido gutural.

—Tal vez no sea una mentira, pero sí es un engaño.

—Por cierto, hablando de engaños. Creo que tu actuación ha sido brillante. Has estado muy convincente —contraatacó Zedd, risueño.

La anciana hechicera se quedó de una pieza.

—Bueno, yo... bueno, gracias, Zedd. Sí, me parece que he estado bastante convincente.

—No lo dudes —repuso Zedd dándole palmaditas en el hombro.

La sonrisa de Ann se transformó en expresión de suspicacia.

—Eh, no trates de engatusarme, carcamal. Soy mucho mayor que tú y ya lo he visto todo. Sabes perfectamente que estoy enfadada contigo.

—¿Enfadada?, ¿conmigo? —Zedd se señaló, fingiéndose inocente—. Pero ¿qué he hecho yo, pobre de mí?

—¿Que qué has hecho? ¿Tengo que recordarte la palabra *acechante*? —Y se puso a imitar a alguien que acechaba avanzando en pequeños círculos, con los brazos levantados, las muñecas dobladas hacia abajo y los dedos en garra—. Oh, qué miedo doy. Soy un *acechante*. ¡Qué miedo! ¡Qué miedo!

»¿Cómo se te ocurrió eso, cabeza de chorlito? —le espetó, deteniéndose bruscamente delante de él—. ¿Qué mosca te picó para soltar una palabra tan absurda como *acechante*? ¿Estás loco o qué?

Zedd hizo un mohín de indignación.

—¿Qué tiene de malo *acechante*?

Ann apoyó las manos en sus anchas caderas.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Qué clase de nombre es *acechante* para un monstruo imaginario?

—Pues un nombre muy adecuado, creo yo.

—¿Adecuado? Casi me dio un ataque al corazón la primera vez que lo dijiste. Estaba segura de que Richard se daría cuenta de que todo era un cuento y se echaría a reír a carcajadas. A mí misma me costó contener la risa.

—¿Qué tiene de gracioso la palabra *acechante*? Es una palabra muy normal. Tiene todos los elementos de un ser aterrador.

—¿Te falta un tornillo? Niños de apenas diez años a los que pillaba haciendo travesuras trataban de hacerme creer que los perseguían monstruos. Cuando les tiraba de las orejas se inventaban nombres mucho mejores que *acechante*.

»Ni te imaginas lo que me ha costado no echarme a reír. De no ser por la gravedad del problema, no habría podido contenerme. Y cuando hoy insististe, estaba segura de que Richard se daría cuenta de que era una simple artimaña.

Zedd cruzó los brazos.

—Yo no he visto que se rieran. A los tres les ha parecido aterrador. Creo que cuando pronuncié el nombre por primera vez, a Richard le temblaron las rodillas.

Ann se dio una palmada en la frente mascullando algo entre dientes.

—Hemos tenido suerte, eso es todo. Tu estupidez ha estado a punto de echarlo todo a perder. Un *acechante*, nada más y nada menos —dijo, meneando la cabeza—. Un *acechante*.

Zedd se dijo que, probablemente, la frustración y el miedo de Ann se estaban manifestando, por lo que dejó que la mujer continuara despotricando sin dejar de dar vueltas.

—Pero ¿cómo se te ocurrió un nombre tan necio para un monstruo, en nombre del Creador? —farfulló, llena de ira—. *Acechante*, pues sí que... —añadió en un murmullo.

—De hecho, cuando era joven y acababa de casarme, le regalé a mi mujer un gatito. A Erilyn le encantó, y se reía sin cesar de sus travesuras. A mí me llenaba de gozo ver que incluso lloraba de risa con las payasadas de esa pequeña bola de pelo.

»Cuando le pregunté cómo pensaba llamarlo, me dijo que le encantaba ver cómo el gatito acechaba y luego saltaba encima de las cosas, así que lo iba a llamar *Acechante*. De ahí saqué el nombre. Siempre me gustó, por ella.

Ann puso los ojos en blanco y suspiró mientras pensaba en las palabras de Zedd. Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla, suspiró de nuevo y trató de consolarlo dándole una palmadita en el brazo.

—Bueno, ha sido para bien. Ha sido para bien —admitió. Se inclinó y con un dedo cogió la manta. Mientras la doblaba preguntó—: ¿Y la botella? Esa que dijiste a Richard que está en el Alcázar, en el enclave del Primer Mago. ¿Qué puede pasar cuando la rompa?

—Bah, no es más que una botella que compré en un mercado en uno de mis viajes. Cuando la vi inmediatamente me quedé fascinado por la maestría del artesano que hizo una pieza tan hermosa y delicada. Después de regatear un buen rato, el vendedor se cansó de mí y me la vendió por un precio excepcionalmente bajo.

»Tanto me gustaba la botella que al regresar la coloqué encima de un pedestal. Además, me recordaba que la compré muy barata gracias a que soy bueno regateando. Me pareció que quedaba muy bien sobre el pedestal y hacía que me sintiera orgulloso de mí mismo.

—Pero ¡qué listo que llegas a ser, Zedd! —lo pinchó Ann.

—Pues sí, mucho. Poco después encontré otra botella exactamente igual a ésta a mitad de precio, y sin regatear. Dejé la botella en el pedestal para bajarme los humos. No es más que una vieja botella que guardé para aprender una lección. No pasará nada cuando Richard la rompa.

Ann se rió entre dientes.

—No quiero ni pensar en qué te habrías convertido si no fuera por el don.

—Lo que yo temo es lo que estamos a punto de averiguar.

Su magia comenzaba a desaparecer, y él ya notaba dolor en los huesos y flojera en los músculos. Y eso era sólo el principio.

La sonrisa de Ann se borró ante la sombría realidad que pintaba Zedd.

—No lo entiendo. Lo que dijiste a Richard es verdad: para llamar a los repiques a este mundo, Kahlan tendría que ser su tercera esposa. Sabemos que los repiques están aquí, pero eso es imposible.

»Por mucho que la magia interprete los hechos de manera muy retorcida para que se cumplan las condiciones y los requisitos necesarios para desencadenar un acontecimiento, Kahlan no puede ser más que su segunda esposa. Sólo han sido dos: esa tal Nadine y luego Kahlan. Una más una es igual a dos. Se mire cómo se mire, Kahlan es sólo la número dos.

Zedd se encogió de hombros.

—Sabemos que los repiques han sido liberados. Ése es el problema que debemos resolver, no cómo ha pasado.

Ann asintió de mala gana.

—¿Crees que ese nieto tuyo cumplirá su palabra e irá directamente al Alcázar?

—Me lo prometió.

—Te recuerdo que estamos hablando de Richard.

Zedd abrió las manos con gesto de impotencia.

—No sé qué otra cosa podríamos haber hecho para asegurarnos de que va al Alcázar. Le hemos proporcionado todo tipo de motivaciones, nobles y egoístas, para que viaje a Aydindril a toda prisa. No puede evitarlo. Lo asustamos al explicarle las terribles consecuencias que tendría si no hiciese lo que le pedimos.

—Sí. —Ann alisó la manta que tenía doblada sobre un brazo—, lo hicimos todo excepto decirle la verdad.

—Lo que le dijimos que pasaría si no iba al Alcázar era casi todo verdad. Lo único que le ocultamos es que la verdad es incluso peor.

»Conozco a Richard. Kahlan liberó a los repiques para salvarlo a él, y sé que Richard hará lo posible para remediarlo. Solamente habría conseguido empeorar las cosas. No podemos permitir que juegue con ese fuego. Le hemos dado lo que más necesita: una manera de ayudar.

»Solamente estará seguro en el Alcázar. Los repiques no pueden atacarlo donde fueron conjurados, y seguramente la magia de la *Espada de la Verdad* es la única que seguirá funcionando. Nosotros nos

ocuparemos del problema. ¿Quién sabe? Es posible que si Richard se pone fuera de su alcance, la amenaza desaparezca por sí sola.

—Estamos listos si el mundo depende de un hilo tan fino. No obstante, supongo que tienes razón. Richard es un hombre resuelto, como su abuelo.

»Sin embargo —añadió, arrojando la manta encima del jergón—, debemos protegerlo a toda costa. Él es el líder de D'Hara y quien guía a los países unidos contra la Orden Imperial. En Aydindril, además de estar seguro, puede continuar estableciendo alianzas. Ya ha demostrado sus dotes de líder. Las profecías advierten que sólo tendrá una oportunidad para conducirnos a la victoria. Sin él, estamos perdidos irremediablemente.

Nissel entró arrastrando los pies con una bandeja de pan de tava untado con miel y menta. Mientras dejaba que Ann la aligerara de las tres tazas de té humeante, sonrió a Zedd. La curandera dejó la bandeja en el suelo, delante de los jergones, y se sentó en el de Zedd. Ann le tendió una taza y se sentó encima de la manta doblada, en la cabecera del otro jergón.

—*Siéntate aquí, a mi lado* —dijo Nissel a Zedd dando palmaditas al jergón—. *Tienes que comer y beber algo antes de ponerte en camino.*

Zedd, absorto en asuntos importantes, le sonrió débilmente y se sentó junto a ella. Nissel notó que no estaba de humor y le ofreció en silencio pan de tava. Al ver que la mujer comprendía su inquietud, aunque no qué la causaba, Zedd le pasó un brazo por encima del hombro para demostrarle su gratitud. Con la otra mano cogió una pegajosa pieza de tava y lamió la miel del borde crujiente.

—Ojalá supiéramos algo del libro que mencionó Richard, *El Gemelo de la Montaña*. Me gustaría saber si Richard conoce algo sobre ese libro.

—Lo dudo. Todo lo que Verna me dijo fue que lo destruyeron.

Ann ya lo sabía cuando Richard preguntó, pero se había ofrecido a indagar sobre el tema a través de su libro de viaje, pese a que su magia ya no funcionaba, para ocultarle el verdadero alcance del problema.

—Ojalá hubiera podido echarle un vistazo antes de que lo destruyeran.

Ann dio unos cuantos bocados al pan de tava antes de preguntar:

—Zedd, ¿y si no podemos detenerlos? Nuestra magia ya ha comenzado a menguar. No tardará mucho en esfumarse por completo. ¿Cómo vamos a detener a los repiques sin magia?

—Aún confío en encontrar respuestas en el lugar donde fueron sepultados —replicó el mago mientras se lamía la miel de los labios—. Fue en algún lugar de Toscla o como sea que se llame ahora. Quizá encuentre libros de historia o cultura del país que me den la clave.

Zedd se sentía cada día más débil. Mientras perdía poder como quien se desangra, su vitalidad menguaba. Ann tenía el mismo problema, por lo que el viaje sería lento y dificultoso.

Nissel se acurrucó contra Zedd, contenta simplemente de estar cerca de alguien que la apreciaba como mujer y no solicitaba sus servicios de curandera. Ella no podía hacer nada por Zedd. Al mago le gustaba de verdad y también simpatizaba con ella, pues era una incomprensida. Era duro ser diferente a los demás.

—¿Se te ocurre cómo desterrar a los repiques de este mundo? —preguntó Ann entre mordisco y mordisco.

Zedd partió por la mitad su pieza de tava.

—Sólo lo que ya hemos hablado; si Richard permanece en el Alcázar, es muy posible que, al no poder alcanzarlo, los repiques regresen al inframundo sin que tengamos que hacer nada. Sé que es una esperanza muy pequeña pero, en caso necesario, tendremos que hallar el modo de desterrarlos de nuevo al inframundo. ¿Y tú?, ¿tienes alguna idea?

—Ninguna.

—¿Sigues decidida a rescatar a las Hermanas de la Luz de las garras de Jagang?

—La magia de Jagang fallará como todas las demás. Entonces, el Caminante de los Sueños ya no podrá seguir dominando a mis Hermanas. En el peligro se oculta la oportunidad. Debo aprovecharla cuando se presenta.

—Jagang aún tiene un ejército enorme. Para tratarse de alguien que siempre critica mis planes, el tuyo deja mucho que desear.

—Merece la pena arriesgarse. No me gusta admitirlo —dijo bajando la mano con la que sostenía el pan de tava—, pero, como cada uno irá por su lado, te lo diré: eres un hombre inteligente, Zeddicus Zu'l Zorander. Te echaré de menos, aunque me irritas. Tu astucia nos ha salvado el pellejo más de una vez. Admiro tu perseverancia. Ahora entiendo de dónde la ha sacado Richard.

—¿De veras? Bueno, tus halagos no me harán cambiar de opinión; sigo diciendo que no me gusta tu plan.

Ann se limitó a sonreír.

Ciertamente, el plan de Ann pecaba de ingenuidad, aunque Zedd la comprendía. Era esencial rescatar a las Hermanas de la Luz, no sólo porque estaban prisioneras y sufrían todo tipo de brutalidades. Eran hechiceras y si lograban desterrar a los repiques, Jagang volvería a controlarlas a ellas y a su poder.

—Ann, el miedo puede ser un excelente maestro. Si las Hermanas no te creen cuando les digas que pueden escapar, no debes permitirles que sigan siendo una amenaza para nuestra causa, aunque lo sean por obligación.

—Lo entiendo —repuso Ann mirando de soslayo. Le estaba pidiendo que las rescatara o las matara—. Zedd —añadió en tono compasivo—, no me gusta mencionarlo, pero lo que Kahlan ha hecho...

—Lo sé.

Cuando Kahlan invocó a los repiques les había pedido ayuda para salvar a Richard, y eso exigía un precio.

A cambio de permitir que Richard permaneciera en el mundo de los vivos hasta que se recuperara, sin quererlo había prometido a los repiques lo que necesitaban para permanecer también ellos en este mundo: un alma. El alma de Richard.

Claro que en el Alcázar estaría a salvo. El sitio en el que habían sido invocados se convertía en un refugio para quien les había sido prometido.

Zedd acercó la mitad de la pieza de tava a los labios de Nissel. La curandera sonrió y le dio un gran bocado. A continuación fue ella la que le ofreció un bocado de su pan, no sin antes rozarle la punta de la nariz con él. Era tan absurdo que la anciana curandera le manchara la nariz con miel, como una niña traviesa, que Zedd se rió.

—¿Qué le pasó al gato, a *Acechante*? —quiso saber Ann.

Zedd frunció el ceño, esforzándose por recordar.

—A decir verdad no lo recuerdo. Estaban sucediendo muchas cosas. La guerra contra D'Hara, entonces liderada por el otro abuelo de Richard, Panis Rahl, acababa de estallar. Miles de personas corrían peligro. Yo aún no había sido nombrado Primer Mago. Erilyn esperaba a nuestra hija.

»Supongo que, con tantas novedades, le perdimos la pista al gato. En el Alcázar hay innumerables escondites para los ratones. Seguramente el gato prefirió acechar por ahí que quedarse junto a dos personas que no tenían tiempo para él. —Era evidente que estaba recordando hechos muy dolorosos.

»Después de mudarme a la Tierra Occidental y de que Richard naciera siempre tuve gato, en recuerdo de Erilyn y de mi hogar.

Ann esbozó una sonrisa amable y sincera.

—Espero que no llamas a ninguno *Acechante*, o Richard podría recordarlo de pronto.

—No —susurró Zedd—, no lo hice.

15

—¡Ganapán! —gritó maese Drummond.

Fitch apretó los labios tratando sin éxito de no ruborizarse. Al pasar trotando junto a las mujeres que se burlaban de él, sonrió educadamente.

—¿Sí, señor?

Maese Drummond agitó una mano hacia el fondo de la cocina.

—Trae más leña de manzano.

—Sí, señor —dijo el muchacho inclinando la cabeza, y se encaminó hacia la puerta de atrás. Aunque se le hacía la boca agua con los deliciosos aromas de mantequilla derritiéndose en la sartén, cebolla, especias y carne asándose que flotaban en la cocina, se alegró de la oportunidad de alejarse de los sucios calderos. Los dedos le dolían de tanto fregar y restregar. También se puso contento de que maese Drummond no le hubiera pedido más leña de roble.

Mientras atravesaba al trote los pequeños huertos bañados por la cálida luz del sol en dirección a la pila de leña de manzano, se preguntó una vez más por qué el Ministro Chanboor quería ver a Biata. Ella, desde luego, se había mostrado encantada. Todas las mujeres se volvían locas por conocer al Ministro.

Fitch no comprendía qué tenía de especial. Después de todo, el pelo le empezaba a encanecer, era un viejo. El muchacho no se imaginaba que pudiera hacerse tan viejo como para tener canas. Era tan repugnante que con sólo pensarlo arrugaba la nariz.

Al llegar a la pila de leña algo le llamó la atención. Se puso una mano en visera para protegerse de la luz del sol mientras escrutaba las sombras y daba la vuelta a los carros. Había pensado que se trataba de otro proveedor, pero era *Bizcocho* con el carro del carnicero.

Mientras se afanaba en la cocina había dado por supuesto que Biata ya se habría ido. La mansión tenía muchas puertas de salida, por lo que ella podía irse sin ser vista. Así que había pensado que ya no estaba allí.

Debía de haber pasado una hora desde que subió. Seguramente el Ministro Chanboor quería entregarle un mensaje para el carnicero, alguna petición especial para sus invitados. Pero para eso no necesitaba toda una hora.

¿Por qué seguía el carro allí?

Fitch se agachó y recogió un leño de manzano. Frustrado, pensó que el Ministro Chanboor probablemente le estaba explicando historias. Fitch cogió otro leño de la pila. Por alguna razón, a las mujeres les gustaba escuchar las historias del Ministro, y a él le gustaba contarlas. Chanboor siempre estaba hablando con mujeres. A veces, en las cenas y los banquetes, ellas se arremolinaban a su alrededor muy excitadas. Aunque también era posible que lo hicieran simplemente por educación, pues el Ministro era un hombre importante.

Las chicas no eran educadas con Fitch y tampoco se morían de ganas de escuchar sus relatos. El muchacho recogió la brazada de leña y se encaminó a la cocina. Pensaba que sus historias de borracheras eran muy divertidas, pero las chicas no querían oírlas.

Al menos, a Morley sí le gustaban sus historias. A Morley y a todos los que dormían en jergones en la misma habitación que Fitch les gustaba explicarse historias y también emborracharse. No había nada más que hacer en el poco tiempo que les quedaba libre del trabajo y de las reuniones de penitencia.

Lo único bueno de esas asambleas era que a veces podían hablar con chicas al acabar, siempre y cuando no les quedaran tareas por hacer o no tuvieran que regresar inmediatamente al trabajo. No

obstante, en esas reuniones tenían que escuchar cosas terribles, por lo que resultaban deprimentes para todos. A veces, si podían birlar un poco de vino o de cerveza, se emborrachaban al volverse.

Después de cargar con una docena de brazadas de leña, maese Drummond lo pescó por una manga y le puso en la mano un pedazo de papel.

—Lleva esto abajo, al cervecero.

Fitch inclinó la cabeza y dijo «sí, señor». Él no sabía leer, aunque estaba enterado de que se preparaba un banquete y había llevado mensajes como ése antes, por lo que supuso que las columnas escritas eran los pedidos de lo que se necesitaba en la cocina. El muchacho se alegró de poder hacer de recadero, pues de ese modo se libraba un rato del calor y del ruido de la cocina, aunque disfrutaba con los aromas y, de vez en cuando, cogía a hurtadillas alguna sobra. Todos esos manjares eran para los invitados, no para el servicio. Pese a ello, se alegraba de poderse alejar durante un rato de todo ese ruido y confusión.

El cervecero era un ander de edad avanzada que había perdido casi todo el pelo, y el poco que le quedaba era casi todo blanco. El hombre gruñó tras leer el papel que Fitch le entregó y, después, en vez de despedirlo, le ordenó que cargara con unos sacos muy pesados de lúpulo de prueba. Era algo habitual; Fitch no era más que un humilde friegaplatos y, por tanto, todo el mundo tenía derecho a mandarlo. El muchacho suspiró y pensó que ése era el precio que tenía que pagar por el lento paseo de ida que se había dado y por el de vuelta.

Cuando salió por la puerta de servicio vio que gran parte de las mercancías ya habían llegado. También se fijó en que *Bizcocho* seguía allí, enganchado al carro del carnicero. Muy aliviado contó sólo diez sacos apilados justo a la zona de carga. Cuando acabó de bajarlos a la cervecería, el cervecero lo despidió.

El muchacho recorrió tranquilamente los pasillos de servicio hacia la cocina, tratando de recuperar la respiración. Las pocas personas con las que se cruzó eran criados hakens menos una, por lo que solamente le tocó hacer una reverencia. Mientras subía el tramo de escalera que conducía a la planta baja y la cocina, le llegó el suave eco de sus pasos. Iba a cruzar la puerta cuando se detuvo.

Alzó los ojos hacia la caja cuadrada de la escalera que ascendía hasta el segundo piso. No había nadie en la escalera ni en los pasillos. Maese Drummond le creería cuando le explicara que el cervecero le había ordenado que transportara unos sacos. El jefe de cocina estaba ocupado preparando el festín de esa noche y no se molestaría en preguntarle cuántos sacos eran. Y, si lo hacía, no se tomaría la molestia de comprobarlo con el cervecero.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Fitch estaba subiendo los peldaños de dos en dos. Pensaba echar un rápido vistazo. A qué o por qué, no estaba seguro.

Fitch había estado muy pocas veces en el primer piso y sólo una en el segundo, justamente la semana anterior para llevar a Dalton Campbell, el nuevo asesor del Ministro, la cena que había pedido. Un encargado ander le había dicho que dejara la bandeja con las lonchas de carne encima de la mesa de la antesala vacía. Los pisos superiores del ala oeste, donde se encontraba la cocina, alojaban los despachos de numerosos funcionarios.

Se decía que las oficinas del Ministro estaban en el segundo piso. Se rumoreaba que Chanboor tenía muchas. El muchacho no se explicaba por qué necesitaba más de una, y nadie se lo había aclarado.

También se comentaba que en el primer y segundo piso del ala oeste se ubicaba la vasta Biblioteca de Anderith, donde se conservaba la rica y ejemplar cultura del país. Ésta atraía a muchos estudiosos y gente importante. A Fitch le habían enseñado que la cultura de Anderith era motivo de orgullo y envidia de muchos.

El segundo piso del ala este albergaba los aposentos de la familia del Ministro. Su hija, dos o tres años más joven que Fitch y, según decían las malas lenguas, terriblemente fea, estaba fuera, estudiando en una academia. Él tan sólo la había visto de lejos, pero le pareció que la descripción era acertada. Los criados de más edad a veces cuchicheaban que un guardia ander había dado con los huesos en la cárcel porque la hija del Ministro, Marcy o Marcia, según quien lo contara, lo había acusado de algo.

Dependiendo de la versión, el guardia sencillamente vigilaba un pasillo, escuchaba a escondidas o incluso la había violado.

En el hueco de la escalera resonaban voces. Fitch se detuvo con un pie en el siguiente peldaño, inmóvil, aguzando el oído y con los músculos en tensión. Sólo era alguien que pasaba por el pasillo de la planta baja. No subía nadie.

Afortunadamente, lady Hildemara Chanboor, la esposa del Ministro, raras veces iba al ala oeste, donde Fitch trabajaba. Incluso los anders temblaban ante ella, pues tenía muy mal carácter y nunca estaba contenta con nada ni con nadie. Había llegado incluso a despedir a empleados porque la habían mirado al cruzarse con ella en un pasillo.

Personas que la conocían le habían dicho a Fitch que lady Hildemara tenía una cara avinagrada acorde con su carácter. Los pobres empleados que la habían mirado en el pasillo fueron puestos inmediatamente de patitas en la calle y ahora eran mendigos.

Fitch había escuchado a las mujeres de la cocina contar que, a veces, lady Hildemara no se dejaba ver durante semanas, porque el Ministro se hartaba de esto o aquello y le ponía un ojo a la funerala. Otros contaban que lady Hildemara se iba de parranda, y una anciana criada decía en susurros que desaparecía con sus amantes.

El chico llegó al último escalón. No había nadie en los pasillos del segundo piso. El sol entraba a raudales por ventanas cubiertas con cortinas de gasa y encaje, y se derramaba sobre el suelo de madera. Fitch se detuvo en el descansillo. Tenía varias puertas delante, a la derecha y a la izquierda, y la escalera a su espalda. Recorrió con la vista los pasillos vacíos, que nacían a derecha e izquierda. No se atrevía a adentrarse.

Cualquiera podría abordarlo, desde mensajeros a guardias, y preguntarle qué hacía allí. ¿Qué respondería? A Fitch no le apetecía hacerse mendigo.

Aunque no le gustaba trabajar, sí le gustaba comer. Siempre tenía hambre. La comida que le daban no era tan buena como la que se servía a las personas importantes de la mansión ni a los invitados, pero era decente y abundante. Y, cuando nadie miraba, Fitch y sus amigos bebían vino y cerveza. No, definitivamente no quería ser mendigo.

Con mucho cuidado dio un paso hacia el centro del descansillo. Casi le falló una rodilla y estuvo a punto de gritar al sentir un fuerte pinchazo. Había pisado con el pie descalzo un alfiler con cabeza en forma de espiral. Era el que usaba Biata para sujetarse el cuello del vestido.

Fitch lo recogió. ¿Qué podía significar eso? Pensó en guardárselo y devolvérselo más tarde. Seguramente Biata se alegraría mucho de recuperarlo. O tal vez no. Tal vez debería dejarlo donde lo había encontrado; de ese modo nadie le pediría explicaciones, sobre todo Biata, de cómo había llegado a su poder. Tal vez ella querría saber qué hacía él allí arriba. A ella la habían invitado, pero a él no. Tal vez pensaría que la estaba espiando.

Empezaba a agacharse para dejar el alfiler en el suelo cuando percibió movimiento; unas sombras en la luz que se filtraba por debajo de una de las puertas altas, delante de él. Fitch ladeó la cabeza. Le parecía haber oído la voz de Biata, aunque no estaba seguro. Lo que sí oyó fueron risas ahogadas.

El muchacho miró otra vez a derecha e izquierda. No vio a nadie. Simplemente tenía que cruzar el descansillo de lo alto de la escalera; no sería como si lo pillaran caminando por un pasillo. Si alguien preguntaba, él diría que sólo pretendía ver la hermosa vista del parque desde el segundo piso y los campos de trigo que rodeaban la capital, Fairfield, el orgullo de Anderith.

Sonaba convincente. Tal vez se ganara una bronca, pero no lo echarían por eso, sólo por mirar por una ventana. Estaba casi seguro de que no.

El corazón le latía con fuerza y las rodillas le temblaban. Sin detenerse a considerar si corría riesgos tontamente se acercó de puntillas a la pesada puerta de cuatro paneles. Oyó algo semejante a los quejidos de una mujer, pero también risas apagadas y los jadeos de un hombre.

En el pomo de cristal de la puerta se preservaban para siempre centenares de burbujitas. Debajo del recargado anillo de latón que rodeaba la base del pomo de cristal no había cerradura y, por tanto, tampoco

ojo de cerradura por el que mirar. Apoyándose en los dedos, Fitch fue bajando silenciosamente hasta tocar con la barriga en el suelo.

Según se acercaba al suelo y al espacio debajo de la puerta oía mejor. Sonaba cómo un hombre que estuviera haciendo un gran esfuerzo. Las esporádicas risitas provenían de un segundo hombre. Fitch oyó también el sollozo entrecortado y lastimoso de una mujer, como si le costara mucho respirar. «Es Biata», pensó.

Pegó la mejilla derecha al suelo de madera de roble fría y barnizada, y acercó la cara al hueco de apenas dos centímetros que había entre la puerta y el suelo. Vio, un poco a la izquierda, unas patas de silla y, delante, en el suelo, una bota negra tachonada de plata, que se movió un poco. Como sólo había una, dedujo que el hombre tenía el otro pie levantado.

Se le pusieron los pelos de punta. Recordaba perfectamente al dueño de esa bota: era el desconocido con la capa extraña y los anillos, y armado hasta los dientes. El que había mirado fijamente a Biata al adelantar su carro.

Aún no veía de dónde provenían los sonidos. Silenciosamente se arrastró y giró el cuerpo para mirar por debajo de la puerta con el ojo izquierdo y ver más a la derecha. Se aproximó más y más hasta tocar la puerta con la nariz.

Lo que vio lo llenó de incredulidad y después de espanto.

Biata estaba en el suelo, de espaldas, con el vestido azul remangado hasta la cintura. Un hombre con el trasero al aire arremetía furiosamente entre las piernas desnudas y abiertas de ella.

Fitch se puso de pie de un salto, sobresaltado por lo que había visto, y retrocedió varios pasos. Jadeaba, tenía los ojos muy abiertos y notaba un nudo en el estómago por la impresión de haber visto las piernas desnudas y abiertas de Biata. El Ministro estaba entre ellas. El muchacho dio media vuelta para bajar la escalera a toda prisa. Las lágrimas humedecían sus ojos, la mandíbula le colgaba y boqueaba como una carpa fuera del agua.

Oyó el eco de unos pasos. Alguien subía. Fitch se quedó paralizado entre la puerta y la escalera sin saber qué hacer. Los pasos ascendían lentamente los escalones. Oyó dos voces. Fitch miró los pasillos a ambos lados, tratando de decidir si eran vías de escape o callejones sin salida en los que lo atraparían o los guardias lo arrestarían.

Las dos personas que hablaban se detuvieron en el descansillo inferior. Eran dos mujeres. Dos anders. Estaban chismorreando sobre el banquete de esa noche, sobre quién asistiría y quién no había sido invitado. Aunque hablaban en susurros, en su estado de tensión y atención Fitch las oía con bastante claridad. Los latidos del corazón le retumbaban en los oídos. Jadeaba, aterrado, incapaz de mover ni un solo músculo, mientras rezaba para que las mujeres no siguieran subiendo hasta el segundo piso.

Las dos anders trataban de decidir qué se pondrían para llamar la atención del Ministro Chanboor y hasta qué distancia por encima de los pezones se atreverían a bajar el escote. De no estar en esa situación, a punto de ser pillado donde no debería estar, viendo algo que no debería haber visto y tal vez a punto de ser puesto de patitas en la calle o de sufrir un destino mucho peor, Fitch habría gozado con la imagen que las palabras de las mujeres suscitaban en su mente.

Una de ellas parecía más atrevida que la otra. La primera simplemente quería llamar la atención, nada más que eso, pero la segunda se rió entre dientes y afirmó que no se conformaría con que el Ministro la mirara. Según ella, de los maridos no tenían que preocuparse, pues se sentirían halagados de que el Ministro admirara a su esposa.

Fitch se volvió para vigilar la puerta del Ministro. Chanboor ya se había fijado en alguien, en Biata.

El muchacho dio un cauteloso paso hacia la izquierda. El suelo crujió. Fitch contuvo la respiración. Una puerta se abrió con un chirrido. Fitch sintió deseos de gritar a las dos mujeres que acabaran de una vez por todas de subir y fueran a cotorrear a otra parte. Una mencionó el nombre del marido de la otra: Dalton.

La puerta se cerró tras ellas. Fitch soltó aire, aliviado.

Justo delante de él la puerta del Ministro se abrió de golpe. El fornido desconocido sujetaba a Biata por un brazo, que estaba de espaldas a Fitch. El hombre la empujó como si fuese ligera como una pluma. La muchacha aterrizó sobre el trasero con un ruido sordo. Ni siquiera sospechaba de la presencia de Fitch.

El desconocido miró con toda tranquilidad al asustado Fitch. Tenía una espesa mata de pelo oscuro que le caía hasta los hombros en greñas enmarañadas. Sus ropas eran oscuras, cubiertas por piezas de cuero, correas y cinturones. La mayor parte de sus armas estaban tiradas por el suelo de la habitación. Tenía el aspecto de alguien que no las necesitara, de alguien capaz de romperle el cuello a cualquiera con sus manos grandes y encallecidas.

Al darle la espalda para entrar de nuevo en la habitación, Fitch se dio cuenta, horrorizado, de que la extraña capa estaba confeccionada con cuero cabelludo. Por eso parecía estar recubierta con mechones de pelo, porque era verdad: estaba cubierta con mechones de pelo humano de todos los colores, de rubio a negro.

El Ministro lo llamó por su nombre, Stein, y le arrojó un montoncito de ropa blanca. Éste la atrapó en el aire y a continuación cogió las enaguas de Biata entre dos rollizos dedos para echarles un vistazo. Luego se las tiró al regazo. Biata, sentada en el suelo, trataba de recuperar la respiración y se esforzaba por no llorar.

Stein miró a Fitch a los ojos con indiferencia total y le sonrió. Al hacerlo, su tupida barba de tres días se desplazó a ambos lados. A continuación le guiñó un ojo.

Fitch no entendía cómo no le importaba su presencia, ni lo que había visto. El Ministro se asomó afuera, abrochándose los pantalones. También él sonrió y salió al pasillo.

—¿Qué os parece si visitamos la biblioteca? —sugirió.

—Después de vos, Ministro —respondió Stein con un gesto.

Biata se quedó sentada con la cabeza gacha, mientras los dos hombres se alejaban tranquilamente por el pasillo y doblaban a la izquierda, charlando amigablemente. Parecía destrozada por la terrible experiencia, como si eso le impidiera hacer acopio de voluntad para levantarse, marcharse y volver a su vida anterior.

Fitch aguardaba inmóvil, esperando que lo imposible sucediera: que Biata no se diera la vuelta; que, confusa como estaba, tomara el otro pasillo y no lo viera allí detrás de ella, inmóvil, aguantando la respiración.

Biata se levantó tambaleándose y conteniendo los sollozos. Al volverse y ver a Fitch se sobresaltó. Él permaneció inmóvil, deseando más que nada en el mundo no haber subido nunca la escalera para echar un vistazo. Había visto mucho más de lo que pretendía.

—Biata... —Quería preguntarle si le habían hecho daño, aunque eso era evidente. Quería consolarla, aunque no sabía cómo, desconocía las palabras apropiadas. Quería abrazarla y protegerla, pero temía que ella lo malinterpretara.

La expresión de sufrimiento de Biata se convirtió en rabia ciega. De repente, levantó una mano y golpeó a Fitch en la cara con tal furia que el muchacho sintió como si en su interior repicara una campana.

El puñetazo le giró bruscamente la cabeza a un lado. La habitación empezó a darle vueltas. Le pareció que veía alguien al fondo del pasillo, lejos, pero no estaba seguro. Se tambaleó hacia atrás, tratando de orientarse, buscando a tientas la baranda, pero lo que encontró su mano fue el suelo. Después cayó arrodillado. Fitch vio una mancha azul borrosa; el vestido de Biata que bajaba disparada la escalera. El sonido entrecortado de sus pisadas resonó con fuerza en el hueco de la escalera.

El dolor, agudo y ardiente, se le clavó en la mandíbula superior, justo delante del oído, que aún le zumbaba. Los ojos le dolían. Estaba aturdido y estupefacto por la fuerza con que lo había golpeado. Una sensación de náusea le nacía en la boca del estómago. Parpadeó, intentando disipar la bruma en sus ojos.

Se sobresaltó al notar una mano que lo cogía por debajo del brazo y lo ayudaba a levantarse. La cara de Dalton Campbell se acercó a la suya.

A diferencia de los otros dos hombres él no sonreía, sino que estudiaba los ojos de Fitch tal como había visto a maese Drummond examinar un halibut que le acababa de llevar el pescadero justo antes de sacarle las tripas.

—¿Cómo te llamas?

—Fitch, señor. Trabajo en la cocina, señor. —Entre el puñetazo y el miedo, tenía las piernas tan flojas como macarrones hervidos.

Dalton miró hacia la escalera.

—Estás un poco lejos de la cocina, ¿no te parece?

—Me mandaron que entregara un mensaje al cervecero. —Fitch hizo una pausa para tragar aire e intentar que la voz le dejara de temblar—. Ahora mismo volvía a la cocina, señor.

La mano de Dalton le apretó el brazo con más fuerza, atrayéndolo hacia él.

—Puesto que has ido a ver al cervecero, que se aloja en el sótano, y luego volvías directamente a la cocina, en la planta baja, debes de ser un menestral. Supongo que por eso no recuerdo haberte visto por aquí, en el segundo piso. —Le soltó el brazo—. Creo que te he visto abajo, volviendo en seguida a la cocina después de llevar el mensaje al cervecero, sin perderte por el camino.

La preocupación de Fitch por Biata dejó paso a la esperanza de evitar que lo expulsaran de la casa o algo peor.

—Sí, señor. Volvía directamente a la cocina.

Dalton Campbell colocó la mano sobre la empuñadura de la espada.

—Has estado trabajando y no has visto nada de nada, ¿verdad?

Fitch se tragó el nudo de terror que se le había formado en la garganta.

—No, señor. No he visto nada. Lo juro. Sólo que el Ministro Chanboor me ha sonreído. Es un gran hombre, el Ministro. Me siento muy agradecido de que alguien de su talla emplee a hakens tan despreciables como yo.

Las comisuras de la boca de Dalton Campbell se alzaron justo para que Fitch pensara que le complacía lo que acababa de oír. Con los dedos tamborileaba a lo largo de la vaina de la espada. Fitch clavó la vista en la elegante arma. No pudo soportar el silencio.

—Quiero ser un buen miembro del servicio, digno de la casa, trabajar duramente y ganarme el sustento.

—Me alegro de saberlo —repuso Dalton con una sonrisa más amplia—. Pareces un chico listo. Tal vez, si tanto lo deseas, pueda contar contigo.

Fitch no estaba seguro de para qué podía contar con él, pero contestó sin dudar:

—Sí, maese Campbell.

—El hecho que me jures que no has visto nada de nada mientras volvías a la cocina demuestra que tienes mucho potencial. Tal vez te podría confiar más responsabilidad.

—¿Responsabilidad, señor?

Los ojos de Dalton Campbell brillaron con una inteligencia aterradora e incomprensible. Fitch se dijo que eso era lo que los ratones debían de ver en los ojos de los gatos.

—A veces necesitamos a personas que deseen ascender en la casa. Ya veremos. Mantente alerta frente a las mentiras de los que quieren desacreditar al Ministro, y ya veremos.

—Sí, señor. No me gusta oír a nadie hablar en contra del Ministro. Es un buen hombre. Espero que los rumores sean ciertos y que, un día, el Creador nos bendiga y permita que el Ministro Chanboor se convierta en Soberano.

Ahora la sonrisa del asesor era confiada.

—Sí, me parece que tienes potencial. Si oyes alguna... mentira sobre el Ministro, me gustaría saberlo. Será mejor que vuelvas a la cocina —dijo indicando con un gesto la escalera.

—Sí, maese Campbell. Si oigo alguna mentira, os lo comunicaré. No quiero que nadie mienta sobre el Ministro. Eso no estaría bien.

Fitch se encaminó hacia la escalera.

—Oye, muchacho... Fitch, ¿verdad?

Éste se volvió desde el peldaño superior.

—Sí, señor. Fitch.

Dalton Campbell cruzó los brazos y le lanzó una mirada inquisitiva, al tiempo que le preguntaba:

—¿Qué has aprendido en la penitencia sobre proteger al Soberano?

—¿Al Soberano? —Fitch se frotó las palmas de las manos en los pantalones—. Bueno, pues... que todo lo que hagamos para proteger a nuestro Soberano es virtuoso.

—Muy bien. —Con los brazos aún cruzados se inclinó hacia él—. Y como los rumores dicen que el Ministro Chanboor muy probablemente llegará a ser Soberano...

Dalton aguardaba una respuesta. Fitch la buscaba desesperadamente. Por fin carraspeó y aventuró:

—Bueno... supongo que... si va a ser nombrado Soberano, deberíamos protegerlo del mismo modo, ¿no?

Por cómo Dalton Campbell sonrió mientras enderezaba la espalda el muchacho supo que había acertado.

—Definitivamente, tienes potencial para ascender.

—Gracias, maese. Teniendo en cuenta que el Ministro será un día el Soberano, haría cualquier cosa para protegerlo. Es mi deber hacerlo del modo que pueda.

—Sí... —replicó Dalton arrastrando las palabras de una manera extraña, y ladeó la cabeza en un movimiento felino mientras observaba a Fitch—. Si haces... lo que sea preciso para proteger al Ministro, harías muchos puntos para pagar tu deuda.

Fitch aguzó los oídos.

—¿Mi deuda, señor?

—Como ya le dije a Morley, si demuestra ser útil al Ministro, es posible que llegue a ganarse un apellido y un certificado firmado por el Soberano que lo atestigüe. Me pareces un chico listo. Creo que también tú podrías lograrlo.

Fitch se quedó con la boca abierta. Ganarse un apellido era uno de sus sueños. Un certificado firmado por el Soberano era la prueba de que un haken había pagado su deuda, que se le reconocía un patronímico y que debía ser respetado. Su mente volvió torpemente sobre lo que acababa de oír.

—¿Morley? ¿Os referís al friegaplatos Morley?

—Sí. ¿No te ha dicho que hablé con él?

Fitch se rascó detrás de una oreja intentando comprender por qué Morley le había ocultado algo tan asombroso.

—No, señor. No me ha dicho nada de nada. Es mi mejor amigo, creo, y si me lo hubiera dicho, lo recordaría. Lo siento.

Dalton Campbell acarició con un dedo la funda de plata de la espada mirándolo a los ojos.

—Le dije que no se lo mencionara a nadie. Es el tipo de lealtad que aprecio. No espero menos de ti. ¿Lo entiendes, Fitch? —preguntó enarcando una ceja.

Lo entendía perfectamente.

—No se lo diré a nadie. Callaré como Morley. Lo he entendido, amo Campbell.

—Perfecto. —Dalton asintió con una leve sonrisa y apoyó de nuevo la mano en la empuñadura de su magnífica espada—. ¿Sabes, Fitch? Cuando un haken ha pagado su deuda y se ha ganado su apellido, el certificado le da derecho a llevar una espada.

—¿De veras? —inquirió Fitch con los ojos muy abiertos—. No tenía ni idea.

El alto ander le sonrió a modo de despedida. Con ademán elegante se dio media vuelta y empezó a alejarse por el pasillo.

—Vuelve al trabajo, Fitch. Me alegro de haberte conocido. Quizá volveremos a hablar algún día.

Antes de que otra persona volviera a pillarlo allí, bajó corriendo la escalera. Su cabeza era un torbellino de confusos pensamientos. Al recordar lo que le había sucedido a Biata sólo deseó que el día se acabara y pillar una buena borrachera.

Sentía mucha lástima por ella, pero quien le había hecho eso había sido el Ministro, ese Ministro a quien ella tanto admiraba, el Ministro que un día seguramente sería el Soberano. Además, Biata le había pegado, algo terrible en un haken incluso si pegaba a otro haken, aunque ignoraba si esa prohibición se aplicaba también a las mujeres. Pero, aunque no lo hubiera hecho, él se sentiría igual de desgraciado. Por alguna razón que se le escapaba, Biata lo odiaba.

Fitch deseó con todas sus fuerzas emborracharse.

16

—¡Ganapán! ¡Eh, chico! ¡Ganapán!

Por lo general, cuando maese Drummond lo llamaba con ese nombre Fitch se sonrojaba por la humillación, pero en esos momentos se sentía tan angustiado por lo que había visto en el segundo piso que apenas se avergonzó por algo tan insignificante. Que maese Drummond le hablara como si él fuera una basura no podía compararse con que Biata lo odiara y le pegara.

Aunque ya habían pasado un par de horas, la cara le seguía doliendo donde había recibido el puñetazo. Así que había una cosa que tenía claro: Biata lo odiaba. Por confuso y desconcertante que resultara, estaba seguro de que ella lo odiaba. A él le parecía absurdo que Biata sólo se hubiera enfadado con él y con nadie más.

Tal vez debería enfadarse consigo misma por haber subido al segundo piso, aunque difícilmente podría haberse negado, pues el mismo Ministro había querido verla. Si ella, una haken, se hubiera negado a subir a verlo para escuchar su petición especial, el carnicero Inger la habría despedido. Era impensable que se negara.

Además, ella misma le había dicho que se moría de ganas de conocer a Chanboor. No obstante, Fitch sabía que Biata ni siquiera se había imaginado que el Ministro pudiera violarla. Tal vez no estaba consternada por el Ministro. Fitch recordó que ese hombre, Stein, le había guiñado un ojo. Biata había pasado mucho tiempo arriba.

Pero ni siquiera eso era razón para que lo odiara ni para que le pegara.

El muchacho se detuvo. Le dolían los dedos por haberlos tenido tanto tiempo metidos en agua hirviendo, fregando y rascando. También se sentía mareado y como entumecido, excepto, naturalmente, en la cara.

—¿Sí, señor?

Maese Drummond abrió la boca para decir algo, pero en vez de eso se inclinó hacia él y frunció el entrecejo.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Uno de los leños de manzano se me resbaló y me golpeó cuando cogía una brazada, señor.

Maese Drummond meneó la cabeza mientras se secaba las manos en el trapo blanco que siempre llevaba encima.

—Idiota —masculló—. Sólo un idiota se golpea a sí mismo en la cara con un leño cuando va a recogerlo —dijo en voz suficientemente alta para que los demás lo oyeran.

—Sí, señor.

Maese Drummond se disponía a hablar de nuevo cuando Dalton Campbell apareció junto a Fitch, examinando un pedazo de papel ajado con unas líneas escritas descuidadamente. Llevaba una pila de papeles desordenados con los bordes curvados y arrugados que sobresalían en todas direcciones. Con un dedo seguía lo escrito mientras sostenía los otros papeles con la parte interior del codo del otro brazo.

—Drummond, he venido a asegurarme de algunas cosas —dijo sin levantar la mirada.

Maese Drummond terminó apresuradamente de secarse las manos y enderezó la ancha espalda.

—Sí, señor Campbell. ¿Qué puedo hacer por vos?

La mano derecha del asesor del Ministro levantó el papel para mirar la hoja de debajo.

—¿Te has encargado de poner las mejores fuentes y aguamaniles en el retrete?

—Sí, señor Campbell.

Dalton murmuró distraídamente que alguien los habría cambiado después de mirar él. Recorrió con la vista el papel y luego pasó a la tercera hoja.

—Necesitamos dos sitios más en la mesa principal —comentó. Volvió a la hoja anterior.

El temblor en la boca de maese Drummond reveló la inquietud que lo embargaba.

—Dos más. Sí, señor Campbell. En el futuro, ¿seríais tan amable de comunicármelo con más tiempo?

Dalton Campbell agitó un dedo en el aire, pero su mirada no se apartó de los papeles.

—Sí, sí. Lo haré encantado. Siempre y cuando el Ministro me informe a mí antes. —Dando golpecitos al montón de hojas alzó la vista—. Lady Hildemara se ha quejado de que las tripas de los músicos hacen tanto ruido que molestan. Te agradecería que, esta vez, comieran algo antes de tocar. Sobre todo la arpista. Será la más cercana a lady Chanboor.

Maese Drummond inclinó la cabeza, dándose por enterado.

—Sí, señor Campbell, me ocuparé de ello.

Fitch retrocedió sigilosamente varios pasos muy lentamente para no hacerse notar. Mantenía la cabeza gacha para no dar la impresión de que estaba escuchando al asesor del Ministro dar instrucciones al jefe de cocina. Deseó irse para que no lo tomaran por un fisgón, pero si se retiraba sin permiso, sabía que le gritarían. Así pues, trató de pasar inadvertido pero quedándose cerca.

—Y que esta vez haya más variedad de vino especiado. Algunas personas pensaron que la selección de la última vez era algo pobre. Caliente y frío, por favor.

Maese Drummond apretó los labios.

—Me lo decís con muy poco tiempo, señor Campbell. Si en el futuro pudierais...

—Sí, sí, si me informan a mí yo te informaré a ti. —Dalton pasó otra página—. Punto siguiente: exquisiteces. Sólo se servirán en la mesa principal hasta que todos se hayan saciado. La última vez el Ministro tuvo que pasar por el mal trago de que se acabaran y que algunos de los invitados de su mesa se quedaran con ganas de más. Si por alguna razón no has adquirido un suministro suficiente, que no se sirva en las otras mesas.

Fitch recordó ese incidente y sabía que para ese banquete maese Drummond había encargado más testículos de ciervo para servir fritos. Fitch había birlado uno cuando cogió la sartén para freirla y, aunque había tenido que comerlo sin salsa agri dulce, le había sabido bien.

Sin dejar de examinar los papeles, Dalton Campbell preguntó sobre diferentes tipos de sal, salsas, mantequillas y panes, y corrigió algunas cosas más de la cena. Mientras esperaba, Fitch procuraba no mirar a los dos hombres, sino a la mujer que en la mesa vecina se dedicaba a rellenar tripas de cerdo con una mezcla de carne picada, quesos y huevos, así como a sazonar erizos y adornarlos con «púas» de almendra.

En otra mesa, dos mujeres ponían plumas coloreadas con azafrán y girasol a pavos reales asados. Incluso se coloreaban los picos y las uñas de modo que parecieran espectaculares seres de oro, como estatuas doradas pero con aspecto más vivo.

Finalmente Dalton Campbell agotó su lista de preguntas e instrucciones y bajó los brazos. En una mano sostenía flojamente el montón de papeles.

—¿Hay algo de lo que desees informar, Drummond?

El jefe de cocina se humedeció los labios. No sabía de qué le hablaba el asesor.

—No, señor Campbell —respondió.

—Entonces ¿estás satisfecho con el trabajo de todos los empleados de la cocina? —insistió con rostro impasible.

Fitch vio que más de uno alzaba los ojos de su tarea para mirar. El trajín de la cocina disminuyó. A Fitch casi le pareció ver que algunas orejas crecían.

El muchacho pensó que quizá Dalton Campbell estaba acusando indirectamente a maese Drummond de que no gobernaba bien la cocina, pues permitía que los holgazanes eludieran sus deberes y después no los castigaba. El jefe de cocina parecía sospechar lo mismo.

—Bueno, sí, señor, no tengo queja de ninguno. Los mantengo a raya, señor Campbell. Nunca permitiría que los vagos arruinaran la labor de mi cocina. Eso nunca. Sería imperdonable que los haraganes estropearan las cosas en esta casa tan importante. No lo permito, no señor.

Dalton Campbell asintió, complacido de oír eso.

—Te felicito, Drummond. Tampoco a mí me gustaría ver a vagos en la casa. —El ander recorrió con la vista a los empleados, que trabajaban en silencio—. Excelente. Gracias, Drummond. Haré una última comprobación más adelante, antes de empezar a servir la cena.

Maese Drummond inclinó la cabeza.

—Gracias, señor Campbell.

El ayudante del Ministro dio media vuelta para marcharse y fue entonces cuando se fijó en Fitch. Dalton frunció el entrecejo, ante lo cual Fitch bajó aún más la cabeza, deseando que la tierra se lo tragara. Dalton miró al jefe de cocina por encima del hombro.

—¿Cómo se llama este friegaplatos?

—Fitch, señor Campbell.

—Fitch. Ya veo. ¿Y cuánto tiempo lleva trabajando en la cocina?

—Unos cuatro años, señor Campbell.

—Cuatro años. Eso es mucho tiempo. —Dalton se volvió del todo para encararse con maese Drummond—. ¿Y dirías que es un vago que arruina el trabajo de tu magnífica cocina? ¿Crees que deberíamos haberlo echado hace tiempo, pero que por alguna extraña razón aún sigue aquí? Espero que no hayas eludido tu responsabilidad como jefe de cocina al permitir que un vago viva bajo el mismo techo que el Ministro. ¿Eres culpable de tal negligencia?

El terror había dejado a Fitch clavado en el suelo. Se preguntaba si le propinarían una paliza antes de echarlo o si se limitarían a ponerlo de patitas en la calle sin darle siquiera un mendrugo. Maese Drummond miraba alternativamente a Fitch y a Dalton.

—Ummm... no, señor. Yo me encargo de que Fitch haga su parte del trabajo. Nunca le permitiría holgazanear bajo el mismo techo que el Ministro. No, señor.

Dalton Campbell miró de nuevo a Fitch con una expresión desconcertante y luego al jefe de cocina.

—Pues si hace lo que le dices y cumple con su trabajo, no entiendo por qué lo humillas llamándolo ganapán. ¿No te parece que eso dice muy poco de ti como jefe de cocina, Drummond?

—Bueno, yo...

—Perfecto. Me alegra que estemos de acuerdo. No permitiré ese tipo de comportamiento en esta casa.

Todos los ojos seguían el intercambio de palabras entre los dos hombres, ya fuera furtiva o descaradamente. El jefe de cocina se daba cuenta perfectamente.

—Bueno, un momento. No lo hacía con mala intención y, además, al chico no le importa. Fitch...

Dalton Campbell cambió de postura de un modo que las palabras se paralizaron en la garganta de maese Drummond. Los ojos oscuros del ander de noble porte adquirieron un brillo peligroso. De pronto pareció más alto, sus hombros más anchos y sus músculos más evidentes debajo del elegante justillo azul oscuro y jubón guateado.

El tono informal, despreocupado y a veces muy ceremonioso había desaparecido para transformarse de pronto en una amenaza tan peligrosa como la espada que llevaba al cinto.

—Deja que te lo diga de otro modo, Drummond. No vamos a tolerar ese tipo de comportamientos bajo este techo. Espero que acates mis deseos. Si vuelvo a oírte de nuevo rebajar a algún miembro del

servicio llamándolo con nombres humillantes, buscaré un nuevo jefe de cocina y tú acabarás en la calle. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señor. Habéis sido muy claro. Gracias, señor.

Dalton hizo ademán de marcharse, pero se volvió de nuevo hacia maese Drummond. Todo él transmitía la imagen de la amenaza.

—Una cosa más. El Ministro Chanboor me da órdenes y yo las cumplo sin demora. Ése es mi trabajo. Yo te doy órdenes a ti y tú las cumples sin demora. Ése es tu trabajo.

»Si el muchacho no hace su trabajo, despídelo. Pero si lo echas, te aconsejo que tengas una buena razón. Y, lo más importante, si le haces la vida imposible debido a mis órdenes, no te echaré, sino que te sacaré las entrañas y te asaré en ese espetón de allí. ¿Está totalmente claro, Drummond?

Fitch nunca había imaginado que los ojos de maese Drummond pudieran abrirse tanto. La frente se le perló de sudor y tragó saliva antes de contestar:

—Sí, señor, totalmente claro. Se hará como decís. Os doy mi palabra.

Dalton Campbell pareció encogerse de nuevo a su tamaño normal, que no era pequeño ni mucho menos. Asimismo recuperó su habitual expresión agradable, incluyendo la sonrisa cortés.

—Gracias, Drummond. Puedes seguir.

Mientras duró la conversación con el jefe de cocina, Dalton no miró a Fitch ni una sola vez y tampoco lo hizo al darse media vuelta y salir de la cocina. Fitch, maese Drummond y la mitad de la cocina soltaron aire.

Al pensar en lo que acababa de pasar fue consciente por primera vez de que maese Drummond ya no lo llamaría nunca más ganapán, lo que lo llenó de asombro y temor. De pronto, su opinión de Dalton Campbell subió muchos puntos.

Maese Drummond cogió el paño del cinturón y se secó la frente. Fue entonces cuando se fijó en que la gente lo miraba.

—Vamos, volved todos al trabajo. Fitch —dijo en un tono de voz normal, como el que usaba para llamar a todos sus subordinados.

Fitch dio dos pasos rápidos al frente.

—¿Sí, señor?

—Necesitamos más roble. No traigas tanto como la última vez, basta con la mitad. Y date prisa. ¡Vamos!

—Sí, señor.

Fitch corrió hacia la puerta, ansioso de ir a por la leña sin importarle que se le pudieran clavar más astillas.

Nunca más lo humillarían con ese detestable nombre. Ya nadie se reiría de él por eso. Y todo gracias a Dalton Campbell.

En esos momentos llevaría carbones encendidos con las manos desnudas si Dalton se lo pidiese.

17

Mientras se desabrochaba el botón superior del justillo, Dalton Campbell empujó suavemente con la otra mano la alta puerta de caoba que conducía a sus aposentos. Inmediatamente el bálsamo de la tranquilidad se derramó sobre él. Había sido un día muy largo y aún no había acabado; todavía faltaba el banquete.

—Teresa, soy yo —anunció mientras atravesaba la sala de estar hacia el dormitorio.

Ojalá pudiera quedarse allí y hacer el amor. Necesitaba relajarse. Tal vez más tarde, si las obligaciones no se lo impedían.

Se desabrochó otro botón y se aflojó el cuello, bostezando. Sus pulmones se llenaron con la fragancia de lilas. Las pesadas cortinas de muaré azul que cubrían las ventanas del fondo ocultaban el cielo del atardecer, dejando el dormitorio bañado en la perfumada y dulce luz de las lámparas, las velas aromáticas y el titilante resplandor del fuego que ardía más para alegrar el ambiente que para dar calor.

Dalton se fijó en que la alfombra violeta oscuro con el borde del color del trigo estaba recién cepillada. Las sillas doradas se habían dispuesto en ángulo para que los asientos y los respaldos de piel pardo rojizo lucieran más. Encima de las elegantes mesas se habían colocado exuberantes ramilletes de flores frescas. Las suntuosas telas y cojines de los sillones estaban colocados con deliberada precisión para crear un ambiente informalmente íntimo y a la vez lujoso.

Dalton Campbell esperaba de su esposa que supervisara el servicio y se asegurara de que sus aposentos estuvieran presentables para recibir y realizar negocios. En el fondo, ambas cosas eran lo mismo, aunque con enfoques distintos. Debido a la cena de gala, Teresa sabía que esa noche era más probable que Dalton invitara a alguien importante a sus aposentos privados, ya fuera un dignatario o alguno de sus espías.

Todos eran importantes a su modo, entre todos formaban la telaraña que Dalton tejía, escuchando, observando para que no se le escapara ni la más pequeña tensión de los hilos. Mucha gente asistía a esos banquetes en los que la bebida corría a raudales, se conversaba y reinaba la confusión, el alboroto y la emoción. Esas fiestas solían ofrecerle oportunidades para forjar alianzas, reforzar lealtades o imponer fidelidades; todo pensando en su telaraña.

Teresa asomó la cabeza por la puerta y sonrió con alegría al verlo.

—Qué bien que has llegado, amor mío.

Pese a la lasitud que lo había envuelto al cerrar la puerta a sus espaldas y dejar fuera todos los problemas aunque sólo fuese momentáneamente, no pudo evitar sonreír al contemplar los ojos oscuros y chispeantes de Teresa.

—Tess, cariño, tu pelo se ve fabuloso.

Teresa era una mujer de unos veinticinco años, casi diez menor que él. A Dalton le parecía una criatura arrebatadora, de una belleza sin igual, a lo que se añadía una ambición feroz que aumentaba su atractivo. Después de mucho insistir, Teresa había accedido a casarse con él apenas seis meses antes. Dalton no dio crédito a su suerte; había otros pretendientes, algunos de posición más elevada que él, pero ninguno con mayor ambición.

Dalton Campbell no era un hombre al que se le pudiera decir que no. Todos los que lo tomaban a la ligera lo pagaban más pronto o más tarde, cuando aprendían que no se le podía subestimar o bien lamentaban el error.

Casi un año antes, cuando le pidió a Teresa que fuese su esposa, ella le había preguntado, tratándolo con su habitual ligereza y dulzura que enmascaraba una acerada voluntad de conseguir sus objetivos, si era realmente un hombre de talento, pues ella estaba firmemente decidida a prosperar en la vida. En aquel

entonces Dalton Campbell era ayudante del magistrado de Fairfield, un puesto no desdeñable pero que para él era únicamente un punto de partida, un cargo en el que aplicar todos sus recursos y cultivar relaciones.

Sin dejarse provocar, Dalton le aseguró, muy serio, que era un hombre en ascenso y que, pese a la posición que ocupaba en esos momentos, nadie llegaría tan alto como él en el futuro. Esa declaración solemne la dejó impresionada y le borró la sonrisita de la cara. Embrujada por la convicción de Dalton Campbell y por su determinación, Teresa dio el sí sin pensarlo dos veces.

El tiempo le demostró que las predicciones de Dalton eran fiables. A medida que los planes para la boda avanzaban, Dalton fue recompensado con un puesto mejor. En los primeros meses de matrimonio se habían mudado tres veces, siempre para mejorar, como resultado del ascenso de él.

Quienes lo conocían, ya fuese por su reputación o por sus conexiones con el gobierno, valoraban su comprensión cabal y brillante de la ley. Nadie como él para desentrañar las complejidades de la ley, de la fortaleza de roca firme sobre la que descansaba, la intrincada estructura de su sabiduría y jurisprudencia, así como el alcance de su protección.

Los hombres para los que Dalton trabajaba apreciaban su vasto entendimiento del derecho, aunque lo que más valoraban era su conocimiento de los pasajes arcanos de las leyes, sus recovecos y los oscuros modos de escapar de trampas. Asimismo estimaban su habilidad para alejarse sin dudarlo de la ley cuando la situación pedía otra solución que la ley no podía proporcionar. En esos casos, Dalton Campbell hacía gala de su inventiva y eficacia.

Teresa se adaptaba con una facilidad pasmosa a cada nueva mejoría de sus circunstancias, lo que sucedía bastante a menudo, y asumía la nueva tarea de dirigir el servicio con el aplomo de alguien que no ha hecho otra cosa en toda su vida.

Sólo pocas semanas antes, Dalton se había ganado el puesto más alto en la finca del Ministro. Teresa no cabía en sí de júbilo cuando se enteró de que se mudaban a unos suntuosos aposentos en un lugar tan prestigioso. Ahora era una mujer de posición que se codeaba con otras de categoría y privilegiadas.

Cuando él le comunicó la noticia, se sintió tan rebosante de alegría que a punto estuvo de arrancarse ella misma la ropa y tomarlo allí mismo, aunque en verdad no esperaba menos de él.

Si existía una persona que compartiera la implacable ambición de Dalton Campbell, ésa era Teresa.

—Oh, Dalton, dime qué dignatarios acudirán al banquete. No puedo soportar el suspense ni un segundo más.

El ayudante del Ministro volvió a bostezar mientras se estiraba. Sabía que ella tendía sus propias redes.

—Unos dignatarios muy aburridos.

—Pero el Ministro estará allí.

—Sí.

—¡Qué tonto eres! Él no es aburrido en absoluto. Ya he conocido a otras mujeres de la casa, las demás esposas. Son grandes damas. Bueno, era de esperar, porque sus maridos son personas importantes.

—Teresa se tocó el labio superior con la punta de la lengua en un gesto pícaro y socarrón—. Aunque ninguno de ellos es tan importante como mi maridito.

—Tess, querida, podrías inspirar a hacerse importante incluso a un muerto —replicó Dalton con una sonrisa.

La mujer le guiñó un ojo y desapareció.

—Encontré varios mensajes deslizados por debajo de la puerta para ti —dijo desde la otra habitación—. Están en el escritorio.

La elegante mesa del rincón relucía como una gema oscura. Realizada con madera de olmo veteada y pulida, cada panel estaba rodeado por un ribete en forma de rombos de madera de arce natural y teñido alternativamente. Cada rombo presentaba una incrustación de oro. A diferencia de las patas doradas de la

mayor parte del mobiliario de la habitación, las patas del escritorio se habían barnizado, dándoles un intenso lustre.

En el compartimento secreto, detrás de uno de los cajones superiores, encontró varios mensajes lacrados. Dalton rompió los sellos y los leyó rápidamente, evaluando su importancia. Algunos eran de interés, pero ninguno urgente. Casi todos se limitaban a transmitirle información; suaves vibraciones de todos los hilos de su telaraña.

Uno daba cuenta de que alguien se había ahogado, al parecer accidentalmente, en una fuente pública. El extraño suceso había ocurrido a primeras horas de la tarde en la conocida fuente de la transitada plaza de los Mártires. Aunque sucedió a plena luz del día y a la vista de todo el mundo, nadie se dio cuenta hasta que ya fue demasiado tarde. Últimamente Dalton había recibido mensajes similares sobre muertes misteriosas, por lo que entendió la advertencia implícita de que podría tratarse de un ajuste de cuentas entre magos, que se trataba de maquillar como un desafortunado accidente.

Otra nota mencionaba únicamente a una «dama perturbada», muy agitada, que había escrito una misiva al Director en la que le pedía unos minutos de su tiempo en el banquete y le rogaba que no hablara a nadie de la carta. Dalton sabía a qué mujer se refería el mensaje y, por ello, también, que el destinatario era el Director Linscott. Su informador secreto no había cometido la torpeza de dejar nombres por escrito.

Dalton Campbell sospechaba el motivo de la agitación. Lo que le preocupaba era que la mujer solicitara un encuentro privado. Según la nota, la misiva de la mujer se había perdido misteriosamente y no había sido entregada.

Después de dejar de nuevo los mensajes en el compartimento secreto para revisarlos más tarde, colocó el cajón en su sitio. Tendría que hacer algo con esa mujer, aunque ignoraba el qué.

En ocasiones una reacción desproporcionada era tan contraproducente como no hacer nada. Quizá bastaría con escucharla, con dejar que diera rienda suelta a su despecho. Tal vez deseaba ver al Director Linscott para desahogarse. Dalton estaba dispuesto a oír sus quejas. Estaba seguro de que alguien situado en algún hilo de su intrincada telaraña de contactos le proporcionaría la información que necesitaba para tomar la decisión correcta y, en caso contrario, hablaría con la mujer para calmarla y reconducir la situación.

Aunque hacía poco tiempo que ocupaba el puesto de ayudante, no había perdido ni un minuto en dominar todos los entresijos de la mansión. Para muchos era un colega útil; para otros, un confidente, y para unos pocos, un escudo. Cada método, a su manera, le ganaba lealtades. Su telaraña de conexiones crecía más y más y, ayudada por las personas con poderes mágicos que conocía, vibraba como un arpa bien afinada.

No obstante, desde el primer día su objetivo principal fue hacerse indispensable para el Ministro. En su segunda semana en el puesto, uno de los Directores de la Oficina de Concordia Cultural había enviado a un «investigador» a las bibliotecas de la finca, cosa que al Ministro no le había hecho ni pizca de gracia. A decir verdad, su respuesta había sido la habitual frente a las noticias preocupantes o incluso ominosas: montar en cólera.

Dos días después de la llegada del investigador, Dalton tuvo la satisfacción de informarle de que éste había sido arrestado en estado de embriaguez en la cama de una ramera en Fairfield. Ni una cosa ni la otra eran delitos graves, por supuesto, aunque algunos de los Directores hubieran opinado lo contrario, pero resultó que en el bolsillo del abrigo del investigador se halló un libro extraordinariamente raro y valioso.

Se trataba de una obra escrita por nada más y nada menos que Joseph Ander en persona. Se había descubierto la desaparición del antiguo texto, que poseía un valor incalculable, justo después de que el investigador se marchó para emborracharse.

Siguiendo instrucciones de Dalton, la Oficina fue inmediatamente informada de la desaparición del libro, aunque horas después de detenerse al culpable. Junto con el informe, Dalton aseguraba personalmente a los Directores que no descansaría hasta encontrar al malhechor y anunciaba su intención

de iniciar inmediatamente una investigación pública para descubrir si ese crimen cultural era la antesala de un complot traidor. El asombrado silencio de la Oficina de los Directores fue clamoroso.

El magistrado de Fairfield, para el que Dalton había trabajado, era un admirador del Ministro de Cultura, pues había sido nombrado por deseo de Chanboor y no se tomó a la ligera el robo en la Biblioteca de Cultura de Anderith. El magistrado supo reconocer ese robo como lo que era: sedición. El investigador que había sido pillado con el libro fue ajusticiado rápidamente por crímenes culturales contra el pueblo de Anderith.

Pero así no se acalló el escándalo, sino al contrario. Se rumoreaba que antes de morir el hombre había confesado y había implicado a otros en sus crímenes. El Director que lo había enviado a casa del Ministro para realizar una «investigación» prefirió dimitir por pundonor y también para poner fin a las especulaciones e insinuaciones antes de ser relacionado con un crimen cultural. En su calidad de representante oficial del Ministro en ese asunto, Dalton Campbell aceptó de mala gana la dimisión del Director y acto seguido hizo pública una declaración en la que desmentía los rumores de una confesión y daba oficialmente el asunto por cerrado.

Un viejo amigo de Dalton, que se había esforzado por llegar a Director durante toda su vida, fue el afortunado designado para ocupar el puesto inesperadamente vacante. Dalton fue el primero en estrechar la mano del nuevo Director y pensó que nunca había visto a nadie más agradecido ni más contento. A Dalton Campbell le gustaba ver felices a personas merecedoras de ello, personas a las que él estimaba y respetaba.

Tras el incidente, Bertrand Chanboor decidió que sus responsabilidades exigían una colaboración más estrecha con su ayudante, por lo que a su cargo se le sumó el de jefe de personal, lo que le daba autoridad sobre todo aquel que trabajara en la casa. Desde entonces, Dalton Campbell sólo rendía cuentas al Ministro. Junto con el cargo le habían asignado otros aposentos, los mejores de la casa con excepción de los del propio Ministro.

Dalton pensó que el nombramiento había complacido más a Teresa que a él mismo, si eso era posible. Tess estaba encantada con el nuevo alojamiento que correspondía a su mayor autoridad. Los nobles con los que ahora se codeaba la tenían cautivada, y se sentía embriagada por poder conocer a los importantes y poderosos personajes que visitaban la casa del Ministro.

Tanto los invitados como los residentes trataban a Teresa con la deferencia debida a alguien de su posición, pese a que la mayoría de ellos fueran de noble cuna, mientras que ella y Dalton eran de buena familia aunque no nobles. Dalton siempre había creído que las cuestiones de nacimiento eran insustanciales y que algunas personas le daban excesiva importancia. En su opinión, lo que realmente ayudaba a prosperar era ganarse lealtades.

Teresa carraspeó desde la otra punta de la habitación. Cuando Dalton se volvió a mirarla, sentado en el escritorio, Tess levantó la nariz y salió del dormitorio con elegancia y gracia para exhibirse con su nuevo vestido.

Su marido abrió mucho los ojos. Exhibirse era justamente lo que estaba haciendo Teresa.

La tela resplandecía de un modo irreal a la luz de las lámparas, las velas y las débiles llamas. Unos motivos de hojas doradas se arremolinaban sobre un fondo oscuro. Ribetes también dorados adornaban costuras y bordes, destacando su estrecha cintura y sus voluptuosas curvas. La tela de seda de la falda, del color del trigo nuevo con todos los matices de las onduladas colinas de las tierras bajas, revelaba la forma de sus bien torneadas piernas.

Pero fue el escote lo que lo dejó sin aliento; caía desde el final de los hombros hasta una profundidad escandalosa. Ver los sensuales senos de su esposa tan expuestos lo excitó y al mismo tiempo lo perturbó.

Teresa giró sobre sí misma para lucir el vestido y el profundo escote de la espalda. La luz arrancaba destellos a la prenda. Dalton cruzó la sala de estar con largas zancadas y la cogió en sus brazos justo cuando ella completaba la segunda vuelta. Teresa se rió al verse atrapada. Dalton se inclinó para besarla, pero ella se apartó.

—Cuidado, he tardado horas en maquillarme. No lo estropees, Dalton.

De todos modos él la besó y Teresa gimió sin poder contenerse al sentir su boca junto a la suya. Parecía muy complacida por el efecto que había causado en él, y a él le gustaba ese efecto.

Finalmente la mujer se apartó y se arregló los lazos dorados cubiertos de lentejuelas que le sujetaban el pelo.

—¿Se me ve más largo, amor mío? —preguntó en tono de súplica—. Me siento tan desgraciada esperando que crezca.

Gracias a su nuevo puesto y a los nuevos aposentos que éste comportaba, Dalton Campbell estaba ascendiendo en el mundo y adquiriendo poder. La nueva autoridad le reportaba una serie de privilegios asociados con el rango, uno de los cuales era que su mujer podía llevar el cabello más largo.

Las demás esposas llevaban el pelo casi hasta los hombros y ella no podía ser menos. Su cabellera sería algo más larga que la de las demás, con excepción de unas pocas mujeres de la mansión, del país y, extrapolando, de toda la Tierra Central. Teresa era la esposa de un hombre importante.

Como siempre que se paraba a pensar en lo alto que había llegado y en lo que había conseguido, le recorrió un escalofrío de emoción.

Dalton Campbell haría todo lo posible para que ése fuera sólo el comienzo. Tenía intención de llegar más lejos. Tenía planes. Y, sobre todo, era el consejero de un hombre apasionado de los planes.

Y no sólo de los planes. Pero no importaba; Dalton era capaz de ocuparse de asuntos tan nimios como ése. El Ministro se limitaba a disfrutar de las ventajas de su posición.

—Tess, querida, el pelo te está creciendo maravillosamente. Si alguna mujer te mira con desprecio porque aún no te ha crecido lo suficiente, recuerda su nombre, porque al final el tuyo será más largo que el de cualquiera de ellas. Y, cuando crezca, acuérdate de su nombre para darle lo que se merece.

Teresa se puso de puntillas para echarle los brazos al cuello mientras lanzaba pequeños chillidos de alocada excitación. Entrelazó los dedos en la espalda de Dalton y lo miró con coquetería.

—¿Te gusta mi vestido?

Para que no hubiera duda de a qué se refería, se apretó contra él, mirándolo a los ojos, observándolo mientras la mirada de Dalton se desplazaba más abajo.

En lugar de responder, él se inclinó y, en un veloz movimiento, deslizó una mano por debajo de la falda de seda y la fue subiendo hasta llegar donde acababan las medias y empezaba la carne desnuda. Teresa dio un respingo de fingida sorpresa cuando la mano de su marido le acarició sus partes íntimas.

Dalton volvió a besarla mientras la tocaba. Ya no pensaba en el banquete, sino en llevarla a la cama. La empujó hacia el dormitorio, pero ella se libró de su abrazo lujurioso.

—¡Dalton! No me desarregles, cariño. Todos verán arrugas en el vestido.

—No creo que nadie se fije en eso, más bien mirarán lo que desborda de él.

»Teresa, sólo quiero que lleves vestidos como ése aquí, para darle la bienvenida a tu maridito cuando regrese a casa.

Teresa le propinó un alegre manotazo en un hombro.

—Dalton, para ya.

—Lo digo en serio. —Él bajó de nuevo la vista hacia el escote—. Teresa, este vestido es... enseña demasiado.

—Oh, Dalton, calla —replicó ella, volviéndose a otro lado—. No seas tonto. Ahora todas las mujeres llevan este tipo de vestido. —Giró hacia él con la gracia de una mariposa—. No estarás celoso, ¿verdad? ¿Temes que otros hombres admiren a tu mujer?

Si algo había ambicionado Dalton Campbell más que el poder, era a ella. A diferencia de cualquier otro aspecto de su vida, no estaba dispuesto a hacer concesiones en lo que a Teresa se refería. Los espíritus sabían que muchos hombres del Ministerio eran admirados e incluso envidiados por que ganaban influencia compartiendo a su esposa con el Ministro Chanboor. Dalton Campbell no era uno de ellos. Él

debía su posición actual a su talento e inteligencia, no al cuerpo de su esposa. También eso le daba ventaja sobre los demás.

—¿Y cómo sabrán que se trata de mi esposa? —espetó en tono mucho menos indulgente, pues se le estaba acabando la paciencia—. No creo que ninguno te mire precisamente a la cara.

—Basta ya, Dalton. Te estás poniendo insoportablemente pesado. Las otras mujeres llevarán vestidos parecidos a éste. Es el estilo actual. Tú siempre estás tan ocupado trabajando que no te enteras de las modas, pero yo sí.

»Lo creas o no, este vestido es recatado comparado con los que llevarán otras. Yo jamás llevaría prendas tan atrevidas como éstas, porque sé cómo te pones, pero tampoco quiero verme fuera de lugar. Nadie pensará nada malo de mí, excepto quizá que la esposa del asesor del Ministro es un poco remilgada.

Nadie pensaría que era remilgada, sino que la supondrían abierta a posibles invitaciones.

—Teresa, ponte otro vestido; el rojo con el cuello en V. Es lo suficientemente... escotado. No es nada recatado.

Teresa le dio la espalda, cruzó los brazos e hizo un mohín.

—Sí. A ti te gustaría que me pusiera un vestido feo y que todas las mujeres me criticaran por vestirme como la esposa del humilde ayudante de un magistrado. El rojo era el vestido que me ponía cuando eras un don nadie. Creí que te gustaría verme con mi vestido nuevo y comprobar que tu mujercita no da la nota entre tantas damas importantes.

»Pero ahora no encajaré. Seré para siempre la mojigata esposa del asesor del Ministro. Nadie querrá hablar conmigo. Nunca tendré amigas.

Dalton inspiró aire profundamente y lo soltó muy despacio. Tess se daba pequeños toques en la nariz con el nudillo.

—Tess, ¿de verdad crees que las otras mujeres irán vestidas de este modo?

Ella giró sobre los talones y le dirigió una sonrisa radiante. Dalton pensó que la chica haken había sonreído de un modo muy similar cuando le transmitió la invitación para conocer al Ministro de Cultura.

—Pues claro que sí. Sólo que yo no soy tan atrevida como ellas y no enseño tanto. Oh, Dalton, ya lo verás; te sentirás orgulloso de mí. Quiero ser la esposa que merece la mano derecha del Ministro. Quiero que estés orgulloso de mí como yo lo estoy de ti. De ti y sólo de ti, Dalton.

»Una esposa es crucial para alguien de tu importancia. Yo protejo tu posición cuando tú no estás. Ni te imaginas cómo pueden ser las mujeres: mezquinas, celosas, ambiciosas, intrigantes, traicioneras... Una palabra desagradable vertida con inteligencia a oídos del marido, y en pocos días está ya en boca de todos. Yo me aseguro de que si se dice algo desagradable sobre ti, el rumor muera rápidamente y nadie ose repetirlo.

Dalton asintió. Sabía perfectamente que las mujeres eran fuente de información y cotilleos para sus esposos.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Tú siempre dices que somos socios. Ya sabes cómo te protejo y cómo me esfuerzo por asegurarme que encajas en todos los lugares a los que nos lleva tu trabajo. Sabes que jamás haría nada que pusiera en peligro lo que tanto nos ha costado conseguir. Recuerda que me dijiste que me llevarías a los mejores lugares y que cualquier mujer me aceptaría como su igual.

»Has cumplido tu promesa, esposo mío. Yo nunca lo dudé, por eso accedí a casarme contigo. Aunque siempre te he amado, no me habría casado contigo de no haber creído que tenías futuro. Sólo nos tenemos el uno al otro, Dalton.

»¿Acaso he dado algún paso en falso cuando nos hemos instalado en un sitio nuevo?

—No, Tess, nunca.

—¿Crees que soy tan temeraria para hacerlo justo ahora, en un lugar tan importante como éste?, ¿cuando te falta un poquito así para alcanzar la verdadera grandeza?

Teresa era la única persona a quien Dalton confiaba sus atrevidas ambiciones y sus planes más audaces. Ella sabía qué se proponía y nunca se burlaba de él por eso. Teresa creía en él.

—No, Tess, no pondrías en peligro todo eso. Sé que no. —Dalton suspiró—. Ponte el vestido si te parece apropiado. Confío en tu criterio.

Una vez zanjado el asunto, Teresa lo empujó hacia el vestidor.

—Vamos, vamos, cámbiate. Prepárate. Vas a ser el hombre más apuesto del banquete, estoy segura. Si alguien debe sentirse celosa soy yo, y todas las mujeres se pondrán verdes de envidia por haberme llevado el primer premio en cuestión de maridos. Ya verás cómo te susurran invitaciones al oído.

Dalton Campbell le dio la vuelta, la agarró por los hombros y esperó hasta que sus miradas se encontraron.

—Sobre todo no te acerques a un tipo llamado Stein, el invitado de honor de Bertrand. Mantén alejado de él tu... tu nuevo vestido. ¿Entendido?

Teresa asintió.

—¿Cómo lo reconoceré?

—No será difícil. —Dalton le soltó los hombros y se enderezó—. Lleva una capa de cueros cabelludos. .

La mujer dio un respingo.

—¡No! ¿Es el hombre del que me hablaste, el que viene de más allá de la Tierra Salvaje, del sur? —preguntó, intrigada—. ¿Ha venido para hablar de la adhesión de Anderith?

—Sí. Mantente alejada de él.

Teresa parpadeó de nuevo ante esa extraordinaria noticia.

—Qué estimulante. Creo que nadie de aquí ha conocido nunca a un extranjero tan interesante. Debe de ser muy importante.

—Es un hombre importante, un hombre con el que vamos a hablar de negocios, por lo que preferiría no tener que cortarlo en pedazos muy pequeños por tratar de llevarte a la fuerza a su cama. Perderíamos un tiempo muy valioso esperando a que el emperador enviara a otro representante del Viejo Mundo.

No era una fanfarronada, y ella lo sabía. Dalton se había dedicado a la esgrima con la misma intensidad que al estudio de las leyes y era capaz de cortar la cabeza a una pulga posada encima de un melocotón respetando la pelusilla.

Teresa hizo una mueca.

—No tiene por qué fijarse en mí y, además, dudo que esta noche duerma solo. Habrá mujeres que se pelearán por la oportunidad de estar con alguien tan estrafalario. Cueros cabelludos... —Meneó la cabeza ante una idea tan pasmosa—. La mujer que logre llevárselo a la cama será la más popular en los próximos meses.

—En ese caso deberían invitar a una chica haken para que les contara lo excitante y magnífica que ha sido la experiencia —soltó Dalton bruscamente.

—¿Una haken? —Teresa desestimó con un gruñido una idea tan peregrina—. No creo. Para esas mujeres las chicas hakens no cuentan.

»¿De modo que aún no se ha tomado una decisión? —preguntó, volviendo sobre la parte importante de la noticia—. ¿Todavía no sabemos si Anderith seguirá en la Tierra Central o si se separará para unirse al emperador Jagang del Viejo Mundo?

—No, todavía no lo sabemos. Los Directores están divididos. Stein acaba de llegar para exponer sus argumentos.

Teresa se puso de puntillas para darle un beso suave.

—No me acercaré a él. Mientras tú ayudas a decidir el destino de Anderith, yo te guardaré las espaldas, como siempre, y mantendré los oídos muy abiertos. —Teresa dio un paso hacia el dormitorio, pero de pronto giró en redondo hacia él. Acababa de darse cuenta de algo.

»Dalton, si ese hombre ha venido para tratar de convencernos quiere decir que... el Soberano estará aquí esta noche, ¿verdad? El Soberano en persona asistirá al banquete.

Dalton le tomó la barbilla y clavó la mirada en los ojos oscuros de ella.

—Una esposa inteligente es el mejor aliado para un hombre.

Sonriendo, dejó que ella lo cogiera por los muñiques y tirara de él hacia el vestidor.

—Hasta ahora sólo lo he visto desde lejos. Oh, Dalton, eres un sol por traerme a un lugar donde podré compartir mesa con el mismísimo Soberano.

—Tú recuerda lo que te he dicho y no te acerques a Stein, a no ser que estés a mi lado. Y lo mismo te digo de Bertrand, aunque dudo que ose contrariarme. Si eres buena, te presentaré al Soberano.

Teresa se quedó sin habla un segundo.

—Cuando nos acostemos te demostraré lo buena que puedo llegar a ser. Que los espíritus me amparen —añadió en un susurro—, no sé si podré esperar tanto. El Soberano. Oh, Dalton, eres un sol.

Mientras ella se sentaba frente al tocador para comprobar si los besos de Dalton le habían estropeado el maquillaje, él abrió el alto armario.

—¿Y bien? ¿De qué chismes te has enterado hoy, Tess?

Dalton pasó revista a sus camisas, buscando una con el cuello que más le gustaba. Ya que Teresa iría de dorado, él cambió de planes y decidió ponerse la chaqueta roja. De ese modo daría imagen de confianza.

Teresa se retocó las mejillas con colorete rosado que guardaba en un recipiente plateado mientras le explicaba los chismorreos de la casa. Ninguno le pareció importante a Dalton. Su mente regresó de nuevo a las verdaderas preocupaciones que debía afrontar: cómo convencer a algunos Directores y cómo tratar a Bertrand Chanboor.

El Ministro era un hombre astuto, un hombre al que Dalton comprendía. A Chanboor lo movía la misma ambición que a Dalton, aunque en un sentido más amplio y público. Bertrand Chanboor lo quería todo: desde una bonita chica haken en la que se había fijado hasta el trono de Soberano. Si de Dalton dependiera, y en parte así era, Bertrand Chanboor conseguiría lo que quisiera.

Entonces Dalton disfrutaría del poder y de la autoridad que deseaba. No necesitaba ser Soberano; se conformaba con llegar a Ministro de Cultura.

Éste era quien verdaderamente manejaba los hilos del poder en Anderith, quien redactaba la mayor parte de las leyes y quien nombraba a los magistrados que debían hacerlas cumplir. La influencia y la autoridad del Ministro de Cultura lo abarcaba todo y a todos en Anderith: manejaba el comercio, las artes, las instituciones y las creencias, supervisaba el ejército y todos los proyectos públicos, asimismo era la personificación de la religión. Por su parte, el Soberano era todo ceremonias y pompa, joyas, ropa exquisita, fiestas y aventuras.

Decididamente, Dalton se «conformaba» con el puesto de Ministro de Cultura y con un Soberano que bailara sobre la telaraña que él movía.

—Tienes las botas recién lustradas —dijo Teresa y señaló al otro lado del armario. Él se inclinó para cogerlas.

»Dalton, ¿qué noticias hay de Aydindril? Has dicho que Stein ha venido para exponer los argumentos del Viejo Mundo y de la Orden Imperial. ¿Y Aydindril? ¿Qué tiene que decir la Tierra Central?

Si algo podía frustrar las ambiciones y los planes de Dalton Campbell, era lo que estaba pasando en Aydindril.

—Los embajadores que han regresado de Aydindril han informado que la Madre Confesora no sólo ha decidido unir su suerte, y la de toda la Tierra Central, a la de lord Rahl, el nuevo líder del imperio de D'Hara, sino que se casará con él. A estas alturas el matrimonio ya se habrá celebrado.

—¡Casada! La Madre Confesora casada. Debe de haber sido una ceremonia magnífica. En comparación, cualquier celebración que podamos organizar en Anderith es ridícula. —Teresa hizo una pausa, contemplándose en el espejo—. Pero cuando una Confesora se casa, su poder anula al hombre. Ese lord Rahl se ha convertido en una marioneta en manos de la Madre Confesora.

Dalton negó con la cabeza.

—Según parece, lord Rahl posee el don y es inmune al poder de ella. La Madre Confesora ha sido muy inteligente al casarse con un lord Rahl que posee el don; demuestra astucia, convicción y habilidad estratégica. La unión de la Tierra Central y D'Hara ha creado un imperio temible y que hay que tener en cuenta. La nuestra será una decisión difícil.

Los embajadores también habían informado que lord Rahl era un hombre íntegro y de profundas convicciones, entregado a la causa de llevar la paz y la libertad a sus aliados.

También era un hombre que exigía la rendición inmediata al pujante imperio de D'Hara. Los hombres como ése solían ser poco razonables. Lord Rahl podía causarles muchos problemas.

Dalton escogió una camisa y se la mostró a Teresa. Ella expresó su aprobación con un gesto. Dalton se desnudó hasta la cintura y deslizó los brazos en la camisa limpia y crujiente, disfrutando del aroma fresco.

—Stein nos ofrece en nombre del emperador Jagang un lugar en el orden mundial que está creando. Escucharemos lo que tenga que decirnos.

Según Stein, la Orden Imperial comprendía los matices del poder. A diferencia de todos los indicios que les llegaban desde Aydindril, la Orden estaba dispuesta a negociar una serie de puntos importantes para Dalton y el Ministro.

—¿Y los Directores?, ¿qué dicen ellos sobre nuestro destino?

Dalton expresó su descontento con un gruñido.

—Los Directores comprometidos con las viejas formas, con lo que ellos llaman libertad de la gente de la Tierra Central, cada vez son menos. Las voces de los Directores que insisten en que debemos permanecer con el resto de la Tierra Central, es decir, junto a lord Rahl, van perdiendo peso. La gente se ha cansado de oír sus ideas anticuadas y sus aburridas peroratas morales.

Teresa dejó el cepillo en el tocador y frunció la frente con preocupación.

—¿Habrá guerra, Dalton? ¿Contra quién y de qué lado estaremos nosotros?

Él la tranquilizó poniéndole una mano en el hombro.

—La guerra será larga y sangrienta. No tengo ningún interés en que nos arrastren a ella. Haré lo necesario para proteger a Anderith.

Casi todo dependía de saber quién llevaba las de ganar. No tenía ningún sentido unirse al bando perdedor.

—Si es necesario, podemos utilizar el Dominie Dirtch. Ningún ejército, ni el de lord Rahl ni el del emperador Jagang, puede resistirse a esa arma. No obstante, antes de llegar a eso sería preferible unirse al bando que nos ofrezca mejores condiciones y perspectivas.

Teresa buscó la mano de su marido.

—Pero ese lord Rahl es un mago. Tú mismo has dicho que posee el don. Nadie sabe de qué es capaz un mago.

—Ésa podría ser una razón para unirse a él. Pero la Orden Imperial ha jurado eliminar la magia. Tal vez disponen de medios para contrarrestar la magia de lord Rahl.

—Pero si es un mago, debe de poseer poderes temibles, como el Dominie Dirtch. Si no nos rendimos a él, podría castigarnos con su poder.

Dalton le dio unas palmaditas en el hombro antes de seguir vistiéndose.

—No te preocupes, Tess. No permitiré que Anderith quede reducido a cenizas. Como ya he dicho, la Orden afirma que acabará con la magia. Si eso es cierto, un mago ya no representaría ninguna amenaza para nosotros. Tenemos que esperar a escuchar lo que Stein tiene que decirnos.

Ignoraba cómo podría la Orden Imperial destruir toda la magia. Después de todo, la magia era tan antigua como el mundo. Quizá lo que la Orden quería decir era que eliminarían a todas las personas con el don. No era una idea nueva y, según Dalton, tenía posibilidades de éxito.

Ya existían partidarios de quemar en la hoguera a todos los que tuvieran magia. En las cárceles de Anderith se pudrían varios de los líderes más radicales de esa tendencia, entre los que destacaba Serin Rajak. Carismático, fanático y rabioso, Serin Rajak era un personaje ingobernable y peligroso, aunque era posible que hubiese muerto, pues llevaba meses encerrado.

Rajak creía que las brujas y los brujos, que era como llamaba a cualquiera que poseyera poderes, eran malvados. Antes de su arresto contaba con bastantes seguidores que había convertido en turbas salvajes que cometían actos violentos.

Hombres como ése eran peligrosos. No obstante, Dalton había presionado en contra de su ejecución, pues también podía ser útil.

—Oh, y no podrás creértelo —estaba diciendo Teresa. Había vuelto a los chismorreos. Dalton apenas escuchaba, pues reflexionaba sobre Serin Rajak—. Esa mujer, esa tan pagada de sí misma, Claudine Winthrop, nos ha contado que el Ministro abusó de ella.

Dalton atendía a medias. Sabía que ese chisme era verdad: Claudine Winthrop era la «dama perturbada» a la que se refería el mensaje que guardaba en el compartimento secreto del escritorio, la mujer para la que Dalton tenía que encontrar una compensación. También era quien había enviado la carta al Director Linscott, la que nunca había llegado a su destinatario.

Claudine Winthrop rondaba alrededor del Ministro siempre que tenía oportunidad, flirteaba con él, le sonreía y le ponía ojos tiernos. ¿Qué pensaba que iba a suceder? Había tenido lo que buscaba. ¿De qué se quejaba?

—Está tan enfadada de que el Ministro la haya tratado con tanta rudeza que, después de la cena, piensa proclamar ante lady Chanboor y todos los invitados que el Ministro la ha forzado en los términos más crudos.

Dalton aguzó el oído.

—Ella lo llama violación y tiene la intención de contárselo a la esposa del Ministro. —Teresa se volvió en la silla para agitar hacia él un pincel de ojos de pelo de ardilla—. Y también a los Directores de la Oficina de Concordia Cultural, si es que hay alguno presente. Podría haber una pelea muy fea, Dalton, y delante del Soberano. Es posible que él levante la mano para imponer silencio y que Claudine hable.

Teresa se había ganado la atención total de su marido. Los doce Directores asistirían al banquete. Por fin había averiguado qué se proponía Claudine Winthrop.

—¿Eso ha dicho? ¿Se lo has oído decir?

—Sí. ¿No te parece increíble? Ya debería saber cómo es el Ministro y que se lleva a la cama a la mitad de las mujeres de la casa. ¿Y ahora quiere causar problemas? Si lo hace, será un escándalo. Óyeme bien, Dalton, Claudine Winthrop trama algo.

Teresa empezó a parlotear sobre otros temas, pero Dalton la interrumpió.

—¿Qué dicen las demás mujeres sobre ella? Sobre los planes de Claudine.

Teresa dejó sobre la mesa el pincel.

—Bueno, todas opinamos que es algo terrible. Quiero decir que el Ministro de Cultura es un hombre muy importante. Pero ¡si incluso podría llegar a ser Soberano un día! Nuestro Soberano ya no es joven. El Ministro podría ser llamado a ocupar el trono de Soberano cualquier día de éstos. Es una responsabilidad terrible.

Teresa se arrancó algunos pelillos con las pinzas mirándose al espejo. Entonces volvió a girarse y las agitó hacia Dalton.

—El Ministro trabaja demasiado y tiene derecho a buscarse diversiones inocentes de vez en cuando. Ellas están encantadas. Nadie debe meterse en eso. Es su vida privada y no tiene nada que ver con los asuntos públicos. Además, esa zorra se lo estaba buscando.

Dalton no podía negarlo. Sinceramente no comprendía cómo era posible que las mujeres, ya fuesen una noble o una chica haken, pudieran echar el anzuelo a ese viejo verde y después sorprenderse de que picara.

Desde luego la chica haken, Biata, era demasiado joven e inexperta para comprender esos juegos de adultos. Además, no habría previsto que Stein también participara. Dalton sentía un poco de lástima por ella, incluso aunque se tratara de una haken. No. Biata no había visto a Stein acechando en el trigo alto cuando ella sonrió al Ministro llena de turbación.

Pero otras mujeres, las mujeres de la casa y otras de la ciudad que asistían a los banquetes y a las fiestas del Ministro, sabían qué se traía entre manos Chanboor, por lo que no tenían motivos para quejarse después.

Sólo algunas se decepcionaban al no obtener alguna recompensa indeterminada pero significativa a cambio. Era entonces cuando Dalton debía tratar con ellas: les ofrecía una compensación y las convencía de que era lo que ellas deseaban. La mayoría aceptaba prudentemente esa muestra de generosidad, pues era lo que querían desde el principio.

No dudaba que las esposas de la casa se hubieran puesto nerviosas al saber que Claudine pretendía causar problemas. Muchas de ellas habían cedido a los requerimientos del Ministro, seducidas por la embriagadora atmósfera de poder que lo rodeaba. Dalton tenía buenas razones para sospechar que muchas que no habían compartido lecho con el Ministro deseaban hacerlo. Bertrand aún no había tenido tiempo para seducirlas o no quería hacerlo; seguramente lo primero. El Ministro acostumbraba a otorgar cargos en su finca sólo después de conocer a las esposas de los interesados. Dalton tuvo que rechazar a un perfecto candidato a miembro del consejo porque tenía una esposa que a Bertrand le parecía fea.

Si las mujeres hacían cola para rendirse a los encantos del Ministro Chanboor, él no tenía medida en cuestión de faldas. No obstante, tenía ciertas normas. Como tantos hombres ya maduros, prefería a las jovencitas.

Bertrand Chanboor podía satisfacer su deseo de mujeres jóvenes y voluptuosas sin problema, mientras que la mayor parte de hombres de más de cincuenta tenían que recurrir a las prostitutas de la ciudad. De hecho, el Ministro evitaba a las prostitutas como a una plaga, pues temía contagiarse de virulentas enfermedades.

Otros hombres de su misma edad que solamente podían obtener a mujeres jóvenes pagando y no podían resistirse a hacerlo perdían la vida por eso. Y, como ellos, las jóvenes que contrataban. Muchas eran como flores de primavera que se marchitaban por las enfermedades.

No obstante, Bertrand Chanboor podía elegir entre un flujo constante de mujeres jóvenes sanas, con experiencia limitada y poco exigentes. Eran como polillas que volaban voluntariamente hacia esa llama de alto rango y autoridad casi ilimitada.

Dalton acarició suavemente la mejilla de Teresa con un dedo. Era afortunado de tener una esposa tan ambiciosa como él pero que, a diferencia de tantas otras, era consciente de que no todo valía para llegar a la meta.

—Te quiero, Tess.

Sorprendida por ese inesperado gesto de ternura, Teresa le cogió la mano entre las suyas y se la cubrió de besos.

Dalton se preguntaba qué habría hecho él de bueno para merecer a una mujer como ella. No tenía nada que le augurara que un día conseguiría a alguien como Teresa. Ella era lo único en la vida que no había ganado a fuerza de voluntad, cortando de raíz cualquier oposición, eliminando todo lo que amenazara sus objetivos. De ella simplemente se había enamorado hasta la médula.

Ignoraba por qué los buenos espíritus habían decidido perdonarlo y recompensarlo con una mujer como ella, pero había aceptado esa recompensa y no pensaba perderla.

Las preocupaciones se inmiscuyeron en las lujuriosas ideas que se le ocurrían ante la mirada de adoración de Teresa.

Tendría que ocuparse de Claudine. Debía silenciarla antes de que causara problemas. Dalton pasó mentalmente revista a los favores que habría de ofrecerle a cambio de que callara. Nadie, ni siquiera lady Chanboor, se escandalizaba por los devaneos del Ministro, pero que una mujer de categoría lo acusara de violación era muy distinto.

Algunos Directores defendían la rectitud. Los Directores de la Oficina de Concordia Cultural decidían quién era nombrado Soberano. Algunos querían que el próximo fuese un hombre de moralidad intachable y podían negar el trono a Chanboor.

Cuando Bertrand Chanboor se convirtiera en Soberano ya no importaría lo que los Directores pensarán, pero antes sí importaba, y mucho.

Era necesario taponarle la boca a Claudine.

—Dalton, ¿adónde vas?

Él se volvió en la puerta.

—Tengo que escribir un mensaje y luego enviarlo. No tardaré.

18

Nora se hizo un ovillo con un gruñido y pensó que ya debía de haber amanecido. Sus pensamientos giraban torpemente en ese estado borroso y confuso entre el sueño y la vigilia. Nada deseaba más que seguir durmiendo. La paja sobre la que descansaba formaba los bultos perfectos. Siempre se agrupaba formando bultos cómodos que se amoldaban perfectamente a su cuerpo cuando llegaba la hora de levantarse.

En cualquier momento, su marido le propinaría un palmetazo en el trasero. Julian siempre se despertaba antes del alba. Tenían trabajo que hacer. Quizá, si se quedaba muy quieta, la dejaría en paz unos minutos más, permitiría que siguiera durmiendo unos maravillosos minutos más.

En esos momentos Nora lo odiaba por despertarla siempre antes del amanecer, darle un golpe en el culo y decirle que se levantara y comenzara a trabajar. Además, tenía la costumbre de silbar de buena mañana, cuando la mente de Nora seguía aturdida y trataba de sacudirse el sueño de encima.

Giró sobre la espalda y levantó las cejas, pensando que si lograba abrir los ojos, se despertaría. Julian no estaba junto a ella.

Un presentimiento le atenazó el estómago. Se despertó instantáneamente con un escalofrío y se incorporó en la cama. Por alguna razón la ausencia de Julian le producía una sensación de alerta.

¿Era ya de mañana? ¿Estaba a punto de amanecer o era aún plena noche? Su mente funcionaba a toda máquina tratando de orientarse.

Al inclinarse hacia adelante vio el resplandor de las ascuas que ella misma había amontonado en la chimenea antes de acostarse. Unas cuantas de arriba aún estaban encendidas y apenas se habían movido de como ella las había colocado. A la tenue luz vio a Bruce mirándola desde su jergón.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —preguntó Bethany, su hermana mayor.

—¿Qué hacéis despiertos?

—Mamá, pero si acabamos de acostarnos —gimoteó Bruce.

Tenía razón. Después de pasarse todo el día retirando rocas del campo de primavera estaba tan sumamente agotada que se había quedado dormida antes de cerrar los ojos. Habían vuelto a casa cuando se hizo demasiado oscuro para seguir trabajando y, después de comer el guiso, se habían acostado en seguida. Nora aún notaba el sabor de la carne de ardilla, y los rábanos nuevos le repetían. Bruce tenía razón, acababan de acostarse.

—¿Dónde está papá? —preguntó, atemorizada.

Bethany señaló con una mano.

—Ha ido al retrete, supongo. Mamá, ¿qué pasa?

—Mamá —lloriqueó Bruce.

—Chiss, no es nada. Volved a acostaros.

Los pequeños la miraban con los ojos muy abiertos. Nora sentía una preocupación inexplicable. Era consciente de que su rostro la traicionaba, pero, por mucho que lo intentara, era incapaz de ocultar esa inquietud a los niños.

Ignoraba qué iba mal, cuál era el problema, aunque estaba segura de que algo pasaba, lo sentía en la piel.

Maldad.

La maldad flotaba en el aire como el humo que se desprende de una hoguera; la obligaba a arrugar la nariz y la dejaba sin respiración. Maldad. La maldad acechaba en la noche.

Nora echó otro vistazo al hueco en la cama junto a ella. Había salido al retrete, seguro. Tenía que estar allí.

Entonces recordó que había ido justo después de cenar, antes de acostarse. Eso no quitaba que pudiera ir otra vez, pero no había mencionado que se sintiera mal o algo parecido.

La consternación se le aferró a las entrañas, como el miedo al mismísimo Custodio.

—Querido Creador, protégenos —murmuró—. Protégenos, protege este hogar de humildes personas. Aleja al mal. Buenos espíritus, os lo suplico, velad por nosotros y protegédnos.

Al finalizar la plegaria abrió los ojos. Los niños seguían mirándola fijamente. Seguramente Bethany tenía la misma sensación que ella. La niña nunca dejaba pasar nada sin preguntar por qué. En broma, Nora la llamaba «niña por qué». Bruce simplemente temblaba.

Nora se apartó la manta de lana. El movimiento asustó a los pollos del rincón, que aletearon y piaron.

—Volved a dormir —dijo a sus hijos.

Ambos se tumbaron en sus jergones, pero la observaban mientras se ponía rápidamente un vestido suelto por encima del camión. Temblando sin saber por qué, se arrodilló sobre los ladrillos delante de la chimenea y amontonó ramas de abedul encima de los rescoldos. No hacía tanto frío, pero de repente sintió la necesidad del consuelo del fuego y la confianza que le daba su luz.

Del lado de la chimenea cogió la única lámpara de aceite que poseían. Con una viruta encendida de corteza de abedul prendió la mecha de la lámpara y luego colocó de nuevo el tubo. Los niños la seguían mirando.

Nora se inclinó y besó al pequeño Bruce en la mejilla. A continuación alisó hacia atrás el pelo de su hija Bethany y la besó en la frente. Notó en los labios el sabor de la tierra en la que la niña se había pasado todo el día tratando de ayudarlos a retirar las rocas del campo antes de ararlo y plantarlo. Bethany tan sólo podía con las rocas más pequeñas, pero incluso así era una ayuda.

—Volved a dormir, niños —les dijo con voz tranquilizadora—. Papá simplemente ha ido al retrete. Voy a llevarle esta luz para que pueda ver al volver. Ya sabéis que cuando está oscuro se golpea los dedos de los pies y luego se enfada con nosotros. Vamos, volved a dormir. No pasa nada. Sólo salgo un momento para llevarle la lámpara a papá.

Nora se puso las botas frías, mojadas y cubiertas de barro que había dejado junto a la puerta. No quería golpearse los dedos de los pies y tener que trabajar con un pie cojo. A continuación se cubrió los hombros con un chal y se tomó su tiempo para colocárselo bien. Le daba miedo abrir la puerta. Casi lloraba ante la idea de abrir esa puerta y salir afuera.

La maldad esperaba en la oscuridad. Lo sabía. Lo sentía.

—Maldito seas, Julian —masculló entre dientes—. Espero que ardas en el inframundo por obligarme a salir esta noche.

Si encontraba a Julian sentado en el retrete, ¿iba a insultarla y a decirle que era una estúpida? No sería la primera vez. Según él, Nora se preocupaba demasiado por naderías; decía que no tenía sentido inquietarse tanto si luego no servía de nada. Pero la pura verdad era que Nora no podía evitarlo.

Mientras levantaba el pestillo se dijo que ojalá lo encontrara en el retrete y que la insultara. Después la abrazaría, le diría que dejara de llorar y que volviera a la cama con él. Los pollos protestaron cuando abrió la puerta. Nora los hizo callar.

Era una noche sin luna. El cielo estaba encapotado y tan negro como la sombra del Custodio. La mujer avanzó a buen paso por el sendero de tierra apisonada que conducía al retrete. Con mano trémula llamó a la puerta.

—¿Julian? ¿Julian, estás ahí? Por favor, Julian, si estás ahí dime algo. Julian, te lo suplico, no me gastes bromas pesadas esta noche.

El silencio retumbó en sus oídos. Ni siquiera se oía el ruido de los bichos, ni grillos, ni ranas, ni pájaros, sólo un silencio sepulcral. Era como si más allá del leve resplandor de la lámpara no hubiera nada

más, como si fuera de ese cerco de luz no existiera más mundo. Nora tenía la impresión de que si dejaba la lámpara y se adentraba en la oscuridad, caería al oscuro abismo. Caería y caería hasta convertirse en una anciana, y seguiría cayendo. Era ridículo, lo sabía, pero a ella le parecía una posibilidad muy real y aterradora.

La puerta del retrete chirrió al abrirla. No obstante, no albergaba esperanzas, pues sabía que Julian no estaba allí. Antes de levantarse de la cama ya sabía que no estaba allí. Ignoraba cómo, pero lo sabía.

Tenía razón.

A veces sus presentimientos daban en el blanco. Julian le decía que era una boba por creer que poseía alguna especie de poder mental para saber cosas, como la vieja que vivía en las colinas y bajaba cuando sabía algo y quería avisar a la gente.

Sin embargo, a veces Nora sabía cosas, por ejemplo, que Julian no estaba en el retrete.

Lo peor era que sabía dónde se encontraba.

Del mismo modo que ignoraba cómo sabía que no estaba allí, ignoraba cómo sabía lo otro. Pero lo sabía, y eso la hacía temblar como una hoja. Si había mirado en el retrete había sido solamente con la esperanza de equivocarse y porque no quería mirar donde sabía que estaba.

Pero ya no le quedaba otro remedio que ir.

Nora sostenía el candil con el brazo estirado tratando de iluminar el sendero. Apenas veía nada. En un momento se volvió hacia la casa y distinguió la ventana porque el fuego ardía. Las ramas de abedul habían prendido y emitían bastante luz.

Era como si la sensación de terrible maldad se burlara de ella desde la noche oscura que se extendía entre ella y la casa. Nora se arrebujó en el chal y volvió a sostener el candil hacia el camino. No le gustaba dejar solos a sus hijos. No cuando tenía uno de sus presentimientos.

Pero algo la impulsaba a seguir adelante por el sendero.

—Por favor, buenos espíritus, haced que sea una mujer tonta con presentimientos estúpidos. Por favor, buenos espíritus, que no le haya pasado nada a Julian. Todos lo necesitamos. Queridos espíritus, lo necesitamos.

Sollozaba mientras descendía por la colina. Lloraba por lo que temía encontrarse. La mano que sostenía el candil temblaba y la llama titilaba.

Por fin oyó el sonido del riachuelo y se alegró; hasta entonces reinaba en la noche un silencio sepulcral y un aterrador vacío. El sonido del agua la animó un poco, pues por fin había algo que le resultaba familiar. Nora empezó a sentirse una tonta por pensar que no había nada más allá de la luz del candil, como si se hallara en el límite del inframundo. Seguramente las otras percepciones también eran equivocadas. Cuando le contara a Julian que se había asustado porque pensaba que más allá de la luz no había nada, su marido pondría los ojos en blanco como solía hacer.

Intentó silbar para sentirse mejor, como silbaba Julian, pero tenía los labios tan secos como pan duro. Ojalá pudiera silbar para que Julian la oyera, pero de su boca no salía ningún sonido. Y no se atrevía a llamarlo a gritos por si no obtenía respuesta. Prefería encontrarlo, llamarlo entonces, y que la tratara de estúpida por llorar por nada.

Una suave brisa impulsaba el agua contra la orilla del lago, por eso lo oyó antes de verlo. Esperaba encontrar a Julian sentado en su tocón habitual, tratando de pescar una carpa. Esperaba que Julian la mirara y la maldijera por asustar a los peces.

El tocón estaba vacío, la caña de pescar floja.

Nora levantó el candil con brazo tembloroso para ver lo que había ido a buscar. Tenía los ojos empañados de lágrimas, por lo que tuvo que parpadear si quería distinguir algo. Se sorbió la nariz para respirar mejor.

Alzando aún más la lámpara, se fue acercando al agua hasta mojarse la parte superior de las botas. Dio un paso más, hasta que el agua le empapó el borde del camión. Las olas, junto con el movimiento de sus pasos, arrastraban un peso muerto de acá para allá.

Cuando el agua le llegaba ya a las rodillas lo vio.

Julian flotaba en el agua, boca abajo, con los brazos laxos y sin vida extendidos a ambos lados y las piernas ligeramente separadas. Las pequeñas olas que levantaba la brisa chapoteaban por encima de su nuca, por lo que el pelo se le movía como si fuera algas. Allí estaba, meciéndose en el agua igual que un pez muerto flotando en la superficie.

Era lo que Nora temía: encontrárselo allí, de ese modo. Era justo lo que se había temido y justamente por eso no se horrorizó al verlo. Simplemente se quedó allí, sumergida en el agua hasta las rodillas, mirando a Julian flotar como una carpa muerta a unos seiscientos metros de la orilla. El agua era demasiado profunda para vadear el lago y sacarlo. Donde estaba Julian el agua le cubriría por encima de la cabeza.

Se quedó sin saber qué hacer. Julian se encargaba siempre de todo lo que ella no podía hacer. ¿Cómo iba a arrastrar a su marido hasta la orilla? ¿Cómo iba a vivir? ¿Cómo iba a ganarse el pan ella sola para sí misma y para los niños? Julian era quien hacía el trabajo duro y sabía cosas que ella desconocía. Julian los mantenía.

Nora se sentía entumecida, muerta, atontada, como cuando se despertaba por las mañanas. Le parecía estar soñando.

No era posible que Julian estuviera muerto. Ése no era Julian. Julian no podía morir. Julian no.

Un sonido la impulsó a darse media vuelta: un ruido sordo en el aire y luego un aullido, como el viento en una noche de ventisca. En el aire nocturno sonó un gemido y un rugido.

Vio chispas que brotaban de la chimenea de su casa en lo alto de la colina. Volaban hacia el cielo en alocados remolinos que ascendían en espiral hacia la oscuridad. Nora se quedó paralizada por el terror.

Un chillido hendió el silencio de la noche. Fue un sonido espantoso que se elevó como las chispas, un grito que llenó el aire de la noche de un horror que Nora nunca había sentido. Fue un chillido tan brutal que incluso dudó que fuese humano.

Pero sabía que lo era; era su hijo que gritaba.

Lanzando a su vez un alarido aterrorizado, dejó caer el candil en el agua y corrió hacia la casa. Sus gritos respondieron a los de su hijo, alimentándolos, haciendo pedazos juntos el silencio.

El mal había penetrado en la casa, donde estaban sus pequeños. Los había dejado solos ante el mal.

Presa de un terror salvaje, Nora aulló por lo que había hecho al dejar a sus pequeños solos. Imploraba a gritos a los buenos espíritus que la ayudaran. Gritaba, aterrorizada, por sus hijos. En la oscuridad, mientras se abría paso a tropezones entre la maleza se ahogaba en sus propios sollozos.

Los matorrales de arándanos se le enganchaban en la ropa y se la desgarraban. Las ramas le azotaban los brazos mientras corría, olvidada de todo lo que no fuera llegar cuanto antes a la casa. Metió un pie en un agujero en el suelo y se lo torció, pero logró mantener el equilibrio y continuó corriendo hacia la casa para salvar a sus hijos.

Bruce emitía un chillido desgarrador que parecía no tener fin y que le ponía los pelos de punta. No oía a Bethany, sólo a Bruce, al pequeño Bruce que se desgañitaba como si le estuviesen arrancando los ojos.

Nora trastabilló y cayó al suelo de bruces. Rápidamente se puso en pie. La nariz le sangraba profusamente, y se tambaleaba por efecto del terrible dolor. Respiraba dificultosamente atragantándose con la sangre y la tierra. Mientras gritaba, rezaba y jadeaba, ahogándose. Haciendo un esfuerzo desesperado corría hacia la casa, hacia los gritos.

Al llegar entró en tromba, asustando a los pollos. Bruce tenía la espalda pegada a la pared junto a la puerta. El niño estaba invadido por un miedo cerval, totalmente fuera de sí, chillando como si el Custodio lo agarrara por los pies.

Al ver a su madre, su primer impulso fue lanzarse en sus brazos, pero retrocedió contra la pared al ver su cara llena de sangre goteándole en hilillos por la barbilla.

—¡Soy mamá! —gritó Nora asiéndolo por un hombro—. Me caí y me golpeé en la nariz, eso es todo.

Entonces el niño se lanzó hacia ella, se abrazó a sus caderas y se aferró a su ropa. Nora miró alrededor y, pese a la brillante luz del fuego, no vio a su hija.

—¿Bruce, dónde está Bethany?

El niño levantó un brazo. Le temblaba tanto que su madre temió que se le fuese a caer. Giró sobre los talones para mirar a donde apuntaba el pequeño.

La mujer chilló y quiso cubrirse la cara con las manos, pero no pudo. Los dedos le temblaban violentamente delante de la boca mientras unía su grito al de Bruce.

Bethany estaba de pie en la chimenea, envuelta en llamas.

El fuego rugía alrededor de la niña y se arremolinaba en furiosos torbellinos que consumían el pequeño cuerpo. Los brazos de Bethany se alzaban hacia las furiosas llamas como cuando uno levanta los brazos hacia la cálida luz del sol de una tarde de primavera después de nadar.

El hedor a carne crepitante y ardiendo atacó de repente la nariz sangrante de Nora, produciéndole náuseas hasta el punto de que el olor y el sabor la asfixiaban y era incapaz de respirar. No podía apartar la vista de Bethany, no podía dejar de mirar cómo su hija se quemaba viva.

Nora dio un paso decidido hacia la chimenea para arrebatar a su hija de las llamas. Pero algo dentro de ella, un último ápice de sentido común le dijo que ya era demasiado tarde, que huyera con Bruce antes de que también los atrapara a ellos.

Bethany ya no tenía yemas de los dedos, y su cara no era más que espirales de fuego amarillas y anaranjadas. El fuego ardía con una furia vehemente y decidida. Nora apenas podía respirar por el calor.

De repente la niña emitió un grito estridente, como si por fin el fuego hubiese prendido en su alma. Nora sintió ese grito en todas las fibras de su cuerpo.

Bethany se desplomó. Las llamas se alzaron alrededor de la forma desmoronada, retozaron en torno a la piedra y se levantaron brevemente más arriba de la repisa de la chimenea. Salieron despedidas chispas que rebotaron y rodaron a través del suelo. Varias de ellas sisearon contra el borde mojado del camisón de Nora.

La mujer cogió a Bruce, se aferró la falda del camisón y huyó de la casa, dejando que el mal consumiera lo que quedaba de su hija.

19

Fitch se sentó en la hierba con las piernas cruzadas. Era agradable notar los ladrillos fríos contra la espalda sudorosa. El muchacho inspiró profundamente el dulce aire nocturno, los aromas de carne asada que se escapaban por las ventanas abiertas y el olor a limpio de la pila de leña de manzano. Como tendrían que quedarse hasta muy tarde para limpiar toda la suciedad del banquete, les habían dado un momento de asueto muy bienvenido.

Morley le tendió la botella. Pasarían horas antes de poder emborracharse de verdad, pero al menos podían empezar a hacer boca. Fitch tomó un trago largo. Antes de tragar el licor empezó a toser violentamente y lo expulsó casi todo.

Morley se echó a reír.

—Ya te dije que era fuerte.

Fitch se limpió la barbilla con una manga.

—Tienes toda la razón. ¿De dónde lo has sacado? Es bueno.

Fitch nunca había bebido un licor tan fuerte y que quemara tanto. Por lo que había oído, si quemaba, significaba que era bueno. También le habían dicho que si algún día le ofrecían buen licor, sería un tonto si lo rechazaba. Tosió de nuevo. El fondo de la nariz y de la garganta le quemaban de un modo horrible.

Morley se le acercó confidencialmente.

—Alguien importante lo ha devuelto a la cocina diciendo que era una porquería. Todos tratan de ser pomposos delante de los demás. Pete, el copero, volvió corriendo con el licor, cogió otro y salió disparado otra vez. Yo aproveché y me escondí la botella dentro de la túnica antes de que nadie se diera cuenta.

Fitch estaba acostumbrado a beber el vino que sobraba; apuraba toneles y botellas casi vacíos y reunía los posos. Pero hasta entonces no había podido birlar ni una gota del precioso licor.

Morley le dio de beber a Fitch, inclinando la botella en sus labios. Éste tomó otro trago, más prudente ahora, sin escupirlo. Notaba el estómago como un caldero en ebullición. Morley asintió con aprobación y su amigo sonrió con aire de suficiencia.

A través de las lejanas ventanas abiertas oía las charlas y las risas de los invitados en la sala de reunión mientras esperaban que empezara el banquete. Fitch notaba ya los efectos del licor. Más tarde, después de limpiarlo todo, podrían acabar de emborracharse.

El vello de los brazos se le erizó. La música que salía por las ventanas lo ponía de buen humor. Siempre que oía música se sentía capaz de sublevarse y hacer algo. El qué, no lo sabía, pero algo, algo impactante.

Morley tendió una mano y Fitch le pasó la botella. Luego contempló cómo la nuez de su amigo se movía arriba y abajo con cada trago. La música creció en emoción y fue adoptando un ritmo más acelerado, transmitiendo excitación. Eso, sumado a los efectos de la bebida, le produjo escalofríos.

Más allá de Morley, Fitch vio a una persona alta que se acercaba hacia ellos. Ese alguien caminaba con intención, no como quien da un simple paseo, sino como alguien que tiene un objetivo. A la luz amarilla de las lámparas que entraba por las ventanas Fitch percibió el resplandor de la vaina plateada. Segundos más tarde vio los nobles rasgos y el porte.

Era Dalton Campbell. Iba derecho hacia ellos.

Fitch dio un codazo a su amigo y se levantó. Antes de alisarse la túnica, se aseguró de que las piernas lo sostenían. Tenía la parte delantera de la túnica manchada con el licor que había expulsado al

toser. Rápidamente se echó el pelo hacia atrás. Con un lado de la bota propinó un puntapié a Morley y le indicó con el pulgar que se levantara.

Dalton Campbell rodeó el montón de leña y fue hacia ellos directamente. Parecía que el alto ander sabía perfectamente adónde iba pese a que Fitch y Morley nunca decían a nadie dónde se escondían a beber el alcohol que birlaban.

—Fitch, Morley —los saludó Dalton Campbell.

—Buenas noches, maese Campbell —lo saludó a su vez Fitch, levantando una mano.

El muchacho supuso que toda esa luz que entraba por las ventanas alumbraba bastante bien. Él veía perfectamente a Morley y la botella que escondía a la espalda. Quizá el asesor del Ministro los había visto desde una ventana ir hacia el montón de leña.

—Buenas noches, maese Campbell —dijo Morley.

Dalton Campbell les pasó revista como si inspeccionara a dos soldados. Entonces alargó una mano.

—¿Puedo? —preguntó.

Morley se estremeció, pero inmediatamente sacó la botella de detrás y se la tendió.

—Estábamos... nosotros...

Dalton Campbell dio un buen trago.

—Ahhh —dijo mientras devolvía a Morley la botella—. Sois afortunados de poder disfrutar de una botella entera de este excelente licor. Espero no interrumpir nada —añadió, enlazando las manos a la espalda.

Tanto Fitch como Morley, perplejos porque Dalton Campbell hubiera bebido de su botella y sobre todo de que se la devolviera, sólo pudieron negar con la cabeza vigorosamente.

—No lo hace, maese Campbell —respondió Morley.

—Perfecto. Os estaba buscando a los dos. Tengo un pequeño problema.

Fitch se inclinó un poco hacia adelante y bajó la voz para preguntar:

—¿Un problema, maese Campbell? ¿Podemos hacer algo para ayudarlo?

Campbell miró primero a los ojos a Fitch y luego a Morley.

—Pues sí, sí podéis. De hecho, os andaba buscando por eso. Veréis, se me ha ocurrido que os gustaría tener la oportunidad de demostrar vuestra valía, de demostrarme que realmente tenéis el potencial que os supongo. Me ocuparía yo mismo, pero he pensado que os gustaría hacer algo que merece la pena.

Fitch se sintió como si los buenos espíritus le hubiesen preguntado si le gustaría tener la oportunidad de hacer el bien.

Morley dejó la botella y se irguió como un soldado poniéndose firme.

—Sí, señor. Me encantaría tener esa oportunidad.

Fitch lo imitó.

—A mí también, maese Campbell. Decid lo que queréis, y os demostraremos que estamos preparados para asumir responsabilidades.

—Bien... muy bien —repuso Dalton estudiándolos. Dejó que el silencio se prolongara unos segundos antes de proseguir—. Se trata de un asunto importante, muy importante. Primero pensé en encargárselo a alguien con más experiencia que vosotros, pero he decidido daros la oportunidad de demostrarme que puedo confiar en vosotros.

—Haremos lo que sea, maese Campbell. Sólo tenéis que decirlo —replicó Fitch de todo corazón.

Estaba tan excitado por la oportunidad de demostrar a Dalton Campbell lo que valía que temblaba. La música le infundía la necesidad de hacer algo importante.

—El Soberano no goza de buena salud —declaró Campbell.

—Eso es terrible —dijo Morley.

—Lo lamentamos mucho —añadió Fitch.

—Sí, es una pena, pero ya es un hombre mayor. El Ministro Chanboor es aún joven y lleno de vigor. No hay duda de que un día no muy lejano será nombrado Soberano. La mayoría de los Directores están aquí esta noche para tratar ciertos asuntos con nosotros, por ejemplo el cargo de Soberano. Mientras tengan tiempo se proponen hacer averiguaciones. Quieren determinar ciertos hechos sobre el Ministro. Están indagando sobre su carácter para averiguar qué tipo de hombre es, para decidir si le darán su apoyo cuando llegue el momento.

Fitch miró a Morley a hurtadillas y vio que su amigo miraba fijamente a Dalton Campbell con los ojos muy abiertos. Él mismo apenas podía creer que un hombre tan importante como maese Campbell les comunicara noticias de tal calado. Después de todo, ellos no eran más que hakens, mientras que Campbell era el ayudante del Ministro, un ander importante. Y les estaba hablando de asuntos de la más alta relevancia.

—Doy gracias al Creador de que por fin nuestro Ministro esté a punto de lograr el reconocimiento que merece —susurró Fitch.

—Sí —repuso Campbell arrastrando las palabras de un modo muy curioso—. Bueno, la cosa es que hay gente que trata de impedir que el Ministro sea nombrado Soberano. Esa gente quiere hacerle daño.

—¿Hacerle daño? —repitió Morley, claramente atónito.

—Exactamente. Supongo que os han enseñado que el Soberano debe ser protegido y que todo lo que se haga para protegerlo es virtuoso, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Morley.

—Sí, señor —se hizo eco Fitch—. Y, puesto que el Ministro será el futuro Soberano, merece el mismo tipo de protección.

—Muy bien, Fitch.

El muchacho rebosaba de orgullo. Sólo lamentaba que le costara enfocar la mirada a causa del licor que había bebido.

—Maese Campbell, nos gustaría ayudar —dijo Morley—. Nos gustaría demostraros nuestra valía. Estamos preparados.

—Sí, señor, lo estamos —corroboró Fitch.

—En ese caso os voy a dar la oportunidad. Si lo hacéis bien y guardáis silencio sobre ello pase lo que pase, y con eso quiero decir que debéis llevaros el secreto a la tumba, demostraréis que no me he equivocado al confiar en vosotros.

—Nos llevaremos el secreto a la tumba —prometió Fitch—. Sí, señor. Podemos hacerlo.

Fitch oyó un extraño sonido metálico. De pronto se dio cuenta, horrorizado, que tenía la punta de una espada debajo del mentón.

—Pero si alguno traiciona la confianza que deposito en vosotros, me sentiré muy decepcionado, porque pondréis al Ministro en peligro. ¿Lo entendéis? No pienso permitir que personas en las que confío me fallen a mí y también al futuro Soberano. ¿Lo habéis entendido bien?

—Sí, maese Campbell —casi gritó Fitch.

La punta de la espada se desplazó en un abrir y cerrar de ojos hasta la garganta de Morley. Casi le rozaba la prominente nuez.

—Sí, señor —exclamó también Morley.

—¿Le habéis dicho a alguien adónde iríais esta noche a beber?

—No, señor —contestaron Fitch y Morley a la vez.

—Sin embargo, yo sabía dónde encontraros. —El ander enarcó una ceja—. Recordadlo si un día se os pasa por la cabeza que podéis esconderos de mí. Si me causáis problemas, sean los que sean, os encontraré aunque tenga que remover cielo y tierra.

Fitch tragó saliva.

—Maese Campbell, decidnos qué podemos hacer para ayudaros, y lo haremos. Podéis confiar en nosotros. No os fallaremos, lo juro.

Morley asentía.

—Fitch tiene razón.

Dalton Campbell se guardó la espada en la funda y sonrió.

—Ya empiezo a sentirme orgulloso de vosotros. Vais a llegar lejos. Sé que me demostraréis que he hecho bien en confiar en vosotros.

—Sí, señor, podéis contar con nosotros —aseguró Fitch.

Dalton Campbell puso una mano sobre el hombro de Fitch y la otra sobre el de Morley.

—Muy bien. Ahora escuchadme con atención.

—Ya viene —susurró Morley al oído de Fitch.

Éste miró hacia donde señalaba su amigo e hizo un gesto de asentimiento. Morley se acercó a las puertas de servicio abiertas como negras fauces mientras Fitch se agachaba detrás de unos barriles amontonados a un lado de la zona de carga. El muchacho recordó que ese mismo día había visto a *Bizcocho* enganchado al carro del carnicero en medio del camino. Se secó las palmas de las manos en los pantalones. Había sido un día lleno de acontecimientos importantes.

Después de dar muchas vueltas al asunto, resultó que Morley pensaba igual que él; por mucho que la idea de lo que iban a hacer le acelerara el corazón, Fitch no iba a echar a perder la confianza que maese Campbell había depositado en él. Y Morley tampoco.

La música que se derramaba por el prado desde las ventanas abiertas (instrumentos de cuerda, de viento y un arpa) le daba más determinación y le llenaba el corazón de orgullo por haber sido elegido por Dalton Campbell.

Era preciso proteger al Ministro, a su futuro Soberano.

La mujer subió los cuatro escalones hasta la zona de carga silenciosamente, a pasos ligeros. En la penumbra escrutó las profundas sombras que la rodeaban, estirando el cuello para ver más lejos. Fitch tragó saliva; era una mujer muy atractiva. Aunque ya no era una jovencita, seguía siendo hermosa. Fitch nunca había mirado tanto tiempo y tan fijamente a una dama *ander*.

—¿Claudine Winthrop? —dijo Morley, impostando la voz para fingir que era más mayor.

La mujer se volvió expectante hacia el amigo de Fitch, de pie en la oscura entrada.

—Soy Claudine Winthrop —susurró—. ¿Recibisteis mi mensaje?

—Sí —contestó Morley.

—Gracias al Creador. Director Linscott, es importante que os hable del Ministro Chanboor. Aunque finge respetar y mantener la cultura de Anderith, en realidad es el peor ejemplo que podríamos tener en ese cargo o en cualquier otro. Antes de tenerlo en cuenta como posible Soberano debéis saber que es un hombre corrupto. Ese cerdo me forzó, me violó. Pero eso no es todo, aún hay más. Por el bien de nuestro pueblo debéis escucharme.

Fitch la contemplaba a la suave luz amarilla que salía por las ventanas y bañaba su bello rostro. Dalton Campbell no les había avisado de que era tan hermosa. Era bastante mayor que él, desde luego, y normalmente Fitch no pensaba que mujeres de esa edad fuesen bonitas. Le sorprendió darse cuenta de que una persona tan mayor, pues Claudine Winthrop debía de tener al menos treinta, le pareciera tan atractiva. El muchacho inspiró profundamente, en silencio, para reafirmarse en su determinación. No obstante, no pudo evitar fijarse en lo que llevaba puesto o, para ser más exactos, fijarse en que apenas llevaba nada.

Entonces recordó a las dos mujeres de la escalera que hablaban de vestidos similares al que llevaba Claudine Winthrop. Fitch nunca había visto tanto del pecho de una mujer. Los ojos se le salían de las órbitas por el modo en que sus senos subían y bajaban mientras se retorcía las manos.

—Por favor, mostraos —pidió la mujer en un susurro dirigido a la oscuridad donde esperaba Morley—. Tengo miedo.

De repente Fitch se dio cuenta de que no estaba haciendo su parte. Salió sigilosamente de detrás de los barriles procurando que ella no oyera sus pasos.

Sentía un nudo en el estómago y tuvo que limpiarse el sudor de los ojos para ver. Por mucho que intentara respirar con normalidad, su corazón parecía tener vida propia. Era preciso actuar pero, queridos espíritus, estaba más que asustado.

—¿Director Linscott? —susurró Claudine hacia Morley.

Fitch la agarró por los codos y le sujetó bruscamente los brazos hacia atrás. La mujer dio un respingo. Fitch comprobó con sorpresa que era muy fácil mantener los brazos de su víctima inmovilizados, pese a que ella forcejeaba con todas sus fuerzas. Claudine Winthrop se sentía confusa y asustada. Cuando vio que Fitch ya la tenía, Morley salió disparado de la oscuridad.

Sin darle tiempo siquiera a gritar, Morley le propinó un fuerte puñetazo en el vientre. Fue un golpe tan fuerte que a punto estuvo de tirarla a ella y a Fitch al suelo.

Claudine Winthrop se dobló por la cintura y vomitó a borbotones. Fitch le soltó los brazos. Ella se abrazó la cintura mientras caía de rodillas entre convulsiones. Fitch y Morley se apartaron del vómito que salpicaba el suelo y su vestido, aunque se mantuvieron a apenas un metro de distancia de ella.

Después de unas pocas arcadas más pareció que había acabado, irguió la espalda y trató de levantarse respirando a bocanadas. Morley la alzó, le dio media vuelta y le bloqueó los brazos a la espalda. Era un muchacho muy fuerte.

Fitch sabía que ésa era su oportunidad para demostrar lo que valía. Era su oportunidad para proteger al Ministro. Era la oportunidad para que Dalton Campbell se sintiera orgulloso.

Así pues, la golpeó en el estómago con tanta fuerza como pudo.

Nunca antes había golpeado a nadie, excepto a sus amigos y jugando. Nunca había pegado a nadie de verdad, deliberadamente, buscando hacer daño. La cintura de la mujer era pequeña y blanda. Era evidente que le había hecho mucho daño. Tanto que sintió náuseas. También él tenía ganas de vomitar. Se estaba comportando de un modo tan violento como sus antepasados hakens. Eso era lo que los hacía tan terribles, a ellos y a él mismo.

Claudine tenía los ojos muy abiertos por el terror e intentaba una y otra vez tomar aire, aunque en vano. Con los ojos clavados en él, luchaba desesperadamente por recuperar el aliento. Lo miraba fijamente como un cerdo mira a quien va a sacrificarlo, como sus antepasados anders miraban a los hakens.

—Hemos venido a entregarte un mensaje —dijo Fitch.

Ambos habían convenido que Fitch se encargaría de hablar. Morley no se acordaba tan bien de lo que debían decirle. Fitch siempre había tenido buena memoria.

Finalmente, la mujer recuperó la respiración. Fitch se inclinó hacia ella y le propinó tres golpes rápidos, secos, con rabia.

—¿Me estás escuchando? —gruñó.

—Pequeño cabrón haken...

Fitch la golpeó con tanta saña que se hizo daño en el puño. Incluso Morley tuvo que retroceder un paso. Claudine Winthrop quedó colgando en los brazos de Morley mientras su cuerpo se sacudía en arcadas, aunque no vomitaba porque no tenía nada en el estómago. Fitch quería darle en la cara, darle un puñetazo en la boca, pero Dalton Campbell les había dado instrucciones muy claras de que la golpearan sólo donde no se viera.

—En tu lugar, yo no volvería a llamarle eso. —Morley la agarró por el pelo y tiró de ella hacia arriba con ferocidad.

En esa posición, con la espalda tan arqueada, los pechos se le salieron del escote. Fitch se quedó paralizado y se preguntó si debía cubrírselos con el vestido. La miraba con la boca abierta. Morley se inclinó por encima del hombro de la mujer para echar un vistazo y sonrió a su amigo.

Claudine Winthrop bajó la vista y comprobó lo ocurrido. Entonces echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; no había nada que pudiera hacer.

—Por favor, no me hagáis más daño —dijo, tratando de recuperar el aliento.

—¿Estás lista para escuchar?

—Sí, señor.

Eso sorprendió más a Fitch que verle los senos desnudos. Nadie en toda la vida le había llamado señor. Esas dos palabras le sonaron tan raras en sus oídos que se quedó allí quieto, mirándola. Por un momento se preguntó si se estaría riendo de él, pero al mirarla a los ojos vio que no era así.

La música le infundía unos sentimientos que nunca antes había tenido. Nunca antes había sido alguien importante, nunca antes le habían llamado señor. Esa misma mañana aún era ganapán y, ahora, una mujer *ander* lo llamaba señor. Y todo gracias a *maese Campbell*.

Fitch le pegó otro puñetazo en la barriga sólo porque le apetecía.

—¡Por favor, señor! —gritó Claudine Winthrop—. ¡Por favor, ya basta! Decidme qué queréis, y lo haré. Si me deseáis, me someteré. Pero no me hagáis más daño. Os lo suplico, señor.

Aunque Fitch aún tenía el estómago revuelto por la repugnancia que le inspiraban sus propios actos, nunca se había sentido tan importante. Ahí estaba ella, una mujer *ander* con los pechos al aire y llamándolo señor.

—Pues escúchame bien, zorra asquerosa.

Sus propias palabras lo sorprendieron tanto como a ella. No las había preparado, sino que simplemente le salieron. No obstante, le gustó cómo sonaban.

—Sí, señor —sollozó Claudine—. Lo haré. Os escucharé. Cualquier cosa que digáis.

Se veía tan lastimosa y desvalida... Apenas una hora antes, si una mujer *ander*, incluso Claudine Winthrop, le hubiese ordenado que se arrodillara y limpiara el suelo con la lengua, él lo habría hecho temblando de miedo. Nunca había imaginado que pudiera ser tan fácil; unos cuantos puñetazos, y ya la tenía suplicando que haría cualquier cosa. Nunca se había imaginado que fuese tan fácil ser importante y que la gente lo obedeciera.

Fitch recordó lo que Dalton Campbell quería que le dijera.

—Te pavoneabas delante del Ministro, ¿verdad? Te ofrecías a él, ¿no? —Por su tono de voz era evidente que no se trataba realmente de una pregunta.

—Sí, señor.

—Si se te ocurre volverle a decir a alguien que el Ministro te violó, lo lamentarás. Contar una mentira como ésa es traición. ¿Lo entiendes? Traición. Y la traición se paga con la muerte. Cuando encuentren tu cuerpo, nadie podrá reconocerte. ¿Lo entiendes, zorra? Encontrarán tu lengua clavada a un árbol.

»Es mentira que el Ministro te violó. Una mentira repugnante y traidora. Si vuelves a repetirla, sufrirás antes de morir.

—Sí, señor. Nunca volveré a mentir. Lo siento. Por favor, perdonadme. Nunca mentiré de nuevo, lo juro —sollozó la mujer.

—Te estabas exhibiendo ante el Ministro, ofreciéndote en bandeja. Pero el Ministro es demasiado bueno para tener una aventura contigo o con quien sea. Te rechazó. Te dijo que no.

—Sí, señor.

—No pasó nada indecoroso. ¿Lo entiendes? El Ministro nunca ha hecho nada indecoroso contigo ni con nadie.

—Sí, señor —lloriqueó Claudine con la cabeza gacha.

Fitch le sacó un pañuelo de la manga y le secó las lágrimas de los ojos. Incluso con esa poca luz se dio cuenta de que, después de devolver y de llorar, tenía el maquillaje de la cara hecho un desastre.

—Deja de llorar. Se te está corriendo toda la pintura. Será mejor que vuelvas a tu habitación y te arregles antes de regresar al banquete.

Claudine se sorbió la nariz, tratando de contener las lágrimas.

—No puedo volver al banquete. Mi vestido se ha echado a perder. No puedo volver.

—Puedes volver y lo harás. Arréglate la cara y ponte otro vestido. Vas a volver. Habrá alguien allí vigilando para comprobar si vuelves y si has entendido el mensaje. Si das otro paso en falso, te tragarás el acero de su espada.

Asustada, lo miró con ojos como platos.

—¿Quién...?

—Eso da igual. No es cosa tuya. Tú preocúpate sólo de haber recibido el mensaje y entender lo que te pasará si vuelves a contar esas sucias mentiras.

Claudine Winthrop asintió con la cabeza.

—Lo entiendo.

—Señor —añadió Fitch. La frente de la andrón tembló.

—Lo entiendo, señor.

Claudine retrocedió pegándose a Morley.

—Lo entiendo, señor. Sí, señor. Lo entiendo perfectamente.

—Bien.

Claudine bajó la vista y se miró. El labio inferior le temblaba y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Por favor, señor, ¿puedo cubrirme?

—Cuando acabe de hablar.

—Sí, señor.

—Has salido a dar un paseo y no has hablado con nadie. ¿Entendido? Con nadie. A partir de ahora no hables sobre el Ministro o la próxima vez que lo hagas te encontrarás con un palmo de acero en la garganta. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora puedes cubrirte —dijo Fitch con un gesto.

Mirando por encima del hombro de la mujer, Morley contempló lascivamente cómo ella volvía a taparse. A Fitch le parecía que, por mucho que se cubriera con ese vestido, lo seguía enseñando todo. Pero, de todos modos, disfrutó mirando cómo se vestía. Jamás había soñado que vería a una mujer, especialmente a una andrón, hacer tal cosa.

Por el modo en que se irguió y dio un respingo, Fitch supuso que Morley le había hecho algo por debajo del vestido. Él también sentía deseos de hacerle algo, pero recordó las palabras de Dalton Campbell.

Fitch la agarró bruscamente por el brazo y la empujó hacia adelante.

—Ahora vete.

Claudine Winthrop lanzó una rápida mirada a Morley y después a Fitch.

—Sí, señor. Gracias. —Se inclinó en una apresurada reverencia—. Gracias, señor.

Sin decir más se recogió la falda con ambas manos, bajó corriendo los escalones y desapareció apresuradamente en la noche.

—¿Por qué la has dejado marchar? —preguntó Morley, apoyando una mano en la cadera—. Podríamos haberlo pasado bien con ella. Hubiera hecho cualquier cosa que quisiéramos. Después de echarle un vistazo le tenía ganas.

Fitch se inclinó hacia su contrariado amigo.

—Porque maese Campbell no nos dijo en ningún momento que pudiésemos hacerlo, por eso. Estábamos ayudando a maese Campbell, eso es todo. Nada más.

Morley hizo una mueca.

—Ya. Supongo que tienes razón. Aún podemos emborracharnos —sugirió mirando la pila de leña.

Fitch recordó la expresión de miedo de Claudine Winthrop. La recordó llorando y gimoteando. Naturalmente sabía que las mujeres hakens lloraban, pero nunca se había imaginado a una ander llorando. Ignoraba por qué, pero no se lo había imaginado.

El Ministro era ander, por lo que no podía equivocarse, pensaba Fitch. Claudine Winthrop debió de buscárselo con esos vestidos tan escotados y flirteando descaradamente con él. Fitch había visto con sus propios ojos cómo se comportaban muchas mujeres con él, como si desearan que las tomara.

Entonces recordó a Biata en el suelo, llorando. Recordó su cara de sufrimiento cuando el Ministro la echó afuera después de divertirse con ella. También recordó que le había pegado.

Era demasiado complicado para entenderlo todo. En esos momentos Fitch no deseaba más que emborracharse y olvidar.

—Tienes razón, Morley. Vamos a emborracharnos. Tenemos mucho que celebrar. Esta noche nos hemos convertido en hombres importantes.

Se pasaron los brazos por los hombros y se encaminaron hacia donde estaba la botella.

20

—Vaya, vaya. Lo que hay que ver —susurró Teresa.

Dalton siguió su mirada y vio a Claudine Winthrop que se abría paso, titubeante, entre la multitud de invitados que pululaban por la sala. Llevaba un vestido que ya le había visto cuando él aún trabajaba en la ciudad, un vestido viejo de diseño modesto. No era el mismo que llevaba al principio de la velada. Dalton sospechaba que debajo de la máscara de colorete rosado su tez debía de estar cenicienta. La desconfianza teñiría ahora su visión.

Los invitados procedentes de la ciudad de Fairfield contemplaban con ojos muy abiertos por el asombro todo lo que los rodeaba, tratando de embeberse de todo y así poder contar luego a sus amigos la magnífica velada que habían vivido en la finca del Ministro de Cultura con todo lujo de detalles. Era todo un honor ser invitado al Ministerio, y no querían perderse nada. Cuando se trataba de alardear, los detalles eran esenciales.

El suelo de la sala estaba cubierto con singulares alfombras de rico colorido colocadas a intervalos regulares. Entre unas y otras podía apreciarse el intrincado revestimiento de marquetería. Era imposible pasar por alto la sensación de lujo bajo los pies que proporcionaban las gruesas alfombras. Dalton calculó que para confeccionar los cortinajes que cubrían artísticamente cada uno de los altos ventanales a ambos lados de la sala, contruidos con una compleja tracería ornamental para sostener las vidrieras de colores, se habrían invertido cientos de miles de metros del mejor material. Algunas mujeres lo palpaban entre los dedos pulgar e índice para comprobar la densa urdimbre. Los bordes de la tela azul celeste y dorado pálido se adornaban con borlas multicolores tan grandes como un puño. Algunos hombres admiraban las columnas de piedra estriadas que sostenían la maciza ménsula tallada en la roca que se extendía a lo largo de los muros laterales, en la base de la bóveda de cañón de la sala. La bóveda estaba cubierta por un conjunto de marcos curvos de caoba y de paneles, parecidos a los extremos de dovelas minuciosamente talladas.

Dalton se llevó la copa de metal a los labios y tomó un sorbo del mejor vino del valle Nareef mientras observaba. De noche, con todas las velas y las lámparas encendidas, el salón resplandecía. La primera vez que estuvo, procedente de la ciudad, había necesitado de toda su fuerza de voluntad para no quedarse boquiabierto como esa gente.

Observó cómo Claudine Winthrop se movía entre los invitados vestidos de gala, dando la mano a unos, tocando el codo de otros, saludando, sonriendo rígidamente y contestando preguntas con palabras que Dalton no podía oír. Por angustiada que estuviera, y Dalton tenía la certeza de que lo estaba, le sobraban recursos para actuar con corrección. Como esposa de un acaudalado hombre de negocios, al que los comerciantes y los tratantes de grano habían elegido diputado para representarlos, Claudine era alguien importante en el Ministerio por derecho propio. Cuando la gente se daba cuenta de que su marido tenía edad suficiente para ser su padre suponía que no era más que su muñequita. Se equivocaba de medio a medio.

Su marido, Edwin Winthrop, había empezado como granjero cultivando sorgo dulce en grandes extensiones en el sur del país. Gastaba con frugalidad y prudencia hasta el último penique que ganaba con la venta de la melaza de sorgo que él mismo prensaba. Se pasaba casi sin nada y dejando para el futuro cualquier cosa, ya fuese un techo, ropa adecuada, las comodidades más simples o una mujer e hijos.

Con el tiempo, invirtió sus ahorros en comprar ganado al que alimentaba con lo que quedaba del sorgo después de pasar por la prensa. Engordaba el ganado, lo vendía para comprar más animales de engorde y el equipo necesario para montar alambiques. De ese modo, él mismo producía licor en vez de vender la melaza a las destilerías. Con los pingües beneficios del alcohol que destilaba de la melaza arrendó más tierras de cultivo y compró más ganado, más equipo y más edificios donde producir más

licor y, con el tiempo, almacenes y carros para transportar las mercancías que producía. El alcohol destilado en las granjas Winthrop se vendía desde Renwold a Nicobarese, desde la cercana Fairfield hasta la lejana Aydindril. Gracias a que todo lo hacía él mismo o, mejor dicho, a que contrataba él mismo a sus trabajadores para que lo hicieran todo (cultivar sorgo, pasarlo por la prensa, destilar la melaza, distribuir el licor, alimentar al ganado con las sobras del sorgo prensado, sacrificar el ganado y entregar las reses a los carniceros), Edwin Winthrop pudo mantener bajos costes y amasar una verdadera fortuna.

El señor Winthrop era un hombre frugal, honesto y querido. Esperó a casarse hasta haber triunfado. La elegida fue Claudine, una joven de poco más de veinte años, hija de un tratante de grano, que había recibido una educación esmerada. Desde entonces habían pasado diez años por lo menos.

Claudine supervisaba con habilidad las cuentas y los registros de su marido, vigilando cada penique tan cuidadosamente como lo haría el mismo Edwin. Claudine se había convertido en la mano derecha de su marido, del mismo modo que Dalton lo era del Ministro. Con su ayuda, el imperio personal de Edwin se había duplicado. Incluso a la hora de casarse, Edwin Winthrop había sabido elegir con cuidado y sabiamente. Tal vez, ese hombre que nunca había buscado el placer personal por fin se había permitido esa alegría, porque Claudine era tan atractiva como diligente.

Después de que sus colegas lo eligieron diputado, Claudine le fue muy útil en asuntos legales y lo ayudaba desde la sombra a redactar las leyes sobre comercio que su marido proponía. Dalton sospechaba que ella tenía mucho que ver incluso con que se presentaran esas leyes. Cuando Edwin no estaba, Claudine exponía discretamente los argumentos a favor de las leyes que su marido proponía. Nadie en el Ministerio la creía una muñequita.

Con la única excepción, quizá, de Bertrand Chanboor. Claro que para el Ministro todas las mujeres eran muñequitas, al menos las atractivas.

En el pasado, Dalton había visto a Claudine ruborizarse, poner ojos tiernos al Ministro y sonreírle tímidamente. Bertrand Chanboor interpretaba el recato como coquetería. Tal vez Claudine pretendía flirtear inocentemente con un hombre importante o tal vez buscaba una atención que su marido no podía darle. Después de todo no tenían hijos. O tal vez había planeado astutamente ganarse el favor del Ministro y después descubrió que Bertrand Chanboor no iba a ser generoso.

Claudine Winthrop no tenía un pelo de tonta, era inteligente y con muchos recursos. Dalton no estaba seguro de cómo había empezado todo. Bertrand Chanboor negaba haberla tocado, aunque él siempre lo negaba todo, por lo que eso era irrelevante. Una vez que Claudine intentó reunirse en secreto con el Director Linscott, el asunto ya no podía resolverse negociando educadamente una compensación. El único método seguro para controlarla era la fuerza bruta.

Dalton alzó la copa de vino hacia Claudine.

—Al final resulta que estabas equivocada, Tess. No todas se han apuntado a la moda de llevar vestidos provocativos. O tal vez es que Claudine es modesta.

—No, tiene que ser otra cosa. —Teresa estaba realmente perpleja—. Cariño, me parece que antes llevaba otro vestido. Pero ¿qué sentido tendría cambiárselo por uno viejo?

Dalton se encogió de hombros.

—Vamos a averiguarlo, ¿de acuerdo? Tú preguntas. No sería apropiado que yo lo hiciera.

Teresa lo miró con recelo. Lo conocía lo suficiente para deducir de su sutil réplica que se traía algo entre manos y también para seguirlo e interpretar el papel que acababa de asignarle. Sonrió y se colgó del brazo que su marido le ofrecía. Claudine no era la única mujer inteligente y con recursos de la casa.

Claudine se estremeció cuando Teresa le tocó un hombro por detrás, no obstante esbozó una desmayada sonrisa.

—Buenas noches, Teresa. Señor Campbell —lo saludó con una pequeña reverencia.

Teresa, con la frente fruncida por la preocupación, se inclinó hacia ella.

—Claudine, ¿qué te pasa? No tienes buen aspecto. Y ese vestido... Me parece que no lo llevabas al principio de la velada.

Claudine se retiró un rizo de la cara.

—Estoy bien. Es sólo que... estoy nerviosa con tantos invitados. A veces, las multitudes me alteran el estómago. Salí para tomar el aire pero estaba muy oscuro. Supongo que metí el pie en un agujero o algo así y me caí.

—¡Por todos los espíritus! ¿Queréis sentaros? —preguntó Dalton cogiéndola de un codo para sostenerla—. Venid, dejad que os ayude a sentaros.

Pero Claudine clavó los talones en el suelo.

—No. Estoy bien. Gracias de todas formas. Me ensucié el vestido y he tenido que cambiarme, eso es todo. Por eso ahora llevo otro vestido. Pero estoy bien.

Claudine echó un vistazo a su espada. Dalton la soltó. La había visto fijarse en muchas espadas desde que volvió a la sala.

—Por vuestro aspecto, parece como si...

—No —insistió Claudine—. Me di en la cabeza. Por eso parezco descompuesta. Estoy bien, de verdad. Simplemente me siento algo insegura por la caída.

—Lo entiendo —repuso Dalton mostrando comprensión—. Cosas como ésa hacen que nos demos cuenta de que la vida puede ser muy corta. Uno se hace consciente de que en cualquier momento —dijo chasqueando los dedos— todo se acaba.

A Claudine le temblaba el labio. Tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—Sí, sé a qué os referís. Pero ahora estoy mucho mejor. Me he recuperado.

—¿De veras? Yo no estoy tan seguro.

Teresa le dio un empujón.

—Dalton, ¿no ves que la pobre Claudine está muy afectada? Vamos —añadió dándole otro empujón—, vete a hablar de negocios mientras yo me ocupo de ella.

Dalton inclinó la cabeza y se marchó, dejando a Teresa a solas con Claudine para que la sonsacara a sus anchas. Se sentía complacido con los dos chicos hakens; parecía que le habían metido el miedo al Custodio en el cuerpo. Por su vacilante modo de caminar, era evidente que le habían entregado el mensaje como él quería. Con violencia la gente entendía mejor.

Era gratificante comprobar que había juzgado a Fitch correctamente. Por cómo el muchacho se quedó mirando fijamente su espada, lo supo. Los ojos de Claudine reflejaban miedo al posarse en su espada, mientras que los de Fitch expresaban deseo. El chico era ambicioso. Morley también era útil, aunque sobre todo por su fuerza bruta. Incluso su cabeza no era mucho más que músculo. En cambio, Fitch entendía las instrucciones y, por su entusiasmo, le serviría mejor. A esa edad no tenían ni idea de lo mucho que ignoraban.

Dalton estrechó la mano de un hombre que corrió a felicitarlo por su nuevo puesto. El ayudante del Ministro puso su mejor cara, aunque no recordaba cómo se llamaba ni tampoco prestó atención a sus efusivos elogios; tenía la mente en otra cosa.

El Director Linscott estaba justo terminando de hablar con un hombre bajo y fornido sobre los impuestos del trigo que éste tenía almacenado. No era un asunto nimio, teniendo en cuenta las inmensas reservas de cereal de Anderith. Mostrándose educado y frío, Dalton se alejó del desconocido que lo había saludado y se aproximó discretamente a Linscott.

Cuando el Director se volvió, Dalton le sonrió cálidamente y le estrechó la mano sin darle oportunidad de que se la negara. El apretón de manos de Linscott era vigoroso. Sus manos aún mostraban las callosidades de una vida de trabajo.

—Me alegra enormemente que hayáis podido venir, Director Linscott. Espero que estéis disfrutando de la velada. El Ministro está muy interesado en discutir ciertos asuntos con vos.

Linscott, un hombre alto y enjuto con la tez curtida por el sol y que, por su aspecto, cualquiera diría que sufría un eterno dolor de muelas, no le devolvió la sonrisa. Los cuatro Directores más viejos eran

prohombres de gremios: uno del importante gremio de fabricantes de tejidos, otro representaba al del papel, el tercero era un maestro armero y, por último, Linscott era maestro albañil. En cuanto a los Directores restantes, en su mayor parte eran respetados prestamistas o comerciantes, además de un procurador y varios abogados.

El sobretodo del Director Linscott era de corte anticuado, pero perfectamente conservado y de un cálido tono marrón que quedaba muy bien con su ralo pelo gris. También su espada era vieja, aunque era exquisito el trabajo del metal de la boquilla y la punta de la vaina de cuero. El emblema de plata, el compás de un maestro albañil, resaltaba contra el fondo de piel oscura por su brillante silueta. Sin duda, la hoja de la espada estaría tan perfectamente cuidada como todo lo suyo.

Linscott no buscaba intimidar; era algo natural en él, del mismo modo que una madre oso con oseznos se muestra naturalmente hosca. Para Linscott la gente de Anderith, tanto los que trabajaban los campos como los que pescaban como los comerciantes de cualquier gremio, eran sus oseznos.

—Sí —dijo Linscott—. Me han llegado rumores de que el Ministro tiene planes grandiosos. Me he enterado de que está pensando en desoír los enérgicos consejos de la Madre Confesora y romper la alianza con la Tierra Central.

Dalton extendió ambas manos.

—Estoy seguro de que no me equivoco si os aseguro, basándome en mi conocimiento de la situación, que el Ministro Chanboor solamente trata de conseguir las mejores condiciones para nuestro pueblo. Eso es todo.

»Vos, por ejemplo. ¿Qué pasará si nos rendimos al nuevo lord Rahl y nos unimos al imperio de D'Hara? A diferencia de lo que era la alianza con la Tierra Central, lord Rahl exige que todos los países renuncien a su soberanía. Eso significaría que ya no necesitaríamos Directores de Concordia Cultural.

La curtida faz de Linscott se volvió rubicunda por el acaloramiento.

—No se trata de mí, Campbell, sino de la libertad de todos los habitantes de la Tierra Central. Se trata de su futuro, de nuestra supervivencia. Se trata de impedir que el ejército de la Orden Imperial, que está dispuesto a arrasar toda la Tierra Central, imponga en Anderith su yugo brutal.

»El embajador de Anderith ha comunicado las palabras de lord Rahl en el sentido de que, si bien todos los países deben rendirse ante él y someterse a una ley y un mando únicos, permitirá que conserven su cultura, siempre y cuando no se violen las leyes comunes a todos. Lord Rahl ha prometido que si accedemos a su ruego mientras la invitación aún está abierta a todos, podremos tomar parte en la redacción de esas leyes comunes. La Madre Confesora ha dado su palabra de que será así.

Dalton inclinó respetuosamente la cabeza ante Linscott.

—Me temo que interpretáis erróneamente la posición del Ministro Chanboor. Si realmente cree que el consejo de la Madre Confesora redundará en beneficio de nuestro pueblo, propondrá al Soberano que lo sigamos. Después de todo, lo que está en juego es nuestra cultura. El Ministro no quiere elegir un bando prematuramente. Es posible que la Orden Imperial nos ofrezca mejores perspectivas de paz. El Ministro sólo desea la paz.

El adusto ceño del Director pareció helar el aire que lo rodeaba.

—Los esclavos tienen paz.

Dalton adoptó una fingida expresión de inocencia y desamparo.

—No soy rival para vuestro rápido ingenio, Director.

—Parecéis muy dispuesto a vender vuestra propia cultura por las promesas vacías de una horda de invasores obsesionados con la conquista. Preguntaos a vos mismo por qué, si no, han venido sin ser invitados. ¿Cómo podéis proclamar tranquilamente que estáis considerando la posibilidad de asestar una puñalada al corazón de la Tierra Central? ¿Qué tipo de hombre sois, Campbell, para dar la espalda a los consejos y las exhortaciones de nuestra Madre Confesora después de todo lo que ha hecho por nosotros?

—Director, me parece que...

Linscott agitó un puño.

—Sin duda nuestros antepasados, que lucharon en vano contra la horda haken, se revolverán en su descanso eterno al oírlos decir que contempláis la idea de echar por la borda su sacrificio y nuestro patrimonio.

Dalton guardó silencio, dejando que Linscott oyera cómo sus palabras llenaban el silencio y resonaban entre ellos. Era justamente el efecto que buscaba con sus palabras.

—Sé que sois sincero en vuestro intenso amor hacia nuestro pueblo y en vuestro inquebrantable deseo de protegerlo. Yo también lo deseo y lamento que dudéis de mi sinceridad. Espero que disfrutéis del resto de la velada. —Dalton se despidió con una cortés inclinación de cabeza.

Dalton Campbell hacía gala de una cortesía exquisita al aceptar ese desplante y, sobre todo, dejaba al descubierto que alguien capaz de infligir tal insulto no estaba a la altura de los antiguos ideales del honor ander.

Tan sólo los hakens podían tratar con tal crueldad a los anders.

Mostrando el mayor respeto hacia el hombre que lo había insultado, Dalton se volvió como si el Director le hubiera pedido que se retirara, como si lo hubiera ahuyentado, como si hubiese sido humillado por un cacique haken.

El Director lo llamó. Dalton hizo una pausa y miró hacia atrás por encima del hombro.

Linscott hizo una mueca con la boca, como si la aflojara para ensayar una cortesía a la que no estaba acostumbrado.

—Dalton, os recuerdo de cuando trabajabais para el magistrado de Fairfield. Siempre pensé que erais un hombre con principios morales y lo sigo creyendo.

Dalton giró sobre sí mismo cautelosamente, exponiéndose, como preparándose para encajar otro insulto si Linscott así lo deseaba.

—Gracias, Director Linscott. Viniendo de un hombre tan respetado como vos, oír eso es muy gratificante.

Linscott hizo un gesto despreocupado, como si todavía estuviera apartando telarañas de los rincones más oscuros en busca de palabras corteses.

—Así pues, no consigo entender cómo es posible que un hombre como vos permita que su esposa se exhiba por ahí mostrando a todo el mundo los pechos.

Dalton sonrió. Aunque las palabras no eran conciliadoras, el tono sí lo era. Mientras se acercaba al Director cogió tranquilamente una copa de vino de una bandeja que circulaba entre los invitados y se la ofreció. Linscott la aceptó con una inclinación de cabeza.

—De hecho, Director Linscott —dijo Dalton, abandonando el tono oficial y hablándole como si hubiesen compartido travesuras de niños—, no podría estar más de acuerdo con vos. Mi esposa y yo tuvimos una discusión por ello esta misma noche. Ella insistía en que es la moda. Yo me puse firme, pues soy yo quien lleva los pantalones en mi matrimonio, y le prohibí terminantemente que llevara ese vestido.

—Entonces ¿por qué lo lleva?

Dalton suspiró con cansancio.

—Porque yo no engaño a mi mujer.

Linscott ladeó la cabeza.

—Me alegra oír que no os escudáis en la nueva moralidad que está surgiendo para justificar el desenfreno. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Dalton bebió un poco de vino. Linscott lo imitó.

—Bueno, puesto que no la engaño, tengo que perder alguna discusión si quiero participar en juegos de cama.

Por primera vez el Director sonrió, aunque brevemente.

—Ya entiendo.

—Las mujeres jóvenes de estos círculos siguen una moda atroz. Cuando vine aquí a trabajar me escandalicé. No obstante, mi esposa es más joven que yo y desea encajar, tener amigas. Teme que las demás mujeres de la casa la rechacen.

»He hablado con el Ministro sobre ello, y está de acuerdo en que las mujeres no deberían exhibirse de ese modo. No obstante, nuestra cultura otorga a las mujeres la prerrogativa sobre cómo se visten. El Ministro y yo opinamos que juntos hallaremos el modo de influir en la moda para corregir la tendencia actual.

Linscott asintió aprobadoramente.

—Bueno, yo también tengo esposa y tampoco la engaño. Me alegra saber que sois uno de los pocos que hoy en día defienden el viejo ideal de que un juramento es sagrado y que el compromiso entre los esposos es sacrosanto. Sois un buen hombre.

La cultura de Anderith giraba en gran medida en torno al honor y la palabra dada en solemne juramento, es decir en torno a cumplir las promesas. Pero Anderith estaba cambiando. Para muchos era motivo de profunda preocupación que en las últimas décadas los límites morales fueran menospreciados. El libertinaje no sólo se aceptaba, sino que entre la elite era lo esperado.

Dalton echó una rápida mirada a Teresa, luego al Director y otra vez a Teresa.

—Director, me encantaría presentaros a mi preciosa esposa. Os estaría eternamente agradecido si utilizaseis vuestra considerable influencia en bien de la decencia. Sois un hombre muy respetado y podéis hablar con una autoridad moral que yo jamás llegaré a poseer. Teresa cree que hablo solamente como un marido celoso.

Linscott reflexionó brevemente.

—Lo haré, si eso es lo que queréis.

Teresa estaba animando a Claudine a beber un poco de vino y trataba de consolarla cuando Dalton escoltó al Director hacia las dos mujeres.

—Teresa, Claudine, permitid que os presente al Director Linscott.

Teresa sonrió y lo miró a los ojos mientras Linscott le besaba suavemente la mano. Claudine mantuvo la mirada clavada en el suelo durante el saludo. Parecía como si deseara o lanzarse en brazos del Director para pedirle protección o salir corriendo tan de prisa como pudiera. La tranquilizadora mano de Dalton sobre su hombro le impidió ambas cosas.

—Teresa, querida, el Director y yo estábamos discutiendo la cuestión de los vestidos de las mujeres y la moda frente al decoro.

Teresa inclinó un hombro hacia el Director como si se confiara a él.

—Mi marido es tan remilgado sobre lo que me pongo... ¿Qué opináis vos, Director Linscott? ¿Aprobáis mi vestido? ¿Os gusta? —preguntó sonriendo muy orgullosa.

Linscott la contempló sólo unos breves instantes.

—Es precioso, querida. Realmente precioso.

—¿Lo ves, Dalton? Te lo dije. Mi vestido es mucho más recatado que los demás. Estoy encantada de que alguien tan respetado como vos lo aprobéis, Director Linscott.

Mientras Teresa se dirigía a un criado para que volviera a llenarle la copa, Dalton lanzó a Linscott una mirada que decía: ¿por qué no me habéis ayudado? Éste se encogió de hombros y le comentó al oído:

—Vuestra esposa es una mujer preciosa y muy simpática. No podía humillarla ni decepcionarla.

Dalton suspiró ruidosamente.

—Ése es exactamente mi problema.

Linscott se irguió sin dejar de sonreír.

—Director —dijo Dalton más serio—, Claudine ha sufrido un terrible accidente esta noche. Mientras paseaba tropezó, se cayó y se hizo daño.

—Por todos los espíritus. ¿Estáis herida, querida? —preguntó Linscott, cogiéndole la mano.

—No ha sido nada —murmuró Claudine.

—Hace muchos años que conozco a Edwin. Estoy seguro de que vuestro marido no tendría nada que objetar a que os acompañara hasta vuestras habitaciones. Vamos, cogeos de mi brazo y os llevaré sana y salva a la cama.

Dalton bebió un poco mirando por encima del borde de la copa. Los ojos de la mujer recorrieron la sala. Era evidente que ansiaba aceptar la invitación. Si lo hacía, estaría a salvo. Linscott era un hombre poderoso y la protegería.

Esa prueba diría a Dalton lo que necesitaba saber. De hecho, no corría un riesgo muy grande con ese experimento. Después de todo, algunas personas desaparecían y nunca eran encontradas. No obstante, eso tenía sus riesgos. Dalton esperó que Claudine le dijera qué hacer. Por fin lo hizo.

—Gracias por preocuparos, Director Linscott, pero estoy bien. Hace tiempo que espero este banquete y poder ver a los invitados que han acudido a la finca. Nunca me perdonaría perdérmelo y no oír hablar a nuestro Ministro de Cultura.

Linscott tomó un sorbo de vino.

—Vos y Edwin habéis trabajado muy duro en las nuevas leyes desde que fue elegido diputado. Habéis colaborado con el Ministro. ¿Qué opináis de él? Dadme vuestra opinión sincera —pidió, muy interesado.

Claudine dio un buen trago al vino. Tenía que recuperar el aliento. Finalmente habló con la mirada perdida en la nada.

—El Ministro Chanboor es un hombre de honor. Su política ha beneficiado a Anderith. Ha respetado las leyes que Edwin ha propuesto. —Dio otro trago al vino—. Somos afortunados de tenerlo como Ministro de Cultura. Me cuesta imaginarme a otra persona capaz de hacer todo lo que él hace.

Linscott enarcó una ceja.

—Un aval muy categórico viniendo de una mujer de vuestro renombre. Todos sabemos que vos, Claudine, habéis contribuido tanto a esas nuevas leyes como Edwin.

—Sois muy amable —murmuró Claudine, clavando los ojos en la copa—. No soy más que la esposa de un hombre importante. Si esta noche me hubiese roto el cuello en la oscuridad, no se me echaría en falta y sería rápidamente olvidada, mientras que Edwin recibiría honores durante mucho tiempo.

Linscott contempló con perplejidad la coronilla de Claudine.

—Claudine es demasiado modesta —dijo Dalton. Justo entonces vislumbró al mayordomo, que abría la puerta doble, vestido impecablemente con levita roja cruzada por un fajín de muchos colores. Al otro lado cuencos con pétalos de rosa flotando en el agua aguardaban a los invitados.

—Supongo que sabéis quién será el invitado de honor esta noche —dijo Dalton al Director.

—¿Invitado de honor? —preguntó Linscott, ceñudo.

—Un representante de la Orden Imperial. Un hombre de alto rango llamado Stein. Ha venido para transmitirnos las palabras del emperador Jagang. —Dalton tomó otro sorbo—. El Soberano también ha venido para escucharlo.

Linscott suspiró por la importancia de la noticia. Por fin entendía por qué lo habían convocado junto a los otros Directores para participar en lo que ellos creían que sería un banquete como tantos otros en el Ministerio. Por razones de seguridad, el Soberano muy raramente anunciaba sus apariciones en público con antelación. Había llegado acompañado de su guardia especial y de un largo contingente de criados.

El rostro de Teresa resplandecía al mirar a Dalton, expectante por los acontecimientos de esa noche. Claudine mantenía la mirada baja.

—Damas y caballeros, la cena está servida —anunció el mayordomo.

21

La mujer desplegó las alas y con voz sonora entonó la lúgubre melodía de una leyenda más antigua que los mitos.

*Llegaron las visiones de gélida hermosura
del país de los muertos en el que moran.
En pos de su premio y de su espeluznante deber
llegaron los ladrones de encantos y hechizos.
Sonaron tres repiques y la muerte respondió a la llamada.*

*De aspecto cautivador, aunque caros de ver,
surcaban la brisa en una chispa.
Algunos alimentaban con ramitas a su nueva
reina, mientras otros invadían la oscuridad.
Sonaron tres repiques y la muerte respondió a la llamada.*

*A algunos llamaban y a otros besaban
mientras viajaban en ríos y olas.
Llegaban resueltos e insistían:
todo el que toque morirá.
Sonaron tres repiques y la muerte respondió a la llamada.*

*Merodeaban para cazar y se unían para danzar,
ponían en práctica sus oscuros deseos
con un maleficio y un hermoso éxtasis
antes de alimentar los nuevos fuegos de la reina.
Sonaron tres repiques y la muerte respondió a la llamada.*

*Hasta que él abrió la cascada
y sonaron tres repiques,
hasta que él lanzó las llamadas
y exigió el precio,
sonaron tres repiques y la muerte conoció a la Montaña.*

*Cautivaron y abrazaron
y trataron de elogiar
pero él les ofreció la gracia
y demandó un alma.
Los repiques callaron y la Montaña los mató a todos.
Entonces la Montaña los sepultó a todos.*

La joven concluyó la cautivadora canción con una nota sostenida hasta lo imposible. Los invitados prorrumpieron en aplausos.

Se trataba de una vieja tonada de Joseph Ander, la única razón por la que era apreciada. En una ocasión, Dalton hojeó textos antiguos para tratar de descubrir el significado de esa canción, sin encontrar nada que arrojar luz sobre la letra. Además, ésta cambiaba, pues existían muchas versiones. Era una de esas canciones que nadie entendía realmente pero que todos consideraban un tesoro, porque, obviamente, relataba el triunfo de uno de los venerables y queridos fundadores del país. Esa evocadora e inquietante tonada se cantaba en ocasiones especiales para mantener la tradición.

Dalton tuvo la extraña sensación, inexplicable, de que las palabras cobraban mayor significado para él que nunca anteriormente. Casi las entendía. Pero tan rápidamente como le asaltó esa sensación, desapareció, pues su mente se centró en otros asuntos.

Las largas mangas de la artista casi rozaban el suelo cuando hizo una reverencia al Soberano con los brazos extendidos y luego saludó a los ocupantes de la mesa principal, situada junto a la de éste, que la aplaudían. Un baldaquín de seda y brocado dorado adosado a la pared recubría el muro por detrás de ambas mesas principales y se extendía después por encima de las dos mesas en pliegues semejantes a ondas. Lanzas anderianas de tamaño descomunal sostenían las esquinas del baldaquín. El efecto que se buscaba era que las mesas principales parecieran estar situadas encima de un escenario. Dalton se dijo que, en muchos aspectos, así era.

La cantante se inclinó hacia los comensales que ocupaban las largas hileras de mesas a ambos lados del salón comedor. Sus mangas estaban recubiertas de plumas de lechuza blanca con motas, por lo que cuando extendía los brazos cantando parecía una mujer alada, un ser salido de las antiguas historias que explicaba.

Stein, sentado al otro lado del Ministro y su esposa, aplaudía como ellos, pero apáticamente. Sin duda se imaginaba a la joven rapsoda sin las alas. A la derecha de Dalton, Teresa daba gritos de admiración y entusiasmo con sus aplausos. Dalton sofocó un bostezo mientras aplaudía.

La cantante se retiró levantando los brazos y batiendo las alas en señal de agradecimiento por los silbidos que sonaban tras ella. Cuando desapareció, entraron por el lado opuesto del salón cuatro escuderos que llevaban una plataforma coronada por un barco de mazapán que flotaba en un mar de olas también de mazapán. Las hinchadas velas del barco eran de azúcar hilado.

Naturalmente, el objetivo era anunciar que el siguiente plato sería pescado, como el ciervo de pasta dulce perseguido por sabuesos hechos con la misma masa saltando un seto en el que se ocultaba un áspic de jabalí había precedido uno de carne, y el águila rellena con sus enormes alas extendidas sobre una escena de la capital en cartón había anunciado otro de ave. Desde la galería sonó una fanfarria de trompetas y tambores para acompañar la llegada del siguiente plato.

Llevaban ya cinco platos, cada uno con al menos una docena de especialidades, lo que significaba que aún quedaban siete, cada uno con al menos una docena de entrantes distintivos. La música de flauta, pífano y tambores, los juglares, trovadores y acróbatas entretenían a los comensales entre un plato y otro mientras un árbol con frutos confitados pasaba por todas las mesas. Asimismo circulaban regalos de caballos mecánicos con patas que se movían y hacían las delicias de todos.

Las carnes habían satisfecho los gustos de todos los invitados: Teresa había comido hasta tres crías de conejo, cervatillo, cerdo, ternera e incluso un oso levantado sobre las patas traseras. Éste fue llevado en carrito de una mesa a otra. En cada una se le retiraba la piel que cubría el cuerpo asado para que los trinchadores cortaran trozos para los invitados. En cuanto a aves, se había podido degustar desde gorriones (que el Ministro comía por sus efectos afrodisíacos) hasta palomas, pudín de cuello de cisne, águilas o garzas reales asadas con sus plumas y sostenidas por alambres para simular una bandada volando.

Desde luego no se esperaba que todos los comensales comieran tanto. La variedad les ofrecía una amplia elección no sólo para complacer a los honorables invitados, sino también para asombrarlos con

tanta opulencia. Una visita a la finca del Ministro de Cultura no se olvidaba fácilmente y, para muchos, se convertía en una velada legendaria que explicaban durante años.

Mientras degustaban la comida, la mayor parte de los comensales no perdía de vista la mesa principal ocupada por el Ministro y dos acaudalados patrocinadores que había invitado a su mesa, además del otro gran objeto de interés, el enviado de la Orden Imperial. Stein había llegado pronto y despertado los susurros de asombro y admiración de todos por el atuendo guerrero y la capa de cabelleras humanas. Era toda una sensación y atraía las miradas incitantes de muchas mujeres a las que les temblaban las rodillas ante la idea de llevárselo a la cama.

En vívido contraste exterior con el guerrero del Viejo Mundo, Bertrand Chanboor llevaba un jubón color púrpura guateado, ceñido y sin mangas, adornado con intrincados bordados, ribete dorado y cintas plateadas por encima de un sencillo cuerpo corto sin mangas. Ambas prendas daban un aspecto más masculino a la forma suave y redondeada del Ministro. Por encima del cuello bajo y tieso del jubón sobresalía un volante blanco. Volantes similares adornaban muñecas y cintura.

Sobre los hombros del jubón se había puesto un magnífico manto de un vivo color púrpura con un reborde de piel alrededor del cuello y de la parte delantera. Éste llevaba además hombreras y unas mangas muy anchas con cortes forrados de seda roja. Entre dichos cortes en forma de espiral las cintas separaban ristas de perlas.

Con su mirada penetrante, su sonrisa fácil, que siempre parecían dirigirse únicamente a la persona a quien miraba, y su espesa mata de pelo cano, ofrecía una estampa impresionante. Eso y su presencia, o el poder que poseía como Ministro de Cultura, despertaban la reverencial admiración de muchos y el intenso deseo de muchas.

Cuando no miraban hacia la mesa del Ministro, los invitados vigilaban a hurtadillas la mesa contigua ocupada por el Soberano, su esposa y sus hijos, ya mayores, tres hombres y dos mujeres. Nadie miraba directamente al Soberano. Después de todo, él era el representante del Creador en el mundo de los vivos; era tanto un líder religioso como el gobernante de Anderith. Muchos habitantes, anders y hakens por igual, lo reverenciaban hasta tal punto que caían al suelo, gimiendo y confesando sus pecados al paso de su carruaje.

El Soberano se mantenía alerta y vigilante, pese a que su salud empeoraba. Llevaba un reluciente atuendo dorado con un chaleco rojo que resaltaba las mangas abullonadas. Sobre los hombros se había puesto una larga estola drapeada de seda bordada y de vivos colores. Unas calzas amarillas brillantes le cubrían hasta la mitad del muslo, adonde llegaban los pantalones tipo bombacho acolchados y con cortes oblicuos. En todos los dedos llevaba joyas. La cabeza del Soberano apenas se alzaba por encima de sus hombros redondos, como si después de tantos años de soportar alrededor del cuello el peso del medallón de oro que representaba una montaña con un diamante incrustado, tuviera la espalda encorvada. Manchas de vejez tan grandes como las joyas salpicaban sus manos.

El Soberano había sobrevivido a cuatro esposas. Su última mujer le limpió amorosamente la barbilla manchada por la comida. Dalton dudaba que tuviera veinte años.

Afortunadamente, aunque los hijos y las hijas habían acudido con sus respectivos cónyuges, habían dejado a sus retoños en casa; los nietos del Soberano eran unos mocosos insufribles. Nadie se atrevía a amonestar a las criaturitas mientras hacían diabluras. Y eso que algunos eran bastante mayores que su última madrastra.

Sentada al otro lado del Ministro, lady Hildemara Chanboor, ataviada con un elegante vestido plateado plisado, con un escote tan atrevido como cualquier otra invitada, hizo un gesto a la arpista situada frente a la mesa principal. La mujer dejó que la dulce música se apagara. La esposa del Ministro era quien dirigía el banquete.

De hecho, éste no necesitaba dirección, pero Hildemara insistía en desempeñar el papel de regia anfitriona de ese acontecimiento majestuoso y solemne. Así pues, de vez en cuando intervenía alzando un dedo para silenciar la música en el momento apropiado para que todos conocieran y respetaran su

posición social. Los invitados estaban embelesados y creían que todo el banquete giraba en torno al dedo de lady Chanboor.

Desde luego, la arpista sabía en qué momento debía dejar de tocar cuando se aproximaban los diferentes puntos álgidos de la fiesta, pero de todos modos no osaba detenerse por cuenta propia, sino que esperaba a que ese noble dedo se alzara para indicárselo. Con la frente perlada de sudor observaba el dedo de lady Chanboor, temerosa de que la dama lo levantara y ella no se diese cuenta.

Aunque en público fuese considerada, radiante y hermosa, Hildemara era más bien gruesa y de rasgos toscos. A Dalton siempre le recordaba la escultura de una mujer cincelada por un artesano con más fervor que talento. No era una pieza de arte que uno deseara contemplar mucho tiempo.

La arpista aprovechó el descanso para coger una copa del suelo, junto al arpa dorada. Al inclinarse hacia adelante para alcanzar la copa, el Ministro le miró descaradamente el escote mientras le daba un codazo a Dalton en las costillas para que no se lo perdiera.

Lady Chanboor se dio cuenta pero no reaccionó. Nunca lo hacía. Hildemara gozaba con el poder que poseía y pagaba de buen grado el precio por ello.

No obstante, cuando estaban en privado a veces arremetía contra su marido con lo primero que se le ocurría, aunque solía ser más por un desaire social que por una indiscreción marital. Hildemara no tenía verdaderos motivos para echarle en cara sus aventuras, pues tampoco ella le era fiel, sino que de vez en cuando gozaba de la discreta compañía de otros hombres. Dalton guardaba una lista mental de todos.

Al igual que con muchas de las amantes de su marido, Dalton Campbell sospechaba que lo que atraía a los galanes de Hildemara era el poder y la esperanza de ganar un favor. Pero la mayoría de la gente ni siquiera sospechaba lo que ocurría en la finca, por lo que la veían como una esposa fiel y afectuosa, imagen que ella cultivaba con celo. El pueblo de Anderith la amaba como si fuera su reina.

En muchos aspectos, ella era el poder oculto tras el Ministro. Era hábil, estaba bien informada y no se dejaba distraer del objetivo. Muchas veces, Bertrand se dedicaba a sus juegos mientras ella, tras las puertas, dictaba órdenes. El Ministro confiaba en la pericia de su esposa y frecuentemente acataba su opinión en asuntos materiales, sin importarle que adjudicara subsidios a auténticos bellacos o que estuviera cometiendo disparates culturales.

Independientemente de lo que ella pudiera pensar del Ministro en privado, trabajaba celosamente para preservar su autoridad. Si Bertrand Chanboor caía, la arrastraría también a ella. A diferencia de su marido, Hildemara raras veces se emborrachaba y limitaba sus devaneos a la discreta oscuridad de la noche.

Dalton la conocía demasiado para subestimarla. Hildemara tejía sus propias telarañas.

Los invitados lanzaron exclamaciones de sorpresa y deleite cuando un «marinero» saltó de detrás del barco de mazapán, tocando una alegre melodía de pescadores con un pífano y acompañándose con un tamboril que le colgaba del cinturón. Teresa rió y aplaudió, como tantos otros.

—Oh, Dalton —dijo, apretando la pierna de su marido por debajo de la mesa—, ¿te habías imaginado alguna vez que llegaríamos a vivir en un sitio tan espléndido, que conoceríamos personas tan espléndidas y que veríamos cosas tan espléndidas?

—Por supuesto.

Teresa lanzó otra risita y suavemente empujó un hombro contra el de Dalton. El ayudante del Ministro vio a Claudine aplaudir desde una mesa situada en el lado derecho. Stein, sentado a la izquierda de Dalton, pinchó un trozo de carne y, haciendo gala de unos modales atroces, lo arrancó del cuchillo con los dientes. Luego masticó con la boca abierta mirando el entretenimiento. Sin duda, Stein prefería otro tipo de diversión.

Los criados ya comenzaban a servir el pescado en bandejas de plata que llevaban al aparador para añadir la salsa y sazónarlo antes de ofrecerlo a los comensales. El Soberano había llevado sus propios criados para que probaran y le prepararan la comida. Incluso usaban cuchillos propios para cortar la exquisita costra superior de los panecillos y panes para él y su familia. Asimismo contaban con otros cuchillos destinados a preparar las rebanadas sobre las que colocaban su comida y que, a diferencia de los

platos de todos los demás, se cambiaban al terminar de comer. Tenían un cuchillo para cortar lonjas y otro para recortar.

El Ministro se arrimó a Dalton sosteniendo entre los dedos una loncha de tocino que acababa de untar en mostaza.

—Me ha llegado el rumor de que hay una mujer dispuesta a propagar mentiras muy desagradables. Tal vez deberías hacer averiguaciones.

Dalton escogió del plato que compartía con Teresa una rodaja de pera en leche de almendra que cogió con dos dedos.

—Sí, Ministro, ya lo he hecho. Esa mujer no pretende faltarnos al respeto. —Dicho esto se metió la pera en la boca.

Chanboor enarcó una ceja.

—En ese caso todo arreglado. —Sonrió abiertamente y guiñó un ojo a Teresa. Ella sonrió e inclinó la cabeza para devolverle el saludo—. Ah, mi querida Teresa, ¿te he dicho ya que esta noche estás especialmente divina? Y tu pelo es maravilloso; pareces un buen espíritu que honrase mi mesa con su presencia. Si no estuvieras casada con mi mano derecha, te invitaría a bailar más tarde.

El Ministro muy pocas veces bailaba con nadie excepto con su esposa o, por cuestiones de protocolo, con las mujeres de los dignatarios de visita.

—Ministro, sería un honor tanto para mí como para mi esposo —replicó Teresa atrancándose con las palabras—. Estoy segura de que no podría estar en mejores manos ni en la pista de baile ni en cualquier otro lugar.

Pese a su habitual habilidad para mantener una actitud de ecuanimidad en los actos sociales, Teresa se ruborizó por ese alto honor que Bertrand casi le había otorgado. Jugueteeó con las brillantes lentejuelas con que se adornaba el pelo, consciente de los ojos envidiosos que la miraban hablar con el Ministro de Cultura en persona.

Por cómo Hildemara torció el gesto, Dalton supo que no tenía que inquietarse porque bailaran ni porque Bertrand Chanboor se apretara contra los pechos casi desnudos de Teresa. Lady Chanboor no toleraría que el Ministro demostrara en público que tenía ojos para otras mujeres.

Dalton recondujo la conversación hacia los temas que le interesaban.

—Uno de los funcionarios de la ciudad está muy preocupado por la situación de la que hablamos.

—¿Qué ha dicho? —Bertrand sabía a qué Director se referían, pero prudentemente no pronunció su nombre en voz alta, aunque sus ojos destellaron de ira.

—Nada —le aseguró Dalton—. Pero es un hombre insistente. Es posible que investigue el asunto y presione para obtener respuestas. Hay quienes conspiran contra nosotros y les encantaría enarbolar el estandarte del decoro. Si nos viésemos obligados a defendernos de acusaciones infundadas de mala conducta, perderíamos el tiempo lastimosamente y no podríamos dedicar nuestros esfuerzos a nuestro deber hacia el pueblo de Anderith.

—La mera idea es absurda —comentó el Ministro, siguiendo su ejemplo de no hablar abiertamente—. Supongo que no creerás en serio que esa gente conspira para oponerse a nuestras buenas obras, ¿no?

Chanboor usaba esas palabras tan a menudo que ya las decía de memoria. La mínima prudencia exigía que fuesen circunspectos al hablar en público. Era posible que entre los invitados se hubieran infiltrado personas con el don para escuchar algo secreto. El mismo Dalton usaba los servicios de una mujer con poderes mágicos para espiar.

—Hemos consagrado nuestras vidas al servicio del pueblo de Anderith y, no obstante, hay unos pocos avariciosos que quisieran paralizar los progresos que estamos haciendo en bien de la gente trabajadora —dijo Dalton.

Bertrand cogió del tajo que compartía con su mujer un ala asada de cisne que sumergió en un cuenco pequeño con una salsa que se preparaba hirviendo trigo en leche, al que luego se añadía azúcar, canela y pasas.

—Entonces, ¿piensas que los instigadores pretenden causar problemas?

Lady Chanboor, que no se perdía ni una coma de la conversación, se aproximó a su marido.

—Los agitadores cogerían al vuelo la oportunidad de destruir todo el trabajo que ha hecho Bertrand. Ayudarían gustosos a cualquier alborotador. —Lanzó un significativo vistazo al Soberano, que comía de los dedos de su joven mujer—. Tenemos cosas importantes que hacer. Lo último que necesitamos es opositores que se entrometan en nuestros esfuerzos.

Bertrand Chanboor era el candidato con más posibilidades de ser nombrado Soberano, aunque también tenía detractores. El cargo de Soberano era vitalicio. Cualquier desliz en esos momentos cruciales bastaría para descartarlo. Eran muchos quienes observaban y escuchaban al Ministro esperando que cometiera ese desliz.

Una vez que Bertrand Chanboor fuese nombrado Soberano ya no tendrían nada de que preocuparse, pero hasta entonces nada era seguro.

Dalton expresó su acuerdo con una inclinación de cabeza.

—Habéis juzgado la situación perfectamente, lady Chanboor.

Bertrand lanzó un gruñido.

—Supongo que tienes una sugerencia.

—La tengo —respondió Dalton bajando la voz hasta convertirla en poco más que un susurro. No era de buena educación murmurar, pero no se podía evitar; era preciso actuar y nadie podía escuchar los susurros—. Creo que lo mejor sería alterar el equilibrio de las cosas. Lo que tengo en mente no sólo separará la maleza del trigo, sino que desalentará a otras malas hierbas.

Sin perder de vista la mesa del Soberano, Dalton expuso su propuesta. Lady Chanboor irguió la espalda con una astuta sonrisa; el consejo de Dalton encajaba con su temperamento. Bertrand asintió sin demostrar ninguna emoción, mientras miraba a Claudine picotear su comida.

Stein arrastró la hoja de su cuchillo por encima de la mesa y rajó con toda premeditación el fino mantel de lino blanco.

—¿Por qué no les rebano el pescuezo? Sería mucho más fácil.

El Ministro miró alrededor para asegurarse de que nadie hubiese oído la oferta de Stein. Hildemara se puso roja de ira, mientras que Teresa se quedaba lívida al oír hablar de ese modo, sobre todo tratándose de un hombre que llevaba una capa con cabelleras humanas.

Stein ya había sido avisado. Si esas palabras eran oídas por alguien y se informaba de ellas, podrían dar lugar a una investigación, lo cual sin duda les valdría una visita de la mismísima Madre Confesora. Ésta no descansaría hasta descubrir toda la verdad y, si eso ocurría, era muy probable que decidiera usar su magia para apartar al Ministro del cargo para siempre.

Dalton le lanzó una mirada mortífera que equivalía a una amenaza silenciosa, pero Stein se limitó a sonreír y mostrar sus dientes amarillentos.

—Sólo bromeaba.

—No me importa lo numerosas que sean las fuerzas de la Orden Imperial —gruñó el Ministro para los oídos de quienquiera que hubiese oído a Stein—. A no ser que se os invite a pasar, lo cual todavía está por decidir, todos pereceríais ante el Dominie Dirtch. El emperador lo sabe o no nos pediría que considerásemos la generosa oferta de paz que nos ha hecho. Estoy seguro de que no le gustaría saber que uno de sus hombres ha insultado nuestra cultura y las leyes por las que nos regimos.

»Estáis aquí como delegado del emperador Jagang para explicar a nuestro pueblo la posición del emperador y sus liberales ofertas, nada más. En caso necesario, podemos conseguir a otro que se explique.

Stein hizo una mueca por toda la agitación que había causado.

—Estaba bromeando, por supuesto. Entre mi gente es costumbre hablar por hablar. En mi patria, esas palabras son habituales e inofensivas. Os aseguro a todos que solamente las he dicho para divertirme.

—Espero que demostréis mejor juicio cuando habléis a nuestra gente —replicó el Ministro—. Se trata de un asunto muy importante. A los Directores no les complace ese tipo de humor tan ofensivo.

Stein dejó escapar una burda risotada.

—Maese Campbell ya me explicó que vuestra cultura no tolera este tipo de bromas ordinarias, pero mi tosca naturaleza me hizo olvidar sus sabias palabras. Os ruego que excuséis mi mal gusto. No pretendía ofender.

—Disculpas aceptadas. —Bertrand se recostó en la silla y recorrió recelosamente con la vista a todos los invitados—. Los habitantes de Anderith aborrecen la brutalidad y no están acostumbrados a esa forma de hablar y mucho menos de actuar.

Stein bajó la cabeza.

—Aún tengo que aprender las costumbres ejemplares de vuestra gran cultura. Espero fervientemente que se me dé la oportunidad de aprender a comportarme como vosotros.

Stein subió varios puntos en la valoración de Dalton gracias a esas palabras pronunciadas justamente para desarmar. Su aspecto era engañoso; lo que había debajo de esas greñas estaba muy ordenado.

Si lady Chanboor captó la mordaz sátira que escondía la réplica de Stein, no lo demostró, sino que su cara adoptó de nuevo su habitual expresión relajada y agri dulce.

—Comprendemos y admiramos vuestro sincero esfuerzo por aprender lo que para vos deben de ser... costumbres extrañas. —Los dedos de lady Hildemara deslizaron la copa de Stein hacia él—. Por favor, tomad un poco de nuestro excelente vino del valle Nareef. A todos nos gusta mucho.

Si lady Chanboor no comprendió el sutil sarcasmo en las palabras de Stein, a Teresa no le pasó por alto. A diferencia de Hildemara, Teresa había luchado gran parte de su vida adulta en primera línea de fuego de la estructura social femenina, en la que las palabras se utilizaban como armas arrojadas y nadie se andaba con chiquitas. Cuanto más alto era el nivel de compromiso, más refinado era el filo. Era preciso ser muy hábil para darse cuenta de que una tenía una herida y sangraba, pues si las demás lo veían pero la interesada no, la herida se hacía mucho mayor.

Hildemara no necesitaba el arma del ingenio, pues se escudaba en el poder en estado puro. Ella era como los generales de Anderith, que raras veces blandían espadas.

Mientras Teresa miraba con fascinación práctica, bebió un sorbo al mismo tiempo que Stein alzaba la copa y echaba un trago largo.

—Es bueno. De hecho, es el mejor vino que he probado —declaró.

—Nos complace oír eso de un hombre tan viajado como vos —repuso el Ministro.

Stein dejó ruidosamente la copa encima de la mesa.

—Ya no puedo comer más. ¿Cuándo me toca hablar?

El Ministro alzó una ceja.

—Cuando los invitados hayan acabado.

Sonriendo otra vez, pinchó un trozo de carne y se recostó en la silla para roerlo directamente del cuchillo. Mientras masticaba devolvió descaradamente las miradas sensuales que le lanzaban algunas mujeres.

22

En la galería, los músicos tocaban una tonada marinera mientras los mayordomos desplegaban largos y pesados estandartes azules que caían sobre el salón. Dos hombres sostenían cada uno y lo agitaban al ritmo de la música, creando el efecto de olas marinas. Las barcas de pesca pintadas en los estandartes se balanceaban sobre las aguas de tela azul.

Mientras que los criados del Soberano servían su mesa, escuderos vestidos con la librea del Ministro se arremolinaban alrededor de la mesa de Chanboor. Portaban fuentes de plata con los diferentes pescados que componían un plato preparado de manera muy vistosa. El Ministro escogió patas de cangrejo, ventresca de salmón, pequeños peces de agua dulce fritos, besugo y anguilas en salsa de azafrán. El paje puso las piezas seleccionadas entre el Ministro y su esposa para que ellos mismos las colocaran como quisieran en el tajo que compartían.

Chanboor sumergió un largo pedazo de anguila en la salsa de azafrán y se lo ofreció a su mujer encima de un dedo. Hildemara sonrió afectuosamente y con las puntas de sus largas uñas lo cogió del dedo de su marido. No obstante, en lugar de llevárselo a la boca lo dejó y, como si de pronto la hubiera asaltado la curiosidad, preguntó a Stein sobre qué se comía en su patria. En el poco tiempo que llevaba en la mansión, Dalton había averiguado que la anguila era lo que más repugnaba a lady Chanboor.

Cuando uno de los pajes presentó una fuente con cangrejos de río, Teresa indicó a su marido con una esperanzada elevación de cejas que le gustaría comer uno. El sirviente partió con destreza el caparazón, quitó el filamento central, ablandó la carne y, siguiendo las indicaciones de Dalton, rellenó el caparazón de abajo con galletitas saladas y mantequilla. Él, por su parte, usó su cuchillo para cortar una tajada de marsopa de la fuente que le ofrecía otro paje con la cabeza gacha y brazos extendidos. Antes de retirarse con un paso casi de danza, se arrodilló ante él como hacía ante todos.

Por cómo Teresa arrugaba la nariz, Dalton supo que no quería anguila y si él tomó un poco fue únicamente porque el Ministro le dirigía gestos afirmativos y le sonreía. Bertrand Chanboor se inclinó hacia él y le susurró:

—La anguila es buena para la anguila. No sé si me entiendes.

Dalton se limitó a sonreír fingiendo que le divertía el comentario. Pero, en realidad, su mente estaba centrada en su trabajo y en la tarea que tenía entre manos. Además, su «anguila» no le preocupaba lo más mínimo.

Mientras Teresa degustaba la carpa con jengibre, Dalton saboreaba ociosamente los arenques cocidos con azúcar, observando a los pajes hakens que se abatían como un ejército invasor, sobre las mesas de los invitados. Portaban fuentes con lucio, lubina, salmonete y trucha fritos; lamprea, arenques, abadejo y merluza al horno; perca, salmón, foca y esturión asados; cangrejos, gambas y buccinos en troncos de huevas glaseadas, además de bandejas con vieiras sazonadas, sopa de pescado y filete de pescado con salsa de almendra, todo ello acompañado con coloridas salsas de todo tipo. También se servían otros platos en originales presentaciones e imaginativas combinaciones de ingredientes, como marsopa y guisantes en salsa de vino y cebolla, huevas de esturión y lomo de garneo, o torta de platija y bacalao en salsa verde.

La abundancia de comida presentada en platos tan elaborados y profusos no era simplemente un espectáculo político con el que el Ministro de Cultura manifestaba su poder y riqueza, sino que, para protegerlo de acusaciones de excesos y ostentación, también poseía una profunda connotación religiosa. En último término, tal abundancia representaba una manifestación del esplendor del Creador y, pese a la aparente opulencia, no era más que una muestra infinitesimal de su infinita prodigalidad.

No se había organizado el banquete para agasajar a los invitados, sino que éstos habían acudido para asistir al banquete; una diferencia sutil pero significativa. El hecho que el festín no se celebrara por algún motivo social, por ejemplo una boda, un aniversario o una victoria militar, subrayaba su significado religioso. La presencia del Soberano, del representante del Creador en el mundo de los vivos, consagraba los aspectos sagrados de la ocasión.

Si además los invitados quedaban impresionados por la riqueza, el poder y la nobleza del Ministro y de su esposa, bueno, eso sólo era algo casual e inevitable. Casualmente, Dalton reparó en que muchos invitados estaban inevitablemente impresionados.

En la sala dominaba el zumbido de las conversaciones salpicadas con risas mientras los comensales tomaban vino, picaban de aquí y allí y degustaban con dedos distintos las muchas salsas. La arpista tocaba de nuevo para amenizar a los invitados durante la cena. El Ministro comía anguila y hablaba con su esposa, con Stein y con los dos acaudalados patrocinadores situados en el extremo más alejado de la mesa.

Dalton se limpió los labios y decidió aprovechar la oportunidad que le brindaba esa atmósfera distendida. Tomó un trago de vino antes de preguntar a su mujer en voz baja:

—¿Has averiguado algo?

Teresa partió por la mitad un trozo de lucio frito, cogió una parte con los dedos y la mojó en salsa roja. Sabía que Dalton se refería a Claudine.

—Nada en concreto. Pero sospecho que el cordero no está seguro en su redil.

Teresa ignoraba de qué iba todo ese asunto y también que Dalton había encargado a dos hakens que dieran un aviso a Claudine, pero sabía lo suficiente para entender que Claudine estaba armando alboroto por su relación con el Ministro. Aunque nunca hablaban de ello abiertamente, Teresa era consciente de que no se sentaba en la mesa principal simplemente porque Dalton conociera del derecho y del revés las leyes.

—Mientras hablábamos, Claudine prestaba mucha atención al Director Linscott —añadió bajando la voz—. Ya sabes, lo observaba disimuladamente y también miraba si alguien la veía hacerlo.

Las palabras de Teresa siempre eran fidedignas, sin suposiciones presentadas como certezas.

—¿Por qué crees que antes fue tan atrevida de decirle a las otras mujeres que el Ministro la había violado?

—Creo que lo explicó para protegerse. Mi opinión es que pensó que si otra gente ya lo sabía, no corría el riesgo de que la silenciaran para evitar que saliera a la luz.

—No obstante, por alguna razón de pronto se ha vuelto muy discreta. Pero, como ya he dicho, no perdía de vista al Director procurando que no se notara.

Teresa dejó que él mismo sacara conclusiones. Dalton se inclinó hacia ella al tiempo que se levantaba.

—Gracias, querida. Si me perdonas un momento, debo atender un asunto.

Teresa le cogió una mano.

—No olvides que prometiste presentarme al Soberano.

Dalton le besó suavemente una mejilla y se topó con la mirada del Ministro. Las palabras de Teresa sólo confirmaban la prudencia de su plan. Había mucho en juego. El Director Linscott podía ponerse inquisidor. Dalton se sentía razonablemente seguro de que el mensaje entregado por los dos muchachos había silenciado a Claudine y, aunque no fuese así, lo que él se proponía le impediría plantar sus semillas. Dirigió a Bertrand un leve asentimiento.

Se fue desplazando por el salón deteniéndose en bastantes mesas, inclinándose sobre los comensales, saludando a sus conocidos, oyendo una broma aquí, un rumor allí y una o dos propuestas, de las que prometió adherirse a algunas. Para todos era un representante del Ministro que iba de mesa en mesa para asegurarse de que todos los invitados se lo pasaban bien.

Al llegar por fin a su verdadera meta, esbozó una cálida sonrisa.

—Claudine, espero que estéis mejor. Ya que Edwin no ha podido asistir, Teresa me ha pedido que os preguntara si necesitáis algo.

Claudine Winthrop le dirigió una imitación bastante conseguida de sonrisa sincera.

—Vuestra esposa es un sol, maese Campbell. Estoy bien, muchas gracias. La comida y la compañía me han sentado estupendamente. Por favor, decidle que estoy mucho mejor.

—Cuánto me alegra oírlo. Pensaba transmitirlos una oferta a Edwin y a vos —añadió hablándole al oído—, pero ahora, con Edwin fuera de la ciudad y después de vuestra desafortunada caída, creo que no es el momento. No quisiera obligaros a pensar en negocios si no estáis en condiciones. Pero os ruego que vengáis a verme cuando os hayáis recuperado.

Claudine frunció el entrecejo.

—Os agradezco vuestra preocupación, pero estoy perfectamente. Si tenéis algún negocio con Edwin, él querría que lo oyera. Colaboramos estrechamente y, en cuestión de negocios, no tenemos secretos. Aunque eso ya lo sabéis, maese Campbell.

Dalton no sólo lo sabía, sino que contaba con ello. Se puso en cuclillas mientras ella echaba su silla hacia atrás para que sus compañeros de mesa no pudieran seguir la conversación.

—Os ruego que perdonéis mi error. Veréis, Claudine, el Ministro siente mucha lástima por los hombres que no pueden alimentar a sus familias como no sea mendigando comida. E incluso si la mendigan, sus familias sufren por la falta de ropa, un techo adecuado y otras necesidades. Pese a la caridad de la buena gente de Anderith, muchos tienen que acostarse con el agujón del hambre en el estómago. Es una desgracia que afecta a anders y hakens por igual, y la compasión del Ministro se extiende a todos los anderianos, pues todos son responsabilidad suya.

»Después de trabajar febrilmente, por fin ha dado los últimos toques a una ley nueva que proporcionará trabajo a muchas personas, que de otro modo no tendrían manera de conseguirlo.

—Bueno, eso es muy bondadoso por su parte —balbució Claudine, apartando la vista de los ojos de su interlocutor—. Bertrand Chanboor es un buen hombre. Tenemos suerte de que sea nuestro Ministro de Cultura.

—Sí, bien. La cuestión es que el Ministro menciona frecuentemente su gran respeto por Edwin y por la labor callada que ha realizado. Por esa razón sugerí al Ministro que deberíamos mostrar de algún modo nuestro reconocimiento por la dedicación y el gran esfuerzo de Edwin.

»El Ministro en seguida se mostró de acuerdo y se entusiasmó con la idea de que esa nueva ley constara como propuesta y patrocinada por el diputado Edwin Winthrop. El Ministro desea incluso que se llame Ley Winthrop de Empleo Justo en honor a vuestro marido, y también a vos por supuesto, por todo vuestro trabajo. Todo el mundo sabe lo mucho que colaboráis en los proyectos de ley de vuestro esposo.

Claudine, que volvía a mirarlo a los ojos, se llevó una mano al pecho.

—Caramba, maese Campbell, es muy generoso por parte vuestra y del Ministro. Me habéis cogido totalmente por sorpresa, y estoy segura de que a Edwin le pasará lo mismo. Revisaremos esa ley lo antes posible para que pueda entrar en vigor rápidamente.

Dalton hizo una mueca.

—Bueno, la cuestión es que el Ministro acaba de informarme que arde en deseos de anunciarlo esta noche. Mi idea era entregaros un borrador de la ley para que vos y Edwin la revisarais antes de anunciarla, pero como todos los Directores están aquí, el Ministro ha decidido que no puede dejar pasar más tiempo. No soporta la idea de que esos hombres sigan desempleados otro día más. Tienen que alimentar a sus familias.

Claudine se humedeció los labios.

—Bueno, sí, lo entiendo... supongo, pero es preciso...

—Bien. Oh, muy bien. Sois muy amable.

—Pero es preciso que le eche un vistazo. Tengo que verla. Edwin querrá...

—Sí, claro. Os comprendo perfectamente y os aseguro que os enviaré una copia inmediatamente, mañana a primera hora.

—Yo quería decir antes de...

—Como todo el mundo está aquí, el Ministro se ha empeñado en anunciarlo esta noche. Desea que la ley se aplique lo antes posible y ver el nombre de Winthrop en una ley que marcará un verdadero hito en el país. Asimismo confiaba en que, ya que el Soberano está presente y todos sabemos que no se prodiga demasiado, supiera de la Ley Winthrop de Empleo Justo elaborada para ayudar a personas que de otro modo no tendrían ninguna esperanza. El Soberano conoce a Edwin y se sentiría tan complacido...

Claudine miró de soslayo al Soberano y se humedeció los labios.

—Pero... —quiso protestar.

—¿Queréis que pida al Ministro que posponga la ley? Se llevará una decepción no tanto porque el Soberano se pierda el anuncio, sino por dejar pasar esta oportunidad y defraudar a esos niños que se mueren de hambre y que sólo lo tienen a él para mejorar sus vidas. ¿Entendéis, verdad, que realmente es por el bien de los niños?

—Sí, pero para...

—Claudine —dijo Dalton levantándose y cogiéndole una mano entre las suyas—, como no tenéis hijos me doy cuenta de que debe de resultaros difícil ponerlos en la piel de esos padres y madres desesperados por alimentar a sus pequeños, desesperados por encontrar trabajo cuando no lo hay. Tratad de entender lo asustados que deben de estar.

Claudine abrió la boca pero de ella no brotó ninguna palabra. Dalton prosiguió sin darle tiempo a que dijera nada.

—Tratad de comprender cómo os sentiríais si fueseis uno de esos padres y madres que esperan día tras día una razón para tener esperanza, que esperan que suceda algo que les permita encontrar un trabajo y poder alimentar a sus hijos. ¿No podéis ayudarlos? ¿No podéis entender lo que debe de sentir una joven madre en esa situación?

Claudine estaba lívida.

—Pues claro que puedo —susurró al fin—. Lo entiendo. Claro que lo entiendo y quiero ayudar. Estoy segura de que Edwin se alegrará de ser considerado el patrocinador de una ley que...

Sin darle tiempo a decir más Dalton se puso en pie.

—Gracias, Claudine. —Volvió a cogerle una mano y la besó—. El Ministro se alegrará de saber que cuenta con vuestro apoyo, igual que todos esos hombres que no encuentran trabajo. Habéis hecho una buena obra por los niños. Los buenos espíritus se sentirán muy complacidos.

Cuando Dalton regresó a la mesa principal, los pajes volvían a hacer la ronda y colocaban rápidamente en el centro de cada mesa una tarta de tortuga. Los comensales miraban la tarta con perplejidad, pues aunque la corteza estaba dividida en cuatro, las divisiones no llegaban hasta la base. Teresa se había inclinado hacia adelante para mirar fijamente la tarta colocada delante del Ministro y de su esposa, en el centro de la mesa.

—Dalton —susurró, extrañada—, esa tarta acaba de moverse.

Dalton procuró no sonreír.

—Debes de estar equivocada, Tess. Las tartas no se mueven.

—Pues yo juraría que...

La corteza de la tarta se rompió y una parte se levantó. Una tortuga asomó la cabeza por el agujero y miró al Ministro. Con una garra se cogió al borde y salió de la tarta, seguida por otra. Los sorprendidos invitados se reían, aplaudían e intercambiaban murmullos de asombro mientras las tortugas salían de los pasteles.

Desde luego, no las habían cocido vivas, sino que primero se habían rellenado las tartas con judías secas. Una vez que la corteza ya estaba cocida, se practicó un agujero en la base para sacar las judías y meter las tortugas. Luego se cortó parcialmente la corteza para que se cediera fácilmente y los animales pudieran escapar.

Los pasteles de tortuga, uno de los divertimentos del festín, fueron todo un éxito. Todo el mundo estaba encantado con el espectáculo. A veces eran tortugas y otras, pájaros; tanto unos como otros se criaban especialmente para surgir de dentro de tartas en los banquetes, para delicia y asombro de los invitados.

Mientras que los pajes empezaban a recoger las tortugas liberadas en cubos de madera, lady Chanboor llamó al chambelán y le ordenó que cancelara el entretenimiento que debía preceder al siguiente plato. Cuando se levantó, el salón quedó en silencio.

—Buena gente, ¿podéis prestarme un momento de atención, por favor? —Hildemara miró a ambos lados del salón para asegurarse que todos la observaban. Su vestido plisado parecía brillar con una fría luz plateada—. Ayudar a los conciudadanos que lo necesitan es nuestra más alta vocación y nuestro deber. Esta noche, por fin, esperamos poder dar un paso adelante para ayudar a los niños de Anderith. Se trata de un paso audaz que requiere coraje. Afortunadamente tenemos un líder con coraje.

»Es un gran honor presentaros al hombre más grande que he tenido el privilegio de conocer, un hombre íntegro, un hombre que trabaja incansablemente por la gente, un hombre que nunca olvida a quienes más nos necesitan, un hombre cuyo máximo objetivo es ofrecernos un futuro mejor. Mi esposo, el Ministro de Cultura Bertrand Chanboor.

Hildemara sonrió y entre aplausos se volvió hacia su marido. Todo el salón estalló en aplausos y vítores. Radiante, Bertrand se levantó y enlazó la cintura de su mujer con un brazo. Ella levantó la mirada hacia él con expresión de adoración, y el Ministro la miró a su vez amorosamente. Los invitados los aclamaron con más fuerza, encantados de que una pareja tan altruista guiara audazmente el destino de su país.

Dalton se puso en pie y aplaudió levantando las manos por encima de la cabeza. Todos lo imitaron. Mientras ponía la sonrisa más amplia posible para que incluso desde el fondo del salón se viera, se volvió a mirar al Ministro y a su esposa sin dejar de aplaudir.

Había trabajado para muchos hombres, a algunos de los cuales ni siquiera habría confiado la noticia de que pagaban la siguiente ronda. Algunos seguían al pie de la letra los planes que Dalton les presentaba, pero no los comprendían hasta que los veían en la realidad. Ninguno de ellos estaba a la altura de Bertrand Chanboor.

Bastó con una breve explicación para que el Ministro captara inmediatamente la idea y el objetivo. Y no sólo eso, sino que sería capaz de añadir elementos embellecedores y hacerlo propio. Dalton no había conocido a nadie con tanta labia como él.

Sonriendo, Bertrand Chanboor alzó una mano agradeciendo los aplausos y los vítores. Finalmente logró que se hiciera el silencio.

—Buena gente de Anderith —comenzó diciendo con voz grave y sincera que resonó incluso en los rincones más alejados del salón—, esta noche os pido que penséis en el futuro. Es hora que tengamos coraje para olvidarnos de favoritismos y relegarlos a donde les corresponde: al pasado. Es hora que pensemos en nuestro futuro y en el futuro de nuestros hijos y nietos.

Tuvo que hacer una pausa para asentir y sonreír cuando toda la sala volvió a prorrumpir en un ensordecedor aplauso. Nuevamente la acalló.

—Nuestro futuro está sentenciado si permitimos que los pesimistas nos impidan usar la imaginación y desarrollar el potencial que nos ha dado el Creador.

Nuevamente tuvo que esperar hasta que los fuertes aplausos se apagaron. Dalton se maravilló de la habilidad de Bertrand Chanboor para crear allí mismo un discurso tan excelente que entusiasmara a los presentes.

—Quienes estamos en este salón hemos asumido la responsabilidad por toda la gente de Anderith, no sólo por los afortunados. Ya es hora de que nuestra cultura incluya a todos los habitantes de Anderith, no sólo a los más beneficiados. Ya es hora de que nuestras leyes sirvan a todos los anderianos y no sólo a unos pocos.

Dalton se levantó de un salto para aplaudir y silbar en señal de aprobación. Siguiendo su ejemplo, todos se levantaron, aplaudiendo y aclamando al Ministro. Hildemara, radiante y con una sonrisa afectuosa de devoción y satisfacción marital, también se levantó para aplaudir a su marido.

Cuando la multitud se calmó, Bertrand siguió hablando con voz suave.

—Cuando era joven conocí el hambre. Fueron tiempos muy difíciles para Anderith. Mi padre no tenía trabajo. Recuerdo que mi hermana se dormía cada noche llorando de hambre.

»Mi padre sollozaba en silencio porque se sentía avergonzado de no tener trabajo. Y no lo tenía porque no tenía aptitudes profesionales. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Era un hombre orgulloso, pero eso casi le rompió el alma.

Dalton se preguntó si esa hermana realmente había existido.

—Hoy en día hay hombres orgullosos, hombres dispuestos a trabajar y al mismo tiempo mucho trabajo que debe hacerse. Se están construyendo varios edificios del gobierno y hay más planificados. Se están construyendo carreteras para permitir la expansión del comercio. Aún faltan por construir puentes en los pasos de montaña, y los ríos esperan a los trabajadores que vayan a construir los pilares que aguanten los puentes que permitan la construcción de carreteras y pasos.

»Pero ninguno de esos hombres orgullosos, dispuestos a trabajar y que necesitan trabajo, pueden emplearse para esas tareas o para muchas otras disponibles porque no son trabajadores cualificados, como le pasaba a mi padre.

Bertrand Chanboor miró a los invitados, que lo escuchaban, absortos, y esperaban oír la solución que proponía.

—Podemos proporcionar trabajo a esos hombres orgullosos. Como Ministro de Cultura que soy es mi deber hacia el pueblo que esos hombres tengan trabajo para que puedan alimentar a sus hijos, que son nuestro futuro. He pedido a nuestras mentes más brillantes que buscaran una solución y no me han defraudado, ni a mí, ni a la gente de Anderith. Me gustaría atribuirme el mérito de esta nueva ley tan brillante, pero no puedo.

»Quienes me han expuesto estas propuestas doctas y novedosas han sido personas que me hacen sentir orgulloso de ocupar el puesto de Ministro, pues desde aquí puedo ayudarlas a conducir esta nueva ley a la luz del día. En el pasado, algunos hubiesen usado su influencia para que unas ideas tan justas languidiecieran en los rincones más oscuros de habitaciones secretas. Pero yo no voy a permitir que intereses egoístas acaben con la esperanza del futuro de nuestros niños.

Bertrand adoptó una expresión sombría y ceñuda. Cuando el Ministro ponía esa cara, la gente palidecía y temblaba de miedo.

—En el pasado, algunos reservaban lo mejor para los suyos y no permitían que los que eran distintos a ellos demostraran su valía.

Era una alusión muy clara: el tiempo no curaría nunca las heridas infligidas por los hakens. Esas heridas nunca se cerrarían ni cicatrizarían, porque era mejor mantenerlas de ese modo.

Bertrand Chanboor relajó el gesto y adoptó de nuevo su actitud risueña, que resultaba especialmente agradable en comparación con el ceño anterior.

—Esta nueva esperanza es la Ley Winthrop de Empleo Justo. Lady Winthrop —dijo extendiendo una mano hacia Claudine—, ¿podéis levantaros, por favor?

Todos miraron a Claudine, que se ruborizó. Los aplausos la instaban a levantarse. Claudine parecía una cervatilla atrapada dentro de un jardín al alba. Vacilante, accedió a lo que le pedían.

—Buena gente, el patrocinador de la nueva ley es Edwin, el esposo de lady Winthrop. Como muchos ya sabéis, el diputado Winthrop cuenta con la valiosa asistencia de su esposa en el desempeño de

su cargo. No tengo ninguna duda de que lady Winthrop ha sido esencial en el desarrollo de la nueva ley redactada por su marido. Edwin está fuera por negocios, pero me gustaría que le dedicáramos un aplauso a su excelente trabajo. Espero que lady Winthrop transmita a Edwin nuestro reconocimiento cuando vuelva.

Siguiendo el ejemplo de Bertrand, todos los presentes aplaudieron y aclamaron al marido ausente. Claudine, aún sonrojada, sonrió con recelo en respuesta a esa muestra de reconocimiento. Dalton se fijó en que los Directores se mostraban corteses pero reservados en sus felicitaciones, pues aún ignoraban el contenido de la ley. Con tanta gente acercándose a Claudine, tocándola para llamarle la atención y felicitándola, pasó un rato hasta que todos regresaron a sus asientos para escuchar el contenido de la ley.

—La Ley Winthrop de Empleo Justo propone justamente lo que su nombre implica —explicó finalmente Bertrand—: empleo justo y libre, en vez de empleo privilegiado y limitado. Hay muchos proyectos públicos, absolutamente indispensables, que esperan para construirse, y debemos trabajar duramente para satisfacer las necesidades del pueblo. —La resuelta mirada del Ministro recorrió la multitud—. Pero una hermandad se aferra a una prerrogativa anticuada y, por consiguiente, frena el progreso. No me entendáis mal; son hombres que defienden ideales elevados y que trabajan esforzadamente, pero ha llegado la hora de que abramos de par en par las puertas de esa asociación arcaica que fue creada para proteger a unos pocos.

»¡De ahora en adelante, gracias a la nueva ley, se empleará a cualquiera dispuesto a dejarse la piel en el trabajo y no sólo a los miembros de la cerrada hermandad del Gremio de Albañiles!

La multitud dio un respingo colectivo. Pero Bertrand volvió en seguida a la carga.

—Por culpa de ese gremio tan poco transparente y con unos requisitos de entrada tan oscuros e innecesarios que sólo unos pocos pueden acceder, el coste de los proyectos públicos, que paga el pueblo de Anderith, es mucho mayor que si se permitiera trabajar a todos los hombres dispuestos a ello. —El Ministro agitó un puño—. ¡Todos nosotros estamos pagando un precio de escándalo!

El Director Linscott estaba lívido de ira contenida. Bertrand extendió un dedo y señaló hacia la multitud.

—Por supuesto que no debemos desdeñar el vasto conocimiento de los maestros albañiles, pero con la nueva ley también los hombres normales y corrientes podrán ser empleados bajo la supervisión de albañiles experimentados. Los niños ya no pasarán hambre porque sus padres no tengan trabajo. —El Ministro se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra para dar más énfasis a cada punto de su argumento—. Ahora apelo a los Directores de la Concordia Cultural para que nos muestren, levantando las manos, que apoyan la idea de dar trabajo a quienes se mueren de hambre, que apoyan que por fin el Gobierno pueda finalizar los proyectos a un precio justo, empleando a todos los que están dispuestos a trabajar y no sólo a los miembros de una sociedad secreta de albañiles que fija unas tarifas exorbitantes que todos debemos pagar. —El Ministro se acaloraba a medida que hablaba—. ¡Les pido que apoyen a los niños! ¡Que apoyen la Ley Winthrop de Empleo Justo!

El Director Linscott se puso en pie de un salto.

—¡Protesto contra una votación a mano alzada! Aún no hemos tenido tiempo de...

Enmudeció al ver que el Soberano levantaba una mano.

—Si los demás Directores desean mostrar públicamente su apoyo —dijo con voz clara que resonó en el silencio—, los aquí congregados deberían saberlo para que nadie pueda levantar falso testimonio sobre lo que realmente piensa cada uno de ellos. No hay ningún mal en juzgar el sentir de los Directores aquí mismo. Una votación a mano alzada no es definitiva y, por tanto, no zanjará el asunto a debatir antes de que se convierta en ley.

Inconscientemente, la impaciencia del Soberano había ahorrado al Ministro la tarea de forzar una votación. Si bien era cierto que una votación a mano alzada no significaba que la ley se aprobara definitivamente, en ese caso, si se producía un cisma entre los gremios y las profesiones, la aprobación estaba garantizada.

Dalton no tuvo que esperar a que los demás Directores alzaran la mano. No albergaba ninguna duda: la ley que el Ministro había anunciado equivalía a una sentencia de muerte para el gremio. El Ministro acababa de mostrar a todos el destello del hacha del verdugo.

Aunque no sabían la razón, los Directores sí sabían que a uno de ellos le había tocado la bola negra. Mientras que sólo cuatro Directores eran maestros de gremio, los demás no eran menos vulnerables. Los prestamistas se exponían a una rebaja de los intereses permitidos o incluso a la proscripción de tales intereses; los comerciantes se exponían a un cambio de las referencias y las rutas de comercio; los abogados y procuradores se exponían a que la ley fijara unas tarifas por sus servicios tan bajas que incluso un mendigo pudiera permitírselos. Si no complacían al Ministro, ninguna profesión estaba a salvo de una posible nueva ley.

Si los demás Directores no apoyaban al Ministro en eso, el hacha del verdugo podría volverse contra su gremio o profesión. El Ministro había preferido una votación pública a mano alzada antes que una votación a puerta cerrada, con lo que había dejado claro que si se plegaban a sus deseos, el hacha del verdugo no les caería encima.

Claudine se desplomó en la silla. No se le escapaban las implicaciones de la nueva ley. Hasta entonces nadie podía trabajar como albañil a menos que perteneciera al Gremio de Albañiles. Éste fijaba la formación, las normas y las tarifas, dirimía disputas, asignaba trabajadores a las construcciones según fuera necesario, velaba por los miembros enfermos o heridos y ayudaba a las viudas de los albañiles muertos en el trabajo. Si se permitía que trabajadores no cualificados trabajaran como albañiles, los miembros del gremio ya no podrían cobrar lo mismo por su pericia en la profesión. Eso destruiría el Gremio.

Para Linscott sería el fin de su carrera. Sin duda, los albañiles lo expulsarían inmediatamente por haber perdido la protección de la ley de gremios siendo el Director. Los trabajadores no cualificados podrían ser albañiles. Linscott se convertiría en un paria.

Desde luego, a largo plazo los proyectos públicos saldrían más caros. Como el propio nombre indicaba, los trabajadores no cualificados no poseían aptitudes profesionales. Un hombre caro pero que conocía su oficio a largo plazo salía más barato, y la obra acabada era sólida.

Un Director levantó la mano para mostrar su apoyo a la nueva ley. Aunque era un apoyo informal, a todos los efectos era definitivo. Los demás observaron cómo su colega alzaba la mano como si miraran una flecha que volara directamente hacia el corazón de un hombre para atravesarlo. Ese hombre era Linscott. Nadie quería sufrir el mismo destino que él. Uno a uno, los demás Directores fueron alzando la mano hasta que fueron once.

Linscott lanzó a Claudine una mirada asesina antes de abandonar el banquete con aire ofendido. Claudine bajó el lívido rostro.

Dalton inició el aplauso a los Directores, que tuvo la virtud de despertar a todos del lúgubre drama al que habían asistido. Todos los que rodeaban a Claudine la felicitaban y le decían que ella y su esposo habían hecho algo maravilloso por los niños de Anderith. Se oían críticas indignadas hacia los albañiles por su egoísmo. Muy pronto se formó frente a Claudine una fila de personas deseosas de darle las gracias y sumarse a quienes apoyaban al Ministro de Cultura por el coraje de ser tan justo.

Aunque Claudine estrechaba las manos, su sonrisa era desmayada. Era impensable que el Director Linscott se mostrara dispuesto a escuchar nada que ella tuviera que decirle.

Stein miró a Dalton con sonrisa ladina. Hildemara lo miró a su vez con una sonrisita muy ufana, y su marido le dio una palmadita en un hombro.

Cuando todos volvieron a sus asientos la arpista se preparó para pulsar una cuerda, pero el Soberano alzó de nuevo una mano. Todos los ojos se posaron en él.

—Creo que deberíamos aprovechar esta oportunidad, antes de que llegue el siguiente plato, para oír lo que el caballero de tierras lejanas tiene que decirnos.

Sin duda al Soberano le costaba permanecer despierto y, antes de sucumbir al sueño, quería escuchar a Stein. Nuevamente el Ministro se levantó para dirigirse a sus invitados.

—Buena gente, como algunos de vosotros ya sabéis, se está librando una guerra. Ambos bandos intentan convencernos de que nos unamos a ellos. Anderith sólo desea la paz. No tenemos ningún deseo de ver a nuestros jóvenes, hombres y mujeres por igual, perder la vida en una lucha que no es la nuestra. Nuestro país es único porque lo protege el Dominie Dirtch, por lo que no tememos que nos ataquen. No obstante, debemos tener en cuenta otros factores, por ejemplo el comercio con otros países.

»Tenemos la intención de oír lo que tienen que decirnos lord Rahl y la Madre Confesora. Como sin duda sabréis por los diplomáticos que han regresado de Aydindril, están comprometidos para casarse. Eso significará la unión de D'Hara con la Tierra Central para crear una fuerza formidable. Esperamos escuchar respetuosamente sus palabras.

»Pero esta noche oiremos lo que la Orden Imperial quiere que sepamos. El emperador Jagang nos ha enviado un representante del Viejo Mundo, de más allá del valle de los Perdidos, que por primera vez desde hace miles de años puede transitarse de nuevo. —El Ministro extendió una mano hacia el forastero—. Permitid que os presente al portavoz del emperador, maese Stein.

Los invitados aplaudieron educadamente, pero los aplausos se apagaron cuando Stein se puso de pie. Era un personaje impresionante, aterrador y fascinante. El hombre enganchó los pulgares en el cinto, del que no pendía ninguna arma esa noche.

—Hemos entablado una lucha por nuestro futuro muy semejante a la que acabáis de presenciar, pero a mayor escala. —Stein cogió una rebanada pequeña de pan duro y la aplastó con sus manazas hasta desmenuzarla—. A nosotros, el género humano, y aquí incluyo a la buena gente de Anderith, nos están aplastando lentamente. Nos están frenando. Nos están asfixiando. Nos niegan nuestro destino, nuestro futuro y la vida misma.

»Del mismo modo que en vuestro país hay hombres sin trabajo porque un gremio egoísta domina la vida de otros, negándoles el trabajo y, por consiguiente, el pan para sus hijos, la magia nos domina a todos.

Un zumbido de murmullos se propagó por todo el salón. La gente estaba confusa y un poco preocupada. Aunque algunos aborrecían la magia, casi todos la respetaban.

—La magia decide vuestro destino —continuó Stein—. Los seres con magia os controlan, aunque vosotros no hayáis consentido libremente. Ellos tienen el poder y con él os someten.

»Los seres con magia lanzan hechizos contra quienes los contrarían. Los seres con magia hacen daño a personas a las que temen, que les disgustan, que envidian o simplemente para mantener a las masas a raya. Los seres con magia os controlan, tanto si os gusta como si no. La mente humana podría florecer si no fuera por la magia.

»Ha llegado la hora de que los seres humanos normales decidamos nuestro futuro sin que la magia oscurezca con su sombra esa decisión y el futuro. —Stein levantó su capa hacia un lado—. Éstas son las cabelleras de personas que tenían el don. Los maté a todos. He impedido que todos estos brujos y brujas torcieran las vidas de personas normales.

»La gente debería tener miedo del Creador, no de hechiceras, magos o brujas. Deberíamos venerar al Creador y a nadie más.

Los murmullos de asentimiento comenzaron a subir de volumen.

—La Orden Imperial acabará con la magia en este mundo, del mismo modo que acabamos con la magia que mantuvo separados el Viejo y el Nuevo Mundo durante miles de años. La Orden vencerá, y el hombre decidirá su propio destino.

»Cada vez son menos las personas nacidas con el don, pues incluso el Creador con su infinita paciencia se ha cansado de su perversidad. La vieja religión de la magia se extingue lentamente. Así, el mismo Creador nos está diciendo que es hora de que el ser humano aparte de sí la magia.

Más susurros de conformidad recorrieron el salón.

—La Orden Imperial no desea luchar contra vosotros, la gente de Anderith. Ni tampoco queremos obligaros, contra vuestra voluntad, a que toméis las armas y os unáis a nosotros. No obstante, nos hemos

propuesto destruir las fuerzas de la magia lideradas por el hijo bastardo de D'Hara. —Nuevamente mostró la capa para sentenciar—: Cualquiera que se una a él caerá bajo nuestra espada, igual que todos los que poseían magia cayeron bajo mi espada. —Lentamente señaló con el dedo a toda la multitud, sosteniendo la capa extendida con la otra mano—. Tal como yo maté a todos estos brujos que se alzaron contra mí, la Orden matará a cualquiera que se levante contra ella.

»Además de la espada, disponemos de otros medios para erradicar la magia. Del mismo modo que acabamos con la magia que nos separaba, acabaremos con todo tipo de magia. La era del hombre se acerca.

El Ministro levantó una mano con gesto informal.

—¿Y qué desea la Orden de nosotros si no son las espadas de nuestro poderoso ejército?

—El emperador Jagang os da su palabra de que si no os unís a las fuerzas que luchan a favor de la magia, no os atacará. Solamente deseamos comerciar con vosotros, como hacemos con otros.

—Bueno —replicó el Ministro, desempeñando el papel de escéptico frente a la multitud—, gran parte de nuestros productos ya están comprometidos con la Tierra Central.

Stein sonrió.

—Doblabamos el precio más elevado que ofrezca cualquiera.

El Soberano levantó una mano y los susurros se apagaron.

—¿Qué porcentaje de la producción de Anderith estaríais interesados en adquirir?

—Toda —contestó Stein mirando a la multitud—. Nuestro ejército es enorme. No tenéis por qué luchar en la guerra, nosotros nos encargamos de la lucha, pero si nos vendéis vuestros productos, estaréis seguros y vuestro país será más rico de lo que jamás hayáis soñado.

El Soberano se puso en pie y su mirada recorrió el salón.

—Gracias por las palabras del emperador, maese Stein. Nos gustará oír más en otra ocasión. De momento ya nos habéis dado bastante en que pensar. Que siga el banquete —ordenó con un gesto.

23

A Fitch le dolía terriblemente la cabeza. La luz del alba le hería los ojos. Pese a que chupaba un trozo pequeño de jengibre, no lograba eliminar un gusto agrio del fondo de la garganta. Achacó el dolor de cabeza y ese sabor horrible a haber abusado del buen vino y del ron con el que Morley y él se habían premiado. No obstante, estaba de buen humor y sonreía mientras restregaba la suciedad incrustada en los cacharros.

Aunque se movía muy lentamente para no empeorar el dolor de cabeza, maese Drummond no le gritaba. El hombretón parecía aliviado de que el banquete ya hubiera pasado y de poder retomar las habituales tareas. El jefe de cocina lo había mandado a por varias cosas y ni una sola vez lo había llamado ganapán.

Fitch oyó que alguien se acercaba, alzó la vista y comprobó que se trataba de maese Drummond.

—Fitch, sécate las manos.

—Sí, señor.

El muchacho sacó las manos del agua y las agitó para desprenderse de parte del agua con jabón. A continuación agarró un trapo que encontró a mano mientras recordaba con intenso placer que la noche anterior se habían dirigido a él con el título de señor.

Maese Drummond se secó la frente con el trapo blanco que siempre llevaba encima. Por como sudaba, parecía que también había bebido lo suyo la noche anterior y que tenía resaca. Preparar el banquete había supuesto una cantidad de trabajo increíble, por lo que Fitch admitió a regañadientes que también maese Drummond merecía emborracharse. Pero al menos a él lo llamaban siempre señor.

—Sube a la oficina de maese Campbell.

—¿Señor?

Maese Drummond se colgó del cinturón el trapo blanco. Las mujeres que estaban cerca observaban. Sin duda Gillie había puesto mala cara y aguardaba la oportunidad de retorcerle la oreja y reñirlo por ser un haken malvado.

—Dalton Campbell acaba de avisar que desea verte. Supongo que quiere decir ahora mismo, Fitch. Vamos, sube a ver qué necesita.

Fitch hizo una reverencia.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Sin darle tiempo a Gillie a pensar nada contra él, Fitch dio un rodeo para evitarla y mantenerse fuera de su alcance y desapareció tan rápidamente como pudo. El muchacho respondía encantado a la llamada de Dalton Campbell y no pensaba dejarse atrapar por la malcarada mujer de las salsas.

Mientras subía los escalones de dos en dos, el punzante dolor de cabeza se convirtió en una leve molestia y, cuando llegó al segundo piso, se había esfumado por completo. Dejó velozmente atrás el lugar donde Biata le había pegado y recorrió un corto tramo de pasillo a la derecha. Conocía el camino porque tan sólo una semana antes, al anochecer, había llevado una bandeja con lonchas de carne a la oficina de Campbell.

Encontró la puerta de la antesala abierta. Fitch contuvo la respiración y entró arrastrando los pies y manteniendo la cabeza respetuosamente baja. Sólo había estado allí en una ocasión y no estaba seguro de cómo se suponía que debía actuar en la oficina del asesor del Ministro.

En la habitación vio dos mesas. Una estaba cubierta con pilas desordenadas de papeles, además de carteras de mensajero y lacre. La otra era de brillante madera oscura sin nada encima excepto unos pocos

libros y una lámpara apagada. El sol matutino que entraba a raudales por los ventanales proporcionaba luz más que suficiente.

Cuatro muchachos sentados en un banco largo y acolchado situado contra la pared de la izquierda, frente a las ventanas, charlaban mientras hacían tiempo. Estaban hablando sobre el estado de las carreteras que conducían a ciudades y pueblos distantes. Ejercían de mensajeros, un trabajo muy codiciado en la finca. Fitch se dijo que era lógico que hablaran de ese tema, aunque él siempre había pensado que cuando se reunían se dedicaban a contarse todas las cosas magníficas que veían en el curso de su trabajo.

Los cuatro iban vestidos con la elegante librea exclusiva de los empleados de Dalton Campbell: botas negras y pesadas, pantalones color marrón oscuro, camisa blanca con volantes en el cuello y jubón con mangas guateado con un dibujo de una cornucopia respunteado. Los bordes del jubón se adornaban con una característica banda color trigo con trenzado marrón y negro. En opinión de Fitch, ese conjunto proporcionaba un aspecto casi noble a los mensajeros.

En el Ministerio convivían diversos tipos de mensajeros, todos con un uniforme propio y al servicio de una persona o una oficina específica. Fitch sabía que algunos trabajaban para el Ministro, otros para lady Chanboor, para la oficina del chambelán, para la oficina del mariscal, para el oficial encargado del orden. Otros trabajaban fuera del Ministerio y otros más llevaban mensajes al Ministerio pero vivían fuera. Incluso la cocina tenía un mensajero. De vez en cuando Fitch se topaba con otros que no reconocía.

El muchacho no comprendía para qué se necesitaban tantos. ¿Tantos mensajes era necesario entregar?

Pero, de largo, el mayor contingente de mensajeros pertenecía a la oficina del ayudante del Ministro. Dalton Campbell contaba casi con un ejército de correos.

Los cuatro jóvenes sentados en el banco le dirigieron amables sonrisas. Dos de ellos lo saludaron con la cabeza. A veces, cuando Fitch se topaba con mensajeros, lo saludaban de ese modo. A él siempre le extrañaba, porque, aunque también ellos eran hakens, le parecía que los mensajeros eran mejor que él. Pese a no ser anders, de algún modo estaban por encima de un pobre haken como él.

Fitch devolvió el saludo. Uno de los que lo había saludado, tal vez un año o dos mayor que Fitch, señaló con el pulgar el despacho interior.

—Maese Campbell te espera, Fitch. Entra.

Fitch se quedó sorprendido de que se dirigiera a él por su nombre.

—Gracias —dijo.

Se acercó vacilante a la alta puerta que separaba las dos habitaciones y esperó en el umbral. Había estado antes en la antesala, pero la puerta interior siempre estaba cerrada y esperaba que el despacho de Dalton Campbell fuese similar, pero era mayor y mucho más lujoso. Opulentos cortinajes azules y dorados cubrían las tres ventanas del despacho, estantes de suntuosa madera de roble con una colorida selección de libros gruesos cubrían por completo una pared y en la otra esquina se veían varios estandartes de batalla anders realmente magníficos. Eran largos con fondo amarillo, manchas rojas y un toque de azul. Lanzas de aspecto temible flanqueaban la muestra de enseñas.

Dalton Campbell levantó la vista desde detrás de un macizo escritorio de brillante madera de caoba con patas curvas y un faldón festoneado. En la parte superior se veían cuadrados de piel incrustados, grandes y pequeños alternativamente, con un dibujo ensortijado pintado en dorado alrededor de los bordes.

—Ah, Fitch, ya estás aquí. Bien. Entra y cierra la puerta, por favor.

Fitch obedeció, cruzó el amplio despacho y se quedó de pie delante del escritorio.

—¿En qué puedo servirte, señor?

Campbell se recostó en el respaldo de piel marrón de la silla. Había dejado la principesca espada con su funda al lado de un banco almohadillado, en un soporte especial de plata que parecía un

pergamino. Sobre éste había grabadas unas líneas que Fitch no pudo leer, por lo que no sabía si eran palabras reales.

El asesor del Ministro estudió la cara de Fitch mientras inclinaba el asiento hacia atrás hasta quedar sólo apoyado sobre las patas traseras. Chupaba el extremo de una pluma de cristal.

—Hiciste un buen trabajo con Claudine Winthrop.

—Gracias, señor. Procuré recordar todo lo que queríais que hiciera y dijera.

—Lo hiciste bien. Algunos hombres hubieran tenido escrúpulos de repente para cumplir mis órdenes. Siempre tengo trabajo para los que siguen las órdenes y recuerdan mis instrucciones. De hecho, me gustaría ofrecerte un nuevo empleo: mensajero.

Fitch lo miró mudo de asombro. Aunque había oído las palabras, no lograba entenderlas. Dalton Campbell tenía muchos mensajeros, un ejército de mensajeros.

—¿Señor?

—Lo hiciste muy bien. Me gustaría que fueses uno de mis mensajeros.

—¿Yo, señor?

—El trabajo es más sencillo que el de la cocina y, además, no recibirás sólo comida y cama como hasta ahora, sino también un sueldo. Con ese salario podrías empezar a ahorrar para el futuro. Tal vez un día, cuando te hayas ganado tu apellido, podrás comprarte algo, por ejemplo una espada.

Fitch se quedó helado y con la mente completamente centrada en las palabras de Dalton, dándoles vueltas. Nunca había albergado sueños como trabajar de mensajero, ni tampoco se había planteado la posibilidad de que un trabajo le diera más que comida y cama, la oportunidad de birlar un poco de licor del bueno y quizá un penique extra de vez en cuando.

Por supuesto que había soñado con tener una espada, saber leer y otras cosas, pero no eran más que sueños estúpidos, y lo sabía; no eran más que fantasías para pasar el rato. Pensar eso era soñar despierto. No se había atrevido ni a soñar con cosas cercanas a la realidad, como ser mensajero.

—¿Y bien? ¿Qué me dices, Fitch? ¿Te gustaría ser uno de mis mensajeros? Naturalmente no podrías llevar esa... ropa. Tendrías que llevar una librea de mensajero. —Dalton Campbell se inclinó hacia adelante para mirar por encima del escritorio y hacia abajo—. Sin olvidar las botas. Si quieres ser mensajero, tendrás que ponerte botas.

»Además, tendrías que cambiar de alojamiento. Todos los mensajeros viven juntos y duermen en camas, no en jergones. Y las camas tienen sábanas. Tendrías que hacerte tú mismo la cama, por supuesto, y mantener ordenado tu propio baúl, pero la servidumbre lava la ropa de los mensajeros y también sus sábanas.

»¿Qué me dices, Fitch? ¿Quieres unirme a mis mensajeros?

Fitch tragó saliva.

—¿Y qué hay de Morley, maese Campbell? Él también cumplió vuestras instrucciones. ¿Será también mensajero como yo?

La piel crujió cuando Dalton Campbell volvió a inclinar la silla hacia atrás hasta quedar apoyado sobre las dos patas traseras. Mientras clavaba la mirada en los ojos de Fitch, chupaba la punta de la pluma cristal transparente rematada en una espiral azul. Finalmente se sacó la pluma de la boca y dijo:

—Ahora mismo sólo necesito un mensajero. Es hora de que empieces a pensar en ti, Fitch, en tu futuro. ¿Quieres seguir siendo un friegaplatos toda la vida?

»Si quieres llegar a algo, ha llegado el momento de hacer lo que te conviene a ti. Ésta es tu oportunidad de mejorar y salir de esa cocina. Puede que no vuelva a repetirse.

»Te ofrezco el puesto a ti, no a Morley. Lo coges o lo dejas. ¿Qué decides?

Fitch se humedeció los labios antes de responder.

—Bueno, señor, me gusta Morley, es mi amigo. Pero creo que nada me gustaría más en este mundo que ser uno de vuestros mensajeros, maese Campbell. Si me queréis, acepto el trabajo.

—Perfecto. Bienvenido a bordo, Fitch —dijo sonriéndole amablemente—. Tu lealtad hacia tu amigo es admirable. Espero que sientas la misma por esta oficina. De momento voy a ofrecerle a Morley un empleo... a tiempo parcial y creo que algún día quedará una plaza libre. Entonces también él podría unirse al cuerpo de mensajeros contigo.

Fitch se sintió muy aliviado. No quería perder a su amigo, pero estaba dispuesto a todo para salir de la cocina de maese Drummond y ser un mensajero.

—Sois muy amable, señor. Sé que Morley también os servirá bien. Por mi parte prometo que lo haré.

Dalton Campbell se echó hacia adelante. Las patas delanteras de la silla golpearon el suelo.

—De acuerdo. Toma —le dijo, deslizando un papel doblado por encima del escritorio—, lleva esto a maese Drummond. Aquí le informo de que te he contratado como mensajero y que ya no le rindes cuentas a él. He pensado que te gustaría entregarlo tú mismo. Será tu primer mensaje oficial.

Fitch sentía deseos de brincar y lanzar gritos de entusiasmo, pero en vez de eso permaneció impasible, como creía que le correspondía a un mensajero.

—Sí, señor. Lo haré. —Se dio cuenta de que incluso se ponía más derecho.

—Inmediatamente después, otro de mis mensajeros, Rowley, te llevará al almacén de la finca. Allí te entregarán una librea que, de momento, te vaya bien. Más tarde la modista te tomará medidas para hacerte otra a medida.

»De mis mensajeros espero que vistan elegantemente con libreas confeccionadas a medida. También espero que me dejen en buen lugar. Eso significa que siempre debes ir aseado, bien peinado y llevar la ropa limpia y las botas brillantes. Te comportarás correctamente en todo momento. Rowley te explicará los detalles. ¿Podrás hacer todo eso, Fitch?

El muchacho notó que las rodillas le temblaban.

—Sí, señor, claro que sí.

Al pensar en la nueva ropa que llevaría de pronto se sintió muy avergonzado por ir tan sucio y desaliñado. Una hora antes pensaba que iba perfectamente, pero ya no. Tenía ganas de arrancarse esos harapos de friegaplatos.

Se preguntó qué pensaría Biata cuando lo viera con su nueva y hermosa librea de mensajero.

Dalton Campbell deslizó una pequeña cartera de cuero encima del escritorio. La solapa se aseguraba con un cierre grande con cera de color ámbar impresa que representaba una gavilla de trigo.

—Cuando te hayas aseado y te pongas tu nuevo equipo, quiero que lleves esto a la Oficina de Concordia Cultural de Fairfield. ¿Sabes dónde está?

—Sí, maese Campbell. Me crié en Fairfield y me la conozco como la palma de la mano.

—Eso tenía entendido. Tenemos mensajeros de todas partes de Anderith y por lo general cubren las zonas que conocen, las zonas en las que crecieron. Como tú conoces Fairfield, se te asignará esa área para la mayoría de encargos.

Dalton Campbell se inclinó hacia atrás para sacar algo de un bolsillo.

—Esto es para ti —dijo y lo lanzó al aire.

Fitch lo atrapó. Era un soberano de plata. El muchacho lo miró, estupefacto. Pensaba que ni siquiera las personas más ricas llevaban encima una cantidad tan exorbitante.

—Pero, señor, aún no he trabajado.

—Eso no es tu sueldo de mensajero; ése lo recibirás al final de cada mes. Esto —le explicó— es para recompensarte por el trabajo de anoche.

Claudine Winthrop. Ése era el trabajo: asustar a Claudine Winthrop para que mantuviera la boca callada.

Claudine Winthrop lo había llamado señor.

Fitch dejó la moneda de plata encima del escritorio y, de mala gana, la acercó ligeramente hacia Dalton Campbell con un dedo.

—Maese Campbell, no me debéis nada por eso. Vos nunca me prometisteis nada a cambio. Si lo hice fue por ayudaros y para proteger al futuro Soberano, no por una recompensa. No puedo aceptar un dinero que no me pertenece.

El ayudante del Ministro sonrió para sí.

—Toma la moneda, Fitch. Es una orden. Después de entregar la cartera en Fairfield no tengo más trabajo para ti hoy, por lo que quiero que te gastes una parte o todo, si así lo deseas, en ti mismo. Diviértete. Cómprate golosinas o licor. Ese dinero es tuyo; gástatelo como quieras.

—Sí, señor. Gracias, señor. Haré lo que decís —repuso Fitch conteniendo su entusiasmo.

—Bien. Sólo una cosa más. —Campbell apoyó un codo en el escritorio y se inclinó hacia adelante—. No te lo gastes en las prostitutas de la ciudad. Esta primavera, las ramera de Fairfield están padeciendo enfermedades inmundas. Es un modo muy desagradable de morir. Si eliges a la prostituta equivocada, no vivirás lo suficiente para convertirte en un buen mensajero.

Pese a que la idea de estar con una mujer resultaba terriblemente tentadora, Fitch pensaba que nunca tendría valor para intentarlo y quedarse desnudo delante de una de esas mujeres. Le gustaba mirar a las mujeres, por ejemplo a Claudine Winthrop o a Biata, y le gustaba imaginárselas sin ropa, pero nunca se había imaginado que ellas lo viesan a él desnudo y además excitado. Ya le costaba bastante disimular su excitación delante de mujeres cuando iba vestido. Ansiaba estar con una mujer, pero le parecía que se sentiría tan abochornado que perdería todo deseo. Tal vez, si era con una chica que conociera y que le gustara, si la besara, la abrazara y la cortejara durante algún tiempo para llegar a conocerse bien, se sentiría capaz de llegar hasta el final. Se preguntaba de dónde sacaban el valor algunos hombres para ir con mujeres desconocidas y desnudarse delante de ellas.

Tal vez porque no había luz. Tal vez era eso. Tal vez en las habitaciones de las prostitutas no había luz, para que ellos y ellas no pudieran verse. Aunque incluso así...

—¿Fitch?

El muchacho carraspeó.

—No, señor. Juro solemnemente que no iré con ninguna prostituta de Fairfield. No, señor. No lo haré.

24

Cuando el chico se marchó, Dalton bostezó. Llevaba despierto desde mucho antes del amanecer, dando instrucciones a sus empleados, reuniéndose con sus ayudantes de confianza para oír sus informes sobre cualquier conversación significativa en el banquete y ocupándose de preparar todos los mensajes. Los empleados que se encargaban de copiar y preparar los recados ocupaban las otras seis habitaciones del mismo pasillo, pero, en este caso, también habían necesitado su antesala para completar la tarea en un tiempo tan breve.

Con las primeras luces del día sus mensajeros ya habían partido para entregar instrucciones a los pregoneros de hasta el último confín de Anderith. Más tarde, cuando el Ministro se levantara y despidiera a quienquiera que hubiese acabado en su lecho, Dalton le informaría del anuncio para que no lo pillara por sorpresa, pues el Ministro era quien lo firmaba. Los pregoneros leerían los mensajes en salas de reuniones, sedes de gremios, lonjas, ayuntamientos de ciudades y pueblos, tabernas, posadas, todos y cada uno de los puestos del ejército, universidades, en todos los servicios religiosos, en las asambleas de penitencia, lavanderías industriales, fábricas de papel y molinos de grano, en todos los mercados al aire libre, en definitiva, en todos los lugares en los que la gente se reunía de una punta a otra del país. En cuestión de pocos días, la información llegaría a oídos de todos en los términos exactos que Dalton había utilizado.

Los pregoneros que no leían los mensajes al pie de la letra más pronto o más tarde eran descubiertos y reemplazados por otras personas más interesadas en mantener una fuente extra de ingresos. Además de enviarlos a los pregoneros, Dalton mandaba rotativamente mensajes idénticos a personas normales y corrientes de todo el país que se ganaban un dinero extra escuchando al pregonero e informando de si cambiaba en algo los términos del mensaje. Todo eso formaba parte de la telaraña que Dalton Campbell tejía.

Pocos entendían como él la importancia de que un mensaje único, escrito a medida y convincente llegara a oídos de todos. Pocos entendían el poder que adquiriría quien controlaba las palabras que llegaban al pueblo. La gente creía lo que oía siempre y cuando el envoltorio fuese el adecuado, sin importar el contenido. Pocos entendían el arma que suponía la información debidamente manipulada.

Desde la noche anterior existía una nueva ley en Anderith, una ley que prohibía la contratación exclusiva de albañiles para la construcción y que ordenaba que se contratara a cualquiera que lo deseara. El día anterior hubiese sido impensable emprender esa acción contra un gremio tan poderoso. En los mensajes, Dalton instaba a los ciudadanos a actuar siguiendo los más elevados ideales culturales de Anderith y a no tomar represalias, por otra parte perfectamente comprensibles, contra los albañiles por su despreciable política pasada y por permitir que los niños murieran de hambre. Insistía en que se siguieran los nuevos y más elevados principios de la Ley Winthrop de Empleo Justo. De ese modo, en lugar de atacar la nueva ley, los asustados albañiles estarían demasiado ocupados tratando de demostrar que no pretendían deliberadamente matar de hambre a los hijos de sus vecinos.

No pasaría mucho tiempo antes de que todos los albañiles del país no sólo acataran la nueva ley, sino que la defendieran como si desde el principio hubiesen pedido que se aprobara. La alternativa era ser apedreados por turbas enfurecidas.

A Dalton le gustaba prever cualquier eventualidad y tener el camino alisado antes de que llegara el carro. Para cuando Fitch se aseara, vistiera la librea de mensajero, Rowley le diese el visto bueno y lo despidiera con la ley en la cartera, ya sería demasiado tarde para la Oficina de Concordia Cultural, si por alguna razón los once Directores cambiaban de opinión e intentaban oponerse. Los pregoneros ya habrían empezado a divulgar la nueva ley por todo el país y pronto no quedaría ningún rincón en el que no se conociera. Ninguno de los once Directores podría alterar el voto a mano alzada emitido en el banquete.

Fitch encajaría a la perfección con el resto de mensajeros de Dalton. Todos eran muchachos que Dalton Campbell había ido reclutando a lo largo de diez años. Él los había rescatado de puestos oscuros en los que estaban condenados a una vida de trabajo duro, degradación, pocas opciones y menos esperanzas; eran la escoria de la cultura de Anderith. Pero gracias a que entregaban las noticias que los prisioneros se encargaban de divulgar, ayudaban a modelar y controlar esa cultura.

Los mensajeros no se limitaban a llevar mensajes. En cierto modo constituían casi un ejército privado pagado por el pueblo. Eran uno de los medios de los que se había servido Dalton Campbell para escalar hasta el puesto de asesor del Ministro. Todos sus mensajeros le debían una lealtad a toda prueba, y la mayoría daría la vida por él si Dalton lo pedía. A veces lo había pedido.

Dalton sonrió mientras sus pensamientos se centraban en cosas más agradables, por ejemplo Teresa. Desde que la presentó al Soberano, Teresa estaba en las nubes. Después de volver a sus aposentos al finalizar el banquete, se acostaron y Teresa lo recompensó tal como había prometido: le demostró lo buena que podía llegar a ser. Y Teresa podía ser extraordinariamente buena.

Tanto le había inspirado la experiencia de conocer al Soberano que esa mañana la dedicaba a la oración. Dalton dudaba que se hubiera sentido más conmovida de haber conocido al Creador en persona. No obstante, se alegraba de poder ofrecerle una experiencia tan elevada.

Al menos no se había desmayado como les ocurrió a varias mujeres y a un hombre cuando fueron presentados al Soberano. De no haber sido algo frecuente, hubiese resultado muy embarazoso para ellos. Sin embargo, todo el mundo comprendió su reacción y no le dio mayor importancia. En cierto modo se consideraba un signo de distinción, una prueba de fe y una muestra de devoción hacia el Creador. Para todos era una muestra sincera de fe.

Dalton veía al Soberano como lo que era: un hombre que ocupaba un puesto muy importante, pero un hombre al fin y al cabo. No obstante, para muchos otros, el Soberano trascendía los aspectos mundanos. Cuando Bertrand Chanboor, ya respetado y admirado como el Ministro de Cultura más destacado que había dado el país, se convirtiera en Soberano, también él sería objeto de adoración ciega.

Sin embargo, Dalton suponía que buena parte de las mujeres dispuestas a adorar a su Soberano intentarían más bien desfallecer en su cama que hacerlo en el suelo. Para muchas sería una experiencia religiosa mucho más significativa que la mera cópula con un hombre tan poderoso como el Ministro de Cultura. Incluso sus maridos se ennoblecerían si sus esposas aceptaban esa unión sagrada.

Al oír una llamada a la puerta, Dalton alzó la vista y comenzó a decir «adelante», pero la mujer entró sin llamar. Era Franca Gowenlock.

Dalton se levantó.

—Ah, Franca, qué bien que has venido. ¿Te lo pasaste bien en el banquete?

Por alguna razón, la mujer mostraba un semblante sombrío que se sumaba a los ojos y el pelo oscuros, y un aspecto general que parecía que estuviese siempre en la sombra aunque no fuese así. Cuando Franca estaba presente, la atmósfera siempre parecía fría y silenciosa.

La mujer asió una silla por la parte superior del respaldo y la arrastró hasta el escritorio de Dalton. Se sentó delante de él y cruzó los brazos. Un tanto desconcertado, Dalton volvió a sentarse en su silla.

Franca entrecerró los ojos y, al hacerlo, aparecieron finas líneas alrededor.

—No me gusta ese tipo de la Orden, Stein. No me gusta ni pizca.

Dalton se relajó en la silla. Franca tenía el pelo negro y lo llevaba en una melena suelta que le llegaba casi hasta los hombros. Pero el pelo no le caía sobre la cara, sino que parecía congelado por un viento gélido. En las sienes se apreciaban algunos mechones blancos que, en lugar de añadirle años, sólo alimentaban su aspecto de seriedad.

Franca se había puesto un sencillo vestido de color anaranjado oscuro y una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello. Solía ser de ese material y ese color, aunque no siempre. Lo que era invariable era que midiera al menos dos dedos de ancho.

Justamente porque siempre llevaba el cuello tapado, Dalton se preguntaba qué quería ocultar. Pero Franca era Franca, y por eso nunca se lo había preguntado.

Hacía casi quince años que conocía a Franca Gowenlock y durante la mitad de ese tiempo la había empleado por sus dotes mágicas. A veces barajaba la posibilidad de que la hubieran decapitado y que luego ella se hubiera cosido de nuevo la cabeza.

—Lo lamento, Franca. ¿Te ha hecho algo? ¿Te ha insultado? No se habrá atrevido a ponerte la mano encima, ¿verdad? Si ése es el caso, te doy mi palabra de que le ajustaré las cuentas. —Franca sabía que Dalton siempre mantenía su palabra.

—Tenía suficientes mujeres ávidas de deseo a su disposición; no me necesitaba a mí para eso —respondió, entrelazando sus largos y elegantes dedos en el regazo.

La respuesta dejó a Dalton obviamente perplejo, pero habló sin perder su habitual cautela.

—Entonces ¿de qué se trata?

Franca apoyó los antebrazos en el escritorio, inclinó la cabeza hacia adentro y bajó la voz.

—Hizo algo con mi don. Lo revolvió todo o algo por el estilo.

—¿Quieres decir que Stein tiene algún tipo de poder mágico? —preguntó Dalton verdaderamente preocupado—, ¿que lanzó un hechizo o algo así?

—No lo sé, pero algo hizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Traté de escuchar las conversaciones en el banquete, como hago siempre. Pero te digo una cosa Dalton, si no fuera porque sé que tengo el don, hubiera jurado que no lo tenía. Nada. No oí nada de nadie. Ni una palabra.

Dalton se puso tan sombrío como la mujer.

—¿Me estás diciendo que el don no te permitió escuchar ninguna conversación?

—¿Estás sordo o qué? Acabo de decírtelo.

Dalton tamborileó con los dedos en la mesa; Entonces giró la cabeza y miró por la ventana de guillotina, se levantó y deslizó el marco corredizo de la ventana hacia arriba para que entrara la cálida brisa. Obedeciendo un gesto suyo, Franca fue hasta él.

Dalton señaló a dos hombres que conversaban debajo de un árbol en el otro extremo del prado de hierba cortada.

—¿Ves a esos dos allí abajo? Dime lo que están diciendo.

Franca apoyó las manos en el alféizar, se asomó un poco y clavó la vista en los dos hombres. El sol que le daba en la cara reveló a Dalton que el paso del tiempo comenzaba a marcar arrugas, estirar y hundir el rostro de quien él siempre había considerado, si no una de las mujeres más hermosas que conocía, desde luego sí la más extraña. Pero, pese al paso del tiempo, conservaba su belleza inquietante.

Dalton observó que los hombres gesticulaban con las manos al hablar, aunque no podía oír lo que decían. Ella, gracias al don, debería poder oírlos con facilidad.

Franca puso cara inexpresiva y se quedó inmóvil, como una de las figuras de cera de la exhibición itinerante que recalaba en Fairfield dos veces al año. Dalton ni siquiera percibía su respiración.

Finalmente, la mujer lanzó un suspiro de enfado y confesó:

—No oigo ni media palabra. Están demasiado lejos para verles los labios, así que no puedo ayudarme con eso. De todos modos no oigo nada y debería oírlos.

Dalton miró hacia abajo y localizó a otros dos hablando al lado del edificio, dos pisos más abajo.

—¿Y a esos dos?

Franca se asomó para echar un vistazo. Dalton casi los oía; una risa y una exclamación, pero ninguna palabra. Franca volvió a quedarse inmóvil.

El suspiro que lanzó esta vez bordeaba la furia.

—Nada, y eso que casi los oigo sin necesidad de usar el don.

Dalton cerró la ventana. La ira desapareció de la faz de la mujer y Dalton vio algo que jamás había visto en ella: miedo.

—Dalton, debes deshacerte de ese tipo. Tiene que ser un mago o un brujo. Ha anulado mi don.

—¿Cómo sabes que es él?

Franca reaccionó con sorpresa ante esa pregunta.

—Bueno... ¿quién si no? Él afirma que puede eliminar la magia. Lleva aquí muy pocos días, y yo tengo este problema desde hace unos cuantos días.

—¿Tienes dificultades con otras cosas, con otros aspectos del don?

Franca le dio la espalda y se retorció las manos.

—Hace un par de días hice un conjuro sencillo para una mujer que vino a verme. Era para que recuperara su flujo lunar y no estuviera embarazada. Esta mañana ha vuelto y me ha dicho que no ha funcionado.

—Bueno, debe de tratarse de un encantamiento complicado en el que intervienen muchos factores. Supongo que no siempre funciona.

Franca negó con la cabeza.

—Hasta ahora siempre había funcionado.

—Quizá estás enferma. ¿Te sientes distinta últimamente?

—No. Me siento exactamente igual que siempre. La sensación que tengo es que mi poder sigue siendo igual de fuerte, pero no es así. Me han fallado otros hechizos. No pienso dejarlo pasar sin llegar hasta el fondo.

—Franca —dijo Dalton, muy inquieto—, yo no sé mucho de magia, pero tal vez se trata de recuperar la confianza en ti misma. Es posible que si te convences de que eres capaz, consigas que el don funcione de nuevo.

Franca le lanzó una airada mirada por encima del hombro.

—¿De dónde has sacado una idea tan estúpida sobre el don?

—No lo sé. —Dalton se encogió de hombros—. Admito que no sé mucho de magia, pero de verdad que no creo que Stein posea el don ni ningún tipo de magia. Simplemente no da el perfil.

»Además, hoy ni siquiera está aquí. No puede ser él quien te impide oír a esos dos de abajo. Stein ha salido a visitar la campiña. Se marchó hace horas.

La mujer dio media vuelta lentamente hacia él. Mostraba un aspecto temible y al mismo tiempo asustado. Ver coincidir dos aspectos tan antagónicos le puso la carne de gallina a Dalton.

—En ese caso —susurró Franca—, me temo que he perdido mis poderes. Estoy indefensa.

—Franca, estoy seguro de que...

Franca se humedeció los labios.

—Serin Rajak sigue en prisión, ¿verdad? No me gustaría pensar que él o sus seguidores lunáticos...

—Ya te lo dije: está en prisión. Ni siquiera sé si sigue vivo. Después de tanto tiempo lo dudo. Pero, tanto si está vivo como si está muerto, no tienes que preocuparte por él.

Ella desvió la mirada e hizo un gesto afirmativo.

—Franca, estoy totalmente seguro de que recuperarás tus poderes. No te preocupes demasiado por eso —quiso tranquilizarla Dalton.

—Dalton —confesó ella con lágrimas en los ojos—, estoy aterrada.

Dalton la abrazó con cuidado. Franca sollozaba entre sus brazos. Después de todo, además de ser una peligrosa mujer con el don, también era su amiga.

Dalton recordó la letra de la canción que había oído en el banquete: «... llegaron los ladrones de encantos y hechizos».

25

Roberta levantó mucho la barbilla y estiró el cuello para mirar cautamente más allá del borde del cercano precipicio y contemplar los fértiles campos de su amado valle Nareef, que se extendía muy abajo. Los campos recién arados destacaban por su intensa tonalidad marrón entre alfombras del increíble color verde de los cultivos jóvenes y el más oscuro de los pastos. Desde allí arriba, los animales que se alimentaban con los tiernos brotes parecían hormigas. El río Dammar serpenteaba por el valle centelleando con los primeros rayos de sol de la mañana, flanqueado por árboles de un verde oscuro, como espectadores de un impresionante desfile.

Cada vez que subía hasta el bosque cercano al precipicio de los Nidos, contemplaba desde lejos el hermoso valle que se extendía a sus pies. Después de permitirse una breve mirada, bajaba los ojos hacia el suelo en sombras cubierto por hojarasca. Era un mosaico de partes musgosas y oscuras, y otras soleadas. Sentir el suelo sólido y firme bajo los pies la tranquilizaba.

Roberta cambió de posición el saco que llevaba al hombro y siguió adelante. Tenía que moverse a través de los claros que se abrían entre los arbustos de arándanos y espino, pisar encima de piedras que emergían como islas para salvar oscuras grietas y agujeros, agacharse para pasar por debajo de las ramas más bajas de los pinos y alisos, y apartar con el bastón helechos o ramas de árboles, siempre buscando.

Descubrió un sombrerillo de un tono amarillo suave en forma de jarrón y se inclinó para echarle un vistazo. Comprobó complacida que era un rebozuelo y no un onfalotus venenoso. El rebozuelo era muy apreciado por su sabor, que recordaba a las nueces. Roberta asió el tallo con un dedo y tiró hacia arriba. Antes de meter el preciado hongo en el saco, pasó el pulgar por sus laminillas semejantes a plumas sólo por el placer de sentir su suavidad.

La montaña en la que buscaba setas era pequeña comparada con las que se alzaban alrededor. Con excepción del precipicio de los Nidos, la suya era de una altura que no asustaba y de suaves laderas boscosas en las que se entrecruzaban varias sendas, algunas hechas por el hombre y la mayoría por animales. Era el tipo de bosque que Roberta prefería, pues ya no era joven y cada vez le dolían más los huesos.

Se decía que desde la cima de las montañas más altas podía divisarse hacia el sur el lejano océano. Según se contaba, era una vista hermosa como pocas. Muchas personas subían hasta allí una o dos veces al año sólo para contemplar el esplendor de la obra del Creador.

Había senderos que discurrían a lo largo de los escarpados bordes de precipicios y pedregales. Algunos pastores incluso llevaban sus rebaños de cabras a esas laderas rocosas y empinadas. Pero Roberta nunca había subido hasta allí excepto cuando era niña, y su padre, que el Creador ampare su alma, los llevó de viaje a la lejana Fairfield por una razón que ya no recordaba. Roberta prefería no alejarse del paisaje aluvial. A diferencia de otras personas, ella nunca escalaba las montañas más altas porque tenía vértigo.

Aún más arriba, en las tierras altas, existían lugares mucho peores, como el elevado erial en el que los pájaros del valle Nareef anidaban.

En ese paraje desolado no había nada, ni una brizna de hierba ni una ramita de matorral, excepto las plantas paka que crecían en la ciénaga envenenada. Según le habían contado, allí arriba no había nada que ver excepto amplias extensiones de tierra oscura, arenosa y llena de rocas, y unos pocos huesos blanqueados. Quienes lo habían visto lo describían como otro mundo. Un mundo en el que el silencio únicamente era roto por el viento que arrastraba la tierra oscura y arenosa para formar montículos que, con el tiempo, se desplazaban y nunca dejaban de moverse, como si buscaran algo y no lo encontraran nunca.

Las montañas más bajas, en las que Roberta buscaba setas, eran lugares bonitos y lozanos, de cimas más redondeadas y suaves y, excepto por el precipicio de los Nidos, de laderas menos empinadas y escarpadas. A Roberta le gustaba estar rodeada de árboles, bichos y plantas de todo tipo. Las trochas de ciervos por las que buscaba setas discurrían lejos de los extremos que tan poco le gustaban y nunca se aproximaba demasiado al precipicio de los Nidos, llamado así porque los halcones anidaban allí. A Roberta le gustaban los frondosos bosques en los que crecían hongos.

Las setas que encontraba las vendía en el mercado; frescas, secas, en conserva o preparadas de otra manera. Muchos la llamaban la mujer de las setas y no la conocían por ningún otro nombre. Con los hongos que vendía en el mercado conseguía algo de dinero que luego la familia usaba para adquirir agujas e hilos, alguna tela ya confeccionada, hebillas y botones, una lámpara, aceite, sal, azúcar, canela y nueces, es decir, artículos que hacían la vida más fácil y ayudaban a pasarla mejor. Roberta pensaba sobre todo en sus cuatro nietos aún vivos. Las setas que recolectaba proporcionaban todas esas cosas que complementaban los alimentos que cultivaban o recogían.

Desde luego, también se las comían. Roberta prefería las que crecían en los bosques de montaña a las que crecían en el valle. Allí arriba estaban casi siempre tocadas por las nubes, y las setas crecían bien con la humedad. Roberta siempre había pensado que ningún hongo podía compararse con los que crecían en las montañas, y muchos clientes adquirían su mercancía justamente por eso. La mujer conocía lugares secretos en los que encontrar los mejores ejemplares cada año. Tanto los grandes bolsillos del mandil como el saco que llevaba a la espalda estaban llenos a rebosar.

Como aún era pronto, había encontrado sobre todo grupos de pleurotos en forma de ostra de color pardo rojizo. Tenían unos sombrerillos carnosos y tiernos que quedaban exquisitos rebozados con huevo, y los vendía frescos. No obstante, había estado de suerte al encontrar rebozuelos que ofrecería tanto secos como frescos. También había recogido un buen número de sillas de montar de Dryad, que vendería en conserva para sacar lo máximo.

Aún era demasiado pronto para las flamulinas en casi todas partes, aunque más avanzado el verano serían muy comunes. Sin embargo, Roberta había acudido a uno de sus lugares secretos, en los que abundaban los tocones de pino y donde había encontrado algunas flamulinas de color ocre que se utilizaban para fabricar tinte. Había hallado incluso un abedul podrido con un grupo de políporos. Se trataba de unas setas en forma de riñón con las que los cocineros mantenían los fuegos bien encendidos y los hombres suavizaban el filo de las cuchillas de afeitar.

Apoyándose en el bastón, se inclinó para examinar una seta pardusca de aspecto inofensivo. En el pie de color hueso presentaba un anillo. La mujer se fijó en que las laminillas amarillentas justo empezaban a adquirir una tonalidad marrón rojiza. Se trataba de una galerina, una especie mortal. Roberta lanzó un gruñido de disgusto y siguió adelante.

Bajo las amplias ramas de un roble con un diámetro mayor que sus dos bueyes uncidos, en la parte más interior, recogió tres más de buen tamaño de los sabrosos rebozuelos. La variedad más sabrosa crecía casi exclusivamente bajo los robles. Ya habían cambiado de amarillo a naranja, lo que indicaba que estaban en su punto.

Roberta sabía dónde estaba, pero se había alejado de su ruta habitual, por lo que nunca había visto ese enorme roble. Le bastó con echar un vistazo a la copa para saber que era un buen sitio para las setas, pues daba mucha sombra. Su nariz no le había fallado.

En la base del roble, alrededor de la parte del tronco que tocaba el suelo, descubrió, encantada, un grupo de pipas o venas de buey, como las llamaban algunos, porque tenían forma de tubo y a veces recordaban vívidamente un haz de venas juntas y cortadas al mismo nivel. No obstante, éstas eran más bien rosadas con unas pocas rayas rojas. Roberta prefería el nombre de pipas pequeñas, pero no eran de sus favoritas. No obstante, había quien se las compraba por su sabor agrio y, como no abundaban, conseguía un precio decente por ellas.

También, bajo la profunda sombra del árbol, crecía un círculo de campanillas de los espíritus, llamadas así por los sombrerillos en forma de campana. Aunque no eran venenosas, no gustaban a nadie debido a su sabor amargo y a su textura leñosa. Además, se creía que cualquiera que entrara dentro de un

círculo de campanillas de los espíritus quedaba embrujado, por lo que todos las evitaban. Roberta había entrado dentro de círculos de las pequeñas y bonitas setas desde que era un bebé que gateaba, cuando su madre la llevaba consigo para ir a buscar setas.

Como ella no creía en supersticiones sobre sus amadas setas, atravesó el círculo de campanillas de los espíritus para recoger las pipas. Al hacerlo le pareció oír su delicado repique.

Una de las ramas anchas del roble crecía tan baja que creaba un asiento natural. El diámetro de la rama era mayor que la generosa cintura de la mujer, además de estar seca y ser bastante cómoda.

Roberta dejó con cuidado el saco en el suelo y suspiró, aliviada, al poder recostar sus cansados huesos contra otra rama que resultó crecer en el ángulo perfecto para apoyar los hombros y la cabeza. Era como si el árbol la acogiera en su mano protectora.

Absorta en sus fantasías, oyó un susurro que sonaba como su nombre y lo creyó parte de su ensueño. Era un sonido agradablemente suave y cálido, más una sensación de cosas buenas y agradables que una palabra.

La segunda vez supo que no era parte de su fantasía y no tuvo ninguna duda de que oía su nombre, aunque pronunciado de una manera más íntima que si fuera una mera palabra.

Ese modo en que sonaba hizo vibrar las fibras sensibles de su corazón. Era como la misma música de los espíritus, llena de amabilidad, compasión y calor. Era tan bella que Roberta suspiró. Se sentía muy feliz. Era como la cálida luz del sol en un día frío.

La tercera vez se incorporó para mirar. Ansiaba ver el origen de esa voz tan conmovedora. Al moverse se sintió como si viviera una de sus ensoñaciones, en las que todo era paz y felicidad. El bosque chispeaba al sol de la mañana y parecía relucir.

Al verlo se le escapó un grito ahogado. Aunque nunca lo había visto antes, lo conocía desde siempre o, al menos, eso le parecía a ella. Era un amigo familiar, la pareja en la que había soñado desde que era joven, aunque hasta entonces no había pensado demasiado en ello. Le parecía que él era el único que siempre había estado con ella, aquel en quien pensaba cuando soñaba despierta, un rostro desdibujado pero que conocía muy bien.

En esos momentos se dio cuenta de que era tan real como siempre había imaginado cuando lo besaba en sus fantasías, cosa que hacía desde que descubrió, siendo muy pequeña, que un beso no era sólo lo que su madre le daba antes de ir a la cama. El hombre de sus fantasías la besaba en la cama. Los suyos eran unos besos cálidos y ardientes.

Hasta entonces nunca había creído que él fuera real, pero de pronto estaba segura de que siempre había sabido que lo era. ¿Cómo podía ser fruto de su imaginación si estaba allí mismo, mirándola fijamente a los ojos? Tenía el pelo alborotado y ondulado, que enmarcaba una cara preciosa de cálida sonrisa, aunque le pareció muy curioso no poder describirla exactamente. Sin embargo, conocía esa cara tan bien como la suya.

Y también conocía todos y cada uno de sus pensamientos, tal como conocía sus propios pensamientos y deseos. Era su media naranja.

¿Qué importaba que no supiera su nombre si conocía sus pensamientos? No saber su nombre era la prueba de que estaban conectados a un nivel espiritual que trascendía las palabras.

Y por fin él había abandonado las brumas de ese mundo espiritual porque necesitaba estar con ella, del mismo modo que ella necesitaba estar con él. Él le abrió una mano como si le confesara ese anhelo. Roberta fue a buscarla. Se sentía flotar por encima del suelo. Sus pies caminaban como los filamentos plumosos del diente de león empujados por la brisa. Su cuerpo flotaba como las hierbas en el agua, estirándose hacia él, queriendo abrazarlo.

Cuanto más se acercaba, más calor notaba en el cuerpo. No era un calor semejante al del sol en la cara, sino el que dan los brazos de un enamorado, su sonrisa, sus dulces besos.

Toda su vida se reducía a una cosa: la necesidad de que la estrechara tiernamente entre sus brazos, de susurrarle su deseo porque sabía que él lo comprendería, de sentir su aliento en la oreja cuando le dijera que lo entendía.

Toda ella ardía por susurrarle su amor y oírsele también a él. Nada le urgía tanto como estar entre esos brazos que tan bien conocía.

Ya no sentía los músculos cansados y los huesos ya no le dolían. Ya no era vieja. Se había desprendido de los años del mismo modo que los enamorados se despojan del estorbo de sus ropas para llegar a la esencia desnuda de su ser.

Gracias a él, gracias a su amor, volvía a estar en la flor de la vida, una época en la que todo era posible.

El hombre extendió un brazo hacia Roberta. Su necesidad de ella era igual de grande. Roberta quiso cogerle la mano, pero le pareció que estaba más lejos. Cuanto más se estiraba ella, más lejos estaba él.

El pánico se apoderó de Roberta al pensar que iba a desaparecer antes de poder tocarlo al fin. Se sentía como si nadara en un mar de miel y no pudiera avanzar. Durante toda la vida había suspirado por tocarlo. Durante toda la vida había suspirado por decírselo, porque sus almas se fundieran por fin.

Y, cuando por fin lo encontraba, se alejaba de ella.

Con piernas pesadas como el plomo, Roberta saltó atravesando el sol primaveral, atravesando el aire dulce, hacia los brazos de su amado.

Pero se alejaba cada vez más. Él levantó los brazos hacia ella. Roberta sentía el deseo de su amado. Ansiaba tranquilizarlo, protegerlo de todo mal, aliviar sus conflictos.

Él podía sentir el anhelo de Roberta y la llamó por su nombre para que no desistiera en su esfuerzo por alcanzarlo. Al oír su nombre en los labios de él, el corazón de Roberta saltó de júbilo, y notó el terrible aguijón que era el ansia de devolver esa pasión que él había puesto en su nombre.

Lloraba de ganas de saber su nombre y de pronunciarlo con el amor sin fin que sentía hacia él.

Trató de alcanzarlo con todas sus fuerzas. Puso todo su ser en un temerario impulso hacia él, abandonando toda precaución por la feroz necesidad de llegar hasta él.

Roberta gritó su amor sin nombre y su deseo mientras trataba de tocarle los dedos. Él abrió los brazos para estrecharla amorosamente entre ellos. Mientras la mujer volaba hacia esos brazos, el sol brillaba a su alrededor, la cálida brisa le alborotaba el cabello y le agitaba el vestido.

El hombre gritó su nombre con una voz tan hermosa que incluso dolía. Roberta abrió los brazos para abrazarlo por fin. Se sentía como si flotara eternamente en el aire hacia él, con el sol en la cara y la brisa en el pelo. Todo era como debía ser porque estaba justo donde quería estar, con él.

Fue el instante más perfecto de toda su vida, la sensación más perfecta. En todo el mundo no existía amor más perfecto que el suyo.

Oyó los repiques perfectos de esas sensaciones que resonaban en toda su gloria.

El corazón casi se le salió del pecho cuando al fin se lanzó en sus brazos con un impulso desesperado, gritando su deseo, su amor, su sentimiento de plenitud. Ya sólo deseaba saber cómo se llamaba para poder entregarse por completo a él.

Su resplandeciente sonrisa era para ella y sólo para ella. Sus labios eran para ella y para nadie más. Roberta salvó el poco espacio que aún la separaba de él, ansiosa por besar al fin al amor de su vida, a su compañero del alma, a la única y verdadera pasión de su vida.

Cuando por fin Roberta cayó en los brazos extendidos del hombre, en su abrazo, los labios de él estaban allí para darle el beso perfecto.

En ese instante insuperable, cuando sus labios comenzaban a rozarse, Roberta vio a través de él, justo más allá, el rígido suelo del valle que volaba a toda velocidad, implacablemente, hacia ella, y por fin supo su nombre: Muerte.

26

—Allí —dijo Richard acercándose a Kahlan para que pudiera seguir la trayectoria que señalaba su brazo—. ¿Ves esa pequeña nube tan oscura delante de una parte más clara? —Esperó el gesto afirmativo de ella antes de seguir—. Pues debajo y un poco a la derecha.

De pie en medio de un océano aparentemente infinito de hierba que le llegaba a la cintura, Kahlan se estiró e hizo visera con una mano para protegerse de la luz de la mañana.

—Sigo sin verlo —admitió con un suspiro de frustración—. Claro que nunca he sido capaz de ver tan lejos como tú.

—Yo tampoco veo nada —intervino Cara.

Richard volvió a mirar por encima del hombro para escudriñar la vacía pradera y asegurarse de que nadie se acercaba sigilosamente para sorprenderlos mientras vigilaban cómo ese hombre se acercaba. No había otra amenaza.

—Pronto lo veréis.

Involuntariamente quiso comprobar que tenía la espada lista para desenvainarla y hasta que comprobó que no tenía ninguna espada al cinto no recordó que no la llevaba. Así pues, cogió el arco de la espalda y colocó una flecha.

Habían sido innumerables las veces que había deseado librarse de la *Espada de la Verdad* y de la magia que poseía, porque sacaba a la luz cosas de sí mismo que aborrecía. La magia de la espada se fundía con esos sentimientos para crear una cólera letal. Cuando Zedd le entregó la espada le dijo que únicamente era un instrumento. Con el paso del tiempo, Richard entendió lo que su abuelo había querido decir.

No obstante, era un instrumento realmente horripilante.

El portador de la *Espada de la Verdad* no sólo tenía que manejar el arma, sino también a sí mismo. Era esencial comprender eso, entre muchas otras cosas, para usar la espada del modo debido. Y eso solamente podía hacerlo un verdadero Buscador.

Richard se estremeció al imaginarse lo que sucedería si ese artilugio mágico caía en malas manos y dio gracias a los buenos espíritus porque, si bien él no la tenía, al menos estaba segura.

El desconocido se seguía acercando a la sombra de lejanas nubes vaporosas, cuyo interior relucía a la luz de la mañana con colores que iban de un amarillo brillante a un inquietante violeta, indicador de la violencia de las tormentas que contenían. Dentro de las colosales nubes estallaban y parpadeaban rayos que a esa distancia no se oían y que iluminaban cañones ocultos, paredes de valles e hirvientes cimas.

Comparado con otros sitios que había visto, el cielo y las nubes por encima de la llanura se le antojaban de una magnificencia increíble. Él lo achacaba a que hasta donde le alcanzaba la vista no había absolutamente nada, ni montañas, ni árboles, ni nada que interrumpiera el dramático espectáculo que se desarrollaba en la vasta bóveda celeste.

Las nubes de tormenta no habían comenzado a desplazarse hacia el este hasta poco antes del alba, llevándose con ellas la lluvia que tanto los había irritado en la aldea de la gente barro, durante su primer día de viaje y durante la primera noche, que había sido espantosa por el frío y la imposibilidad de encender fuego. Viajar con lluvia era muy desagradable y les había aguado a los tres el buen humor.

Kahlan estaba tan preocupada como Richard por Zedd y Ann, y por cuál podría ser el siguiente movimiento del acechante. Además, resultaba muy frustrante no poder utilizar la sliph para viajar rápidamente a Aydindril y verse obligados a emprender un largo viaje cuando tenían tanta prisa y era tan sumamente importante. Richard estaba casi dispuesto a correr el riesgo. Casi, pero no del todo.

En cuanto a Cara, parecía que algo más la inquietase. Se mostraba tan arisca como un gato encerrado en un saco. Richard no tenía ganas de meter la mano en el saco y llevarse un buen arañazo. Pensó que si realmente fuese importante, se lo diría.

A todo eso se le sumaba el malestar por no tener la *Espada de la Verdad* a mano en una situación peligrosa. Temía que el acechante tratara de hacer daño a Kahlan sin que él pudiera protegerla. Además del peligro que suponían las Hermanas de las Tinieblas, una Confesora estaba expuesta a muchos otros peligros ordinarios; mucha gente, de saberla indefensa, intentaría desquitarse por lo que consideraban injusticias.

Debido al hechizo que socavaba la magia, más pronto o más tarde su poder de Confesora desaparecería y ya no podría defenderse. Era preciso que él la protegiera, pero sin su espada temía no ser capaz.

Cada vez que trataba de echar mano a la espada ausente, Richard sentía un vacío que no podía expresar con palabras. Era como si le faltara una parte de sí mismo.

No obstante, por alguna razón no se sentía a gusto con la idea de ir a Aydindril. Notaba que algo no encajaba. La razón le decía que era la inquietud por haber dejado a Zedd solo, estando enfermo y vulnerable. Pero le había dejado muy claro que no tenía elección.

Hasta que divisó al desconocido que se acercaba, el segundo día de viaje había sido más soleado, más seco y más agradable que el primero. Richard tensó ligeramente la cuerda del arco. Después del incidente con el pollo o, mejor dicho, con el acechante, y con tantas cosas en juego, no iba a permitir que nadie se les acercara sin asegurarse primero de que era amigo.

—¿Sabes? Creo que mi madre me explicó una vez una historia sobre un gato que se llamaba *Acechante* —dijo a Kahlan, frunciendo el entrecejo.

Kahlan, que se aguantaba un mechón de pelo con una mano para impedir que la brisa lo impulsara hacia la cara, lo miró a su vez con ceño.

—Qué raro. ¿Estás seguro?

—No. Mi madre murió cuando yo era pequeño. No sé si realmente lo recuerdo o si me engaño y, en realidad, me lo invento.

—¿Qué recuerdas?

Richard estiró la cuerda del arco para probarla y luego relajó la tensión.

—Me parece que me caí y me despellejé una rodilla o algo así. Ella trataba de hacerme reír para que me olvidara del dolor, ya sabes. Y creo que fue entonces cuando me contó que siendo una niña su madre le explicó una historia sobre un gato que se llamaba *Acechante* porque no dejaba de acechar y de abalanzarse sobre todo. Juraría que la recuerdo reír y preguntarme si no me parecía un nombre muy divertido.

—Sí, tronchante —espetó Cara, dejando bien a las claras que no le hacía ni pizca de gracia.

La mord-sith levantó con un dedo la punta de la flecha de Richard y por tanto también el arco, como si pensara que Richard no le prestaba la debida atención.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso justo ahora? —le preguntó Kahlan.

Él señaló con el mentón el hombre que se acercaba.

—Pensaba en ese hombre solo en la pradera y en qué peligros más nos pueden acechar.

—Y al pensar en todos esos peligros que acechan, ¿decidisteis quedaros quieto y dejar que os ataquen a voluntad? —preguntó Cara.

Richard no le hizo el más mínimo caso y ladeó la cabeza hacia el desconocido.

—Ahora tienes que verlo.

—No, sigo sin ver dónde dices que... Espera un momento. —Kahlan se protegió los ojos con una mano y se puso de puntillas para ver mejor—. Ahí está. Ya lo veo.

—Creo que deberíamos escondernos en la hierba y, cuando pase, saltar sobre él —sugirió Cara.

—Nos vio cuando yo lo vi a él. Sabe dónde estamos. No podríamos sorprenderlo.

—Al menos sólo hay uno. —Cara bostezó—. No tendremos ningún problema.

A la mord-sith le había tocado la guardia de media y no lo había despertado cuando le correspondía a él iniciar su turno, sino que lo había dejado dormir una hora más. Además, quien hacía la guardia del medio dormía menos.

Richard volvió a mirar por encima del hombro.

—Aunque sólo veas a uno, hay más. Como mínimo una docena.

Kahlan volvió a hacer visera con la mano para protegerse los ojos.

—Yo no veo a nadie más. Sólo a uno. —Miró a ambos lados y atrás—. ¿Estás seguro?

—Sí. Cuando lo vi por primera vez y él me vio a mí, se separó de sus compañeros y comenzó a acercarse en solitario. Los demás esperan.

Cara cogió una mochila, empujó a Kahlan en el hombro y después a Richard.

—Vámonos —dijo—. Podemos dejarlos atrás hasta que ya no puedan vernos y entonces escondernos. Si nos siguen, los pillaremos por sorpresa y acabaremos de una vez por todas con la persecución.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? —replicó Richard, devolviéndole el empujón—. Se acerca solo para que no disparemos. Si fuese un ataque, avanzarían todos al mismo tiempo. Esperaremos.

Cara cruzó los brazos y apretó los labios en un acceso de ira. Se mostraba más protectora que nunca. Tanto si estaba lista para contarle lo que ocultaba como si no, tendrían que hablar con ella y averiguar cuál era el problema. Tal vez Kahlan tendría más suerte.

El hombre alzó los brazos y los agitó en un gesto amistoso. Richard lo reconoció, apartó la mano de la cuerda del arco y devolvió el saludo.

—Es Chandalen.

Pasaron pocos minutos antes de que también Kahlan agitara el brazo.

—Tienes razón, es Chandalen.

—Me pregunto qué está haciendo tan lejos de la aldea —comentó Richard, guardándose la flecha en la aljaba que le colgaba del cinto.

—Mientras tú aún examinabas los pollos en los chamizos, él fue a comprobar una información de sus cazadores que patrullan más lejos. Según dijo, se habían encontrado con desconocidos fuertemente armados, y sus hombres estaban preocupados por lo que harían.

—¿Eran hostiles?

—No. —Kahlan se apartó una vez más el pelo húmedo del rostro—. Pero los hombres de Chandalen dijeron que se acercaban con una tranquilidad inquietante.

Richard asintió con un gesto mientras observaba cómo Chandalen se aproximaba. El hombre barro no llevaba armas, excepto un cuchillo al cinto. Como era costumbre en su pueblo, no sonreía mientras se les acercaba trotando. Por lo general, la gente barro no sonreía al toparse siquiera con amigos en la llanura hasta haber intercambiado los saludos de rigor.

Con cara de pocos amigos, Chandalen propinó rápidamente un cachete a Richard, a Kahlan y a Cara. Pese a haber corrido la mayor parte del camino, respiraba con normalidad mientras los saludaba por sus respectivos títulos.

—Fuerza a la Madre Confesora. Fuerza a Richard el de genio pronto.

A Cara además la saludó con una inclinación de cabeza; ella era una protectora, como él. Los tres le devolvieron el saludo y le desearon fuerza.

—¿Adónde vais? —preguntó Chandalen.

—Han surgido dificultades. Tenemos que regresar a Aydindril —le explicó Richard mientras le ofrecía la cantimplora con agua.

Chandalen la aceptó con un gruñido de preocupación.

—¿El pollo que no es un pollo?

—En cierto modo sí —contestó Kahlan—. Hemos descubierto que era magia conjurada por las Hermanas de las Tinieblas que Jagang tiene prisioneras.

—Lord Rahl usó su magia para acabar con el pollo que no era un pollo —intervino Cara.

Chandalen pareció aliviado al oír eso y bebió un trago de agua.

—En ese caso ¿por qué tenéis que ir a Aydindril?

Richard apoyó el arco en el suelo y asió el otro extremo.

—El conjuro de las Hermanas pone en peligro a todos los seres, humanos o no, que poseen magia. Zedd y Ann han enfermado. Los dos se han quedado en tu aldea. En Aydindril esperamos liberar la magia que neutralice el conjuro de las Hermanas de las Tinieblas para que Zedd recupere las fuerzas y pueda enmendar la situación.

»La magia de las Hermanas creó al monstruo en forma de pollo que mató a Juni. Hasta que lleguemos a Aydindril nadie estará seguro.

Chandalen, que había escuchado muy atentamente, colocó el tapón a la cantimplora y se la devolvió.

—En ese caso debéis partir cuanto antes para hacer lo que sólo vosotros podéis hacer. —El hombre barro miró por encima del hombro. Sus hombres habían esperado hasta que su jefe se hubiera identificado para acercarse—. Pero primero tenéis que hablar con los desconocidos que han encontrado mis hombres.

Richard volvió a colgarse el arco en la espalda mientras escudriñaba el horizonte. Aún no veía a nadie.

—¿Quiénes son?

Chandalen miró de reojo a Kahlan antes de responder a Richard.

—La gente barro tenemos un viejo dicho: «Cuidado con lo que dices a la cocinera o acabarás en la cacerola con el pollo que se le ha comido las verduras de la cena».

Richard se fijó en que Chandalen se esforzaba mucho por no mirar la cara de perplejidad de Kahlan. Pese a que no comprendía el porqué, le parecía entender la metáfora, por extraña que sonara. Seguramente era una mala traducción.

Los que se acercaban ya no estaban lejos. Después de haber perdido a uno de sus leales cazadores a manos del acechante, sin duda Chandalen quería que Richard y Kahlan hicieran todo lo posible por detener al enemigo y no insistiría en retrasar su viaje si no fuera por una buena razón.

—Si es importante que hablemos con ellos, vamos.

Pero Chandalen lo detuvo cogiéndolo por un brazo.

—Sólo quieren verte a ti. Tal vez prefieras ir solo. Habla con ellos y luego seguid con el viaje.

—¿Por qué querría Richard ir solo? —preguntó Kahlan con suspicacia. A continuación añadió algo en la lengua de la gente barro que Richard no entendió.

Chandalen levantó las manos hacia ella mostrándole las palmas vacías en un gesto que parecía significar que iba desarmado y no quería pelea. Por alguna razón, Chandalen quería mantenerse al margen de lo que fuera que estuviera pasando.

—Quizá debería... —Richard cerró la boca cuando la mirada airada y suspicaz de Kahlan se posó en él. Carraspeó y agregó—: Iba a decir que entre nosotros no hay secretos. Kahlan siempre es bienvenida a mi lado. No podemos perder tiempo. Vamos. —Con esas palabras recogió su equipo.

Chandalen asintió con la cabeza y dio media vuelta para conducirlos. Pero antes de eso a Richard le pareció que ponía los ojos en blanco de un modo que parecía decir «Después no digas que no te advertí».

Richard contó hasta diez cazadores de Chandalen que caminaban detrás de siete viajeros desconocidos, además de otros tres a cada lado que vigilaban de lejos; éstos rodeaban a los forasteros sin

amenazarlos directamente. Era como si la gente barro se limitara a acompañar y guiar a los desconocidos, aunque Richard sabía que estaban listos para atacar al menor signo de hostilidad. Los forasteros armados en el territorio de la gente barro eran como el relámpago antes de una tormenta.

Richard confiaba en que también esa tormenta pasase y dejara tras de sí cielos soleados. Kahlan, Cara y Richard avanzaron a buen paso detrás de Chandalen por la tierna hierba mojada.

Los cazadores de Chandalen constituían la primera línea defensiva de la gente barro. El hecho de que casi todo el mundo evitara pasar por el territorio de la gente barro decía mucho de su ferocidad en la lucha.

No obstante, los diestros y letales cazadores de Chandalen, en este caso convertidos en escoltas, no despertaban más que indiferencia en los seis desconocidos vestidos con prendas de lino holgadas. Algo en su actitud, pese a estar rodeados, suscitó un recuerdo en la memoria de Richard.

Cuando se acercaron lo suficiente y Richard los reconoció, se quedó momentáneamente paralizado.

Le costó unos segundos de atento examen dar crédito a sus ojos. Ya entendía por qué los forasteros se comportaban con tanta audacia e indiferencia frente a los hombres de Chandalen. ¿Qué estaban haciendo tan lejos de su tierra?

Los seis hombres iban vestidos exactamente igual y llevaban las mismas armas. Aunque Richard sólo sabía el nombre de uno de ellos, los conocía a todos. Eran personas que vivían por un objetivo fijado por quienes crearon sus leyes miles de años antes: los magos de la gran guerra que les arrebataron su tierra natal y crearon el valle de los Perdidos, que separaba el Viejo y el Nuevo Mundo.

No habían desenvainado las espadas de mango negro, caracterizadas por poseer una hoja curva que se ensanchaba hacia la punta recortada. Tenían un anillo en el pomo en el que se enganchaba una cuerda atada después al cuello de los guerreros, lo que impedía que pudieran perder el arma en la batalla. Además, cada uno llevaba varias lanzas y un escudo pequeño, redondo y sin adornos. Richard había visto a mujeres vestidas igual, con las mismas armas y dedicadas al mismo objetivo, pero, en ese caso, los seis eran varones.

Esos hombres habían convertido la lucha con espada en todo un arte. Practicaban ese arte a la luz de la luna, pues el día no tenía suficientes horas para practicar. La lucha con espada era casi una dedicación religiosa a la que se entregaban con piadosa entrega. Eran maestros de armas.

La séptima figura era una mujer vestida de otro modo y que no iba armada, al menos no en el sentido convencional.

Aunque Richard no sabía mucho de esos asuntos, a primer golpe de vista calculó que debía de estar en su sexto mes de embarazo.

Una espesa y larga melena negra enmarcaba un rostro precioso, aunque mostraba un aplomo que daba a sus rasgos, especialmente a sus ojos oscuros, una cierta tirantez. A diferencia de los hombres, que vestían con prendas holgadas muy sencillas, ella llevaba un vestido del mejor lino, teñido de un intenso color tierra que le llegaba hasta las rodillas y que se recogía en la cintura con un cinturón de gamuza. Los extremos del cinturón estaban decorados con gemas toscamente talladas.

En la parte exterior de las mangas y sobre los hombros del vestido se veía una hilera de tiras de diferentes colores. Cada tira estaba sujeta a un orificio pequeño por debajo de una banda cordada. Richard sabía que cada una de ellas la había atado un suplicante.

Era un vestido de plegarias. Cuando la brisa agitaba esas tiras de colores, las plegarias llegaban a los buenos espíritus. Sólo la guía espiritual podía llevarlo.

Richard barajaba en su mente todo tipo de razones que explicaran por qué esas personas habían emprendido un viaje tan largo desde su tierra, pero no se le ocurría ninguna buena. Todas eran explicaciones desagradables.

Kahlan esperaba a su izquierda, Cara a su derecha y Chandalen a la derecha de la mord-sith.

Olvidándose del resto, los hombres vestidos con ropas holgadas dejaron las lanzas en el suelo, junto a ellos, y se arrodillaron delante de Richard. Entonces se inclinaron hacia adelante hasta tocar con la frente en el suelo y permanecieron inmóviles.

La mujer lo observaba en silencio, sin moverse. Sus ojos oscuros tenían la mirada intemporal que Richard había visto en otras mujeres: la hermana Verna, la bruja Shota, Ann, Kahlan y otras. Esa mirada intemporal era la marca del don.

La mujer clavó la vista en sus ojos con una mirada que dejaba traslucir una sabiduría que él nunca llegaría a comprender, y esbozó un atisbo de sonrisa. Sin decir ni media palabra, se hincó de rodillas al frente de los seis hombres que la acompañaban, tocó el suelo con la frente y le besó la punta de la bota.

—*Caharin* —susurró con reverencia.

Richard se agachó y le tiró del hombro del vestido, instándola a que se levantara.

—Du Chaillu, mi corazón se alegra al ver que estás bien, pero ¿qué estás haciendo aquí?

La mujer se levantó. Una sonrisa alentadora floreció en sus labios, se inclinó hacia Richard y lo besó en la mejilla.

—He venido a verte, por supuesto. Richard, Buscador, *Caharin*, mi esposo.

27

—¿Esposo? —oyó Richard decir a Kahlan con inquietud.

Con un súbito impacto de sorpresa que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio y que lo dejó sin aliento, Richard recordó de repente lo que Du Chaillu le había explicado sobre la antigua ley de su pueblo. Las repercusiones eran tan funestas que se tambaleó.

En su momento había desechado las afirmaciones de Du Chaillu y las había tomado como una convicción irracional o tal vez ideas falsas acerca de su propia historia. Pero ese viejo fantasma había regresado para atormentarlo.

—¿Esposo? —repitió Kahlan con un tono un poco más alto y más insistente.

Du Chaillu posó su mirada de ojos oscuros en Kahlan como si se hubiera enojado por verse obligada a dejar de mirar a Richard.

—Sí, esposo. Soy Du Chaillu, esposa del *Caharin*, el Buscador. —La mujer se acarició con una mano la prominente barriga. Su mirada de enojo fue sustituida por otra de orgullo rebosante—. Y llevo a su hijo en mis entrañas.

—Dejádmelo a mí, Madre Confesora —dijo Cara. El tono de resuelta amenaza era inequívoco—. Esta vez me ocupo yo.

La mord-sith arrebató a Chandalen el cuchillo del cinto y arremetió contra la mujer.

Pero Richard fue más rápido; se encaró con la mord-sith y le empujó la parte superior del pecho con la punta de los dedos rígidos. Eso no sólo la frenó sino que la obligó a retroceder tres pasos. Lo último que necesitaba Richard era que Cara causara más problemas. Con otro empujón la hizo retroceder tres pasos más, y otros tres, alejándola del grupo.

—Ahora escúchame bien —le dijo, arrancándole el cuchillo de la mano—: No tienes ni idea de quién es esa mujer.

—Sé que...

—¡Tú no sabes nada! ¡Escúchame! Sigues luchando en la última batalla. Ella no es Nadine. ¡Esto no se parece en nada al asunto de Nadine!

La furia de Richard, que hasta entonces había permanecido dormida, estalló finalmente. Con un grito de rabia desatada, el joven lanzó el cuchillo al suelo con tanta fuerza que atravesó la maraña de hierba y se hundió por completo en la tierra de la llanura.

Kahlan le puso una mano en el hombro.

—Richard, tranquilízate. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es todo esto?

Richard se pasó la mano por el pelo en un gesto característico en él. Apretó la mandíbula, miró a su alrededor y vio a los hombres que seguían arrodillados.

—¡Jiaan y todos los demás, levantaos! ¡De pie!

Los hombres obedecieron al unísono. Du Chaillu esperaba en actitud pasiva y paciente. Chandalen y sus cazadores retrocedieron. La gente barro lo había apodado el de genio pronto, por lo que su arrebato no los había pillado por sorpresa. No obstante, preferían no exponerse a su ira.

Ni Chandalen ni los cazadores sospechaban que la ira de Richard iba dirigida contra lo que fuera que había matado a uno de ellos, o más probablemente a dos, y que sin duda mataría a más.

Kahlan lo miraba con expresión preocupada.

—Richard, cálmate y contrólate. ¿Quién es esta gente?

Pero él parecía incapaz de frenar el ritmo de su respiración, los latidos de su corazón o los pensamientos que se agolpaban en su mente. Aún apretaba los puños. Tenía la impresión de que todo se le estaba desmandando. Incluso viejos temores que había enterrado habían brotado de nuevo para tratar de atraparlo en sus redes. Debería haberlo previsto. Richard se maldijo a sí mismo por no haber pensado en ello.

Pero tenía que haber un modo de detenerlo. Debía pensar. Tenía que dejar de lado el temor por cosas que aún no habían sucedido y discurrir el modo de impedir que se hicieran realidad.

Se dio cuenta de que ya había sucedido. Era hora de pensar en la solución.

—Richard, contéstame. ¿Quién es esta gente? —insistió Kahlan mirándolo a los ojos.

Él se presionó la frente con rabia y frustración.

—Son baka ban mana. Significa «quienes no tienen señor».

—Ahora tenemos un *Caharin*, ya no somos *baka ban mana* —lo corrigió Du Chaillu—. Ahora nos llamamos *baka tau mana*.

Kahlan, que no había entendido la explicación de la mujer, preguntó a Richard en tono tan incisivo como una navaja de afeitar:

—¿Por qué dice que eres su marido?

Los pensamientos de Richard iban por derroteros muy distintos, por lo que le costó un momento de concentración comprender qué le preguntaba Kahlan. Ella no se daba cuenta de las implicaciones. A Richard la pregunta de Kahlan le parecía insignificante, historia pasada en comparación con el futuro que se avecinaba. Intentó disipar cuanto antes su inquietud.

—Kahlan, no es lo que crees.

La Confesora se humedeció los labios e inspiró profundamente.

—Perfecto. ¿Por qué no me lo explicas? —repuso clavando en él sus ojos verdes. No era una pregunta.

Richard respondió con otra pregunta.

—¿Es que no lo entiendes? —Presa de una impaciencia incontenible señaló a Du Chaillu—. ¡Es la antigua ley! Según la antigua ley, ella es mi mujer. Al menos ella cree que lo es.

El joven se llevó los dedos a las sienes. Tenía la cabeza a punto de estallar.

—Estamos en un buen lío —murmuró.

—Vos desde luego que sí —dijo Cara.

—Cara —replicó Kahlan con los dientes apretados—, ya basta. Richard, ¿de qué estás hablando? ¿Qué pasa?

En la mente de él resonaban fragmentos del diario de Kolo, pero no podía ordenar sus pensamientos y formar palabras con todos esos elementos revueltos. El mundo se hacía pedazos y Kahlan se preocupaba por cosas del pasado. Veía tan claramente el peligro que no comprendía cómo era posible que Kahlan siguiera ciega.

—¿Es que no lo ves?

Richard trataba de elegir desesperadamente la menos mala de las posibilidades y decidir qué paso debía ser el siguiente. El tiempo se acababa. Ni siquiera sabía con certeza de cuánto disponían.

—Yo lo que veo es que le hicisteis un hijo —dijo Cara.

Richard la fulminó con la mirada.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, Cara, ¿tan baja opinión tienes de mí?

La mord-sith cruzó los brazos con aire mortificado y no respondió.

—Echa cuentas, Cara —intervino Kahlan—. Cuando esta mujer se quedó embarazada, Richard estaba prisionero de las mord-sith en el lejano Palacio del Pueblo, en D'Hara.

A diferencia del agiel que Richard llevaba como muestra de respeto hacia dos mujeres que habían dado la vida por protegerlo, Kahlan llevaba el agiel de Denna, la mord-sith que, siguiendo órdenes de Rahl el Oscuro, había capturado a Richard y lo había torturado casi hasta la muerte. Denna decidió convertir a Richard en su consorte, pero nunca insinuó que fuese un matrimonio. Para Denna no era más que otra forma de torturarlo y humillarlo.

Al final, Richard perdonó a Denna por lo que le había hecho. Ella sabía que iba a matarla para escapar, por lo que le entregó su agiel y le pidió que la recordara no sólo como mord-sith, sino como persona. Luego le rogó que compartiera con ella su último aliento. Gracias a Denna Richard empezó a entender a las mord-sith y a sentir empatía por ellas, lo que le permitió ser el primero que escapó de las garras de una mord-sith.

Richard se sorprendió de que Kahlan se diera tanta prisa en «echar cuentas». Nunca hubiera imaginado que dudara de él. Se equivocaba.

—Lo he hecho sin pensar —susurró Kahlan, que parecía haberle leído el pensamiento—. Richard, por favor, dime qué está pasando.

—Tú eres una Confesora y sabes que existen muchos tipos de matrimonio, según las costumbres de los diferentes pueblos. Con tu única excepción, las Confesoras siempre escogían a sus parejas por sus propias razones, que no tenían nada que ver con el amor, y antes de casarse tomaban al futuro marido con su poder. Él no tenía ni voz ni voto.

Las Confesoras elegían al futuro marido simplemente por su valor como semental. Como con su poder destruían al hombre elegido, por mucho que una Confesora lo deseara no podía casarse por amor. Una Confesora elegía un hombre pensando en las cualidades que transmitiría a su hija.

—En mi tierra natal, los padres eligen muchas veces con quién se casarán sus hijos —prosiguió Richard—. Un día el padre anuncia: «Éste será tu marido» o «Ésta será tu mujer». Las leyes y costumbres son distintas según los pueblos.

Kahlan miró de reojo a Du Chaillu, fijándose en su rostro y también en su barriga. Cuando su mirada se posó de nuevo en Richard, sus ojos reflejaban una absoluta frialdad.

—Explícame qué leyes son esas.

Richard se fijó en que Kahlan acariciaba sin darse cuenta la piedra negra que colgaba de la delicada gargantilla de oro que Shota le había regalado. La bruja se había presentado inesperadamente en su boda. Richard recordaba perfectamente sus palabras:

«Éste es mi regalo para los dos. Lo hago por amor hacia vosotros y hacia todo el mundo. Mientras lo lleves, no concebirás. Celebrad vuestra unión y vuestro amor. Ahora ya os tenéis el uno al otro, tal como queráis.

»Fíjate bien en lo que digo: nunca jamás te lo quites cuando estéis juntos. No permitiré que un hijo varón nacido de esta unión viva. No es ninguna amenaza, sino una promesa. Si no me hacéis caso, sufriréis las consecuencias.» Luego había mirado a Richard a los ojos y había añadido: «Lucha contra el Custodio y no contra mí».

Shota solía sentarse en un trono muy recargado y cubierto con el pellejo de un mago que en el pasado la contrarió. Richard lo desconocía casi todo acerca del don con el que había nacido y no creía, tal como proclamaba la bruja, que un hijo de Kahlan y de él sería un desalmado que causaría estragos en el mundo. No obstante, por el momento, él y Kahlan habían decidido hacer caso a la advertencia de Shota. No tenían muchas opciones.

Notó los dedos de Kahlan en la mejilla, que le recordaban que esperaba una respuesta. Richard hizo un esfuerzo por hablar pausadamente.

—Du Chaillu procede del Viejo Mundo, al otro lado del valle de los Perdidos. Yo la ayudé cuando la hermana Verna me llevó con ella a la fuerza.

»Otro pueblo, los majendie, la habían capturado e iban a sacrificarla. Durante todos los meses que la tuvieron prisionera sus carceleros abusaron de ella.

»Los majendie esperaban que yo, por tener el don, los ayudara a matar a Du Chaillu como sacrificio, a cambio de permitirme pasar por su tierra. Que un poseedor del don ayudara en el sacrificio era parte de sus creencias religiosas. Pero, en vez de eso, liberé a Du Chaillu con la esperanza de que nos ayudara a cruzar las tierras pantanosas en las que vivía su gente, porque ya no podíamos pasar por territorio majendie.

—Yo le proporcioné hombres para que él y la bruja cruzaran sanos y salvos la ciénaga para llegar a la gran casa de piedra de las brujas —dijo Du Chaillu como si eso lo explicara todo.

Kahlan parpadeó con perplejidad.

—¿Bruja? ¿Casa de las brujas?

—Quiere decir la hermana Verna y el Palacio de los Profetas —respondió Richard—. Los baka ban mana nos guiaron a la hermana Verna y a mí no porque yo hubiese liberado a Du Chaillu, sino porque cumplí una antigua profecía.

Du Chaillu se colocó al lado de Richard como si ése fuera el lugar que le correspondía por derecho.

—Según la antigua ley, Richard vino a nosotros y danzó con los espíritus, con lo cual demostró que es el *Caharin* y mi esposo.

Richard casi pudo ver cómo Kahlan se erizaba como un gato.

—¿Qué significa eso?

Él abrió la boca buscando las palabras más adecuadas, pero Du Chaillu se le adelantó.

—Yo soy la guía espiritual de los baka tau mana —dijo con orgullo—. Y también soy la guardiana de nuestras leyes. Estaba dicho que el *Caharin* anunciaría su llegada bailando con los espíritus y derramando la sangre de treinta baka ban mana, una proeza que sólo el elegido podría realizar, y sólo con la ayuda de los espíritus.

»Estaba dicho que, cuando eso ocurriera, dejaríamos de ser un pueblo libre para quedar sujetos a sus deseos. Ahora somos suyos.

»Nuestros maestros de armas se entrenaron toda su vida para esto. Ellos tuvieron el honor de enseñar al *Caharin* para que éste pudiera luchar contra el espíritu oscuro. Fue la prueba de que Richard era el *Caharin* que había venido para devolvernos nuestra tierra, tal como nos prometieron los antiguos.

Una ligera brisa alborotó la espesa melena de Du Chaillu. Sus ojos oscuros no revelaban ninguna emoción, aunque la voz le tembló levemente al añadir:

—Richard mató a los treinta, como establecía la antigua ley. Ahora esos treinta se han convertido en una leyenda para nuestro pueblo.

—No me dejaron elección —susurró Richard para justificarse—. De no haberme defendido, me habrían matado. Le supliqué a Du Chaillu que se detuvieran. Le imploré que acabara con eso. No le había salvado la vida para acabar matando a otros treinta. Al final, no me quedó otro remedio que defenderme.

Kahlan dirigió a Du Chaillu una mirada larga y dura antes de volverse de nuevo hacia Richard.

—Así que ella era una prisionera, y tú le salvaste la vida y la devolviste a su pueblo. —Richard hizo un gesto afirmativo—. ¿Y después quiso que su gente te matara? ¿Ésa fue su manera de darte las gracias?

—Había algo más. —Richard se sentía incómodo defendiendo el comportamiento de esa gente, comportamiento que había tenido como resultado una carnicería. Aún podía oler el hedor de tanta sangre.

Kahlan volvió a mirar de reojo a Du Chaillu.

—Pero tú le salvaste la vida.

—Sí.

—Pues entonces explícamelo para que lo entienda.

Richard se sumergió en los dolorosos recuerdos para tratar de explicárselo a Kahlan en palabras que ella pudiera comprender.

—Fue una especie de prueba. Una prueba a vida o muerte. Con esa prueba me obligaron a aprender a usar la magia de la espada de un modo que nunca antes había creído posible. Para sobrevivir tuve que recurrir a la experiencia de todos los anteriores portadores de la espada.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo pudiste recurrir a su experiencia?

—La magia de la *Espada de la Verdad* conserva la esencia del saber guerrero de todos los que la han empuñado, tanto los Buscadores buenos como los malvados. Aprendí que para aprovechar toda esa sabiduría tenía que dejar que los espíritus de la espada hablaran en mi mente. Pero en el fragor del combate no siempre hay tiempo para entender las cosas con palabras.

»Así pues, la información que necesitaba se me apareció en forma de imágenes o símbolos relacionados. Eso fue esencial para comprender por qué en las profecías se me llama *fuer grissa ost drauka*, el portador de la muerte.

Richard tocó el amuleto que le colgaba del pecho. El rubí simbolizaba una gota de sangre y las líneas que lo rodeaban eran una representación también simbólica de la danza. Para un mago guerrero tenía significado.

—Mira —susurró Richard—. Ésta es la danza con la muerte. Pero fue gracias a Du Chaillu y a los treinta maestros de armas que lo entendí.

»La profecía les anunció mi llegada. Tanto las profecías como sus antiguas leyes decían que tenían que enseñarme a danzar con los espíritus de quienes llevaron la *Espada de la Verdad* antes que yo. Creo que ellos no entendían el verdadero significado de la prueba; para ellos era un deber. Si pasaba la prueba y sobrevivía, yo era el elegido.

»Necesitaba ese conocimiento para enfrentarme a Rahl el Oscuro y enviarlo de vuelta al inframundo. ¿Recuerdas que fui yo quien lo invocó en esa ceremonia con la gente barro, y cómo él entró en este mundo y luego las Hermanas me llevaron con ellas?

—Pues claro —contestó Kahlan—. Así que te obligaron a luchar a vida o muerte contra un número de contrincantes mucho mayor para forzarte a sacar tu fuerza interior, el don. Y, como resultado, mataste a treinta de sus maestros de armas. ¿Lo he entendido bien?

—Sí, perfectamente. Estaban cumpliendo la profecía. —Richard compartió una prolongada mirada con su única esposa verdadera, al menos la única que existía en su corazón—. Ya sabes lo terribles que pueden ser las profecías.

Kahlan desvió la mirada y asintió, atrapada en sus propios recuerdos dolorosos. Éstas habían sido la causa de muchos infortunios y los habían sometido a duras pruebas. Su segunda esposa, Nadine, que le fue impuesta por una profecía, fue una de esas pruebas.

—Cinco de los maestros que el *Caharin* mató eran mis maridos y los padres de mis hijos —proclamó Du Chaillu con la cabeza muy alta.

—Sus cinco maridos... ¡Por todos los espíritus!

Richard lanzó a Du Chaillu una airada mirada.

—No me estás ayudando mucho —le reprochó.

—¿Estás diciendo que, según su ley, estás obligado a ser su esposo porque mataste a sus maridos?

—No, no es porque maté a sus maridos, sino porque vencí a los treinta y de ese modo demostré que era su *Caharin*. Du Chaillu es la guía espiritual de su pueblo y, según dictan sus antiguas leyes, ella debe ser la esposa del *Caharin*. Debí haberlo pensado antes.

—Eso es evidente —espetó Kahlan.

—Oye, sé que todo esto suena muy raro y que parece absurdo...

—No, no pasa nada. Lo entiendo. —La fría expresión de Kahlan se convirtió en otra de tristeza a punto de estallar. Estaba muy dolida—. Hiciste lo más noble y te casaste con ella. Naturalmente. A mí me parece perfectamente lógico. Luego, con tantas cosas que hacer, te olvidaste de mencionarlo antes de casarte conmigo. Pues claro que lo entiendo. ¿Y quién no? No puede esperarse que un hombre recuerde

todas las esposas que va dejando a su paso. —Kahlan cruzó los brazos y le dio la espalda—. Richard, ¿cómo has podido...?

—¡No! No fue como te imaginas. Yo nunca accedí. Nunca. No hubo ninguna ceremonia. Nadie pronunció ninguna fórmula. Yo no hice ninguna promesa. ¿Es que no lo entiendes? No nos casamos. Nunca hubo boda.

»Han pasado tantas cosas que me olvidé de decírtelo. Lo siento. No le di mayor importancia, porque en ese momento me pareció una tradición irracional de un pueblo muy remoto. Nunca le di crédito. Ella cree que sólo porque maté a esos hombres para defenderme soy su marido.

—Y lo eres —afirmó Du Chaillu.

Kahlan la miró brevemente mientras reflexionaba con frialdad sobre lo que acababa de escuchar.

—¿O sea que nunca, en ningún sentido, accediste a casarte con ella?

Richard levantó los brazos.

—Eso es lo que he intentado explicarte. No es más que una tradición de los baka ban mana.

—Baka tau mana —lo corrigió Du Chaillu.

Sin hacerle el más mínimo caso, Richard se acercó a Kahlan.

—Lo siento, pero ¿no podemos hablar de esto más tarde? Creo que tenemos un grave problema. —Kahlan alzó una ceja, ante lo cual Richard rectificó—. Bueno, otro grave problema.

Kahlan seguía con expresión ceñuda, aunque más indulgente. Richard se volvió y arrancó una hierba mientras se preguntaba qué había más grave que ser el blanco de las iras de Kahlan.

—Tú sabes mucho sobre magia. Quiero decir que te criaste en Aydindril con magos que te instruyeron, y has estudiado en las bibliotecas del Alcázar del Hechicero. Eres la Madre Confesora.

—No poseo el don en el sentido convencional. No soy ni hechicera ni maga. Mi poder es distinto. Pero sí, tengo muchos conocimientos de magia. Por ser Confesora tuve que aprender magia en muchas de sus manifestaciones.

—En ese caso, respóndeme a esto: si hay un requisito para la magia, ¿es posible que éste se cumpla por medio de una regla muy ambigua, aunque en realidad no haya tenido lugar el ritual requerido?

—Pues claro que sí. Es lo que se conoce como efecto reflejo.

—Efecto reflejo. ¿Cómo funciona?

Kahlan iba enrollando un largo rizo de pelo húmedo alrededor de un dedo mientras se concentraba en la cuestión.

—Imagina una habitación con una sola ventana, de manera que el sol nunca llega al rincón. ¿Podrías conseguir que el sol iluminara un rincón adonde no llega nunca?

—Puesto que estamos hablando del efecto reflejo, supongo que utilizaría un espejo para reflejar los rayos hacia el rincón.

—Correcto. —Kahlan soltó el rizo pero mantuvo el dedo alzado—. Aunque el sol nunca podría llegar al rincón por sí mismo, con el espejo puedes lograr que el sol ilumine un lugar que de otro modo siempre estaría oscuro. A veces la magia funciona de ese modo. Desde luego la magia es mucho más complicada, pero lo he simplificado para que lo entiendas.

»Aunque sea solamente a través de una ley antigua que completa un requisito que ha caído en el olvido, es posible que el hechizo refleje el requisito que se exige para satisfacer las condiciones arcanas de la magia. Igual que el agua busca su propio nivel, muchas veces los hechizos buscan su propia solución, aunque siempre dentro de las leyes de la naturaleza.

—Eso es lo que me temía —murmuró Richard.

El joven mordisqueaba el extremo de una hierba mientras contemplaba los relámpagos que estallaban en las lejanas nubes y que no auguraban nada bueno.

—La magia fija unos límites que se inician en la época en la que se dictó esa antigua ley sobre el *Caharin*. Justamente ahí radica el problema —dijo.

Kahlan lo cogió por un brazo y lo obligó a mirarla de frente.

—Pero Zedd dijo que...

—Nos mintió, y yo caí como un niño. —Exasperado, arrojó a un lado el tallo de hierba. Zedd los había engañado utilizando la Primera Norma de un mago: la gente se cree las mentiras porque quiere creer que es verdad o porque teme que sea verdad.

»Quería creerlo —murmuró—. Zedd me engañó.

—¿De qué habláis? —preguntó Cara.

Richard suspiró con aire alicaído. Había sido descuidado en más de un aspecto.

—Toda esa historia del acechante fue una invención de Zedd.

—Pero ¿por qué?

—Porque, por alguna razón, no quería que supiésemos que los repiques andan sueltos.

Richard no podía creer que hubiese sido tan estúpido para olvidarse de Du Chaillu. Kahlan tenía toda la razón para enfadarse. Su excusa era patética e insuficiente. ¿Y él era el gran lord Rahl? ¿Él era el líder en quien la gente debía creer y confiar?

Kahlan se frotó con las yemas de los dedos la frente ceñuda.

—Richard, vamos a estudiar esto detenidamente. Es imposible que...

—Zedd dijo que para invocar a los repiques y liberarlos en este mundo tenías que ser mi tercera esposa.

—Entre otras cosas —insistió Kahlan—. Dijo que entre otras cosas debía ser eso.

—Du Chaillu, la primera. Nadine, la segunda. —Richard iba contando con los dedos—. Tú, la tercera. Tú eres mi tercera esposa. Al menos, sobre el papel.

»Aunque yo no lo vea de ese modo, seguramente a los magos que crearon el hechizo no les importaría en absoluto mi opinión. Tejieron una magia que se pondría en movimiento si se cumplían una serie de condiciones.

Kahlan lanzó un suspiro de resignación.

—Te olvidas de algo muy importante: cuando pronuncié en voz alta los nombres de los tres repiques, tú y yo aún no estábamos casados. Yo no era aún tu segunda esposa y, mucho menos, la tercera.

—Kahlan, cuando tuve que casarme con Nadine para entrar en el Templo de los Vientos y tú debiste casarte con Drefan, en nuestros corazones pronunciábamos los votos pensando el uno en el otro. En esos momentos hicimos los votos del matrimonio, al menos en lo que se refiere a los espíritus. La misma Ann se mostró de acuerdo con eso.

»Como tú misma acabas de explicar, a veces la magia funciona según reglas muy ambiguas. Da igual lo que tú o yo pensemos, los requisitos para liberar un conjuro creado por los magos de antaño durante la gran guerra, cuando la profecía sobre el *Caharin* y la antigua ley de los baka tau mana fueron fijados, se han cumplido.

—Pero...

Richard hizo un gesto enfático.

—Kahlan, lo siento. He sido un tonto al no acordarme, pero tenemos que afrontarlo: los repiques andan sueltos.

28

Por mucho que Richard pensara que su razonamiento era válido, Kahlan no se veía muy convencida. Ni tampoco parecía dispuesta a entrar en razón; estaba demasiado enfadada.

—¿Le contaste algo a Zedd sobre... ella? —Kahlan señaló acaloradamente a Du Chaillu—. ¿Lo hiciste? Seguro que le dijiste algo.

Richard comprendía los sentimientos de Kahlan. A él no le gustaría ni pizca descubrir que ella tenía otro marido cuya existencia había olvidado mencionar, por inocente que fuese todo el asunto y aunque se tratara de una relación tan poco sólida como la suya con Du Chaillu.

No obstante, estaban hablando de algo mucho más importante que una enrevesada condición que, por caprichos del destino, convertía a Du Chaillu en su primera esposa. Se trataba de algo extremadamente peligroso. Era preciso que Kahlan lo entendiera. Tenía que comprender que la situación era grave.

Ya habían perdido un tiempo precioso. Richard rogó a los buenos espíritus que le hicieran ver a Kahlan que decía la verdad sin necesidad de revelar en todo su alcance por qué sabía que no se equivocaba.

—Ya te lo he dicho Kahlan, ni siquiera lo recordaba hasta ahora, porque en esos momentos no me pareció auténtico y, por tanto, no creí que tuviese nada que ver con lo de ahora. Además, ¿cuándo se supone que tuve tiempo de contárselo? Juni murió antes de tener la oportunidad de hablar largo y tendido con él, y luego Zedd se inventó la historia del acechante y nos envió a esta estúpida misión.

—En ese caso, ¿cómo lo averiguó? Para engañarnos, primero tenía que saberlo. ¿Cómo sabía Zedd que, en realidad, soy tu tercera esposa aunque sea sólo por... —dijo apretando los puños con fuerza—... por una absurda ley antigua que olvidaste muy convenientemente.

Richard se llevó los brazos a la cabeza.

—Si es de noche y llueve, no necesitas ver las nubes en la oscuridad para saber que la lluvia cae del cielo. Si Zedd sabía algo con certeza y sabía que era un problema, no creo que le preocupara el cómo. Su objetivo sería arreglar la gotera en el techo.

Kahlan se pellizcó el puente de la nariz e inspiró profundamente.

—Richard, tal vez Zedd cree de verdad lo que nos dijo del acechante. Tal vez lo cree porque es verdad —dijo, mirando fríamente a la primera esposa de Richard.

El joven negó con la cabeza.

—Kahlan, tenemos que afrontarlo. Será mucho peor si cerramos los ojos a la verdad y ponemos nuestras esperanzas en una mentira. La gente ya ha empezado a morir.

—La muerte de Juni no demuestra que los repiques realmente anden sueltos.

—No es sólo Juni. Fue la presencia de los repiques en este mundo lo que mató a ese bebé en el seno de su madre.

—¿Qué? —exclamó ella.

Presa de una gran frustración, Kahlan se pasó los dedos por el pelo. Richard entendía su deseo de que todo eso fuese obra del acechante y no de los repiques, pues para aquél tenían solución y para los repiques no. Pero con desearlo no bastaba.

—Primero te olvidas de que tienes otra esposa y ahora te dejas llevar por la fantasía. Richard, ¿cómo es posible que hayas llegado a esa conclusión?

—Porque la presencia de los repiques en este mundo destruye la magia de un modo u otro, y la gente barro tiene magia.

Aunque la gente barro era un pueblo remoto que llevaba una vida muy sencilla, eran únicos en algo: sólo ellos podían convocar a los espíritus de sus antepasados en sus reuniones y hablar con los muertos. Aunque ellos no se creían poseedores de magia, eran los únicos capaces de hacer llegar su voz hasta más allá del círculo exterior de la Gracia, permitir que sus antepasados atravesaran el límite del velo y penetraran así en el círculo interior de la vida, aunque fuese por poco tiempo.

Si la Orden Imperial ganaba la guerra, la gente barro y muchos otros serían masacrados por poseer magia. Claro que, estando los repiques en libertad, era posible que no vivieran lo suficiente para morir a manos de la Orden.

Richard reparó en que Chandalen, situado bastante cerca, no se perdía ni una coma de la conversación.

—La gente barro posee una habilidad mágica excepcional: llamar a los muertos. Todos nacen con esa habilidad, con esa magia. Eso los hace vulnerables a los repiques.

»Zedd nos dijo, y yo mismo lo he leído en el diario de Kolo, que los primeros afectados son los más débiles. —La voz de Richard se dulcificó por la tristeza—. ¿Y qué es más débil que un bebé en el vientre de su madre?

Kahlan tocó la piedra de la gargantilla y desvió la mirada. Entonces dejó caer la mano a un costado. Parecía que trataba de sofocar con lógica y paciencia la ira que la embargaba.

—Yo aún siento mi poder igual que siempre. Como tú mismo has dicho, si los repiques estuvieran libres, la magia no funcionaría. No tenemos ninguna prueba de que eso esté pasando. Si fuese cierto, ¿no crees que a estas alturas ya nos habríamos enterado? ¿Ni siquiera me crees capaz de conocer mi propio poder?

»No debemos sacar conclusiones precipitadas. No es el primer bebé que nace muerto. Eso no demuestra que la magia esté fallando.

Richard se volvió hacia Cara, que los escuchaba a poca distancia mientras vigilaba la pradera, a los cazadores de Chandalen y, en particular, a los baka tau mana.

—Cara, ¿desde cuándo tu agiel no funciona?

La mord-sith se acobardó. No se habría sobresaltado más si de repente Richard le hubiera propinado un bofetón. Abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Entonces alzó el mentón. No estaba dispuesta a admitir la derrota.

—Lord Rahl, ¿qué os hace pensar que...?

—Cogiste el cuchillo de Chandalen. Nunca te había visto preferir otra arma antes que tu agiel. Ninguna mord-sith lo haría. ¿Cuánto hace, Cara?

Ella se humedeció los labios y cerró los ojos en señal de derrota mientras se volvía.

—Desde hace unos días me cuesta sentir vuestra presencia cuando no os veo. No noto ninguna diferencia, excepto que cada vez me cuesta más situaros por mis sensaciones. Al principio no le di importancia, pero el vínculo se debilita cada día que pasa. El agiel se alimenta del vínculo con nuestro lord Rahl.

Dentro de unos ciertos límites, las mord-sith eran capaces, mediante ese vínculo, de sentir con total precisión dónde se encontraba lord Rahl. Richard se imaginó que perder de repente ese sentido debía de resultar desorientador.

Cara carraspeó con la vista clavada en los distantes nubarrones de tormenta. Sus ojos azules se anegaron de lágrimas.

—El agiel está muerto.

Sólo una mord-sith podía llorar por la pérdida de una magia que le producía dolor cada vez que tocaba el agiel. Así era la naturaleza de esas mujeres y su incondicional entrega al deber.

Cuando lo miró, su expresión recuperó la pasión.

—Pero aún sigue en pie mi juramento de lealtad y haré lo que sea para protegeros. Esto no cambia nada para las mord-sith.

—¿Y qué pasará con el ejército de D'Hara? —susurró Richard, reflexionando sobre el alcance del problema. La determinación de los d'haranianos dependía del vínculo—. Jagang se acerca. Sin el ejército...

El vínculo era un tipo de magia ancestral que había heredado por ser un Rahl nacido con el don. Éste había sido creado para proteger al pueblo de los Caminantes de los Sueños. Sin él...

Incluso en el caso de que fuera el acechante y no los repiques, como creía Kahlan, Zedd les había asegurado que la magia fallaría. Richard sabía que Zedd habría procurado inventarse una mentira verosímil para engañarlos.

De un modo u otro era preciso que Kahlan se diera cuenta de que la magia era ahora como un árbol moribundo que da frutos podridos. Richard sintió los tranquilizadores dedos de su esposa en un brazo.

—Es posible que el ejército no sienta el vínculo como antes, Richard, pero están unidos a ti de otras maneras. La mayor parte de la Tierra Central sigue a la Madre Confesora y no porque exista ningún vínculo mágico conmigo. Del mismo modo, los soldados te siguen porque creen en ti. Les has demostrado tu valía y ellos también te han demostrado lo que valen.

—La Madre Confesora tiene razón —terció Cara—. El ejército os será leal porque sois su líder. Su verdadero líder. Ellos creen en vos, como yo.

Richard dejó escapar un largo suspiro.

—Muchas gracias por tus palabras, Cara, de veras, pero...

—Sois lord Rahl. Sois la magia contra la magia. Nosotros somos el acero contra el acero. Es así y así lo seguirá siendo.

—Justamente eso es lo que falla. Ya no soy la magia contra la magia. Incluso si el culpable es el acechante y no los repiques, la magia no funcionará.

Cara se encogió de hombros.

—En ese caso encontraréis el modo de que funcione. Sois lord Rahl; ésa es vuestra labor.

—Richard —dijo Kahlan—, Zedd nos dijo que las Hermanas de las Tinieblas habían conjurado al acechante, y que eso está atacando la magia. No tienes ninguna prueba de que sea cosa de los repiques. Para neutralizar el conjuro de las Hermanas sólo tenemos que hacer lo que Zedd nos ha pedido. Tan pronto como llegemos a Aydindril se solucionará todo.

—Ojalá tuvieras razón, Kahlan, pero te equivocas —rebatía Richard. Aún no se atrevía a contarle lo que realmente quería decir.

En la máscara de paciencia de la Confesora comenzaron a aparecer las primeras grietas.

—¿Por qué insistes en que son los repiques cuando Zedd nos ha asegurado que es el acechante?

—Piensa un poco —repuso Richard bajando la voz—. Mi abuela, la esposa de Zedd, le contó a mi madre cuando era niña la historia de un gato llamado *Acechante*. Mi madre sólo me explicó esa historia una vez, y Zedd no tenía modo de saberlo. No fue nada importante, sino una más entre un centenar de frases de consuelo o bromas para hacerme sonreír. Nunca se lo mencioné a mi abuelo.

»Por alguna razón, Zedd quería ocultar la verdad. Seguramente "acechante" fue lo primero que se le pasó por la cabeza, porque una vez tuvo un gato con ese nombre. Admítelo. Si te paras un momento a pensar, ¿no te parece que el nombre "acechante" suena como una broma?

Kahlan cruzó los brazos sobre el pecho y de mala gana hizo una mueca.

—Pensé que sólo me pasaba a mí —confesó resueltamente—. Pero eso no prueba nada. Podría tratarse de una simple coincidencia.

Richard sabía que se trataba de los repiques, del mismo modo que sentía que el pollo al que disparó no era un pollo y deseaba con todas sus fuerzas que Kahlan lo creyera. En esos momentos deseaba fervientemente que Kahlan confiara en él.

—¿Qué son esas cosas, los repiques? —preguntó Cara.

Richard dio la espalda a los demás y miró hacia el horizonte. Sabía poco sobre ellos, pero lo que sabía le ponía los pelos de punta.

—Los gobernantes del Viejo Mundo querían acabar con la magia, como Jagang quiere hacerlo ahora, y probablemente por la misma razón: para imponer más fácilmente su dominio con la espada. Pero los del Nuevo Mundo defendían la pervivencia de la magia. Durante la lucha, los magos de ambos bandos crearon armas de un horror indescriptible con la esperanza de poner fin a la guerra.

»Muchas de esas armas, como los mriswiths, se crearon a partir de seres humanos usando Magia de Resta para eliminar ciertos atributos de la persona y con Magia de Suma para añadir las capacidades o las cualidades deseadas. Y a otros simplemente les daban una determinada capacidad.

»Creo que ése fue el caso de los Caminantes de los Sueños, personas normales a las que se agregó una habilidad, y que los magos pretendían usar como arma. Jagang desciende de esos Caminantes de los Sueños creados en la gran guerra. Ahora el arma es la que ha iniciado la guerra.

»A diferencia de Jagang, que únicamente desea destruir nuestra magia para usar la suya contra nosotros, en la gran guerra, la gente del Viejo Mundo quería de verdad acabar con toda la magia. Toda sin excepción. Ése era el propósito de los repiques: arrebatar la magia del mundo de los vivos. Son seres conjurados desde el inframundo, desde el mundo de los muertos en el que reina el Custodio.

»Como Zedd nos explicó, cuando seres del inframundo como éstos se liberan, no sólo pueden acabar con la magia, sino también con la vida misma.

—También dijo que él y Ann lo solucionarían —apuntó Kahlan. Richard la miró por encima del hombro.

—En ese caso, ¿por qué nos mintió? ¿Por qué no confió en nosotros? Si realmente puede solucionarlo, ¿por qué no nos dijo simplemente la verdad? No —dijo negando con la cabeza—, aquí pasa algo más.

Du Chaillu, que había mantenido un largo silencio, cruzó los brazos con gesto impaciente.

—Nuestros maestros de armas harán pedazos fácilmente a esos asquerosos...

—¡Chiss! —Richard le impuso silencio llevándose un dedo a los labios—. Ni una palabra más, Du Chaillu. Tú no lo entiendes. Ni te imaginas la que puedes organizar.

Seguro de que Du Chaillu guardaría silencio, dio nuevamente la espalda a todos para contemplar el cielo que comenzaba a despejarse en dirección nordeste, hacia Aydindril. Estaba cansado de discutir; sabía con total certeza que los repiques andaban sueltos. Tenía que encontrar una solución, y para eso necesitaba más información.

Recordó que mientras buscaba frenéticamente en el diario de Kolo otras informaciones había leído algunos pasajes en los que éste hablaba de los repiques, entre otras cosas. Los magos enviaban continuamente mensajes e informes al Alcázar del Hechicero de Aydindril no sólo sobre los repiques, sino sobre muchos sucesos aterradores y potencialmente catastróficos que también estaban teniendo lugar.

Kolo escribía sobre esos informes, al menos sobre los que le parecían más interesantes, importantes o curiosos, pero no los reproducía en su totalidad; hubiese sido absurdo hacer eso en un diario personal. No lo escribía pensando en que otros pudieran leerlo, sino que tenía por costumbre mencionar brevemente el contenido más pertinente de un mensaje y luego añadir algún comentario sobre el asunto en cuestión. Por eso, la información que Richard leía en el diario era muy básica y parcial, lo que resultaba frustrante.

Kolo proporcionaba más información cuando algo lo asustaba. Era como si escribiera para reflexionar sobre un problema y tratar de encontrar la solución. Durante un tiempo había estado muy asustado por lo que decían los mensajes sobre los repiques. En varios pasajes había escrito lo que había

leído en los informes, como si quisiera justificar su miedo o subrayar ante sí mismo los motivos de su preocupación.

Richard recordó que Kolo mencionaba al hechicero enviado a solucionar el asunto de los repiques, un tal Ander de apellido. No recordaba el nombre de pila.

El mago Ander llevaba con orgullo el sobrenombre de la Montaña, que debía, al parecer, a su corpulencia física. Kolo no le tenía mucha simpatía y en su diario lo apodaba con sorna la Mole de Moralidad. De las palabras, Richard deducía que el mago Ander estaba muy pagado de sí mismo.

Recordaba claramente que en una parte Kolo se mostraba indignado porque algunos colegas no aplicaban correctamente la Quinta Norma de un mago: «Juzga a las personas por sus actos y no por sus palabras, pues los actos delatan las mentiras».

Kolo comentaba, totalmente escandalizado, que la gente comenzaba a aplicar incorrectamente la Quinta Norma al mago Ander porque no se fijaban en la totalidad de sus actos. Se quejaba de que si la aplicaran correctamente, habrían descubierto que Ander solamente era leal a sí mismo en lugar de pensar en el bien de su gente.

—Aún no me habéis dicho lo que son los repiques —le recordó Cara.

Richard notaba cómo la insistente brisa le tiraba del pelo y de la capa dorada como si lo impulsara a seguir adelante. En qué dirección, lo ignoraba. Se fijó en los bichos que trepaban aquí y allá en la hierba húmeda de primavera y revoloteaban en el aire. Muy lejos, hacia el este, unas siluetas negras, que eran gansos, volaban hacia el norte en ondulante formación en forma de V, iluminados de fondo por las vaporosas y melosas nubes de tormenta.

Cuando surgió el tema de los repiques, antes de la boda, Richard no pensó en ello seriamente. Zedd le aseguró que no tenía de qué preocuparse y, además, Richard tenía la mente en otras cosas.

Pero después de encontrar el pollo muerto justo fuera de la casa de los espíritus, después del asesinato de Juni, después de que el pollo que no era un pollo le ponía los pelos de punta cada vez que lo tenía cerca y después de que Zedd añadió algún detalle más, Richard se fue alarmando más y más, lo que lo llevó a recordar todo lo que había leído sobre los repiques. En esos momentos buscaba en el diario de Kolo la solución a otros problemas y no había prestado especial atención a la información sobre éstos, pero si se concentraba mucho, hasta el punto de sumirse casi en un trance, era capaz de recuperar gran parte de lo leído.

—Los repiques son unos seres muy antiguos engendrados en el inframundo. Para traerlos al mundo de los vivos es preciso romper la Gracia. Por ser seres del inframundo fueron conjurados únicamente con Magia de Resta, por lo que cuando están en este mundo generan un desequilibrio. La magia debe estar en equilibrio. Son seres totalmente de Resta que necesitan Magia de Suma para existir en nuestro mundo, puesto que la existencia es una forma de poder de suma. Así pues, mientras están en este mundo los repiques roban magia.

Cara, que nunca había demostrado tener aptitudes para la magia, se quedó aún más confundida que antes con esa respuesta. Richard comprendía su confusión; tampoco él sabía mucho de magia y entendía muy poco de lo que acababa de explicarle. Ni siquiera estaba seguro de haberlo explicado correctamente.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó la mord-sith.

—Imagínate el mundo de los vivos como un barril lleno de agua. Los repiques son un agujero en ese barril que hasta ahora estaba tapado con un corcho y por el que el agua ha empezado a escaparse. Cuando ya no quede agua, el barril se secará, las duelas se encogerán y dejará de ser el recipiente que era antes. Podríamos decir que se convertirá en un caparazón sin vida, sólo en apariencia semejante a lo que era.

»La mera existencia de los repiques en este mundo provoca que la magia se escape, como el agua del barril, pero para existir en este mundo fueron conjurados como criaturas. Poseen una naturaleza propia. Pueden matar.

»Como seres mágicos poseen la capacidad, si lo desean, de adoptar la apariencia del ser al que matan, por ejemplo un pollo, pero reteniendo al mismo tiempo el poder de lo que son verdaderamente.

Cuando disparé la flecha al pollo, el repique abandonó su forma ilusoria. Desde el principio, el pollo real estaba muerto detrás del muro; el repique solamente tomó prestada su forma para disfrazarse y burlarse de nosotros.

Cara mostraba una expresión preocupada muy poco habitual en ella.

—¿Me estáis diciendo que cualquiera podría ser un repique? —preguntó mirando alrededor.

—Por lo que deduzco, son criaturas engendradas sin alma, por lo que no pueden adoptar la apariencia de una persona, sólo de animales. Según Zedd, también es cierto lo contrario: Jagang posee alma y únicamente puede introducirse en la mente de las personas, porque para eso se necesita un alma.

»Cuando los magos crearon armas a partir de personas, las cosas que crearon conservaban su alma. Eso permitía controlarlas hasta cierto punto. Pero los repiques, una vez en este mundo, eran ingobernables. Ése es uno de los motivos por los que son tan peligrosos. Es como tratar de razonar con un relámpago.

—Muy bien. Así pues, no puede ser una persona. —Cara levantó un dedo como si tomara nota mentalmente—. Perfecto. Pero ¿podría ser que una de esas alondras que vuelan en el cielo sea un repique?

Richard echó un vistazo a las aves de pecho amarillo que revoloteaban.

—Supongo que sí. Si pasó con un pollo, puede matar a cualquier animal y adoptar su forma. Pero eso no es necesario. —Richard señaló el suelo mojado—. Simplemente podrían estar escondidos en ese charco a tus pies. Según parece, algunos sienten afinidad por el agua.

Cara bajó la vista hacia el charco y retrocedió un paso.

—¿Queréis decir que el repique que mató a Juni se escondía en el agua y lo acechaba?

Richard miró brevemente a Chandalen e hizo un gesto afirmativo.

—Los repiques se esconden o acechan en lugares oscuros. De algún modo viajan por los bordes de las cosas, por ejemplo grietas en las rocas o por la orilla del agua. Pero es una suposición mía. Lo que dice Kolo es que se deslizan por los límites, donde una cosa se encuentra con la otra. Algunos se esconden en el fuego y pueden viajar en las chispas.

Miró de reojo a Kahlan al recordar cómo la casa de los muertos, en la que descansaba el cuerpo de Juni, había estallado en llamas.

—Cuando alguien los irrita o los hace enfadar, a veces simplemente prenden fuego a un sitio por puro rencor.

»Se dice que son tan bellos que quien los ve se queda sin aliento, para siempre. Sólo son visibles vagamente a menos que uno capte su atención. Por lo que dice Kolo, parece que cuando la víctima los ve, ella misma les da forma hasta cierto punto según sus deseos, y ese deseo es irresistible. Supongo que de ese modo seducen a la gente y la conducen a la muerte.

»Quizá eso fue lo que le ocurrió a Juni. Tal vez vio algo tan hermoso que desechó sus armas, su buen juicio e incluso su sentido común y lo siguió al agua, donde se ahogó.

»Otros repiques reclaman desesperadamente atención y les gusta que los adoren. Supongo que, por provenir del inframundo, comparten la misma ansia de veneración que el Custodio. Se dice que algunos protegían incluso a quienes los veneraban ciegamente, aunque eso es muy peligroso. Según Kolo, eso los aplaca, pero si dejas de adorarlos, se vuelven contra ti inmediatamente.

»Lo que más les gusta es la caza y nunca se cansan de practicarla. Cazan personas y no tienen piedad. Les gusta especialmente matar con fuego.

»La traducción completa de su nombre en d'haraniano culto significa más o menos "los repiques de la fatalidad" o "los repiques de la muerte".

Du Chaillu escuchaba en silencio con el entrecejo fruncido. La mayoría de los maestros de armas baka tau mana conseguían mantener una actitud indiferente, distante y relajada, pero su postura revelaba un nerviosismo que a Richard no le pasó por alto.

—Tengan el nombre que tengan —suspiró Cara—, creo que ya hemos captado la idea.

Chandalen, que hasta entonces había escuchado con mucha atención, tomó la palabra:

—Pero tú no lo crees, Madre Confesora, ¿verdad? Tú crees lo que dijo Zedd: que no son esos repiques de la muerte.

Kahlan buscó la mirada de Richard antes de responder a Chandalen. Su tono era duro.

—En muchos aspectos la explicación de Zedd es similar, por lo que podría justificar fácilmente todo lo que ha pasado. Y, justamente porque es similar, no sería menos peligroso. La diferencia más importante es que, según él, cuando lleguemos a Aydindril acabaremos con el problema. Aunque me pese, creo que Zedd tiene razón. No creo que sea cosa de los repiques.

—Ojalá tuvieras razón, de verdad, porque en ese caso, como tú misma has dicho, cuando lleguemos a Aydindril podríamos solucionarlo —repuso Richard—. Pero son los repiques. Creo que Zedd simplemente trataba de protegernos y para eso quería quitarnos de en medio mientras él intenta enviar a los repiques de vuelta al inframundo.

—Lord Rahl es la magia contra la magia —dijo Cara a Kahlan—. Es quien sabe más de esto. Si él cree que son los repiques, lo son.

Con un suspiro de frustración, Kahlan se echó la larga melena a la espalda.

—Richard, te has convencido de que se trata de los repiques. De tanto repetir que es cierto casi has convencido también a Cara. Le estás dando a esa posibilidad más crédito del que merece únicamente porque temes que sea cierto.

Obviamente, Kahlan le estaba recordando la Primera Norma de un mago y sugería que creía en una mentira.

Richard ponderó la apasionada determinación que reflejaban los ojos verdes de Kahlan. Necesitaba que ella lo ayudara. No podría enfrentarse a eso él solo.

Finalmente decidió que no tenía opción. Después de pedir a todos que los esperaran, pasó un brazo por encima del hombro de Kahlan y se apartó con ella para hablar sin que los demás los oyeran.

Necesitaba que Kahlan creyera en él. Ya no tenía opción. Tenía que decírselo.

29

Kahlan lo acompañó de buen grado por la hierba mojada. Prefería discutir con él a solas antes que hacerlo delante de los demás. Por su parte Richard no quería decirle lo que tenía que contarle delante de espectadores.

Mirando por encima del hombro, vio que los cazadores de Chandalen se apoyaban despreocupadamente en las lanzas, cuyas puntas habían untado con veneno. Parecían esperar perezosamente a que Richard y Kahlan acabaran de hablar y volvieran. Pero Richard sabía que su actitud no tenía nada de perezosa, sino que se habían situado estratégicamente para vigilar a los baka tau mana. Después de todo, estaban en territorio de la gente barro y, por mucho que Richard los conociera, los baka tau mana eran forasteros.

Por su parte, éstos se comportaban respecto a los hombres barro con una indiferencia total. Los maestros de armas intercambiaban comentarios, contemplaban las nubes de tormenta en el horizonte o se estiraban y bostezaban.

Richard había luchado contra maestros de armas baka tau mana y sabía que su actitud no era indiferente. Estaban preparados para matar. Después de vivir toda la vida en peligro, rodeados por enemigos empeñados en exterminarlos, tanto por naturaleza como por entrenamiento estaban preparados para matar en cualquier momento.

Cuando Verna y Richard se toparon con ellos, el joven le preguntó si eran peligrosos, y la Hermana le respondió que cuando era joven había visto a un maestro de armas baka ban mana que se había infiltrado en la fortaleza de Tanimura matar a casi cincuenta soldados armados hasta los dientes antes de ser abatido. Según Verna, los baka tau mana luchaban como si fueran espíritus invencibles, y algunos creían que lo eran.

Richard deseaba evitar a toda costa que una ofuscación momentánea o un malentendido hiciese estallar una lucha entre la gente barro y los baka tau mana. Todos eran demasiado diestros en la lucha.

Cara, con una expresión que lo era todo menos ecuánime, miraba a unos y a otros con ferocidad.

La gente barro, los baka tau mana y Cara eran como los tres lados de un triángulo en la misma batalla. Todos eran aliados de Richard y Kahlan y defendían su causa, aunque todos ellos veían el mundo de diferente manera. No obstante, valoraban las mismas cosas en la vida: familia, amigos, esfuerzo, honestidad, deber, lealtad y libertad.

Kahlan presionó con una mano el pecho de Richard con suavidad pero con insistencia.

—Richard, pese a todo lo que pueda sentir en estos momentos, sé que hablas de corazón, pero no estás siendo razonable. Eres el Buscador de la Verdad; deja de insistir y reconoce la verdad. Podemos detener a las Hermanas de las Tinieblas y al acechante que han conjurado. Zedd y Ann neutralizarán el hechizo. ¿Por qué eres tan obstinado?

—Kahlan —repuso Richard procurando no alzar la voz—, esa especie de pollo monstruoso era un repique.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Kahlan acarició distraídamente la piedra oscura que le colgaba del cuello.

—Richard, sabes que te quiero y que creo en ti, pero en este caso debo...

Richard la interrumpió. Sabía lo que ella pensaba y lo que iba a decirle. Era el momento de que escuchara. Esperó hasta que leyó en su mirada que tenía su atención.

—Kahlan, tú llamaste a los repiques a este mundo. No lo hiciste intencionalmente ni para hacer daño. Lo hiciste para salvarme. Estaba al borde de la muerte y necesitaba tu ayuda, por lo que también yo soy parte de esto. De no ser por mí, tú no habrías tenido que llamarlos.

»Piensa en nuestros antepasados. Si no hubieran tenido hijos, tú y yo no habríamos nacido para cometer crímenes. Pero no por eso son culpables, ¿verdad?

»Lo que estoy diciendo —prosiguió, cogiéndola suavemente por los hombros— es que todo esto empezó por ayudar. No eres de ningún modo culpable ni malvada. Es importante que lo entiendas. Pero por haber pronunciado las palabras que completaban el hechizo eres involuntariamente responsable: tú trajiste a los repiques a este mundo.

»Por alguna razón, Zedd quiso ocultárnoslo. Ojalá hubiera confiado en nosotros y nos hubiera dicho la verdad, pero no lo hizo. Estoy seguro de que sus razones tendría para mentirnos. Tal vez esas razones eran muy importantes.

Kahlan se llevó los dedos a la frente, cerró los ojos y suspiró con resignación.

—Richard, estoy de acuerdo contigo en que Zedd hizo algunas cosas desconcertantes y que quedan preguntas sin responder, pero eso no significa que debemos aceptar precipitadamente una explicación totalmente distinta sólo porque necesitamos una respuesta. Zedd es Primer Mago. Debemos confiar en él y hacer lo que nos pidió.

Richard le acarició una mejilla. Ojalá pudiera estar con ella a solas, realmente a solas, para tratar de compensarla por su estúpido olvido. Deseaba no tener que decirle esas cosas, pero no tenía opción.

—Por favor, Kahlan, primero escúchame y luego decide. Quiero estar equivocado, de verdad que lo quiero. Tú decides.

»Cuando estábamos en la casa de los espíritus, los repiques estaban fuera junto con los cazadores que nos protegían. Uno de los repiques mató un pollo simplemente por gusto.

»Juni oyó el ruido, igual que yo, y fue a investigar. No encontró nada. Entonces insultó al espíritu del asesino para obligarlo a salir. Salió y lo mató por haberlo insultado.

—Yo también insulté a esa especie de pollo. ¿Por qué no me mató? Respóndeme a eso, Richard: ¿por qué no me mató?

Él clavó un momento la mirada en los hermosos ojos verdes de Kahlan mientras se armaba de coraje.

—El mismo repique te lo dijo, Kahlan.

—¿Qué? Pero ¿de qué estás hablando?

—Esa especie de pollo no era un acechante, sino un repique, y no te llamó por tu título de Madre Confesora. Era un repique y dijo lo que quería decir.

»Te llamó madre.

Kahlan se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos por la impresión.

—Los repiques te respetan, al menos hasta cierto punto, porque tú los llamaste al mundo de los vivos. Tú les diste la vida. Por eso te consideran su madre. Al oír al pollo monstruoso llamarte «madre», supusiste que iba a añadir «Confesora», porque estás muy acostumbrada a que se dirijan a ti por tu título.

»Pero el repique no pretendía llamarte Madre Confesora, sino que quería llamarte como lo hizo: madre.

Richard casi pudo ver cómo la verdad de sus palabras derribaban las barreras de racionalidad que Kahlan había levantado tan meticulosamente. Más allá de cierto punto, algunas verdades se sentían de manera visceral y, llegados a ese punto, cualquier cosa encajaba de manera definitiva e irrevocable.

Los ojos de Kahlan se llenaron de lágrimas. Se abrazó a él, buscando consuelo y comprensión en sus brazos. Pareció que sollozaba en el pecho de su marido, pero se secó con enojo una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Creo que eso fue lo que te salvó —le dijo Richard suavemente, estrechándola entre sus brazos—. No quiero volver a confiar tu vida en la caridad de los repiques.

—Tenemos que detenerlos —afirmó ella, conteniendo otro sollozo—. Queridos espíritus, tenemos que detenerlos.

—Lo sé.

—¿Sabes cómo? ¿Tienes alguna idea de cómo podemos enviarlos de nuevo al mundo de los muertos?

—Todavía no. Para encontrar la solución, antes es preciso darse cuenta del verdadero problema. Creo que eso es lo que acabamos de hacer, ¿no crees?

Kahlan hizo un gesto de asentimiento mientras se secaba las lágrimas. Pero tan rápidamente como la comprensión había hecho saltarle las lágrimas, su resolución las desterró.

—¿Qué crees que hacían los repiques fuera de la casa de los espíritus?

Mientras ellos estaban juntos después de la boda, gozando intensamente de su amor, al otro lado de la puerta algo gozaba intensamente de la muerte. Cuando lo pensaba, Richard sentía náuseas.

—No lo sé. Quizá los repiques querían estar cerca de ti.

Kahlan se limitó a asentir. Lo entendía. Querían estar cerca de su madre.

Richard recordó la expresión acongojada de Kahlan cuando Nissel llevó al bebé nacido sin vida a la casa de los muertos. Los repiques también eran culpables de eso. Y sólo era el principio.

—¿Qué es una Gracia fatal? Lo mencionaste ayer cuando fuimos a ver a Zedd y Ann.

—La mayor parte de lo que he explicado sobre los repiques proviene de un informe inicial. Kolo estaba muy asustado y se explayó más de lo que era habitual en él. El informe al que se refería acababa con estas palabras: «Guardaos de los repiques y, en caso de necesidad extrema, dibujad tres veces en la tierra árida, con arena, sal y sangre una Gracia fatal».

—¿Y qué significa?

—No lo sé. Esperaba que Zedd o Ann lo supieran. Mi abuelo lo sabe todo sobre la Gracia. Pensé que quizá también sabría esto.

—¿Crees que esa Gracia fatal podría detener a los repiques?

—No lo sé, Kahlan. También se me ocurre que puede ser un consejo desesperado para suicidarse.

Kahlan asintió distraídamente mientras meditaba sobre las palabras de Kolo.

—Sí, podría ser un consejo sobre cómo suicidarse. Pude sentir la maldad del repique —dijo sumergiéndose en los recuerdos—. Cuando estaba en la casa donde la gente barro prepara los cuerpos antes de enterrarlos, y el pollo, o mejor dicho el repique, estaba allí conmigo, sentí su maldad. Queridos espíritus, fue horrible.

»El pollo le arrancaba los ojos a Juni. No tenía suficiente con haberlo matado, tenía que arrancarle los ojos a picotazos.

Richard volvió a abrazarla.

—Lo sé. Lo sé.

Ella se apartó de él con esperanzas renovadas.

—Ayer, cuando estábamos con Zedd y Ann, nos dijiste que al principio Kolo se alarmó, pero que, después de investigar, descubrieron que los repiques eran en realidad armas muy simples y fáciles de neutralizar.

—Sí, pero Kolo sólo cuenta que en el Alcázar del Hechicero se sintieron muy aliviados al descubrir que no debían hacer frente al grave problema que en un principio pensaron. Pero no escribió la solución. Enviaron a un mago apodado la Montaña para resolverlo y, según parece, lo consiguió.

—¿Tienes idea de si existe alguna arma efectiva contra ellos? Juni iba muy bien armado y no le sirvió de nada, pero tal vez haya otras.

—Kolo no dice nada al respecto. Las flechas no mataron al repique en forma de pollo y obviamente el fuego no les hace nada.

»No obstante, Zedd insistió mucho en que recuperara la *Espada de la Verdad*. Si mintió en lo del acechante, es posible que fuera para mantenernos alejados del peligro. Pero no creo que mintiera sobre la espada. Quería que fuese a buscarla. Dijo que podría ser el único tipo de magia que funcionara y nos protegiera. En eso lo creo.

—¿Por qué crees que el repique en forma de pollo huyó de ti? Quiero decir que si a mí me consideran su madre, entiendo que sientan por mí una especie de... veneración y que no quieran hacerme daño. Pero si tan poderosos son, ¿por qué huyeron de ti? Tú te limitaste a disparar una flecha. Acabas de decir que las flechas no les hacen ningún daño. ¿Por qué huyó entonces?

Richard se pasó la mano por el pelo.

—Eso mismo me he preguntado yo. La única respuesta que se me ocurre es que son criaturas de Magia de Resta y yo he sido el primero en miles de años que he nacido con ambos lados de la magia. Tal vez temen que les haga daño con mi Magia de Resta, y tal vez pueda hacerlo. Es una esperanza, desde luego.

—¿Y el fuego? ¿Qué me dices de ese mísero rescoldo de las hogueras de la boda que seguía ardiendo y que tú apagaste? Era uno de ellos, ¿verdad?

Richard detestaba la idea de que los repiques hubiesen estado en las hogueras de su boda. Era una profanación.

—Sí. Sentrosi, el segundo repique. Significa «fuego». Reechani, el primero, significa «agua». Y el tercero, Vasi, significa «aire».

—Pero tú apagaste el fuego y el repique no te lo pudo impedir. Si mataron a Juni porque los insultó, creo que deberían haberse enfadado contigo por lo que hiciste. En cambio, el repique en forma de pollo huyó de ti.

—No tengo respuesta para eso, Kahlan.

Mirándolo a los ojos, Kahlan dudó un momento.

—Tal vez, en ese caso, no te hicieron daño por la misma razón que no me lo hicieron a mí.

—¿Porque creen que también yo soy su madre?

—Su padre —respondió Kahlan sin darse cuenta mientras acariciaba la gema oscura que le caía sobre la garganta—. Usé el hechizo para mantenerte vivo, para impedir que cruzaras al mundo de los muertos. Ese hechizo apeló a los repiques, porque son seres del otro lado y poseen el poder para hacerlo. Tal vez, puesto que ambos estuvimos implicados, los repiques nos consideran su padre y su madre.

Richard soltó un largo suspiro.

—Es posible. No estoy diciendo que te equivoques, pero cada vez que los he tenido cerca he notado algo que me ha puesto los pelos de punta.

—¿El qué? ¿Qué has notado?

—Era una abrumadora sensación de deseo cada vez que se acercaban a mí y, al mismo tiempo, un odio monstruoso.

Kahlan se frotó los brazos. La idea de que en su mundo existiera una maldad tan espantosa le daba escalofríos. Por su rostro pasó una sonrisa amarga e irónica.

—Shota siempre ha afirmado que si tú y yo teníamos un hijo, sería un monstruo.

Richard posó una mano en la mejilla de Kahlan.

—Un día lo tendremos, Kahlan. Te lo prometo.

Kahlan se apartó de él al borde de las lágrimas, desvió la mirada y la fijó en el horizonte. Carraspeó para recuperar la voz.

—Si la magia está fallando, al menos Jagang perderá la ayuda que tiene. Controla a personas con el don que ayudan a su ejército. Al menos, si ya no puede hacer eso, algo bueno saldrá de todo esto.

»Usó a uno de esos magos para tratar de matarnos. Luego utilizó a una de las Hermanas para robar la plaga del Templo de los Vientos. Si la magia desaparece por culpa de los repiques, al menos también desaparecerá para Jagang.

Richard se mordió el labio inferior.

—Eso también se me ha ocurrido a mí. Si el repique en forma de pollo me temía porque poseo Magia de Resta, es posible que Jagang ya no pueda seguir controlando a quienes poseen magia, pero...

—Por todos los espíritus —susurró Kahlan, volviéndose a mirarlo—. Las Hermanas de las Tinieblas. Aunque no nacieron con Magia de Resta, saben cómo usarla.

Richard asintió de mala gana.

—Por desgracia, aunque a Jagang le falle todo, aún tendrá a las Hermanas de las Tinieblas. Su magia sí funcionará.

—En ese caso, nuestra única esperanza son Zedd y Ann. Ojalá que puedan detener a los repiques.

Richard no logró sonreír ni siquiera por ella.

—¿Cómo? Ninguno de los dos es capaz de usar Magia de Resta. Toda la Magia de Suma está desapareciendo. Estarán tan desvalidos como ese bebé que nació muerto. Estoy seguro de que se han ido, pero ¿adónde?

Kahlan le dirigió una mirada que tenía mucho de Madre Confesora.

—Si hubieses recordado a tu primera esposa cuando debías, se lo habríamos contado a Zedd, y quizá las cosas habrían sido distintas. Ahora hemos perdido esa posibilidad. Escogiste muy mal momento para ser descuidado.

Richard quería discutir con ella, decirle que eso no hubiera cambiado nada, que se equivocaba, pero no podía. Kahlan no se equivocaba. Zedd se había marchado para enfrentarse él solo a los repiques. Richard se preguntó si debían volver sobre sus pasos y buscar a su abuelo.

Finalmente, ella le cogió una mano y con la otra le dio una palmada de ánimo. Luego regresaron junto a los demás. Kahlan iba con la cabeza alta. Había puesto su cara de Confesora, una expresión desprovista de cualquier emoción y rebosante de autoridad.

—Todavía no sabemos cómo solucionar esto —anunció—, pero de una cosa no tengo la menor duda: los repiques andan sueltos.

30

Pensando en los hombres barro, Kahlan repitió el anuncio en su lengua. Richard deseó que hubiese tenido razón ella, que fuese el acechante y no los repiques, porque contra el acechante sí tenían una solución.

Todos se mostraron comprensiblemente inquietos al oír que Kahlan, después de haber defendido con tanta firmeza su posición, de repente les decía que estaba absolutamente convencida de que se enfrentaban nada más y nada menos que a la amenaza de los repiques.

Después de mostrarse de acuerdo con él, ya nadie albergaba dudas. Parecía que hubiese cambiado el mundo para todos con la palabra de Kahlan.

En la llanura se hizo un silencio incómodo.

Richard sabía que debía pensar en cómo seguir adelante, pero no se le ocurría ninguna idea. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Entonces se dio cuenta de lo que debió hacer cuando tuvo oportunidad. Había estado tan centrado en el peligro que no había tenido ojos para nada más.

Estaba muy lejos de los bosques de su infancia. Ojalá pudiera regresar. Cuando era un guía, al menos nunca olvidaba qué camino seguía, ni tampoco había conducido a nadie a un precipicio.

—Du Chaillu, ¿por qué habéis venido? ¿Qué estáis haciendo aquí, tan lejos de vuestro hogar?

—Ahhh —dijo la guía espiritual de los baka tau mana, enlazando las manos al frente con deliberada lentitud—. ¿Ahora el *Caharin* desea que hable?

Du Chaillu parecía una olla a punto de estallar. Richard no comprendía por qué, ni tampoco le importaba saberlo.

—Pues sí. ¿Por qué habéis venido?

—Hemos viajado muchos días, pasado privaciones y enterrado a algunos que iniciaron el viaje con nosotros. Hemos tenido que abrirnos paso con las espadas por territorio hostil. Muchos han derramado su sangre para llegar hasta ti.

»Abandonamos a nuestras familias y a nuestros seres queridos para avisar a nuestro *Caharin*. Nos hemos privado de comida, de dormir y de la comodidad de un lugar seguro. Algunas noches lloramos porque teníamos miedo y sentíamos nostalgia de nuestra tierra.

»He viajado con el hijo que el *Caharin* me pidió que llevara dentro de mí cuando yo lo que quería era acudir a una curandera para deshacerme de él y de los horribles recuerdos que lleva consigo. No obstante, ni siquiera agradece que cumpliera sus deseos y aceptara la responsabilidad de ese niño que me ha sido impuesto.

»El *Caharin* ni siquiera reconoce que ese niño que me pidió que tuviera me recuerda cada día el tiempo que pasé desnuda y encadenada a una pared en el apestoso calabozo de los majendie. Me recuerda cómo me hicieron este hijo. Me recuerda cómo esos hombres me usaban para su placer y luego se reían de mí. Me trae a la memoria que cada día soportaba el miedo de pensar que ese día me matarían en sacrificio, que lloraba de desesperación por mis propios hijos, que se quedarían sin madre, y porque creía que nunca más volvería a ver sus caritas sonrientes, ni disfrutaría viéndolos crecer.

»Pero hice honor a las palabras del *Caharin* y llevo en mis entrañas al hijo de esos perros, porque el *Caharin* me pidió que lo hiciera.

»El *Caharin* no presta apenas atención a su propia gente, que ha recorrido un largo camino. Nos trata como si no fuésemos más que pulgas que le pican. No nos ha preguntado cómo van las cosas en nuestro hogar. No nos ha invitado a sentarnos con él y celebrar el reencuentro después de tanto tiempo. No nos ha preguntado si estamos en paz, ni si tenemos hambre o sed.

»Sólo grita que no somos su gente porque es un ignorante y desconoce las leyes sagradas por las que nos hemos regido durante innumerables siglos. Y no sólo eso, también desprecia esas mismas leyes porque nadie le ha enseñado qué dicen, como si por eso no fuesen importantes. Muchos han muerto por esas leyes, para que él pudiera aprender y seguir vivo.

»Para el *Caharin* no somos mejores que el estiércol que pisa con las botas. Olvida sin ningún escrúpulo a quien, según nuestras leyes, es su esposa. La trata como a una apestada y la deja de lado hasta que tiene necesidad de ella.

»Las antiguas leyes nos prometieron un *Caharin*. Admito que nada decían sobre que honraría a su gente, sus costumbres y las leyes que nos han unido en un propósito común, aunque pensé que cualquier hombre honraría a los que han sufrido tanto por él.

»Yo he padecido la pérdida de mis maridos, a los que tú mataste, y los he llorado lejos de tu vista para que no sufrieras por ello. Mis hijos han soportado con valentía la pérdida de sus padres. Cada noche lloran por el hombre que les besaba la frente y les deseaba que soñaran con la tierra de sus antepasados. No obstante, tú ni siquiera te molestas en preguntar cómo me va sin esos maridos a los que tanto yo como mis hijos amábamos profundamente. Ni tampoco te interesas por si mis hijos están superando esa pena.

»No me has preguntado cómo me siento sin el que es mi marido según nuestra ley, que se dedica a ir por ahí casándose con otras. Soy tan poco para ti que ni siquiera has mencionado mi existencia a tu nueva esposa.

Du Chaillu alzó la barbilla, indignada.

—¿Ahora me permites hablar? ¿Ahora deseas oír mis palabras después de un arduo y largo viaje? ¿Ahora quieres saber si tengo algo digno de ser escuchado por tus nobles oídos?

»Me avergüenzas —sentenció. Escupió a sus pies, se cruzó de brazos y le dio la espalda.

Richard se quedó mirando fijamente la parte posterior de la cabeza de Du Chaillu. Los maestros de armas, que se fingían ciegos y sordos, parecían muy interesados en avistar un pájaro en el cielo.

—Du Chaillu —dijo Richard, acalorándose también—, no me culpes de la muerte de esos treinta. Hice todo lo posible para no tener que luchar contra ellos. Sabes que lo hice. Te supliqué que los pararas. Podías hacerlo, pero preferiste seguir adelante. Yo me resistí, pero sabes que no tenía elección.

La baka tau mana le lanzó una mirada iracunda por encima del hombro.

—Sí tenías elección. Podías haber elegido morir en vez de matar. Para agradecerte que me salvaras de ser sacrificada por los majendie te prometí que si no te resistías, tendrías una muerte rápida. En ese caso se habría perdido una vida y no treinta. Si realmente fueses tan noble y estuvieses tan preocupado por preservar la vida, habrías accedido.

Richard rechinó los dientes y agitó un dedo hacia ella.

—Tus hombres me atacaron. ¿Se supone que debía dejarme asesinar en lugar de defenderme? ¿No te importaba nada que te hubiera salvado? ¡De haber muerto yo en vez de esos hombres, se habría desatado una verdadera carnicería! Sabes que conseguí una paz que ha salvado la vida de muchas más personas. Y de lo demás no tienes ni idea.

—Te equivocas, esposo mío —replicó Du Chaillu, enfurruñada, y volvió a mirarlo de frente—. Tengo más idea de lo que a ti te gustaría.

Cara puso los ojos en blanco.

—Lord Rahl, os aconsejo seriamente que aprendáis a respetar más a vuestras mujeres o nunca tendréis ni un momento de tranquilidad doméstica —le dijo hablando por un lado de la boca mientras pasaba a su lado—. Dejad que yo hable con ella de mujer a mujer. A ver si puedo arreglarlo.

La mord-sith enlazó un brazo de Du Chaillu para llevársela aparte. Inmediatamente se desenvainaron seis espadas. En un abrir y cerrar de ojos, los maestros de armas avanzaban haciendo girar los aceros a la luz de la mañana, pasándose el arma de la mano derecha a la izquierda y viceversa.

Los hombres barro se dispusieron a interceptarlos. En un segundo, la situación había pasado de una frágil paz a una inminente lucha sangrienta.

—¡Quietos todos! —gritó Richard alzando las manos.

Se colocó delante de Cara y de Du Chaillu, bloqueando así el avance de los baka tau mana.

—Cara, suéltala. Du Chaillu es su guía espiritual y no se te permite tocarla. Los majendie persiguieron y sacrificaron a los baka tau mana durante milenios, por lo que es natural que se muestren muy puntillosos en no permitir que los forasteros les pongan la mano encima.

Cara soltó el brazo de la mujer, pero ni los hombres barro ni los baka tau mana querían ser los primeros en retroceder. De pronto, los cazadores de Chandalen tenían a forasteros hostiles en sus manos, mientras que los baka tau mana veían a hombres dispuestos a atacarlos para defender a su chamana. Los ánimos estaban muy encendidos, con el consiguiente peligro de que alguien decidiera apuntarse el tanto de ventaja. Si eso pasaba, los muertos serían muchos.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme todos! —gritó Richard con una mano en alto. Con la otra estiró de la cinta de cuero que Du Chaillu llevaba alrededor del cuello. Esperaba que llevase bajo el escote lo que creía que llevaba.

Los cazadores se quedaron de piedra cuando vieron el silbato del Hombre Pájaro en el extremo de la cinta.

—Éste es el silbato que el Hombre Pájaro me dio. —Por el rabillo del ojo miró a Kahlan y le susurró que tradujera sus palabras. Ella comenzó a hablar a los cazadores en el idioma de la gente barro mientras Richard continuaba.

»Recordad que el Hombre Pájaro me regaló el silbato en gesto de paz. Esta mujer, Du Chaillu, es la protectora de su pueblo. En honor del Hombre Pájaro y de su deseo de paz, le di a ella el silbato para que llamara a los pájaros y se comieran las semillas que sus enemigos plantaban. Temiendo no poder cultivar nada y morir de hambre, sus enemigos por fin accedieron a firmar la paz. Era la primera vez que esos dos pueblos no guerreaban, y eso se lo deben a un regalo maravilloso del Hombre Pájaro.

»Los baka tau mana tienen una gran deuda con la gente barro. Y la gente barro tiene una gran deuda con los baka tau mana por hacer honor a ese regalo y usarlo, tal como deseaba el Hombre Pájaro, para lograr la paz. La gente barro debería sentirse orgullosa de que los baka tau mana confiaran en su regalo para dar seguridad a sus familias.

»Sois dos pueblos amigos.

Nadie se movió. Todos reflexionaban sobre lo que acababan de escuchar. Finalmente, Jiaan bajó la espada y se la colgó a la espalda del cordón que llevaba anudado al cuello. A continuación se abrió la ropa y expuso el pecho a Chandalen.

—Te damos las gracias a ti y a tu gente por ese regalo de poderosa magia que trajo la seguridad y la paz a mi pueblo. No lucharemos contra vosotros. Si queréis, podéis quitarnos la paz que nos disteis; si queréis, podéis atacarnos. Los baka tau mana no se defenderán ante los que nos han dado la paz.

Chandalen plantó el extremo de su lanza en el suelo de su tierra natal.

—Richard el de genio pronto dice la verdad. Nos complace que tu pueblo diera a nuestro regalo el uso debido: conseguir la paz. Os damos la bienvenida a nuestra tierra. Aquí estáis a salvo.

Acompañando sus palabras con mucha gesticulación de brazos, Chandalen impartió órdenes a sus cazadores. Al ver que los hombres deponían su actitud, Richard por fin respiró con alivio y dio las gracias a los buenos espíritus por su ayuda.

Kahlan cogió a Du Chaillu del brazo y dijo con firmeza:

—Voy a tener una charla con Du Chaillu.

A los baka tau mana no les hizo ni pizca de gracia, pero no supieron cómo reaccionar. Tampoco a Richard le gustaba la idea; podía ser el inicio de otra disputa.

Por mucho que le disgustara, decidió que era mejor no contrariar a Kahlan y dejar que hablara con Du Chaillu. Por la cara que ponía ella, era evidente que tampoco podría impedirlo.

—Kahlan, mi esposa, es la Madre Confesora y líder de toda la gente del Nuevo Mundo —explicó a los maestros de armas—. Debemos respetarla como a nuestra guía espiritual. Os doy mi palabra de *Caharin* que no hará ningún daño a Du Chaillu. Si os miento, mi vida es vuestra.

Los baka tau mana se mostraron de acuerdo. Richard ignoraba quién era más importante a sus ojos, si él o Du Chaillu, pero su tono calmado y tranquilizador había ayudado a desarmarlos. Los baka tau mana lo respetaban no sólo porque hubiera matado a treinta maestros de armas, sino porque había conseguido algo mucho más difícil: les había devuelto la tierra de sus antepasados.

Richard y Cara observaron, hombro con hombro, cómo Kahlan y Du Chaillu se apartaban. En los altos tallos de la hierba aún brillaban las gotas de la lluvia de la noche anterior. Todavía había charcos.

—Lord Rahl —le dijo Cara en un susurro—, ¿lo consideráis prudente?

—Confío en el buen juicio de Kahlan. Nos enfrentamos a un problema muy grave. No tenemos tiempo que perder.

Cara hizo rodar el agiel entre los dedos y lo examinó en silencio un largo instante.

—Lord Rahl, si la magia está fallando, ¿también fallará la vuestra?

—Esperemos que no.

La mord-sith no se separó de su lado cuando él se acercó a los maestros de armas. Aunque reconocía a varios, únicamente recordaba el nombre de uno.

—Jiaan, Du Chaillu ha dicho que algunos murieron en el viaje hasta aquí.

Jiaan envainó la espada.

—Tres —respondió.

—¿Luchando?

El hombre se retiró el pelo oscuro de la frente. Parecía incómodo.

—Sólo uno. Los otros dos sufrieron... accidentes.

—¿Con el fuego o el agua?

Jiaan suspiró con pesadumbre.

—Con agua no. Pero uno cayó al fuego mientras estaba de guardia. Antes de poder reaccionar, ya había muerto quemado. Pensamos que debió de caer y golpearse en la cabeza pero, después de haberos escuchado, tal vez no sucedió de ese modo. Quizá esos repiques lo mataron.

Richard hizo un gesto afirmativo y murmuró con tristeza el nombre de uno de los repiques de la muerte: Sentrosi, el repique del fuego.

—¿Y el tercero?

Jiaan cambió el peso de una pierna a otra.

—Caminábamos por una senda a mucha altura y de pronto creyó que podía volar.

—¿Volar, dices?

—Eso es. Pero, en realidad, no podía saltar más que una roca.

—Tal vez tropezó y se cayó.

—Vi su cara justo antes de que intentara volar. Sonreía del mismo modo que cuando contempló por primera vez la tierra de nuestros antepasados.

Apenado, Richard murmuró el nombre del tercer repique. Los tres repiques (Reechani, Sentrosi y Vasi; agua, fuego y aire) se habían cobrado más vidas.

—Los repiques también han matado a gente barro. Esperaba que sólo estuvieran aquí, donde Kahlan y yo estamos, pero ya veo que también están atacando en otros lugares.

Por encima del hombro de los maestros de armas vio que los hombres barro habían aplanado una parcela de hierba y se disponían a encender fuego para compartir una comida con sus nuevos amigos.

—¡Chandalen! —gritó. El hombre barro lo miró—. No encendáis fuego.

A continuación corrió hacia donde estaban Chandalen y sus cazadores.

—¿Qué problema hay? ¿Por qué no quieres que encendamos fuego? —quiso saber Chandalen—. Si vamos a pararnos aquí un rato, nos gustaría asar carne y compartir nuestra comida.

—El espíritu malvado que mató a Juni puede encontrarnos a través del agua y el fuego. Lo siento, pero durante un tiempo tu gente no podrá encender fuego. Si lo hacéis, es posible que más espíritus malvados maten a tu gente.

—¿Estás seguro?

Richard puso una mano sobre el hombro de Jiaan.

—Los baka tau mana son fuertes, como la gente barro. De camino hacia aquí uno de ellos fue asesinado por un espíritu malvado del fuego.

Chandalen supo por el gesto afirmativo de Jiaan que era cierto.

—Antes de darnos cuenta de lo que pasaba, se quemó vivo —explicó Jiaan—. Era un hombre fuerte y valiente. No era de los que se dejan sorprender por el enemigo, pero antes de morir no oímos ni media palabra.

Chandalen contempló la llanura apretando la mandíbula con frustración.

—Pero si no podemos encender fuego, ¿qué comeremos? —preguntó a Richard—. Necesitamos el fuego para cocer el pan de tava y cocinar la comida. No podemos comer la masa sin cocer y la carne cruda. Las mujeres usan el fuego para hacer cerámica y los hombres para fabricar armas. ¿Cómo vamos a vivir?

—No lo sé, Chandalen. Sólo sé que el fuego puede atraer de nuevo a los malos espíritus, a los repiques. Yo simplemente te digo lo único que sé para proteger a nuestra gente.

»Supongo que no tendréis más remedio que encender fuego, pero no olvidéis el peligro que comporta. Si todo el mundo lo sabe, quizá no sea tan peligroso encender fuego cuando sea estrictamente necesario.

—¿Y tampoco podemos beber por miedo a acercarnos al agua?

—Chandalen, ojalá conociera las respuestas. Lo único que sé es que el agua, el fuego y los lugares altos son peligrosos. Los repiques se sirven de eso para hacer daño a la gente. Cuanto menos nos acerquemos a esos elementos, más seguros estaremos.

—Pero, por lo que has dicho antes, los repiques matarán igualmente por mucho que los evitemos.

—No tengo todas las respuestas, Chandalen, ni mucho menos. Estoy intentando decirte todo lo que se me ocurre para que nuestra gente no corra peligro. Pero es posible que existan muchos más peligros de los que conozco.

Chandalen apoyó las manos en las caderas mientras contemplaba la pradera, considerada territorio de la gente barro. Apretaba la mandíbula, pensando en cosas que Richard tan sólo podía adivinar. El joven esperó en silencio a que el cazador hablara.

—¿Es cierto eso que has dicho de que un niño de nuestra aldea murió en el vientre de su madre porque esos repiques de la muerte andan por el mundo?

—Lo siento, Chandalen, pero creo que así es.

Los penetrantes ojos oscuros del hombre barro se clavaron en los de Richard.

—¿Cómo llegaron esos espíritus malvados a este mundo?

Richard se humedeció las comisuras de los labios antes de contestar.

—Me parece que Kahlan, sin saber lo que hacía ni pretenderlo, los invocó con magia para salvarme la vida. Como fueron llamados para salvarme a mí, es culpa mía que ahora estén aquí.

Chandalen reflexionó sobre la confesión de Richard.

—La Madre Confesora nunca haría daño deliberadamente. Y tú tampoco. No obstante, los repiques de la muerte están aquí por vuestra causa.

El tono de Chandalen ya no era de confusión ni de alarma, sino que expresaba autoridad. Después de todo, era uno de los ancianos de la aldea y su responsabilidad era mayor que la de un cazador: debía velar por la seguridad de los suyos.

A pesar de que la gente barro y los baka tau mana compartían muchos de sus valores, habían estado a punto de enzarzarse en una lucha. Al principio Chandalen y Richard tenían muy mala relación, pero, afortunadamente, ambos habían aprendido que tenían más cosas en común que diferencias.

Richard observó las lejanas nubes y la lluvia que azotaba el lejano y oscuro horizonte.

—Me temo que ésa es la verdad —dijo finalmente—. Y eso no es todo. También me olvidé de darle a Zedd una información muy importante cuando era el momento. Ahora ya se habrá marchado en busca de los repiques.

Chandalen sopesó de nuevo las palabras de Richard antes de hablar.

—Ambos sois gente barro y ambos habéis luchado para protegernos. Sabemos que no teníais intención de llamar a los repiques y causar daño. —El hombre barro se irguió todo lo alto que era, aunque no le llegaba a Richard ni al hombro, y sentenció—: Sabemos que tanto tú como la Madre Confesora haréis lo necesario para corregir esta situación.

Richard entendía perfectamente el código de responsabilidad, deber y obligación que regía la vida de Chandalen. Aunque procedían de pueblos muy distintos, cada uno con su cultura, Richard había sido educado según unos principios muy similares. El joven pensó que, en el fondo, ellos dos no eran tan distintos. Tal vez se vestían de diferente forma, pero compartían los mismos sentimientos, los mismos anhelos, los mismos deseos, y, sobre todo, tenían muchos miedos en común.

Tanto su padrastro como Zedd le habían enseñado muchas de las cosas que la gente barro había inculcado a Chandalen: si causas daño, deliberadamente o sin intención, tienes que remediarlo lo mejor que puedas.

Aunque era comprensible tener miedo, y nadie podía esperar que hubiese alguien inmune a él, lo peor que se podía hacer era huir del problema que uno había causado. Por accidental que fuera, no se debía negar. Uno no lo evitaba, sino que hacía lo necesario para arreglarlo.

De no haber sido por Richard, los repiques seguirían en el inframundo. Los actos de Kahlan para salvarle la vida ya se habían cobrado la vida de otros. Tampoco ella titubearía ante su deber de hacer lo necesario, fuera lo que fuera, para detener a los repiques. Eso ni se discutía.

—Te doy mi palabra de honor, anciano Chandalen, de que no descansaré hasta que la gente barro y todos los demás estén a salvo de los repiques. No descansaré hasta que los repiques regresen al inframundo, donde deben estar, o moriré en el intento.

Chandalen esbozó una leve sonrisa cálida y rebosante de orgullo.

—Sabía que no era necesario recordarte tu promesa de que siempre protegerías a nuestra gente. Me alegro de escuchar de tus propios labios que no has olvidado esa promesa. —De repente lo golpeó con fuerza—. Fuerza a Richard el de genio pronto. Que su furia arda con pasión y rapidez contra nuestros enemigos.

Richard se tocó la dolorida mandíbula y le dio la espalda a Chandalen al darse cuenta de que Kahlan y Du Chaillu regresaban.

—Para ser un guía de bosque os metéis en un montón de líos —comentó Cara—. ¿Creéis que, después de hablar entre ellas, os queda alguna esposa?

—Espero que una —replicó Richard de buen talante. Sabía que Cara simplemente lo picaba para tratar de animarlo.

—Y, si no, siempre nos tendremos el uno al otro —remató la mord-sith con una mueca.

—El puesto de esposa ya está ocupado, pero gracias de todos modos.

Richard echó a andar hacia las dos mujeres. Kahlan y Du Chaillu caminaban juntas por la hierba sin que sus rostros mostraran ninguna emoción. Al menos, no estaban heridas.

—Tu otra esposa me ha convencido de que hable contigo —dijo Du Chaillu—. Eres muy afortunado de tenernos a las dos.

Richard se mordió la lengua para no soltar un comentario sarcástico.

31

Du Chaillu se acercó a los maestros de armas, al parecer para decirles que se sentaran y descansaran mientras ella hablaba con el *Caharin*. Mientras tanto, Kahlan empujó a Richard con un dedo hacia donde habían dejado el equipo.

—Ofrécele a Du Chaillu una manta para sentarse encima —murmuró.

—¿Para qué necesita las nuestras? Ellos tienen sus propias mantas. Además, no necesita sentarse en una manta para explicarme qué está haciendo aquí.

Kahlan le pinchó nuevamente las costillas.

—Haz lo que te digo —dijo en voz baja para que los demás no la oyeran—. Por si no lo has notado, está embarazada y no le iría nada mal descansar un poco.

—Bueno, eso no...

—Richard —lo interrumpió ella bruscamente—, el mejor modo de conseguir que alguien se someta a tu voluntad es ofrecerle una pequeña victoria para que conserve su dignidad mientras te obedece. Si quieres, yo se la llevaré.

—Bien, de acuerdo, supongo.

—¿Lo ves? Te lo acabo de demostrar. Tú le llevarás la manta.

—¿Así que Du Chaillu tiene su pequeña victoria y yo no?

—Tú ya eres un chico mayor. Du Chaillu sólo pide una manta en la que sentarse mientras te explica qué hace aquí. Es un precio minúsculo. No sigas con una guerra que ya hemos ganado solamente para humillar más al contrario.

—Pero ella...

—Lo sé. Lo que te dijo estaba fuera de lugar. Yo lo sé, tú lo sabes y ella también lo sabe. Pero sus sentimientos estaban heridos, y no sin motivo. Todos cometemos errores.

»Du Chaillu no comprendía el alcance del peligro que acabamos de descubrir. Ha accedido a hacer las paces a cambio de sentarse en nuestra manta para hablar. Sólo quiere que seas cortés con ella. No te hará ningún daño darle ese capricho.

Al llegar a donde habían dejado el equipo, Richard miró por encima del hombro. Du Chaillu estaba hablando con los maestros de armas.

—¿La has amenazado? —preguntó a Kahlan en un susurro mientras sacaba la manta de su mochila.

—Ya lo creo que sí —susurró ella a su vez—. Sé amable. Después de nuestra pequeña charla es posible que esté un poco sensible.

Richard caminó hacia los baka tau mana e hizo toda una exhibición de aplanar la hierba y desplegar su manta en el suelo delante de Du Chaillu. Con la palma de la mano alisó las arrugas más evidentes. Luego colocó la cantimplora en el centro y tendió una mano en gesto de invitación.

—Du Chaillu —le dijo. Era incapaz de llamarla esposa, aunque tampoco importaba—, te ruego que te sientes y hables conmigo. Tus palabras son importantes y el tiempo es muy valioso.

Du Chaillu examinó cómo había aplanado la hierba, toda en la misma dirección, e inspeccionó la manta con atención. Satisfecha, se sentó en un extremo con las piernas cruzadas. Richard pensó que ofrecía una noble estampa con la espalda erguida, la cabeza alta y las manos enlazadas en el regazo.

El joven se echó la capa dorada sobre los hombros con elegancia y se sentó en el otro extremo de la manta, también con las piernas cruzadas. La manta era pequeña, por lo que las rodillas de ambos casi se tocaban. Él sonrió educadamente y le ofreció la cantimplora.

Mientras ella aceptaba gentilmente, Richard recordó la primera vez que la vio. Estaba encadenada a una pared por el cuello. Iba desnuda, estaba sucia y olía cómo si llevara meses en esas condiciones, pero a él le pareció tan noble como en ese momento, sentada en la manta, limpia y ataviada con el vestido de plegarias.

También recordó que mientras trataba de liberarla ella temió que fuera a matarla y lo mordió. Casi podía sentir todavía la presión de sus dientes.

Se le ocurrió la perturbadora idea de que esa mujer tenía el don. Ignoraba el alcance de sus poderes, pero podía verlo en sus ojos. De algún modo, su propio don le permitía ver en los ojos de los demás la característica mirada intemporal de todos los que poseían una chispa de magia.

La hermana Verna le dijo que había ensayado pequeños hechizos con Du Chaillu para probarla, pero que éstos desaparecían como guijarros que se arrojaran a un pozo y que Du Chaillu se daba cuenta. Según Verna, ella sabía que la estaba probando y, de algún modo, anulaba los hechizos.

Basándose en eso y en otros indicios, hacía tiempo que Richard se había dado cuenta de que el don de Du Chaillu tenía que ver con una forma primitiva de profecía. Como había permanecido encadenada durante meses, seguramente sus poderes mágicos no eran capaces de alterar el mundo que la rodeaba. Las personas que poseían una magia capaz de incidir en los demás de manera manifiesta no necesitaban morder ni tampoco permanecían cautivas mientras esperaban a ser sacrificadas. Pero Du Chaillu podía impedir que otros usaran la magia contra ella; Richard había aprendido que ésa era una forma bastante común de protección mística contra el arma de la magia.

Los repiques anularían también la magia de Du Chaillu, fuera cual fuese, si es que no había desaparecido ya. Esperó hasta que la mujer acabó de beber y le devolvió la cantimplora.

—Du Chaillu, necesito que...

—Pregunta por nuestra gente.

Richard miró brevemente a Kahlan, que puso los ojos en blanco e hizo un leve gesto de asentimiento. Él dejó la cantimplora encima de la manta y se aclaró la garganta.

—Du Chaillu, me alegro mucho de que estés bien. Te doy las gracias por haber escuchado mi consejo y conservar el bebé. Sé que criar un hijo es una gran responsabilidad y estoy seguro de que serás recompensada con toda una vida de dicha por esa decisión, y el niño tendrá la suerte de recibir tus enseñanzas. Sé que mis palabras no pesaron tanto en tu decisión como tu propio corazón. —Richard no se esforzaba por sonar sincero, porque lo decía de corazón—. Lamento que tuvieras que abandonar a tus otros hijos para emprender un viaje largo y penoso con la finalidad de traerme tus sabias palabras. Sé que no habrías iniciado un viaje tan largo y difícil si no fuese importante.

Ella esperaba. Evidentemente, aún no tenía suficiente. Richard se armó de paciencia, suspiró y le siguió el juego.

—Por favor, Du Chaillu, dame noticias de los baka tau mana ahora que por fin han regresado a la tierra de sus antepasados.

Finalmente sonrió con satisfacción.

—Nuestra gente está bien y es feliz en su hogar, gracias a ti, *Caharin*, pero ya hablaremos de eso más tarde. Ahora debo decirte por qué he venido.

Richard hizo un esfuerzo para no torcer el gesto.

—Espero con impaciencia tus palabras.

Du Chaillu abrió la boca, pero de repente fue ella quien puso mala cara.

—¿Dónde está tu espada?

—No la llevo.

—¿Por qué?

—Tuve que dejarla en Aydindril. Es una larga historia que ahora...

—Pero ¿cómo puedes ser el Buscador si no llevas la espada?

Richard inspiró profundamente.

—El Buscador de la Verdad es una persona, y la *Espada de la Verdad* es el instrumento que usa, como tú tienes el silbato para conseguir la paz. Aunque no tenga la espada sigo siendo el Buscador, del mismo modo que tú eras la guía espiritual antes de que te regalara el silbato.

—No me parece bien —afirmó la mujer, consternada—. Me gustaba tu espada. Cortó la argolla que llevaba al cuello sin sajar me también la cabeza. Gracias a la espada supimos que eras el *Caharin*. Deberías llevar la espada.

Richard decidió que ya le había seguido bastante la corriente a Du Chaillu y, pensando en los asuntos de vital importancia que debía considerar, se inclinó hacia ella y le dijo, ceñudo:

—Recuperaré mi espada tan pronto como regrese a Aydindril. Nos dirigíamos hacia allí cuando os encontramos. Cuanto menos tiempo pasemos sentados y sin hacer nada en vez de estar viajando, mejor. Cuanto antes llegue a Aydindril, antes recuperaré mi espada.

»Siento mucho haberte dado la impresión de que no tenía tiempo para ti. No pretendía ofenderte, pero temo por la vida de los inocentes y de mis seres queridos. Si tengo prisa es también por la seguridad de los baka tau mana.

»Te agradecería mucho que me explicaras qué haces aquí. Está muriendo gente. Algunos de los nuestros ya han perdido la vida. Tengo que averiguar si puedo hacer algo para detener a los repiques. Es posible que la *Espada de la Verdad* me ayude. Tengo que volver a Aydindril para recuperarla. Por favor, ¿podemos acabar de una vez?

Du Chaillu sonrió para sí, porque por fin el *Caharin* le había mostrado el debido respeto. Lentamente se le fue borrando la sonrisa de la cara y fue perdiendo la actitud bravucona. Por primera vez parecía insegura, muy pequeña y asustada.

—Esposo mío, tuve una visión muy perturbadora de ti. Como guía espiritual a veces tengo visiones.

—Me alegro por ti, pero no quiero oír nada de eso.

—¿Qué? —se extrañó Du Chaillu.

—Has dicho que fue una visión, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no quiero saber nada de visiones.

—Pero, pero... tienes que escucharme. Fue una visión.

—Las visiones son una forma de profecía. Hasta ahora las profecías no me han ayudado, sino que han sido siempre causa de dolor. No quiero oírlo.

—Pero las visiones ayudan.

—No, no ayudan.

—Revelan la verdad.

—No son más verdad que los sueños.

—A veces los sueños también son verdad.

—No, los sueños no son verdad; son simplemente sueños. Y las visiones tampoco son verdad; son simplemente visiones.

—Pero yo te vi en una visión.

—Me da igual. No quiero oírlo.

—Estabas ardiendo.

Richard suspiró.

—He tenido sueños en los que volaba, pero eso no quiere decir que en realidad pueda volar.

—¿Has soñado que puedes volar? —preguntó Du Chaillu, muy interesada—. ¿Como un pájaro? Nunca había oído nada igual.

—No es más que un sueño, Du Chaillu, igual que tu visión.

—Pero si tuve una visión, significa que es verdad.

—El hecho de que en mis sueños pueda volar no quiere decir que sea verdad. No por eso voy a tirarme de un precipicio y agitar los brazos. No es más que un sueño, como tu visión. No puedo volar, Du Chaillu.

—Pero sí que puedes arder.

Richard apoyó las manos en las rodillas y se inclinó ligeramente hacia atrás mientras inspiraba armándose de paciencia.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Qué más viste?

—Nada. Eso fue todo.

—¿Nada? ¿Nada más que eso? ¿No fue más que un insignificante sueño en el que ardía?

—No era ningún sueño, era una visión. —Du Chaillu levantó un dedo para recalcar sus palabras.

—¿Y has venido hasta aquí para contármelo? Bueno, pues muchas gracias por hacer un viaje tan largo sólo para eso, pero ahora debemos irnos, de verdad. Transmite a tu gente los mejores deseos del *Caharin* para ellos. Que tengas un buen viaje de regreso. —Richard hizo ademán de levantarse pero añadió—: A no ser que tengas algo más que decirme.

Du Chaillu parecía ablandada por el desaire.

—Me asusté al ver a mi marido en llamas.

—Yo también me asustaría si estuviera en medio del fuego.

—No me gustaría que le sucediera eso al *Caharin*.

—Tampoco al *Caharin* le gustaría. ¿Y esa visión te decía cómo evitarlo?

Du Chaillu bajó la mirada y enredó un poco la manta.

—No, eso no.

—¿Lo ves? ¿De qué sirve entonces?

—Es bueno estar prevenido —respondió mientras hacía rodar una bolita de pelusa por la manta—. Puede ser útil.

Richard se rascó la frente. Notaba que Du Chaillu estaba tratando de armarse de coraje para decirle algo más importante y más perturbador. La visión no era más que un pretexto. Así que suavizó el tono de voz para sonsacarle.

—Te agradezco el aviso, Du Chaillu. Lo tendré en cuenta y quizá me sirva.

La mujer lo miró a los ojos e hizo un gesto afirmativo.

—¿Cómo has dado conmigo? —quiso saber Richard.

—Eres el *Caharin*. —Du Chaillu había recuperado su noble porte—. Yo soy la guía espiritual de los baka tau mana, la guardiana de las antiguas leyes, tu esposa.

Richard comprendió. Estaba vinculada a él de un modo muy parecido a los d'haranianos o a Cara. Y, como Cara, Du Chaillu sentía su presencia.

—Estaba a un día de marcha al sur. Por poco no me encuentras. ¿Has empezado a tener dificultades para situarme?

Du Chaillu desvió la mirada e hizo un gesto afirmativo.

—Antes miraba al horizonte, notando la brisa en el pelo y el sol o las estrellas en la cara y siempre podía señalar y decir: «El *Caharin* está en esa dirección». —La voz le falló—. Pero cada vez es más difícil saber hacia dónde señalar.

—Estábamos en Aydindril hasta hace unos días. Tuviste que ponerte en marcha mucho antes de que llegara aquí.

—Sí. Cuando supe que debía venir a verte no estabas aquí, sino muy, muy lejos, hacia el nordeste —dijo mirando por encima del hombro.

—¿Y por qué si sentías mi presencia en el nordeste, en Aydindril, has venido hasta aquí para reunirme conmigo?

—Cuando empecé a sentir tu presencia cada vez más débil, supe que algo malo ocurría. Mis visiones me dijeron que tenía que dar contigo antes de que el lazo de unión se rompiera definitivamente. De haber viajado hacia donde sabía que estabas cuando inicié el viaje, no te habría encontrado al llegar allí. Así que consulté mis visiones, mientras aún las tenía, y me dijeron que estarías aquí.

»Hacia el final del viaje pude sentir que estabas en este lugar, pero en las últimas etapas ya no sentía nada de nada. Todavía nos quedaba un buen trecho por delante, así que no podíamos hacer otra cosa que seguir adelante. Los buenos espíritus escucharon mis plegarias y permitieron que nuestros caminos se cruzaran.

—Me alegro de que los buenos espíritus te ayudaran, Du Chaillu. Eres buena persona y mereces su ayuda.

Du Chaillu volvió a jugar con la manta.

—Pero mi esposo no cree en mis visiones.

—Mi padre solía advertirme que no comiera las setas que encontraba en el bosque. Decía que veía venir que un día comería una seta venenosa y me moriría. No quería decir que realmente me veía, sino que temía por mí. Me estaba avisando de lo que podría pasarme si comía setas que no conocía.

—Comprendo —replicó Du Chaillu con un atisbo de sonrisa.

—¿Fue la tuya una visión verdadera? Tal vez fue simplemente la visión de algo posible, una visión de un peligro, pero no una certeza.

»Es cierto que algunas visiones son de cosas posibles pero que aún no están fijadas en el destino. Quizá la visión que tuviste era de ese tipo.

Richard cogió una mano de la mujer entre las suyas y le pidió dulcemente:

—Du Chaillu, por favor, dime por qué has venido hasta aquí.

La mujer se alisó reverentemente las pequeñas tiras de colores que le recorrían el brazo, como si quisiera recordarse a sí misma las plegarias que su gente le confiaba. Llevaba el peso de la responsabilidad con espíritu, coraje y dignidad.

—Los baka tau mana se sienten muy dichosos de haber recuperado la tierra de sus antepasados después de tantas generaciones separados del lugar donde dejamos nuestro corazón. Nuestro nuevo hogar es tal como prometían las antiguas palabras: la tierra es fértil y el tiempo benigno. Es un buen sitio para criar a nuestros hijos. Un lugar en el que podemos ser libres. Nuestros corazones están contentos de estar allí.

»Todos los pueblos deberían tener lo que tú nos has dado, *Caharin*. Todos deberían estar seguros para vivir como desearan.

»Tú no lo estás —añadió con una expresión de profundo pesar—. Ni tú ni tu gente de esa tierra del Nuevo Mundo de la que me hablaste estáis seguros. Se aproxima un gran ejército.

—Jagang —murmuró Richard—. ¿Tuviste una visión?

—No, esposo mío. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Me daba vergüenza decírtelo. Me sentía avergonzada porque nos aterrorizó y no quería confesar nuestro miedo.

»Durante todo el tiempo que pasé encadenada a esa pared, sabiendo que un día los majendie me sacrificarían, no tenía miedo porque sabía que moriría sólo yo y no toda mi gente. Mi pueblo es fuerte, y una nueva guía espiritual ocuparía mi lugar. Si a los majendie se les ocurría entrar en la ciénaga, mi pueblo los echaría. Moriría sabiendo que los baka ban mana sobrevivirían.

»Practicamos cada día con la espada para que ningún enemigo nos pueda destruir. Estamos preparados, como dictan nuestras antiguas leyes, para luchar por nuestras vidas contra cualquiera que las amenace. Excepto el *Caharin*, ningún hombre está a la altura de uno de nuestros maestros de armas.

»Pero, por muy buenos que sean, jamás podrían vencer a un ejército como el que hemos visto. Cuando finalmente posen su mirada en nosotros, no podremos hacer nada contra ellos.

—Lo entiendo, Du Chaillu. Cuéntame qué viste.

—No sé cómo explicarte lo que vi. No sé cómo decirte, de modo que lo entiendas, la cantidad de soldados que hemos visto, así como de caballos, carros y armas.

»Es un ejército que ocupa todo el horizonte durante días. Lo forma un número incontable de soldados. No podría decirte cuántos, pero son tan numerosos como las briznas de hierba de esta llanura. No tengo ninguna palabra para expresar un número tan grande.

—A mí me parece que lo has expresado muy bien —murmuró Richard—. Entonces ¿no os atacaron?

—No. No cruzaron por nuestra tierra. Tenemos miedo del futuro, cuando esos hombres decidan exterminarnos. Unos hombres como éstos no nos dejarán tranquilos por mucho tiempo. Los hombres como éstos lo quieren todo; nunca tienen suficiente.

»Todos nuestros hombres morirán. Todos nuestros niños serán asesinados. Y todas las mujeres serán capturadas. Contra ese enemigo no hay esperanza.

»Tú eres el *Caharin* y por eso debo contártelo. Es la ley. Como guía espiritual de los baka tau mana, me avergüenzo de mostrar mi miedo ante ti y contarte que estamos asustados porque creemos que vamos a perecer entre los colmillos de esa bestia. Me gustaría decirte que contemplamos con valor las fauces de la muerte, pero mentiría. Las miramos con el corazón apretado.

»Tú eres el *Caharin* y, si no te lo digo, no lo sabrías. Tú no le temes a nada.

Richard soltó una carcajada.

—Du Chaillu, yo tengo miedo a menudo.

—¿Miedo tú? Nunca. —La mujer clavó de nuevo la mirada en la manta—. Sólo lo dices para no avergonzarme. Tú te enfrentaste a los treinta sin miedo y los derrotaste. Sólo el *Caharin* podía lograr esa hazaña. El *Caharin* no le teme a nada.

Richard la obligó a levantar la cabeza.

—Sí, me enfrenté a los treinta pero no sin temor. De hecho, estaba aterrado, como ahora lo estoy de los repiques y de la guerra que nos amenaza. Admitir el miedo no es ninguna debilidad, Du Chaillu.

Ella sonrió ante tanta amabilidad.

—Gracias, *Caharin*.

—Entonces ¿la Orden Imperial no intentó atacaros?

—De momento estamos a salvo. He venido a advertirte porque han entrado en el Nuevo Mundo. Pasaron al lado de nuestro territorio sin detenerse; van a por vosotros primero.

Richard asintió. Se dirigían al norte, hacia la Tierra Central. El general Reibisch se dirigía al este al frente de un ejército de casi cien mil hombres para proteger la frontera meridional de la Tierra Central. El general había pedido permiso a Richard para no regresar a Aydindril, pues su plan era vigilar los pasos del sur que conducían a la Tierra Central, en especial las rutas secundarias hacia D'Hara. Richard había accedido.

El destino había querido que Reibisch y su ejército cortaran el camino a Jagang.

Aunque las fuerzas de Reibisch no bastaban para enfrentarse a la Orden Imperial, los d'haranianos eran bravos combatientes y estarían muy bien situados para defender los pasos hacia el norte. Cuando supieran adónde se dirigían las fuerzas de Jagang, enviarían refuerzos a Reibisch.

Jagang tenía la ayuda de hechiceros y de las Hermanas, pero Reibisch también contaba con las Hermanas de la Luz. La hermana Verna, ahora prelada Verna, había dado a Richard su palabra de que lucharían contra la Orden y contra la magia que Jagang usaba. A causa de los repiques, la magia comenzaba a fallar, pero también fallaría la magia de quienes ayudaban a Jagang, excepto, quizá, la de las Hermanas de las Tinieblas y la de los magos capaces de conjurar Magia de Resta.

Tanto el general Reibisch como el propio Richard o los demás generales que se habían quedado en Aydindril confiaban en las Hermanas para que los ayudaran a localizar el ejército de Jagang cuando se internara en el Nuevo Mundo. De ese modo, las fuerzas d'haranianas podrían colocarse en una posición ventajosa para presentar batalla. Si la magia les fallaba, estarían ciegos.

Afortunadamente, Du Chaillu y los baka tau mana evitarían que la Orden Imperial los sorprendiera.

—Eso es de gran ayuda, Du Chaillu —le dijo Richard con una gran sonrisa—. Me has traído una noticia muy importante. Ahora sabemos lo que está haciendo Jagang. ¿Así que no trató de cruzar por vuestro territorio? ¿Se limitó a pasar de largo?

—Tendría que haberse desviado bastante para atacarnos. Es un ejército tan numeroso que los flancos nos pasaron cerca, pero nuestros maestros de armas se lo hicieron pagar caro. Fue como un perro que roza con la barriga a un puercoespín.

»Capturamos a algunos de los líderes de esos perros con dos patas, y confesaron que, de momento, su ejército no estaba interesado en conquistar nuestro insignificante territorio, que simplemente pasaban por allí. Iban tras una presa mucho mayor. Pero un día volverían y borrarían a los baka tau mana de la faz de la tierra.

—¿Os dijeron cuáles eran sus planes?

—Todo el mundo habla si sabes cómo preguntar —dijo Du Chaillu risueña—. Los repiques no son los únicos que usan fuego. Nosotros...

Richard la silenció levantando una mano.

—Ya me hago una idea.

—Nos dijeron que su ejército se dirigía a un lugar donde abastecerse.

El joven se acarició con aire ausente el labio inferior mientras rumiaba esa importante noticia.

—Sí, tiene sentido. Llevan tiempo reuniendo todas sus fuerzas en el Viejo Mundo. No pueden quedarse quietos para siempre; no, tratándose de un ejército tan grande. Hay que alimentar a los soldados. Una fuerza tan numerosa tiene que moverse y también necesita provisiones, muchas provisiones. El Viejo Mundo les ofrece, además de conquistas, un tentador festín.

Miró a Kahlan, situada de pie cerca de él, a su izquierda.

—¿Dónde crees que podrían abastecerse? —le preguntó.

—Hay muchos sitios. Podrían ir saqueando a medida que conquistan tierras y así conseguir lo que necesitan mientras se van internando en la Tierra Central. Si eligen la ruta teniendo eso en mente, se podrían ir abasteciendo sobre la marcha, como un murciélago que va cazando insectos.

»Otra posibilidad es que ataquen un lugar con grandes reservas. Lifany, por ejemplo, les ofrecería mucho cereal, y Sanderia, carne, gracias a sus enormes rebaños de ovejas. Si eligen objetivos con suficientes reservas, podrían mantener al ejército durante mucho tiempo, lo que les daría la libertad de atacar a voluntad y solamente por razones estratégicas. Si eso ocurre, lo pasaríamos muy mal.

»En su lugar, yo haría justamente eso. Si no tienen necesidad urgente de comida, serán ellos, y no nosotros, quienes elijan el campo de batalla.

—Podríamos servirnos del general Reibisch —dijo Richard pensando en voz alta—. Tal vez podría impedir el paso a la Orden o, al menos, frenarla hasta que hayamos evacuado a la población y las provisiones para evitar que Jagang se apodere de ellas.

—Mover tantos alimentos sería una tarea titánica. Si Reibisch pillara por sorpresa a las tropas de Jagang, entablara combate para detener su avance, y nosotros, mientras tanto, pudiésemos movilizar suficientes fuerzas para atacar desde los flancos... —dijo Kahlan también pensando en voz alta.

Pero Du Chaillu meneó la cabeza.

—Cuando los antiguos nos expulsaron de la tierra de nuestros antepasados, nos obligaron a vivir en un lugar húmedo. Cada vez que llovía durante días seguidos en el norte, sufríamos graves inundaciones. El río se desbordaba de su cauce y lo inundaba todo.

»Las aguas torrenciales, mezcladas con barro y grandes árboles arrancados de cuajo, se llevaban todo lo que encontraban a su paso. Los baka ban mana no podíamos oponernos al peso ni a la furia de toda esa agua; nadie podría. Uno piensa que puede, hasta que ve llegar la riada. Quien no se refugia en tierras altas, muere.

»Ese ejército es algo parecido. No podéis ni imaginaros lo grande que es.

Al ver el terror absoluto que reflejaba la mirada de Du Chaillu y escuchar la gravedad de sus palabras, Richard notó que se le ponía la carne de gallina. No importaba que Du Chaillu no fuese capaz de expresar un número tan grande, Richard entendía el concepto como si ella estuviera proyectando directamente en su mente la imagen de la Orden Imperial y las impresiones que le habían causado.

—Du Chaillu, gracias por traernos esa información. Es posible que tus palabras salven muchas vidas. Al menos ahora no nos encontrarán desprevenidos. Muchas gracias.

—El general Reibisch se está dirigiendo al este, o sea que ya tenemos mucho a nuestro favor —dijo Kahlan—. Ahora tenemos que enviarle un mensaje.

—Tienes razón. Podemos dar un rodeo de camino a Aydindril para reunirnos con él y decidir cuál será nuestro siguiente paso. Además puede proporcionarnos caballos. A la larga, eso nos ahorraría tiempo. Ojalá no estuviéramos tan lejos. El tiempo es esencial.

Después de la batalla en la que el ejército de D'Hara había derrotado a la enorme fuerza expedicionaria de Jagang, Reibisch había dado media vuelta con su ejército y en esos momentos se dirigía hacia el este a marchas forzadas. Los d'haranianos regresaban para defender las rutas que conducían al norte desde el Viejo Mundo, donde Jagang había reunido un ejército enorme con vistas a atacar la Tierra Central o D'Hara.

—Si podemos avisar al general de que el ejército de Jagang se aproxima, utilizaríamos sus mensajeros para enviarlos a D'Hara y pedir refuerzos —sugirió Cara.

—Y a Kelton, Jara, Grennidon y otros países —añadió Kahlan—. Contamos con numerosos aliados que tienen ejército.

Richard asintió.

—Buena idea. Al menos sabemos dónde se necesitan más. Ojalá pudiéramos llegar a Aydindril más de prisa.

—¿Estás realmente seguro de que eso importa ahora? Nos enfrentamos a los repiques y no al acechante —le recordó Kahlan.

—Es posible que lo que Zedd nos pidió que hiciéramos no sirva de nada, pero no podemos estar seguros, ¿no crees? Quizá nos ha dicho la verdad sobre lo que debemos hacer urgentemente y sólo ha mentido al hacernos creer que era el acechante en vez de los repiques.

—Jagang podría derrotarnos antes de que los repiques tengan tiempo de hacerlo. —Kahlan suspiró, frustrada—. No sé a qué juega Zedd, pero la verdad nos habría sido más útil.

—Debemos llegar cuanto antes a Aydindril. Eso es todo —afirmó él con determinación—. La *Espada de la Verdad* está en Aydindril.

Del mismo modo que Cara sentía su presencia a través del vínculo y Du Chaillu sabía siempre dónde estaba, Richard había sido nombrado Buscador y tenía un lazo de unión con la *Espada de la Verdad*. Estaba vinculado al arma. Sin ella, sentía que algo le faltaba.

—Du Chaillu, cuando ese ejército inmenso pasó junto a vosotros para dirigirse al norte...

—Yo nunca he dicho que se dirigiera al norte.

Richard parpadeó por la sorpresa.

—Pero... han de ir hacia el norte. Para conquistar la Tierra Central o D'Hara tienen que dirigirse al norte.

Du Chaillu negó con la cabeza enfáticamente.

—No, no. No van al norte. Pasaron junto a nosotros por el sur, siguiendo la costa, y luego giraron al oeste.

—¿Al oeste? —preguntó con perplejidad.

Kahlan se arrodilló junto a él.

—Du Chaillu, ¿estás segura?

—Sí. Los seguimos de cerca. Enviamos exploradores en todas direcciones, porque las visiones me avisaron que esos hombres eran un grave peligro para el *Caharin*. Algunos de los oficiales que capturamos conocían el nombre de Richard Rahl. Por eso tenía que venir a advertirte. Ese ejército sabe quién eres.

»Les has asestado varios golpes y has frustrado sus planes. Te odian profundamente. Ellos mismos nos lo dijeron.

—¿Es posible que las visiones que has tenido de mí en llamas representen el odio que sienten esos hombres hacia mí?

Du Chaillu reflexionó.

—Entiendes las visiones, esposo mío. Quizá tengas razón. Una visión no siempre significa lo que parece. A veces sólo significa que algo es posible, advierte de un peligro, y otras es lo que tú dices, simplemente la visión de una impresión, no un hecho real.

Kahlan cogió bruscamente a Du Chaillu por la manga.

—¿Adónde van? En algún punto tendrán que girar al norte, hacia la Tierra Central. Hay muchas vidas en juego. Tenemos que saber dónde girarán al norte. ¿Averiguasteis dónde?

—No —replicó Du Chaillu, aturrida por la sorpresa que demostraban Kahlan y Richard—. Planean seguir la orilla del lago inmenso.

—¿El océano? —inquirió Kahlan.

—Sí, así se llama. Piensan avanzar por la orilla del lago inmenso hacia el oeste. Los hombres no sabían el nombre del lugar al que se dirigían, sólo sabían que está muy lejos, hacia el oeste, un país que, como has dicho, tiene vastas reservas de comida.

Kahlan le soltó la manga.

—Por todos los espíritus —susurró—, tenemos un grave problema.

—Eso mismo digo yo —replicó Richard apretando un puño—. El general Reibisch está muy lejos, en el este, y avanza a toda velocidad en dirección contraria.

—Es peor de lo que te imaginas —dijo Kahlan, volviéndose a mirar en dirección suroeste, como si pudiera ver adónde se dirigía la Orden.

—Pues claro —murmuró Richard—. Es el país del que hablaba Zedd, cerca del valle Nareef, ese país aislado situado en el suroeste donde se cultiva tanto cereal. ¿Me equivoco?

—Eso es. Jagang va de cabeza hacia el granero de la Tierra Central.

—Toscla —dijo Richard recordando el nombre que había usado Zedd.

Kahlan lo miró y asintió con frustración resignada.

—Eso parece. Nunca imaginé que Jagang pudiera desviarse tanto. Esperaba que atacara rápidamente el Nuevo Mundo para que no pudiésemos reunir nuestras fuerzas.

»Eso suponía yo. Y lo mismo piensa el general Reibisch; ahora mismo corre a proteger una puerta que Jagang no tiene ninguna intención de usar.

Richard tamborileó un dedo sobre la rodilla mientras consideraba sus opciones.

—Al menos eso nos dará tiempo, además ahora sabemos adónde se dirige la Orden Imperial: a Toscla.

Kahlan negó con la cabeza. También ella parecía estar considerando sus opciones.

—Ése es el nombre que tenía antes. Con el tiempo ha cambiado varias veces de nombre: Vengren, Vendice, Turslan y otros. Hace mucho tiempo que no se llama Toscla.

—Ya. —Richard apenas la escuchaba, pues estaba haciendo una lista mental de todo lo que tenía que considerar—. ¿Y cómo se llama ahora?

—Anderith.

Richard levantó la cabeza y sintió un estremecimiento glacial que le subía por los muslos.

—¿Anderith? ¿Por qué? ¿Por qué se llama Anderith?

A Kahlan le tembló la frente al ver la expresión de su cara.

—Fue bautizado así en honor de uno de sus antiguos fundadores: Ander.

La helada sensación siguió subiendo hasta llegarle a los brazos y la espalda.

—Ander. ¿Joseph Ander?

—¿De qué lo conoces?

—¿El mago apodado la Montaña? ¿El que Kolo cuenta que fue enviado a solucionar el problema de los repiques? —Kahlan hizo un gesto afirmativo y él continuó—: Ése era su apodo, por el que todo el mundo lo conocía. Su verdadero nombre era Joseph Ander.

32

Richard sintió como si los pensamientos librasen una guerra en su cabeza. Al mismo tiempo que buscaba desesperadamente una solución a la amenaza espectral que pendía sobre ellos, le asaltaba la imagen de un número infinito de soldados enemigos que los invadían desde el Viejo Mundo.

—Muy bien —dijo extendiendo una mano para evitar que todos hablaran a la vez—. Muy bien. Vamos a calmarnos y a tratar de entenderlo.

—Es posible que todo el mundo muera a manos de los repiques antes de que Jagang tenga tiempo de conquistar la Tierra Central —dijo Kahlan—. El principal problema son los repiques; tú mismo me has convencido. No es sólo que el mundo necesite magia para sobrevivir, sino que necesitamos magia para enfrentarnos a Jagang. Nada le gustaría más a él que obligarnos a combatir sólo con la espada.

»Es preciso ir a Aydindril. Como tú mismo has dicho, ¿y si Zedd decía la verdad sobre esa botella que se guarda en el Alcázar del Hechicero? Si no cumplimos esa misión, estaremos ayudando a los repiques a dominar el mundo de los vivos. O actuamos rápidamente o tal vez sea tarde... para siempre.

—Y yo necesito mi agiel para trabajar —apuntó Cara con dolorosa impaciencia—. Sin él no os puedo proteger como es debido. Yo digo que vayamos a Aydindril a detener a los repiques.

Richard miró alternativamente a cada una.

—Bien. Pero ¿y si Zedd nos envió a Aydindril con una misión absurda sólo para quitarnos de en medio? ¿Cómo vamos entonces a detener a los repiques? ¿Y si Zedd estaba preocupado y quiso alejarnos del peligro para ocuparse él solo del problema?

»Ya sabéis, como un padre que ve acercarse a un forastero sospechoso y le dice a sus hijos que entren corriendo en casa y cuenten las ramas que quedan en la leñera porque necesita saberlo. —Richard observó las caras de ambas mujeres, que se agriaban por la frustración.

»Quiero decir que no podemos pasar por alto que Joseph Ander fue el mago enviado para neutralizar a los repiques y que es el mismo que fundó Anderith. Quizá eso signifique algo, y tal vez Zedd no lo sabía.

»No estoy diciendo que debamos ir a Anderith. Los espíritus saben que mi deseo es ir a Aydindril, pero no quiero pasar por alto algo importante. —Richard se apretó las sienes mientras admitía—: No sé qué hacer.

—En ese caso deberíamos ir a Aydindril. Sabemos que al menos allí tendremos una oportunidad —opinó Kahlan.

—Tal vez sea lo mejor —replicó Richard, y siguió pensando en voz alta—. Después de todo, es posible que la Montaña, Joseph Ander, neutralizara a los repiques desde la otra punta de la Tierra Central y, años después, por ejemplo cuando la guerra acabó, ayudara a fundar ese país ahora llamado Anderith.

—Correcto. Así pues, debemos llegar a Aydindril lo antes posible —insistió Kahlan—. Espero que de ese modo podamos detener a los repiques.

—Espera, espera —dijo Richard pidiéndole paciencia—. Estoy de acuerdo, pero si todo eso no sirve de nada, ¿qué haremos para contener a los repiques? ¿Y si no es más que una trampa de Zedd? En ese caso no habremos hecho nada para neutralizar ninguna de las dos amenazas. Debemos tener en cuenta esa posibilidad.

—Lord Rahl, de todos modos sería útil ir a Aydindril —intervino Cara—. No sólo para recuperar vuestra espada y hacer lo que Zedd os pidió, sino porque allí están el diario de Kolo y Berdine. Ella os ayudará a traducirlo.

»Mientras hemos estado fuera, ella probablemente ha seguido trabajando en él; es posible que ya haya traducido lo referente a los repiques. Puede que tenga ya las respuestas. Y, si no, al menos tendréis el diario y sabréis qué buscar.

—Eso es cierto. Y en el Alcázar hay más libros. Según Kolo, contraatacar a los repiques fue mucho más sencillo de lo que todos pensaban.

—Pero en esa época todos tenían Magia de Resta —le recordó Kahlan.

Richard también tenía ese tipo de magia, aunque apenas sabía cómo usarla. La *Espada de la Verdad* era la única magia que realmente entendía.

—Tal vez uno de los libros del Alcázar del Hechicero explique cómo enfrentarnos a los repiques —dijo Cara—, y quizá no sea complicado. Tal vez no sea preciso usar Magia de Resta. —La mord-sith cruzó los brazos mostrando la repugnancia que le inspiraba la magia—. Quizá debáis agitar tan sólo un dedo en el aire y desterrarlos.

—Sí, tú eres un hombre mágico —terció Du Chaillu, que no había captado la ironía de Cara—. Podrías hacer eso.

—Me atribuyes más méritos de los que merezco, Du Chaillu.

—Sigo pensando que nuestra mejor opción es ir a Aydindril —sentenció Kahlan.

Richard meneó la cabeza. No estaba seguro. Deseó que no fuese tan difícil decidir qué hacer. Estaba entre dos aguas, inclinándose a un lado y luego al otro. Deseaba tener alguna información que inclinara la balanza.

A veces tenía ganas de gritar que él era sólo un guía de bosque y que no sabía qué hacer. Deseaba que de pronto interviniera alguien y lo hiciese todo fácil.

En ocasiones se sentía un impostor en el papel de lord Rahl y tenía el impulso de abandonarlo todo y volver a su hogar, a la Tierra Occidental. Ésa era una de esas ocasiones.

Ojalá que Zedd no le hubiera mentido. La vida de muchas personas pendía de un hilo porque desconocían la verdad y porque Richard no había aprovechado la sabiduría de Zedd cuando tuvo oportunidad. Si al menos hubiese usado la cabeza y recordado a Du Chaillu.

—¿Por qué te opones a ir a Aydindril? —le preguntó Kahlan.

—Ojalá lo supiera. Pero sabemos adónde se dirige Jagang y no podemos quedarnos de brazos cruzados. Si conquista la Tierra Central, podemos darnos por muertos antes de que hagamos nada contra los repiques.

»¿Y si los repiques no representan una amenaza tan grande como imaginamos? —preguntó, comenzando a dar vueltas—. Quiero decir que a la larga lo son, desde luego, pero es posible que tarden años en erosionar la magia hasta que cause un verdadero daño. Un daño irreversible. ¿Quién sabe? Podrían tardar incluso siglos.

—Richard, ¿qué te pasa? Los repiques ya han empezado a matar. —Con un gesto, Kahlan señaló la pradera en dirección a la aldea de la gente barro—. Han matado a Juni y también a algunos baka tau mana. Tenemos que hacer lo que sea para detenerlos. Tú me has convencido de eso.

—Lord Rahl, estoy de acuerdo con la Madre Confesora. Hemos de ir a Aydindril —dijo Cara.

Du Chaillu se levantó.

—¿Puedo hablar, *Caharin*? —preguntó, sacándolo de sus cavilaciones.

—Naturalmente, Du Chaillu.

La mujer iba a empezar, pero se quedó con la boca abierta y pareció desconcertada de repente.

—Ese hombre que los manda, ese Jagang, ¿es un hombre mágico?

—Sí. Bueno, sólo en cierto modo. Es capaz de penetrar en la mente de las personas y controlarlas. Es lo que se conoce como Caminante de los Sueños. Pero ésa es su única magia.

Du Chaillu reflexionó un momento.

—Un ejército no puede funcionar mucho tiempo sin el apoyo de la gente de su país. ¿Ese Jagang controla a toda la gente de su país, como me has explicado?, ¿domina a todos los que están en su bando?

—No. No puede controlarlos a todos al mismo tiempo. Debe elegir a quién toma. Es muy parecido a un maestro de armas en la batalla, que escoge primero a los oponentes más importantes. Jagang elige a quienes poseen magia y los domina para usarla en su propio beneficio.

—Entonces, ¿obliga a las brujas a hacer actos malvados por él? ¿Amenaza a su pueblo con la magia de esas brujas?

—No —contestó Kahlan—. La gente se somete voluntariamente.

—¿Crees que la gente permite que un hombre como ése sea su líder? —preguntó Du Chaillu, dubitativa.

—Los tiranos solamente gobiernan si cuentan con el consentimiento del pueblo.

—En ese caso son tan malos como él, ¿no crees?

—Son personas, como todas las demás. Como los perros en un banquete, la gente se reúne alrededor de la mesa de la tiranía, esperando ansiosamente que les caiga un bocado sabroso. No todos menean el rabo ante un tirano, pero muchos lo hacen si antes éste los incita al odio y da licencia a sus impulsos codiciosos, haciéndoles creer que simplemente ambicionan lo que les corresponde. Muchos prefieren tomar algo antes que ganárselo con esfuerzo.

»Los tiranos consiguen que los envidiosos se sientan cómodos en su avaricia.

—Son chacales —convino con ella Du Chaillu.

—Eso es.

Turbada por lo que acababa de escuchar, Du Chaillu bajó la vista.

—Entonces aún es más horrible. Preferiría pensar que están poseídos por la magia de Jagang o del propio Custodio antes que pensar que siguen voluntariamente a esa bestia.

—Ibas a decir algo —le recordó Richard—. Me gustaría oírlo.

Du Chaillu enlazó las manos al frente. Su expresión consternada dejó paso a otra aún más seria.

—De camino hacia aquí seguimos al ejército para averiguar adónde iba. Para asegurarnos, capturamos a algunos de sus hombres. Ese ejército avanza muy lentamente.

»Cada noche, su líder ordena que se monten las tiendas para él y sus mujeres. Son tan grandes que en ellas cabría mucha gente y cuentan con todo tipo de comodidades. Asimismo, montan tiendas para otros hombres importantes. Cada noche es una fiesta. Su líder, Jagang, es como un rey poderoso y opulento que viaja.

»Llevan carros llenos de mujeres, algunas de las cuales van voluntariamente y otras no. Por la noche, los soldados se las van pasando. Es un ejército que se mueve tanto por el deseo de conquista como por la búsqueda de placer. Mientras se dirigen a la conquista no descuidan otros deleites.

»Transportan mucho equipo, muchos caballos extra, y los acompañan rebaños para disponer de carne fresca. Largas hileras de carromatos transportan comida y suministros de todo tipo. Tienen de todo, desde molinos de trigo hasta forjas de herrero. También transportan mesas, sillas, alfombras, cristalerías y elegantes vajillas dentro de cajas de madera con virutas para que no se rompan. Cada noche lo sacan todo de las cajas y convierten las tiendas de Jagang en un palacio rodeado de las viviendas de sus hombres más importantes.

»Con esas tiendas tan grandes y todos los lujos, es casi como una ciudad en movimiento. Ese ejército se desplaza como un río muy lento —añadió, moviendo suavemente la palma de la mano para ilustrarlo—. Le cuesta avanzar, pero nada lo para. Sigue avanzando cada día un poco más. Es una ciudad que se desliza por el paisaje. Son muchos y lentos, pero no se detienen.

»Sabía que debía avisar al *Caharin*, por lo que decidimos no seguirlos más. —Du Chaillu giró la mano en el aire como el polvo levantado por un vendaval—. Hemos viajado rápidamente. Los baka tau mana pueden moverse tan de prisa a pie como otros a caballo.

Richard había viajado con ella y sabía que exageraba, aunque por poco. Una vez la había obligado a montar a caballo; a Du Chaillu le pareció una bestia perversa.

—Mientras nos dirigíamos rápidamente hacia el noroeste atravesando un territorio vasto y llano, nos topamos de repente con una gran ciudad rodeada por murallas.

—Supongo que era Renwold —dijo Kahlan—. Es la única ciudad grande de la Tierra Salvaje que queda en la ruta hacia aquí. Y tiene murallas como las que dices.

—Sí, Renwold. No sabíamos cómo se llamaba. —La mirada penetrante de Du Chaillu, semejante a la de una reina que tuviera graves noticias que comunicar, se desplazó de Kahlan a Richard—. El ejército de Jagang había pasado por allí.

»Nunca imaginé que los seres humanos pudieran llegar a ser tan crueles con sus semejantes —dijo con la mirada perdida, como si lo estuviera reviviendo todo—. Ni los majendie, por mucho que los odiamos, hubieran cometido actos tan salvajes como los que vimos.

Los ojos de Du Chaillu se fueron llenando de lágrimas que finalmente se desbordaron y le cayeron por las mejillas.

—Hicieron una auténtica carnicería. Mataron a los ancianos, a los jóvenes, a los bebés. Pero no sin antes pasarse días y días...

Du Chaillu no pudo contener más el llanto. Kahlan la abrazó para consolarla. De pronto se había convertido en una niña en brazos de Kahlan, una niña que había visto demasiado.

—Lo sé —trató de calmarla Kahlan, que casi lloraba—. Lo sé. Yo también estuve en una gran ciudad amurallada que fue conquistada por los hombres de Jagang. Sé lo que viste.

»Caminé entre muertos dentro de los muros de Ebinissia. Vi la masacre que había hecho la Orden. Vi lo que esas bestias hicieron antes de matar a sus víctimas.

Du Chaillu, la mujer que guiaba a su pueblo demostrando mucho carácter y agallas, quien se había enfrentado con coraje y rebeldía a meses de encierro y a la perspectiva de una muerte inminente, la mujer que había visto a sus maridos morir para cumplir las leyes de las que era guardiana, quien había afrontado voluntariamente la muerte para ayudar a Richard a destruir las Torres de Perdicción con la esperanza de devolver a su pueblo la tierra de sus antepasados, enterró la cara en el hombro de Kahlan y lloró como una niña mientras recordaba lo que había visto en Renwold.

Los maestros de armas desviaron la mirada para no ver a su guía espiritual hundida. Chandalen y sus cazadores, que esperaban a distancia prudente a que se acabaran las deliberaciones, tampoco quisieron mirar.

Richard jamás se habría imaginado que algo podría hacer llorar a Du Chaillu delante de terceras personas.

—Vi a un hombre —explicó entre sollozos—. Fue el único que encontramos con vida.

A Richard se le antojó muy extraño.

—¿Cómo se salvó? ¿Os lo dijo?

—Estaba loco. No hacía más que lamentarse por su familia. Lloraba sin cesar por su temeridad y suplicaba a los buenos espíritus que lo perdonaran y que le devolvieran a sus seres queridos.

»Llevaba la cabeza medio podrida de un niño. Le hablaba como si estuviera vivo y le imploraba perdón.

El rostro de Kahlan se cubrió de tristeza. Lentamente, con renuencia, preguntó:

—¿Tenía el pelo largo y blanco? ¿Llevaba una chaqueta roja con galones dorados en los hombros?

—¿Lo conoces? —quiso saber Du Chaillu.

—Es el embajador Seldon. No vivió el ataque; no estaba allí cuando pasó. Estaba en Aydindril.

»Le pedí que se uniera a nosotros —dijo mirando a Richard—, pero se negó, argumentando las razones del Consejo de Siete de Mardovia: si su país se unía a un bando o al otro, serían vulnerables. No quería aliarse ni con nosotros ni con la Orden, pues creía que la neutralidad sería su garantía.

—¿Qué le contestaste tú?

—Le transmití tus palabras, que en esta guerra nadie podía quedarse al margen. Le dije que, como Madre Confesora, había declarado la guerra sin cuartel contra la Orden. Le aseguré que tú y yo pensábamos lo mismo y que Mardovia tenía que elegir, o estaba con nosotros o contra nosotros, y que la Orden Imperial lo vería de la misma manera.

»Intenté hacerle comprender lo que ocurriría. Pero él se negó a escucharme. Le supliqué que pensara en las vidas de los suyos, pero él replicó que su familia estaba muy segura dentro de las murallas de Renwold.

—Ojalá que nadie tuviera que aprender esa lección —comentó Richard.

—Espero que esa cabeza no fuera la de su hijo. Todavía la veo en sueños —sollozó Du Chaillu.

Richard le tocó el brazo con mucha suavidad.

—Du Chaillu, lo entendemos. La Orden Imperial usa el terror como un medio calculado para desmoralizar a sus futuras víctimas e intimidarlas para que se rindan. Por eso estamos en guerra contra ellos.

La chamana alzó los ojos hacia él, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y trató de contener el llanto.

—En ese caso te pido que vayas a donde se dirige la Orden o que al menos envíes a alguien para advertirlos. Que huyan antes de ser torturados y masacrados como toda la gente que vi allí, en Renwold. Hay que avisar a la gente de ese país. Deben huir.

Nuevamente se echó a llorar desconsoladamente. Richard la contempló mientras ella se alejaba para llorar en privado. Entonces sintió la mano de Kahlan en un hombro y se volvió hacia ella.

—Ese país, Anderith, todavía no se ha rendido a nosotros, ¿verdad? Pero creo recordar que enviaron representantes a Aydindril para escuchar nuestros argumentos. ¿Conocen nuestra posición?

—Sí. Sus representantes fueron advertidos, como los de otros países. Están al tanto de la amenaza y de que pensamos resistir.

»Anderith sabe que la alianza de la Tierra Central ya no existe y que esperamos que cedan su soberanía al imperio de D'Hara.

—El imperio de D'Hara. —Sonaba tan frío y crudo. Allí estaba él, un simple guía de bosque sentado en un trono que ni siquiera estaba seguro de que existía excepto sobre el papel, responsable de todo un imperio y sintiéndose un impostor—. No hace tanto que D'Hara me aterraba. Temía que pudiera conquistar a todos los demás países. Y ahora ésa es nuestra única esperanza.

Kahlan sonrió ante la ironía de la situación.

—D'Hara sólo tiene el nombre. La mayoría de la gente sabe que luchas por su libertad, no para esclavizarlos. Ahora la tiranía se oculta tras el manto de hierro de la Orden Imperial.

»Anderith conoce las condiciones, que son las mismas para todos: si se unen a nosotros voluntariamente, formarán con nosotros un solo pueblo, recibirán el mismo trato honesto que los demás y serán gobernados por una leyes justas que todos deberán obedecer. Saben que no habrá excepciones. Y también conocen las sanciones y las repercusiones de no unirse a nosotros.

—Eso mismo les dijimos a los de Renwold y no nos creyeron —le recordó Richard.

—No todo el mundo está dispuesto a afrontar la verdad. No podemos esperar tal cosa. Debemos preocuparnos únicamente por los que comparten nuestras mismas convicciones de lucha por la libertad. Richard, no puedes sacrificar a buena gente y poner en peligro una causa justa por salvar a los que no desean ver. Sería una traición hacia todas esas personas valientes de corazón que se han unido a nosotros y de las cuales eres responsable.

—Tienes razón —dijo él soltando un suspiro que había reprimido. Pensaba lo mismo, pero era un consuelo oírlo de labios de Kahlan—. ¿Anderith tiene un gran ejército?

—Bueno... sí. Pero su defensa no se basa en el ejército, sino en un arma llamada Dominie Dirtch.

Richard pensó que ese nombre sonaba a d'haraniano culto, pero tenía tantas cosas en que pensar que no se le ocurrió inmediatamente la traducción.

—¿Es algo que podamos utilizar para detener a la Orden?

Kahlan reflexionó sobre la cuestión con la mirada perdida, absorta en sus pensamientos y despuntando los tallos de hierba.

—Se trata de una antigua arma mágica. Gracias al Dominie Dirtch, Anderith ha sido inmune a los ataques. Forma parte de la Tierra Central porque nos necesita como socios comerciales; necesita un mercado en el que vender la inmensa cantidad de alimentos que produce. Pero gracias al Dominie Dirtch son casi autónomos, como si no formaran parte de la alianza.

»Siempre ha sido una relación frágil. Como todas las Madres Confesoras que me han precedido, los obligué a aceptar mi autoridad y acatar las resoluciones del Consejo si querían vender sus productos. No obstante, los anders son un pueblo orgulloso que siempre ha permanecido aislado y se considera mejor que los demás.

—Tal vez eso crean ellos, pero yo no, ni tampoco Jagang. ¿Qué puedes decirme de esa arma? ¿Crees que podría frenar una invasión de la Orden Imperial?

—Bueno, hace siglos que no se utiliza a gran escala. —Kahlan se pasó una brizna de hierba por la barbilla mientras pensaba—. Pero no veo por qué no. Su efectividad disuade a cualquier atacante, al menos en tiempos normales. Desde el último gran conflicto sólo se ha usado en contiendas menores.

—¿Cómo funciona? —quiso saber Cara.

—El Dominie Dirtch es un arma defensiva que está muy cerca de la frontera de Anderith con la Tierra Salvaje. Es una línea formada por enormes campanas a bastante distancia unas de otras, pero visibles. Se extienden por toda la frontera de Anderith.

—¿Campanas? —se extrañó Richard—. ¿Cómo los protegen esas campanas?, ¿avisan a la población, llaman a las tropas o qué?

Kahlan agitó la brizna de hierba como un maestro haría con su vara ante un alumno que se hiciera una idea equivocada. Zedd solía agitar un dedo de ese modo, aunque añadiendo una sonrisa pícaro para no dar a Richard la impresión de que lo corregía duramente. Kahlan no lo corregía, sino que lo instruía. En todo lo que se refería a la Tierra Central, Richard seguía siendo un simple alumno.

—No son ese tipo de campanas. De hecho, no tienen nada de campanas excepto la forma. Fueron esculpidas en la roca y, con el paso de los siglos, se han ido cubriendo de líquen y otras plantas. Son como monumentos antiguos. Unos monumentos terribles.

»Se alzan por encima de praderas y trigales sobre grandes pedestales de piedra de unos tres metros de ancho y más o menos tan altos como nosotros —dijo señalando la altura de su cabeza con la mano—. En las bases se han tallado escalones para subir hasta ellas. Las campanas miden unos tres metros de altura contando la base.

»La parte posterior, tallada en la misma roca, es redonda como... un escudo. O como un reflector detrás de una pequeña lámpara de pared. El ejército de Anderith las vigila a todas horas. Cuando el enemigo se acerca, el soldado espera la orden desde detrás del escudo y del Dominie Dirtch, es decir de las campanas, y luego las golpea con un largo ariete de madera.

»Las campanas emiten un tañido muy grave. Al menos así suena detrás del Dominie Dirtch, porque ningún atacante ha sobrevivido para explicar cómo suena delante, en la zona mortal.

Richard había pasado del simple asombro a la perplejidad.

—¿Qué hacen esas campanas a los atacantes? ¿Qué hace ese sonido?

Ella hizo rodar las briznas de hierba entre los dedos, aplastándolas.

—Les arranca la carne de los huesos.

Richard ni siquiera era capaz de imaginarse algo tan horrible.

—¿Es sólo una leyenda o crees que es cierto?

—Una vez vi los resultados. Un pueblo primitivo de la Tierra Salvaje quiso hacer una incursión en Anderith para vengarse del daño que había sufrido una de sus mujeres a manos de un soldado de Anderith.

Kahlan sacudió la cabeza con desaliento.

—Fue horripilante, Richard. Una pila de huesos ensangrentados en medio de... una masa indescriptible. Se distinguían restos de cuero cabelludo, ropa, algunas uñas y una espiral de carne procedente de la yema de un dedo, pero nada más. De no ser por eso y por los huesos, nadie habría dicho que había sido un ser humano.

—En ese caso no hay duda de que esas campanas funcionan con magia. ¿A qué distancia son efectivas? ¿Y con qué rapidez?

—Por lo que sé, el Dominie Dirtch mata a todas las personas que tiene delante hasta donde alcanza la vista. Una vez que se tañen, el invasor sólo puede dar uno o dos pasos antes de que la piel se le comience a caer a tiras. Los músculos y la carne comienzan a desprenderse del hueso. Las entrañas, corazón, pulmones y todo lo demás caen de la caja torácica cuando los intestinos ceden. No hay defensa posible. Cuando suena, cualquier animal que esté delante muere.

—¿Sería posible que un invasor se infiltrara de noche?

Kahlan negó con la cabeza.

—El país es llano y los defensores pueden ver a kilómetros de distancia. Por la noche se encienden antorchas. Por si eso fuera poco, frente a la línea se extiende una trinchera para evitar que nadie se pueda acercar arrastrándose sobre la hierba o el trigo. Siempre que el Dominie Dirtch esté bien vigilado es inexpugnable. Han pasado miles de años desde que alguien logró pasar.

—¿Importa el número de invasores?

—Por lo que sé, el Dominie Dirtch puede matar a cualquier grupo de personas, por numeroso que sea, que marche contra Anderith y se acerque a esas campanas de piedra, siempre y cuando los soldados defensores las toquen.

—También un ejército... —susurró para sí.

—Richard, sé lo que estás pensando, pero con los repiques en libertad la magia está fallando. Seríamos unos insensatos si confiásemos en el Dominie Dirtch para detener al ejército de Jagang.

Él miró a Du Chaillu, que lloraba a unos pocos metros de distancia tapándose la cara con las manos.

—Has dicho que Anderith dispone también de un gran ejército.

Kahlan lanzó un suspiro de impaciencia.

—Richard, prometiste a Zedd que irías a Aydindril.

—Es cierto. Pero no dije cuándo.

—Se daba por entendido que inmediatamente.

Richard se volvió a mirarla.

—No rompería mi promesa si antes fuese a otro sitio.

—Richard...

—Kahlan, tal vez ahora que la magia está fallando, Jagang puede aprovechar para invadir Anderith y robar sus reservas de comida.

—Eso sería muy malo para nosotros, pero la Tierra Central tiene otras fuentes de alimento.

—¿Y si la comida no es lo único que busca Jagang en Anderith? Jagang cuenta con personas dotadas con el don que deben de saber tan bien como Zedd y Ann que la magia está desapareciendo. ¿Y si han averiguado que es debido a los repiques? ¿Y si Jagang lo ve como una oportunidad para conquistar un país hasta ahora invencible, pensando en que si las cosas cambian y los repiques son desterrados...?

—Es imposible que Jagang sepa que es cosa de los repiques e, incluso si lo supiera, ¿cómo sabría él qué hacer para expulsarlos?

—Tiene a su lado a personas con poderes mágicos procedentes del Palacio de los Profetas. Son hombres y mujeres que estudiaron durante cientos de años los libros que se custodiaban en las criptas del palacio. No puedo ni imaginarme el alcance de sus conocimientos. ¿Y tú?

La alarma comenzó a dibujarse en el rostro de Kahlan al darse cuenta de las posibilidades y las implicaciones de lo que sugería Richard.

—¿Crees que tal vez ellos sepan cómo expulsar a los repiques de este mundo?

—Ni idea. Pero, si lo saben o si van a Anderith y allí descubren la solución, piensa en lo que significaría. Tendríamos a todo el inmenso ejército de Jagang en la Tierra Central, tras la protección del Dominie Dirtch, y no podríamos hacer nada para aplastarlos.

»Cada vez que se les antojara podrían hacer incursiones en la Tierra Central y atacar donde quisieran. Anderith es un país grande. Si el Dominie Dirtch estuviera bajo control de la Orden, no podríamos enviar exploradores más allá de la frontera, por lo que no sabríamos dónde se concentran las tropas. A nosotros nos sería imposible vigilar toda la frontera, mientras que sus espías podrían salir sin ser vistos para localizar nuestros ejércitos y luego volver a entrar en Anderith para informar a Jagang.

»Luego él lanzaría un ataque relámpago contra la Tierra Central aprovechando los inevitables agujeros en una red que no podría ser lo suficientemente tupida. En caso necesario, golpearía y se retiraría detrás del Dominie Dirtch. Con un mínimo de planificación y un poco de paciencia, podría esperar hasta dar con un punto débil o un lugar al que nuestras tropas no pudieran llegar a tiempo para responder a un ataque, y entonces todo el ejército pasaría en tromba por los agujeros en nuestras líneas y se extendería por la Tierra Central. Después de dejar atrás nuestras tropas, podrían arrasarlo todo casi sin encontrar obstáculos. Nosotros sólo podríamos mordisquearles los talones.

»Si Jagang se instala detrás de la cortina de piedra del Dominie Dirtch, el tiempo estará de su lado. Podría esperar una semana, un mes, un año. Podría esperar diez años hasta que nosotros nos cansáramos de soportar el peso de la vigilancia continua y entonces, de repente, caer sobre nosotros.

—Por todos los espíritus —murmuró Kahlan lanzándole una mirada penetrante—. Pero todo eso son simplemente especulaciones. ¿Y si no tienen modo de echar a los repiques?

—No lo sé, Kahlan. Yo me limito a plantearme posibilidades. Debemos decidir qué hacemos. Si nos equivocamos, lo podríamos perder todo.

—En eso tienes razón —replicó Kahlan con un suspiro.

Richard volvió a mirar a Du Chaillu. Se había arrodillado con las manos juntas y la cabeza gacha y parecía sumida en sus plegarias.

—¿Anderith tiene libros, bibliotecas?

—Pues sí. Tienen una enorme biblioteca que llaman Biblioteca de Cultura.

Richard enarcó una ceja.

—Si hay una respuesta, ¿por qué tiene que estar necesariamente en Aydindril? ¿Por qué en el diario de Kolo? ¿Y si la respuesta que buscamos, si es que existe, está en esa biblioteca?

—Estamos suponiendo que hallaremos la respuesta en un libro. —Kahlan parecía cansada y jugueteó con el pelo—. Richard, estoy de acuerdo contigo en que esta situación es muy preocupante, pero nuestro deber es actuar de manera responsable. Hay vidas y naciones enteras en juego. Si debemos sacrificar un país para salvar al resto, aunque me pese y con gran pena en el corazón, abandonaré ese país a su suerte y cumpliré con mi deber hacia la mayoría.

»Zedd nos dijo que debíamos ir a Aydindril para subsanar el problema. Tal vez él le dio otro nombre, pero el problema sigue siendo el mismo. Si haciendo lo que él dice detenemos a los repiques, hemos de hacerlo. Nuestro deber es actuar en bien de todos usando la cabeza.

—Lo sé. —A veces la carga de la responsabilidad era desconcertante. Era necesario ir a ambos lugares—. Hay algo en todo esto que no encaja, pero no sé el qué. Y lo peor del caso es que si tomamos la decisión equivocada, se perderán muchas vidas.

—Lo sé, Richard. —Kahlan le rodeó con la mano.

Richard alzó los brazos y le dio la espalda.

—Es realmente preciso que eche un vistazo a ese libro, *El Gemelo de la Montaña*.

—Pero ¿no dijo Ann que se lo preguntó a Verna en su libro de viaje, y ésta respondió que lo habían destruido?

—Así que no hay modo de... —Richard giró sobre sus talones y la miró. Las palabras «libro de viaje» fueron su inspiración—. Kahlan, los libros de viaje servían a las Hermanas para comunicarse cuando una emprendía un largo viaje.

—Sí, lo sé.

—Esos libros fueron creados para ellas por los magos de antaño, los magos que vivieron en la gran guerra.

—¿Y? —Kahlan contrajo el rostro con una mueca de perplejidad.

—Pues que cada libro tenía su pareja. Si tenías un libro, sólo podías comunicarte con el gemelo de tu libro.

—Richard, no veo adónde...

—¿Y si los magos también se comunicaban así? El Alcázar del Hechicero de Aydindril enviaba continuamente a magos en misiones. ¿Y si era así como sabían lo que pasaba en todas partes? ¿Y si se coordinaban de ese modo? ¿Y si los usaban para lo mismo que las Hermanas de la Luz? Después de todo, los magos de esa época fueron los que crearon el conjuro que protegía el Palacio de los Profetas y también los libros de viaje para las Hermanas.

—Me parece que aún no comprendo...

Richard la agarró por los hombros.

—¿Y si el libro destruido, *El Gemelo de la Montaña*, era un libro de viaje, el gemelo del libro de viaje de Joseph Ander?

33

Kahlan se quedó sin habla. Richard le apretó los hombros con fuerza.

—¿Y si el otro, el doble que pertenecía a Joseph Ander, aún existe?

—Puede que en Anderith lo conserven.

—Seguro que lo conservan. En Anderith lo veneran. Después de todo, le pusieron su nombre al país en su honor. A mí me parece lógico que si ese libro todavía existe, lo guarden.

—Es posible. Pero no siempre ocurre, Richard.

—¿Qué quieres decir?

—A veces una persona no es apreciada en su propia época y no se le reconocen sus méritos hasta mucho después. Puede pasar que los gobernantes recuperen una figura del pasado para promover sus propias causas. En esos casos, las pruebas de lo que realmente pensaba esa persona pueden ser una molestia y, por tanto, se destruyen.

»Y aunque no sea ése el caso, aunque respetaran sus cosas, el país cambió su nombre por el de Anderith después de abandonar Zedd la Tierra Central. Algunas veces se venera a una persona porque apenas se conservan vestigios de su filosofía, por lo que nadie puede objetar nada contra ella, y la persona en cuestión es un mero símbolo. Lo más probable es que no quede nada de Joseph Ander.

Desconcertado por la lógica de Kahlan, Richard se frotó el mentón mientras reflexionaba.

—La otra incógnita —dijo finalmente— es que las palabras escritas en los libros de viaje se pueden borrar para dejar espacio a nuevos mensajes. Incluso si todo lo que pienso es cierto y Joseph Ander comunicó al Alcázar la solución al problema de los repiques mediante un libro de viaje, incluso si ese libro aún existe y se encuentra en Anderith, es posible que no nos sirva de nada, porque el pasaje en cuestión podría haber sido borrado para escribir una futura información.

»No obstante, es la única posibilidad consistente que tenemos.

—No, no lo es. La otra posibilidad, y más creíble que la anterior, es volver al Alcázar del Hechicero y hacer lo que Zedd nos pidió.

Richard se sentía inexorablemente atraído hacia el legado de Joseph Ander. Si al menos tuviera alguna prueba de que esa atracción no era simplemente imaginación suya...

—Kahlan, sé que...

Él mismo se calló. De repente los pelillos de la nuca se le erizaron y notó como si en esa zona se le clavaran agujas de hielo. La brisa ligera levantó apáticamente su capa dorada. La lenta onda que recorrió la prenda restalló como un látigo al llegar al borde. Los brazos se le pusieron de carne de gallina.

Sentía los sutiles y vaporosos dedos de la maldad que le subían por la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Kahlan con expresión helada.

Sin responder, atenazado por el miedo, Richard se volvió y escrutó la pradera. No vio nada anormal. La verde superficie de hierba fluctuaba, salpicada por audaces pinceladas de sol. En la distancia se percibían unas manchas negras de nubes en el horizonte, en cuyo interior ardía una titilante luz. Aunque no podía oír los truenos, de vez en cuando notaba cómo la tierra retumbaba bajo sus pies.

—¿Dónde está Du Chaillu?

Cara, situada a pocos pasos de distancia y sin perder de vista a los hombres ociosos, señaló en una dirección.

—La vi alejarse hacia allí hace unos pocos minutos.

Richard miró pero no la vio.

—¿Qué hacía?

—Lloraba. Pensé que quería apartarse para descansar en la hierba o tal vez rezar.

Eso mismo había visto Richard. Gritó el nombre de Du Chaillu. En la distancia sonó el cristalino canto de una alondra que rompió el vasto silencio de la llanura. Hizo bocina con las manos y volvió a llamarla. En vista de que esa segunda vez tampoco obtenía respuesta, los maestros de armas se pusieron en acción de inmediato y se desplegaron para iniciar la búsqueda.

Richard se alejó trotando en la dirección que había indicado Cara y en la que él recordaba haber visto también a Du Chaillu por última vez. Kahlan y Cara le pisaban los talones mientras aceleraba el ritmo y corría atravesando la alta hierba y metiéndose en los charcos. Los maestros de armas y los cazadores también buscaban mientras corrían; gritaban el nombre de Du Chaillu sin obtener respuesta. La búsqueda era cada vez más frenética.

La hierba, semejante a un ser sensible, singular, ondulante y rebosante de un desprecio socarrón, los engañaba dando cabezadas para llamar su atención primero aquí y luego allí, sugiriendo pero sin llegar nunca a revelar dónde la escondía.

Por el rabillo del ojo, Richard percibió una forma oscura que destacaba en el suave verde de la hierba tierna que se balanceaba por encima del marrón desvaído de las hojas muertas. Giró a la derecha avanzando pesadamente por una zona mullida en la que el lecho de hierba cedía continuamente bajo sus pies, como si flotara en un mar de barro.

El terreno se afirmó. Richard localizó la forma oscura que le había llamado la atención y alteró ligeramente su curso para salvar las aguas estancadas.

De repente se topó con ella. Du Chaillu yacía encima de la hierba como si estuviera dormida. El vestido le cubría hasta la parte posterior de las rodillas y, más abajo, resaltaban las piernas blancas.

Flotaba boca abajo en apenas un palmo de agua.

Richard iba corriendo por la hierba mojada y tuvo que saltar por encima de ella para no caerle encima. La asió bruscamente por los hombros del vestido, le dio media vuelta y la dejó tendida de espaldas en la hierba, a su lado. La tela empapada se le pegaba al cuerpo resaltando su avanzado embarazo. Mechones de pelo mojado le cruzaban el rostro lívido.

Du Chaillu miraba hacia el cielo con ojos oscuros y sin vida. Tenía la misma mirada extraña de anhelo que había visto en los ojos de Juni cuando lo encontró ahogado en un riachuelo.

—¡No! —gritó, sacudiendo el cuerpo lacio y sin vida de la mujer—. ¡Du Chaillu, no! ¡Hace un momento estabas viva! ¡No puedes estar muerta! ¡Du Chaillu!

Pero Du Chaillu no reaccionaba; seguía con la boca floja y los brazos abiertos torpemente. No podía reaccionar. Se había ido.

Cuando Kahlan posó una mano en su hombro para consolarlo, él se replegó con un grito angustiado.

—Pero si estaba viva —dijo Cara—. Yo misma la vi con vida hace unos segundos.

Richard hundió el rostro entre las manos.

—Lo sé. Por todos los espíritus, lo sé. Si me hubiera dado cuenta de lo que pasaba...

—Lord Rahl, es posible que su espíritu aún no haya abandonado su cuerpo —le dijo Cara apartándole las manos de la cara.

Los maestros de armas y los hombres barro habían llegado y se hincaban de rodillas alrededor de los tres.

Richard negó con la cabeza.

—Lo siento, Cara, pero se ha ido. —Por su mente pasaban recuerdos dolorosos y burlones de Du Chaillu viva.

—Lord Rahl...

—Ya no respira, Cara. —Richard fue a cerrarle los ojos—. Du Chaillu está muerta.

La mord-sith tiró brutalmente de las muñecas de él.

—¿Es que Denna no os enseñó nada? ¡Una mord-sith siempre enseña a su cautivo a compartir el aliento vital!

Richard hizo una mueca y apartó la mirada de los ojos azules de Cara. Compartir el dolor de esa manera era un rito horripilante. Los recuerdos inundaron su mente, llenándolo de un horror comparable al que le inspiraba la muerte de Du Chaillu.

Las mord-sith compartían el último aliento de su víctima agonizante. Para una mord-sith compartir el dolor de su víctima, compartir el aliento de la vida mientras la víctima iba al encuentro de la muerte, como si mirara con ojos anhelantes la visión de lo que le esperaba más allá en el otro mundo, era algo sagrado. Cuando llegaba el momento de matar compartían la misma muerte que la víctima, sintiendo su último hálito de vida.

Antes de matar a su ama para escapar, Denna le suplicó que compartiera con ella su último aliento. Richard le concedió ese último deseo y respiró el aliento final de Denna antes de morir.

—Cara, no entiendo qué tiene eso que ver con...

—¡Devolvédsele!

—¿Qué? —preguntó Richard totalmente perplejo.

Cara gruñó y lo apartó de un empujón con el brazo. Entonces se arrodilló al lado del cuerpo de Du Chaillu y le cubrió la boca con los labios. Richard miraba con absoluto horror. Creía que había conseguido infundir a la mord-sith un poco más de respeto por la vida.

Ver cómo Cara buscaba de nuevo ese tipo de intimidación perversa, lo golpeó con la fuerza de un recuerdo espantoso. No podía creer que Cara codiciara algo tan horrendo de su pasado y se enfureció al pensar que la mord-sith no había superado como él esperaba, ni el brutal entrenamiento al que fue sometida, ni tampoco su anterior modo de vida.

Cara le tapó a Du Chaillu la nariz y le insufló aire. Richard extendió los brazos para agarrar a Cara por los hombros y arrancarla del lado de Du Chaillu. Lo sublevaba ver a una mord-sith hacerle eso a una mujer que acababa de morir.

Pero las manos de Richard se quedaron flotando en el aire por encima de Cara. Algo en el apremio de ella, en su actitud, le dijo que no era lo que él imaginaba. Con una mano debajo del cuello de Du Chaillu y la otra tapándole la nariz, Cara le dio aire de nuevo. El pecho de la chamana subió y luego volvió a bajar lentamente mientras Cara tomaba aire para ella misma.

Como Richard parecía haber cambiado de opinión, Jiaan, rojo de rabia, quiso apartar a Cara. Richard lo asió por una muñeca, buscó con la mirada los ojos interrogadores de Jiaan y se limitó a negar con la cabeza. El maestro de armas se retiró de mala gana.

—Richard —susurró Kahlan—, ¿qué se supone que está haciendo? ¿Por qué hace algo tan grotesco? ¿Es alguna especie de ritual d'haraniano para los muertos?

Cara inspiró profundamente y expulsó aire en la boca de Du Chaillu.

—No lo sé —murmuró él también—. Pero no es lo que creía.

Kahlan se quedó aún más desconcertada.

—¿Y qué creías tú?

Pero Richard no quería expresar con palabras algo tan espantoso, por lo que se limitó a mirar fijamente los ojos verdes de Kahlan. Oyó a Cara insuflar otra bocanada de aire en el cuerpo sin vida de Du Chaillu.

Se dio media vuelta; no podía mirar. No entendía qué esperaba conseguir Cara con eso, pero no se podía quedar allí quieto y mirar como los demás.

Trató de convencerse de que tal vez, como Kahlan sugería, se trataba de un ritual d'haraniano por el espíritu que abandonaba el cuerpo. Se puso de pie tambaleándose. Ella le cogió una mano.

Entonces oyó una tos húmeda y entrecortada. Giró sobre sus talones y vio que Cara colocaba a Du Chaillu de costado. La guía respiraba a bocanadas, como si se estuviera ahogando. Cara le daba palmadas en la espalda como si tratara de hacer eructar a un bebé, pero con más fuerza.

Du Chaillu tosía, jadeaba y respiraba con la boca abierta. Entonces vomitó. Richard se arrodilló y le sostuvo la espesa melena oscura mientras ella devolvía. No podía creer que acabara de ver a una persona muerta volver a la vida.

—Cara, ¿qué has hecho? ¿Cómo lo has conseguido? —La mord-sith le golpeó de nuevo la espalda para que expulsara más agua por la boca.

—¿Es que Denna no os enseñó a compartir el aliento vital? —Cara estaba enojada.

—Sí, pero, pero no era...

Du Chaillu se aferró al brazo de Richard mientras jadeaba y escupía más agua. Richard le acarició el pelo y la espalda para tranquilizarla y decirle que estaban con ella. Por la manera en que ella le apretó el brazo supo que había entendido el mensaje.

—Cara, ¿qué has hecho? —preguntó Kahlan—. ¿Cómo la has devuelto a la vida? ¿Ha sido magia?

—¿Magia? —se mofó Cara—. No, nada de magia, ni mucho menos. Su espíritu aún no había abandonado su cuerpo, eso es todo. A veces, si el espíritu todavía no ha tenido oportunidad de abandonar el cuerpo del muerto, hay tiempo. Pero es preciso actuar de inmediato. Si se hace, a veces es posible devolver al muerto el aliento vital.

Los hombres gesticulaban como locos mientras farfullaban excitadamente, hablando unos con otros. Acababan de contemplar una maravilla que sin duda daría pie a una leyenda. Su guía espiritual había viajado al mundo de los muertos y había regresado.

Richard miraba a Cara con la boca abierta.

—¿Puedes hacer eso? ¿Puedes devolver a los muertos el hálito vital?

Kahlan apartaba del rostro de Du Chaillu mechones de pelo mojado mientras le susurraba palabras de ánimo. Tuvo que detenerse y sostenerle el pelo cuando la tos fue interrumpida por más náuseas. A pesar de que Du Chaillu tenía un aspecto penoso y enfermizo, respiraba mejor.

Kahlan tomó la manta que le ofrecían los hombres y la tapó con ella porque temblaba. Cara se inclinó hacia Richard para que nadie la oyera.

—¿Cómo creéis que Denna os mantuvo tanto tiempo vivo mientras os torturaba? Denna era la mejor. Yo soy una mord-sith y conocía a Denna, así que puedo imaginarme todo lo que os hizo. Estoy segura de que más de una vez tuvo que hacer lo mismo que he hecho yo para evitar que murierais, porque aún no había acabado con vos. Claro que en vuestro caso era sangre y no agua.

Richard lo recordaba; recordaba que tosía y expulsaba por la boca sangre con espuma como si se ahogara en ella. Denna era la mord-sith favorita de Rahl el Oscuro porque era la mejor. Se decía que era capaz de mantener a su víctima viva y al borde de la muerte más tiempo que ninguna de sus compañeras. Ése era uno de los métodos para lograrlo.

—No pensaba que...

—¿Qué no pensabais? —preguntó Cara frunciendo el entrecejo.

—No pensaba que algo así fuera posible. No cuando la persona ya está muerta. —Después de haber hecho algo tan noble, no tenía valor para decirle que pensaba que estaba saciando un espeluznante deseo de su pasado—. Has hecho un milagro, Cara. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella torció el gesto.

—Lord Rahl, dejad de mirarme como si fuera un espíritu bondadoso que hubiese venido a este mundo. Soy una mord-sith. Cualquier mord-sith podría haber hecho lo mismo que yo. Es algo que todas aprendemos. —Lo cogió por el cuello de la camisa y lo atrajo bruscamente hacia ella—. Vos también sabéis hacerlo. Denna os enseñó. Sé que lo hizo. Podríais haberlo hecho tan fácilmente como yo.

—No lo sé, Cara. Yo sólo he recibido el aliento de la vida, nunca lo he dado.

Cara lo soltó.

—Es lo mismo, sólo que en la dirección contraria.

Du Chaillu se tumbó desgarbadamente en el regazo de Richard. Él le alisó el pelo con ternura; entendía perfectamente qué estaba sintiendo. Ella se le agarraba al cinturón, a la camisa, a la cintura como si en ello le fuera la vida mientras él intentaba calmarla.

—Esposo mío —logró decir entre jadeos y tos—, me has salvado de... del beso de la muerte.

Kahlan sostenía una mano de Du Chaillu. Richard le cogió la otra y la colocó encima de una pierna enfundada en una prenda de cuero.

—Ha sido Cara quien te ha salvado. Cara te ha devuelto el aliento vital.

Los dedos de Du Chaillu se desplazaron hacia arriba por la pierna de la mord-sith hasta encontrar su mano.

—Me has salvado... y también al hijo del *Caharin*... Gracias, Cara. —Volvió a tomar aire de una bocanada—. El hijo de Richard vivirá gracias a ti. Gracias.

A Richard no le pareció el momento más oportuno para negar su paternidad.

—No ha sido nada. Lord Rahl también lo habría hecho, pero yo estaba más cerca y me adelanté.

Cara le apretó brevemente la mano antes de levantarse para dejar sitio a uno de los agradecidos maestros de armas, que deseaban acercarse a su guía espiritual.

—Gracias, Cara —repitió Du Chaillu.

La boca de la mord-sith se contrajo en una mueca de desagrado al oír que le daban las gracias por haber hecho algo compasivo.

—Todos nos alegramos de que tu espíritu no haya partido y que puedas quedarte entre nosotros, Du Chaillu, y también el hijo de lord Rahl —dijo.

34

Cerca de donde estaban, los maestros de armas y la mayor parte de los hombres barro atendían a Du Chaillu. La chamana de los baka tau mana había regresado del mundo de los espíritus, o casi, y Richard pudo comprobar que había dejado allí su calor. Las mantas no bastaban, por lo que dio a los hombres permiso para encender fuego y calentarla, siempre y cuando permanecieran juntos para reducir el riesgo de ser pillados por sorpresa.

Dos hombres barro limpiaron una pequeña zona de hierba e hicieron un agujero poco profundo, mientras sus compañeros se dedicaban a compactar la hierba en fajos. Primero la retorcieron para quitarle la humedad, luego recubrieron los haces con una brea resinosa que siempre llevaban en sus salidas y, finalmente, dispusieron cuatro en forma de pirámide. Cuando prendieron, colocaron los demás en hilera alrededor del pequeño fuego para secarlos. En pocos minutos disponían de hierba seca para alimentar las llamas, y el fuego ardía con alegría.

El rostro de Du Chaillu perdía paulatinamente la lividez de la muerte, aunque aún no se había recuperado, ni mucho menos. Respiraba mejor, aunque tosía de vez en cuando. Los maestros de armas le hacían beber una infusión mientras que los cazadores de Chandalen, convertidos en verdaderos padrazos, le preparaban gachas de tava. Todo apuntaba a que Du Chaillu se recuperaría y permanecería en el mundo de los vivos bastante tiempo más.

A Richard le parecía un milagro que alguien pudiera revivir después de estar muerto. Si se lo hubieran contado en vez de verlo con sus propios ojos, no se lo habría creído. En más de un aspecto, sus creencias habían tomado un nuevo rumbo y había cambiado de forma de pensar. Ya no albergaba ninguna duda sobre lo que debían hacer.

Cara, con los brazos cruzados, observaba cómo los hombres atendían a Du Chaillu. Kahlan también miraba con una fascinación idéntica. Para la mord-sith no tenía nada de extraño que una persona muerta volviera a respirar. Las mord-sith tenían un concepto de lo que era «normal» distinto al del resto de la gente.

Richard asió suavemente a Kahlan por el brazo y la acercó a él.

—Me estabas contando que nadie había conseguido pasar entre las campanas del Dominie Dirtch en siglos. Entonces ¿es que alguien lo logró?

—Es una cuestión no aclarada y motivo de polémica, al menos fuera de Anderith.

Desde que Du Chaillu mencionó ese país por primera vez, Richard tenía la impresión de que Anderith no era uno de los lugares favoritos de Kahlan.

—¿Cómo es eso? —quiso saber.

—Es una historia muy larga.

Richard sacó tres piezas de pan de tava de su mochila y dio una a Kahlan y otra a Cara.

—Soy todo oídos —dijo mirándola.

La Confesora arrancó un trozo pequeño de su pan. Era evidente que se preguntaba por dónde debía empezar.

—El país que ahora se conoce como Anderith fue invadido en el pasado por un pueblo llamado haken. Según los anderianos, los hakens utilizaron el Dominie Dirtch contra los antiguos habitantes de ese país que ahora reciben el nombre de anders.

»Pero, cuando estudiaba en el Alcázar del Hechicero, los magos me enseñaron otra versión. Sea como fuere, sucedió hace muchos siglos, y la historia cambia según quien la cuente. Por ejemplo, me

atrevo a decir que la Orden Imperial explicará una versión de lo ocurrido en Renwold muy distinta a la que nosotros daremos.

—Cuéntame más de la historia de Anderith —le pidió Richard mientras ella masticaba el pedazo de pan—. Explícame la historia que los magos te enseñaron.

Kahlan tragó saliva antes de empezar.

—Bueno, hace muchos siglos, quizá incluso dos o tres mil años, los hakens invadieron Anderith. Se cree que éste era un remoto pueblo de la Tierra Salvaje que, por alguna razón, tuvieron que abandonar su territorio porque ya no podían seguir viviendo allí. A veces sucede que un terremoto o una inundación altera el curso de un río, por ejemplo. Otras, una tierra que antes era fértil se vuelve demasiado árida para el cultivo o el pastoreo. Y otras, se pierden las cosechas y la gente tiene que emigrar.

»Fuera por lo que fuera, a mí me enseñaron que los hakens lograron superar el Dominie Dirtch. Nadie sabe cómo. Muchos murieron, pero de algún modo lograron pasar y finalmente conquistaron el país que ahora se conoce como Anderith.

»Los anders eran en su mayoría un pueblo nómada formado por diferentes tribus que luchaban ferozmente entre ellas. No conocían ni la escritura, ni la metalurgia, ni la construcción, ni otras artes similares, y su organización social era muy simple. En resumen, comparados con los invasores hakens eran bastante primitivos. No es que fueran tontos, pero los hakens poseían más conocimientos y mejores métodos.

»También las armas hakens eran superiores. Por ejemplo, disponían de caballería y entendían mejor la coordinación y la estrategia a gran escala. Su estructura de mando era muy clara, mientras que los anders peleaban sin cesar por decidir quién debía mandar sus fuerzas. Ésa fue una de las razones que explican que, después de lograr pasar el Dominie Dirtch, los hakens sometieran a los anders.

Richard le tendió la cantimplora.

—O sea que los hakens eran un pueblo guerrero y conquistador, ¿no es eso?

—No. —Kahlan se secó el agua que le caía de la barbilla—. No eran un pueblo que conquistaba solamente para obtener un botín y esclavos. No hacían la guerra para rapiñar.

»Los hakens llevaban consigo todos sus conocimientos, desde confeccionar zapatos de cuero hasta cómo trabajar el hierro. Eran instruidos; habían desarrollado la matemática y sabían cómo aplicarla, por ejemplo, a la arquitectura.

»Su principal habilidad era la agricultura intensiva con arados tirados por bueyes y caballos, mientras que los anders vivían de la caza y de la recolección de frutos silvestres, que suplementaban con lo que cultivaban en pequeñas parcelas que trabajaban con azada. Los hakens crearon sistemas de irrigación e introdujeron un nuevo cultivo, el arroz. Sabían cómo desarrollar y seleccionar mejores variedades de plantas, por ejemplo trigo, para un aprovechamiento óptimo de la tierra y las condiciones climáticas. Eran expertos en la cría de caballos, así como en la cría de ganado. Tenían rebaños inmensos.

Kahlan le devolvió la cantimplora y dio otro mordisco al pan de tava. Con la mitad que aún le quedaba hizo un gesto.

—Los hakens impusieron la ley del vencedor. Sus tradiciones suplantaron a las de los anders. El país estaba en paz, aunque era una paz impuesta por los señores hakens. Eran duros, pero no brutales; en lugar de masacrar a los anders, como era costumbre de muchos invasores, los integraron en la sociedad haken, aunque al principio fue como mano de obra barata.

—Entonces ¿los anders se beneficiaron de todo lo que sabían los hakens? —preguntó Richard hablando con la boca llena.

—Sí. Bajo la autoridad de los señores hakens, la comida era abundante. Hakens y anders prosperaron por igual. Hasta entonces, la población ander siempre había sido escasa, siempre había estado al borde de la desaparición. Pero gracias a la abundancia de alimentos, la población se multiplicó.

Du Chaillu sufrió un acceso de tos y todos se volvieron hacia ella. Richard se agachó y rebuscó en la mochila hasta encontrar el atadillo de tela que Nissel les había dado. Lo desenvolvió y dentro encontró

unas hojas que en una ocasión la curandera le había dado para calmarle el dolor. Kahlan señaló las hierbas molidas que se suponía que eran digestivas. Richard envolvió unas cuantas en una tela y entregó la bolsita a Cara.

—Diles a los hombres que hagan una infusión y que la dejen reposar un poco. Le calmará las náuseas. Explícale a Chandalen que Nissel nos las dio y que se lo diga a los hombres de Du Chaillu para que no se inquieten.

Cara hizo un gesto de asentimiento. Richard le puso unas hojas en la palma de la mano.

—Diles también que después de beber la infusión mastique una de estas hojas. Le calmarán el dolor. Si después aún siente náuseas o dolor, que mastique otra.

Cara obedeció con rapidez. Aunque ella nunca lo admitiría, Richard sabía que se sentía satisfecha de ayudar a alguien que lo necesitaba. Él ni siquiera podía imaginar la alegría que debía de sentirse al devolver a alguien a la vida.

—¿Y bien? ¿Qué pasó luego con los hakens y los anders? ¿Vivieron en paz y buena armonía?

—En gran parte sí. Antes los anders reñían continuamente, y esas disputas solían derivar en conflictos sangrientos, pero los hakens impusieron la ley y el orden. De hecho, los invasores mataron a menos anders de los que perecieron durante las guerras territoriales que antes libraban entre ellos. Al menos, eso afirmaban los magos que me enseñaron historia.

»Aunque el sistema de justicia de los hakens no era siempre equitativo ni justo, al menos ya no era la ley del más fuerte que imperaba con los anders y tampoco el populacho se tomaba la ley por su mano. Después de conquistar a los anders y enseñarles su modo de vida, los hakens instruyeron a los anders en la lectura.

»Hasta entonces los anders eran un pueblo atrasado y en muchas cosas ignorante, pero no tenían ni un pelo de tontos. Tal vez no inventaban nada, pero eran rápidos en adoptar los cambios a mejor y apropiárselos a una escala mayor. En eso eran brillantes.

Richard agitó en el aire el pan de tava enrollado.

—¿Y por qué el país no se llama Hakenia o algo por el estilo? Pensaba que habías dicho que la mayoría de la población de Anderith es haken.

—Eso fue más tarde. Ya llegaremos a ese punto. —Kahlan arrancó otro pedazo de pan—. Lo que los magos me explicaron fue que los hakens tenían un sistema de justicia que fue mejorando después de instalarse en Anderith y gracias a la prosperidad en que vivían.

—¿Justicia por parte de los invasores?

—La civilización se va desarrollando lentamente, Richard. Es un proceso de creación. Una parte de ese proceso es la mezcla de pueblos, que muchas veces se logra por vía de la conquista, pero que a menudo incorpora nuevos y mejores modos de hacer las cosas. No juzgues impulsivamente las situaciones usando criterios tan simples como invasión y conquista.

—Pero si un pueblo invade la tierra de otro y obliga a quienes estaban antes a...

—Fíjate en D'Hara. Gracias a que fue conquistada, a que tú la conquistaste, ahora es un sitio mejor en el que ya no se gobierna con la tortura y el asesinato.

Richard no podía negarlo.

—Supongo que tienes razón. Sin embargo, me parece una lástima que una cultura sea destruida por otra invasora. No es justo.

Kahlan lo miró de un modo muy parecido a como lo hacía Zedd a veces: con una mirada que decía que esperaba que viera la verdad y no se limitara a repetir como un lorito una idea generalizada pero errónea. Por esa razón la escuchó atentamente.

—Ninguna cultura tiene el privilegio de existir. Las culturas no tienen valor por el mero hecho de existir. Sin algunas de ellas, el mundo sería un lugar mejor. Piensa, por ejemplo, en la Orden Imperial —dijo enarcando una ceja.

Richard dejó escapar un largo suspiro.

—Ya veo a qué te refieres. —Tomó un trago de agua mientras ella comía más pan. Aún no le parecía bien que una cultura, con una historia y tradiciones propias, fuese aniquilada, pero también entendía hasta cierto punto el razonamiento de Kahlan.

—Así pues, el modo de vida ander dejó de existir. ¿Qué me estabas contando sobre el sistema de justicia haken?

—Pese a que ahora censuremos cómo llegaron los hakens a vivir en Anderith, en realidad era un pueblo que valoraba la justicia. De hecho, la consideraban un valor esencial en una sociedad ordenada y próspera.

»Por ello, a medida que las generaciones se sucedían, paulatinamente los hakens fueron otorgando más libertades a los anders que habían conquistado, hasta que llegó un momento en que fueron considerados iguales. Esas nuevas generaciones de hakens tenían una sensibilidad similar a la nuestra y se avergonzaban de lo que sus antepasados habían hecho al pueblo ander.

Kahlan fijó la vista en la vasta pradera.

—Por supuesto es más fácil sentir vergüenza cuando los culpables llevan siglos muertos y, especialmente, si desacreditándolos uno se atribuye a sí mismo principios morales más elevados que no se han puesto a prueba en las circunstancias de las épocas pasadas.

»Sea como fuere, la defensa de esa idea de justicia fue el principio del fin para el pueblo haken. Los anders nunca olvidaron que habían sido conquistados, ni dejaron de odiar a los hakens y de alimentar sus deseos de venganza.

Uno de los hombres barro que había preparado las gachas les llevó dos piezas calientes de pan de tava, una en cada mano, con un buen montón de gachas encima. Kahlan y Richard recibieron agradecidos la comida caliente. La Confesora le dio las gracias en el idioma de la gente barro.

Después de comer algunos bocados de gachas aderezadas con bayas dulces secas, Richard siguió preguntando.

—¿Cómo es posible que debido a su propio sistema de justicia ahora los hakens sean prácticamente esclavos de los anders, que tienen un concepto de la justicia distinto? Parece imposible.

El joven se fijó en que Du Chaillu, envuelta en mantas junto al fuego, no comía. Cara había preparado una infusión con las hierbas de Nissel y se inclinaba sobre la chamana para asegurarse de que, si no comía, al menos bebiera la infusión de una pequeña taza de madera.

—No fue el sistema de justicia la causa de la ruina de los hakens, Richard, sino simplemente un paso más, uno de los detalles esenciales de la historia. Yo simplemente te cuento los puntos más destacables; los resultados. Con el tiempo, las culturas y las sociedades sufren ese tipo de transformaciones.

»Gracias a que gozaban de unas leyes justas, los anders fueron logrando avances que, con el tiempo, les permitieron hacerse con el poder.

—Pero los hakens eran los gobernantes. ¿Cómo se volvieron las tornas? —Richard meneó la cabeza. Le costaba mucho creer que todo hubiese pasado como los magos decían.

—Sucedieron más cosas. —Kahlan se chupó las gachas de un dedo—. Una vez que los anders tuvieron acceso a leyes justas, usaron la justicia a modo de cuña.

»Se incorporaron a la sociedad y utilizaron la libertad que les otorgaban los hakens para ir mejorando su situación social. Al principio se limitaban a participar en negocios, en las agrupaciones de trabajadores que se convirtieron en gremios y a ingresar en pequeños consejos locales. Fueron paso a paso y no te equivoques; los anders también trabajaban duro. Como las leyes eran justas para todos, dejándose la piel consiguieron lo mismo que tenían los hakens. Lograron el éxito y el respeto.

»Y, sobre todo, se convirtieron en prestamistas. Resulta que los anders tenían un talento especial para los negocios. Con el tiempo pasaron de ser simplemente la clase trabajadora a ser la clase comerciante. Gracias a ello fueron amasando verdaderas fortunas.

»Finalmente comenzaron a prestar dinero y, por tanto, se convirtieron en un poder económico. Unas pocas familias anders muy extensas controlaban gran parte de las finanzas del país y eran, en gran medida, el poder a la sombra de los gobernantes hakens. Los hakens se durmieron sobre los laureles, mientras que los anders no olvidaron nunca su objetivo.

»También acapararon la enseñanza. Casi desde el principio los hakens consideraban que enseñar era una tarea simple que los anders eran capaces de desempeñar, lo que dejaba a los hakens libres para dedicarse a asuntos más complicados, como gobernar. Los anders se ocupaban de todos los aspectos de la enseñanza, no sólo ejercían de maestros, sino que paulatinamente fueron controlando la instrucción de los mismos maestros y, por tanto, de lo que se enseñaba.

Richard comió un poco y comentó:

—Supongo que, para los hakens, eso fue un grave error.

Kahlan hizo un gesto enfático con su media pieza de tava con gachas que le quedaba.

—Además de lectura y matemáticas, los niños aprendían también historia y civilización para convertirse en adultos que comprendieran cuál era su lugar en la cultura y la sociedad de Anderith.

»Los hakens querían que todos los niños aprendieran un modo de vida mejor que la guerra y la conquista, y creyeron que si los anders les inculcaban que los antepasados hakens habían conquistado brutalmente a los nobles anders, los niños serían adultos civilizados que respetarían a sus semejantes. Pero, en vez de eso, en sus jóvenes mentes nació un sentimiento de culpa que contribuyó a erosionar la cohesión de la sociedad haken y el respeto hacia la autoridad haken.

»Entonces ocurrió una catástrofe: toda una década de sequía. Fue durante esa larga carestía cuando finalmente los anders desbancaron del poder a los hakens.

»Toda la economía del país se basaba en los cultivos, especialmente de trigo. Pero la sequía arruinó las cosechas y los campesinos no pudieron entregar las cosechas, dedicadas a la exportación, que los comerciantes les habían pagado por adelantado. Se exigió hacer efectivas las deudas, pues todo el mundo buscaba el modo de sobrevivir a los malos tiempos. Muchos campesinos, que no tenían ahorros, perdieron sus tierras.

»Los gobernantes hakens deberían haber implantado controles en el sistema económico para evitar el pánico, pero temían disgustar a los prestamistas, que los apoyaban.

»Y eso no fue todo. La población empezó a morir. Hubo motines por comida. Fairfield quedó reducida a cenizas. Hakens y anders por igual se rebelaron. Reinaba la anarquía. El país quedó sumido en el caos. Muchas personas, temerosas de morir de hambre, abandonaron el país en busca de una nueva vida.

»Pero los anders utilizaron su dinero para comprar comida en el extranjero. Eso únicamente estaba al alcance de los anders acaudalados, que contaban con importantes recursos financieros. Los alimentos que adquirían era la única esperanza de supervivencia para mucha gente. Gracias a ese suministro de comida de fuera, los anders fueron vistos como la salvación.

»Éstos compraron negocios arruinados y granjas abandonadas a personas que necesitaban dinero desesperadamente. Lo único que impedía que la mayor parte de las familias murieran de hambre era el dinero de los anders, por poco que fuera, y su comida.

»Los anders comenzaron a cobrárselo en todo lo que valía y por fin pudieron vengarse.

»Las turbas, que controlaban las calles, culparon de la catástrofe al gobierno haken. Los anders utilizaron sus conexiones comerciales para instigar la insurrección y extenderla por todo el país. La anarquía se adueñó de Anderith. Los gobernantes hakens fueron asesinados en las calles y sus cuerpos exhibidos ante una multitud enfebrecida.

»Los intelectuales hakens fueron víctimas de la sed de sangre de personas asustadas que, de algún modo, los consideraban responsables de la hambruna. Los hakens cultos eran vistos como enemigos del pueblo, incluso por la mayoría de los hakens, que eran campesinos y trabajadores. La purga de hakens eruditos fue sangrienta. En esa situación de desorden y anarquía toda la clase gobernante haken fue

sistemáticamente asesinada. Todos los hakens que destacaban en cualquier campo eran sospechosos y, por tanto, asesinados.

»Rápidamente, los anders provocaron la ruina de cualquier negocio o empresa haken que quedara, usando medios financieros o sirviéndose de las turbas violentas.

»Aprovecharon el vacío de poder para imponer nuevamente el orden dando comida a la gente que se moría de hambre, tanto a hakens como a anders. Cuando pasó todo, resultó que los anders controlaban el país y, gracias a las fuerzas mercenarias que contrataron, lo tenían en un puño de hierro.

Richard dejó de comer. Le costaba mucho creer lo que estaba oyendo. Miraba a Kahlan muy quieto mientras ella le explicaba las causas de la caída de los hakens.

—Los anders trastocaron el orden de las cosas y convirtieron lo blanco en negro, y viceversa. Declararon que ningún haken podía juzgar a un ander debido a la larga tradición de injusticia de los hakens hacia los anders. Y, a la inversa, afirmaron que debido a que los anders habían vivido tanto tiempo bajo el yugo de los malvados señores hakens, los anders sí que comprendían la falta de equidad y, por tanto, ellos eran los únicos cualificados para administrar justicia.

»Circulaban terribles historias que ilustraban la crueldad haken. Asustados, éstos se sometieron voluntariamente a la autoridad de los anders y de sus despiadados mercenarios en un intento por demostrar que esas horribles acusaciones eran falsas y evitar ser señalados por unas tropas armadas hasta los dientes.

»Después de haberse visto privados del poder durante tanto tiempo, los anders no tuvieron ningún escrúpulo en conseguir más ventaja aún.

»Se prohibió que los hakens ocuparan posiciones de poder. Con el tiempo, basándose en el pretexto de que los señores hakens obligaban a los anders a dirigirse a ellos por su apellido, se les negó incluso un apellido hasta que demostraran de algún modo que eran dignos de tenerlo y se les concediera un permiso especial.

—Pero ¿no se mezclaron entre sí? —preguntó Richard con extrañeza—. Después de tanto tiempo, ¿los hakens y los anders no se han casado entre ellos? ¿No se han mezclado para dar lugar a un solo pueblo?

Kahlan negó con la cabeza.

—Los anders son altos y de pelo oscuro, mientras que los hakens son casi todos pelirrojos. Desde el principio los anders creyeron que casarse con los hakens era un crimen contra el Creador. Pensaban que el Creador en su sabiduría hizo a la gente distinta. No creían que la gente debiera mezclarse, como quien cruza diferentes razas de ganado para conseguir una mejor calidad, que era lo que los hakens habían hecho. No digo que no se dieran algunos matrimonios mixtos, pero son casos excepcionales.

Richard enrolló el último pedazo de pan de tava con gachas y se lo metió en la boca.

—¿Cómo viven ahora? —preguntó después de comérselo.

—Como solamente los oprimidos, es decir los anders, pueden ser virtuosos justamente por la opresión que sufrieron, sólo pueden mandar ellos. Enseñan a los hakens que esa opresión aún continúa. Una mera mirada de un haken puede ser interpretada como una expresión de odio. Inversamente, consideran que los hakens no son los oprimidos y, por tanto, no pueden ser virtuosos, puesto que son corruptos por naturaleza.

»En la actualidad la ley prohíbe que los hakens aprendan a leer, por miedo a que vuelvan a hacerse con el poder, esclavicen de nuevo a los anders y los maten. Según ellos, es lo que sucedería con tanta seguridad como que la noche sigue al día. Los hakens están obligados a asistir a clases denominadas asambleas de penitencia para mantenerlos a raya. Los anders gobiernan a los hakens de un modo sistematizado y regulado con leyes.

»No olvides que la historia que te he explicado es la versión que me enseñaron los magos. Los anders tienen una versión muy distinta. Ellos enseñan que eran un pueblo oprimido, pero que, gracias a su

naturaleza más elevada, después de siglos de dominación recuperaron el derecho a ejercer su superioridad cultural. De hecho, no sabemos si su versión es cierta.

Richard la miraba incrédulamente, con los brazos en jarras.

—¿Y el Consejo en Aydindril lo permitía? ¿Dejaba que los anders esclavizaran de ese modo a los hakens?

—Los hakens se someten dócilmente. Creen lo que los maestros anders les enseñan: que viven mejor bajo su autoridad.

—Pero ¿cómo es posible que el Consejo Central permitiera tal perversión de la justicia?

—Olvidas, Richard, que la Tierra Central era una alianza de países soberanos. Las Confesoras nos asegurábamos de que los gobernantes de Anderith fuesen hasta cierto punto justos. No tolerábamos el asesinato de oponentes políticos ni nada por el estilo, pero si un pueblo como el haken accede voluntariamente a vivir de ese modo, el Consejo poco podía decir. El Consejo se oponía a las tiranías, no a modos de gobierno extravagantes.

Richard estaba escandalizado.

—Pero si los hakens no se rebelan es por las tonterías que les enseñan. No se dan cuenta de que es ridículo. Los anders abusan de un pueblo ignorante.

—Ésa es tu opinión, Richard. Pero ellos no lo consideran un abuso. Para ellos es la manera de vivir en paz en su país. Están en su derecho.

—El hecho de que se les mantenga deliberadamente en la ignorancia es prueba de ese abuso.

—¿No eras tú el que decía que los hakens no tenían ningún derecho a destruir la cultura ander? ¿Y ahora afirmas que el Consejo debería haber hecho justo eso?

El rostro de Richard reflejó frustración.

—Cuéntame más cosas del Consejo de la Tierra Central.

Kahlan bebió otro sorbo y le tendió la cantimplora.

—Todo empezó hace siglos. Ningún país era suficientemente poderoso para imponer una única ley al resto de la Tierra Central. Así pues, se unieron para tratar de colaborar a través del Consejo. Cuando un gobernante sobrepasaba ciertos límites, las Confesoras intervenían.

»Si hubiésemos tratado de dictar cómo debían gobernarse los diferentes países soberanos, la alianza se habría deshecho y la guerra habría sustituido el diálogo y la cooperación. No estoy diciendo que la alianza fuese perfecta, Richard, pero permitió que la mayoría de la gente viviera en paz.

Richard suspiró.

—Sí, supongo que tienes razón. Yo no soy ningún experto en cuestiones de gobierno. Supongo que durante miles de años el Consejo sirvió bien a la gente de la Tierra Central.

Kahlan replicó:

—Por cosas como las de Anderith entiendo lo que tratas de conseguir y lo apoyo. Hasta que tú llegaste, contando con el respaldo de D'Hara, ningún país era suficientemente fuerte para imponer una ley común para todos. La alianza de la Tierra Central no tenía ninguna oportunidad contra un enemigo como Jagang.

Richard no lograba imaginarse lo que habría supuesto para Kahlan, como Madre Confesora, ver cómo todo aquello por lo que había luchado toda su vida se hacía pedazos. El padre de Richard, Rahl el Oscuro, había iniciado una serie de acontecimientos que habían cambiado el mundo. Al menos Kahlan había sabido ver la oportunidad en el caos.

El joven se frotaba la frente mientras reflexionaba sobre cuál debía ser su siguiente paso.

—Muy bien, ahora ya sé algo de la historia de Anderith. Estoy seguro de que si conociera la historia de D'Hara aún me parecería más sórdida y, no obstante, ahora, por extraño que suene, los d'haranianos me siguen y luchan conmigo por la justicia. Los espíritus saben que algunas personas me achacan a mí los crímenes pasados de D'Hara sólo por ser un Rahl.

»Por lo que me has contado sobre su historia, yo diría que Anderith jamás se someterá voluntariamente al poder de la Orden Imperial. ¿Crees que podríamos conseguir que se uniera a nosotros?

Kahlan inspiró profundamente y pensó. Richard esperaba que contestara afirmativamente sin dudarlo.

—La mayor autoridad del país es su Soberano, que también es su líder religioso. Eso tiene su origen en las creencias religiosas de los anders. Los Directores de la Oficina de Concordia Cultural eligen al Soberano, que es un cargo vitalicio. Se supone que los Directores garantizan la moralidad del hombre que será nombrado Soberano. Es algo parecido a cómo el Primer Mago escoge al Buscador de la Verdad.

»El pueblo de Anderith cree que una vez que los Directores ungen al Soberano, éste trasciende los simples asuntos mundanos y está en contacto con el mismo Creador. Algunos creen fervientemente que es su representante en este mundo y otros lo veneran casi más a él que al propio Creador.

—Así pues, ¿es a él a quien debemos convencer?

—En parte, pero el Soberano no es quien manda en el sentido cotidiano. Es más bien una figura decorativa que recibe la devoción del pueblo por lo que representa. En la actualidad, los anders apenas llegan al quince o veinte por ciento del total de la población, pero los hakens adoran de igual modo al Soberano.

»El Soberano tiene la potestad de dictar al resto del gobierno la política a seguir, pero normalmente se limita a aprobar sus acciones. De hecho, quien realmente gobierna el país es el Ministro de Cultura. Él es quien establece la política del país. Su nombre es Bertrand Chanboor.

»En el Ministerio de Cultura, a las afueras de Fairfield, es donde en último término se tomará la decisión. Los representantes de Anderith con los que me reuní en Aydindril ya habrán transmitido nuestro mensaje al Ministro Chanboor.

»La historia remota no importa. La realidad actual es que Anderith es un país a tener en cuenta. Aunque los antiguos anders fuesen un pueblo atrasado, ahora ya no lo son. Son acaudalados mercaderes que controlan grandes riquezas y un comercio a gran escala. Gobiernan con la misma maestría que demuestran en los negocios. Llevan las riendas del poder y del país con mano firme.

Richard escrutó la desierta pradera. Desde que los repiques habían aparecido para matar a Du Chaillu y él había notado que los pelillos de la nuca se le erizaban, no dejaba de comprobar si esa sensación se repetía, con la esperanza de darse cuenta antes y poder avisar a sus compañeros a tiempo.

Echó un vistazo a Du Chaillu y vio que Cara le daba gachas. La guía debería estar con su gente, no viajando por ahí embarazada.

—Tampoco creas que los anders son mercaderes gordos, blandos y holgazanes —prosiguió Kahlan—. A excepción del ejército, donde existe algo parecido a la igualdad, sólo los anders pueden llevar armas y son buenos usándolas. A pesar de lo que pienses de ellos, no son estúpidos, y no va a ser nada fácil ganarlos para nuestra causa.

Richard escrutó de nuevo la pradera mientras urdía planes en su cabeza.

—En Ebinissia y en Renwold, Jagang ha demostrado lo que hace con los que se niegan a aliarse con él —dijo finalmente—. Si Anderith no se une a nosotros, el país sufrirá otra invasión. Y esta vez los invasores no tendrán ningún sentido de la justicia.

35

Con la mirada fija hacia Aydindril, Richard recapacitó sobre todo lo que Kahlan le había contado y sobre lo que los repiques, a su manera brutal, también le habían dicho. Después de haber oído un resumen de la historia de Anderith, se sentía más seguro que nunca de su decisión.

—Sabía que nos estábamos equivocando —dijo al fin.

Kahlan, que también miraba hacia el nordeste por encima de la pradera vacía, torció el gesto.

—¿A qué te refieres?

—Zedd solía decirme que si un camino es fácil, seguramente es que vas en la dirección equivocada.

—Richard, ya lo hemos hablado —replicó Kahlan con cansada insistencia mientras se echaba la capa sobre los hombros—. Tenemos que ir a Aydindril. Ahora, más que nunca, debes entenderlo.

—La Madre Confesora tiene razón —intervino Cara. Había dejado a Du Chaillu descansando. Richard se fijó en que la mord-sith aferraba el agiel con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. Debemos echar a los repiques. Tenemos que ayudar a Zedd a restaurar la magia.

—¿De veras? No sabes cuánto me alegro de comprobar que te has convertido en una defensora acérrima de la magia. —Richard miró alrededor buscando su equipo—. Tengo que ir a Anderith.

—Richard, si no vamos a Aydindril, podríamos dejar inactivo un hechizo capaz de solucionar el problema de los repiques.

—Soy el Buscador, ¿recuerdas? —Agradecía los consejos de Kahlan y los valoraba, pero después de haber escuchado sus argumentos, analizar las opciones y llegar a una decisión, se le había acabado la paciencia. Era el momento de actuar—. Deja que haga mi trabajo.

—Richard, esto es...

—Un día juraste solemnemente delante de Zedd que darías la vida por defender al Buscador. Eso da medida de lo importante que era para ti. No te pido que sacrifiques tu vida, sino simplemente que entiendas que hago lo que debo.

Kahlan tomó aire, tratando de ser tolerante con él y conservar la calma pese a que Richard apenas la escuchaba.

—Zedd nos rogó que fuésemos a Aydindril por él, para ayudarlo a frenar el reflujo de la magia. —La Confesora le tironeó de una manga para llamarle la atención—. No podemos correr todos hacia Anderith.

—Tienes razón.

—¿De veras? —preguntó ella con recelo.

—No iremos todos a Anderith. —Richard encontró su manta y la recogió—. Como acabas de decir, también lo de Aydindril es importante.

Kahlan lo agarró por la pechera de la camisa y le obligó a mirarla a la cara.

—Ni se te ocurra —le amenazó agitando un dedo en su cara—. Ni se te ocurra, Richard. Estamos casados. Hemos pasado por mucho juntos. Ahora no vamos a separarnos. Ahora no, y no solamente porque esté enfadada por haberte olvidado de contarle a Zedd lo de tu primera esposa. No voy a permitirlo, Richard, ¿me oyes?

—Kahlan, esto no tiene nada que ver con...

Ella lo zarandeó, tenía los ojos verdes brillantes como ascuas.

—¡No lo permitiré! Después de lo mucho que nos ha costado estar juntos, no lo permitiré.

Richard echó un vistazo a Cara.

—Con que uno de nosotros vaya a Aydindril basta. —Apartó la mano de Kahlan de su camisa y se la apretó para tranquilizarla antes de que ella pudiera añadir algo más.

»Tú te vienes conmigo a Anderith.

—Pero si ambos... —De repente miró a Cara.

La mord-sith se alarmó.

—¿Por qué me miráis de ese modo?

—Cara, tienes que ir a Aydindril.

—Todos tenemos que ir a Aydindril.

—No. Kahlan y yo debemos ir a Anderith. Cuentan con el Dominie Dirtch y un ejército. Debemos convencerlos de que se unan a nosotros y luego prepararlos para la llegada de la Orden Imperial. He de comprobar si allí hay algo que me ayude a detener a los repiques. Ahora estamos mucho más cerca de allí que si estuviéramos en Aydindril. Es vital que vaya.

»Es posible que expulsemos a los repiques, que Anderith se rinda y que utilicemos el Dominie Dirtch para frenar al ejército de Jagang o incluso destruirlo. Hay demasiado en juego para permitir que una oportunidad como ésta se nos escape. Es demasiado importante, Cara. Entiendes que no tengo elección, ¿verdad?

—No, no lo entiendo. Tenéis elección. Debemos ir todos a Aydindril. Sois lord Rahl y yo una mord-sith. Debo permanecer junto a vos para protegeros.

—¿Preferirías que enviara a Kahlan?

Cara apretó los labios con fuerza, pero no respondió. Kahlan cogió a su marido por un brazo.

—Richard, como acabas de decir tú mismo, eres el Buscador. Necesitas tu espada; sin ella eres vulnerable. La espada está en Aydindril, así como la botella con el hechizo, el diario de Kolo y las bibliotecas con libros que pueden contener una respuesta.

»Tenemos que ir a Aydindril. Si le hubieses dicho a Zedd lo que sabes, ahora no estaríamos en esta situación. Pero lo estamos, y debemos hacer lo que nos pidió.

Richard se irguió y la miró a los ojos. Ella se cruzó de brazos.

—Kahlan, soy el Buscador y, como tal, tengo la obligación de hacer lo que creo que es correcto. Admito que he cometido un error y lo lamento, pero no puedo permitir que ese error me aparte de lo que creo que es mi obligación.

»Como Buscador que soy debo ir a Anderith. Tú, como Madre Confesora, debes hacer lo que tu corazón y tu deber te dicten. Lo entiendo. Me gustaría que me acompañaras, pero si debes seguir otro camino, te querré igual.

»Tú eliges —remató, inclinándose más hacia ella.

Kahlan lo miró en silencio, aún con los brazos cruzados. Finalmente, la ira que sentía se derritió, hizo un gesto afirmativo y miró brevemente a Cara.

—Voy a ver cómo está Du Chaillu —dijo a Richard en voz baja. Era evidente que pensaba que sobraba cuando él estaba a punto de impartir las inevitables órdenes. Cara esperó hasta que se hubo alejado lo suficiente para no oír.

—Mi deber es proteger y guardar a lord Rahl, y no pienso...

Richard levantó una mano para silenciarla.

—Cara, por favor, escúchame un momento. Nosotros tres hemos pasado por muchas cosas juntos; hemos estado al borde de la muerte incluso. Si seguimos vivos es gracias a que nos tenemos los unos a los otros, en más de un aspecto. Para nosotros tú eres más que una protectora, y lo sabes.

»Kahlan es tu hermana del agiel. Yo soy tu amigo. Sé que para ti soy más que simplemente lord Rahl o no seguirías conmigo ahora que el vínculo ha desaparecido. Lo que nos une a todos es el vínculo de la amistad.

—Por eso no puedo dejaros. No me apartaré de vuestro lado, lord Rahl. Os protegeré tanto si queréis como si no.

—¿Qué se siente al no tener el agiel?

La mord-sith no contestó. Era como si temiera abrir la boca y echarse a llorar.

—Cara, ¿te sorprendería saber que yo siento lo mismo hacia la *Espada de la Verdad*? Llevo sin ella mucho más tiempo del que tú llevas sin el agiel. Es una sensación horrible, como si algo me royera continuamente en la boca del estómago. Es un dolor de vacío que me hace desear más que nada volver a empuñar esa arma terrible. ¿Tú sientes lo mismo?

Cara asintió.

—Cara, odio esa espada, igual que tú, en lo más profundo de tu interior, supongo que odias el agiel. Una vez me los entregasteis, ¿recuerdas?, tú, Berdine y Raina. Y yo tuve que pedirlos perdón, porque necesitaba que los conservaraís y nos ayudaraís en nuestra lucha.

—Lo recuerdo.

—Nada me gustaría más que no necesitar la espada. Ojalá que el mundo estuviera en paz para dejarla en el Alcázar del Hechicero y así poder librarme de ella.

»Pero la necesito, Cara, del mismo modo que tú necesitas el agiel y sin él te sientes vacía, vulnerable, indefensa, asustada y avergonzada de estarlo. Igual que tú precisas del agiel para cumplir tu deber de protegernos, yo necesito la espada para proteger a Kahlan. Si le pasara algo porque no la llevo...

»Cara, me importas, y por eso quiero que lo entiendas. Ya no eres solamente una mord-sith, ni nuestra guardiana. Ahora eres más que eso. Es importante que pienses en lugar de actuar por impulso. Si realmente quieres sernos de ayuda como protectora, es preciso que seas más que una simple mord-sith.

»Confío en que sigas siendo una persona clave en esta lucha, una persona capaz de marcar diferencias. Necesito que vayas a Aydindril en mi lugar.

—No pienso obedecer.

—No te lo ordeno, Cara. Te lo ruego.

—No es justo.

—Esto no es un juego, Cara. Te estoy pidiendo ayuda. Tú eres la única a quien puedo recurrir.

Ella contempló con gesto airado la tormenta en el horizonte lejano mientras se echaba la larga trenza rubia sobre un hombro. La cogió del mismo modo que, cuando estaba furiosa, asía el agiel. La brisa le llevaba mechass rubias a la cara.

—Si lo deseáis, lord Rahl, iré.

Richard posó una mano en el hombro de Cara para tranquilizarla. En esa ocasión la mord-sith no se puso tensa, sino que lo agradeció.

—¿Qué queréis que haga en Aydindril?

—Quiero que vayas y vuelvas lo antes posible. Necesito mi espada.

—Entiendo.

Cuando Kahlan los miró, Cara le indicó por señass que volviera. Regresó de prisa.

—Lord Rahl me ha ordenado que vaya a Aydindril —le dijo, poniéndose muy derecha.

—¿Te lo ha ordenado?

La mord-sith se limitó a hacer una mueca y levantó el agiel a la altura del pecho de Kahlan.

—Para ser un guía de bosque, se mete en un montón de líos. Como hermana del agiel os pediría que lo protegierais en mi lugar, pero sé que no es preciso que lo diga.

—No lo perderé de vista, Cara.

—Antes de nada debes reunirte con el ejército del general Reibisch —dijo Richard—. Él te proporcionará caballos para que llegues cuanto antes a Aydindril.

»También es urgente que esté al corriente de nuestros planes. Cuéntaselo todo, y también a Verna y a las demás Hermanas. Es preciso advertirles. Tal vez sepan algo que sea de ayuda.

»Si tenemos que hacer nuestra entrada en Anderith y exigir su rendición, también necesitare una escolta —prosiguió clavando la vista en el horizonte del sudoeste.

—No os preocupéis, lord Rahl, ordenaré al general que os envíe una escolta para protegeros. No será lo mismo que tener cerca una mord-sith, pero servirá.

—Debe ser una escolta que cause impresión. Cuando entremos en Anderith debemos ofrecer una imagen seria. No podemos ir Kahlan y yo solos acompañados de un puñado de guardias. Sobre todo porque el poder de Kahlan podría fallarle en cualquier momento. Quiero que los anderianos, al vernos, sepan que no nos andamos con chiquitas.

—Ahora os escucho —replicó Cara.

—Bastará con un millar de soldados —dijo Kahlan—. Espadas, lanceros y arqueros, los mejores, además de caballos de refresco, por supuesto. Y también necesitaremos mensajeros. Debemos comunicar noticias importantes sobre los repiques y sobre Jagang. Es preciso coordinar nuestras fuerzas y mantener a todos informados. Contamos con ejércitos de diferentes países que tal vez sea necesario desplazar al sur de inmediato.

Cara asintió.

—Me ocuparé personalmente de elegir a los soldados de vuestra escolta. Supongo que Reibisch tendrá tropas de elite.

—Perfecto, pero no quiero mermar su capacidad de combate llevándome a sus hombres clave —advirtió Richard—. Di al general que envíe destacamentos para vigilar las rutas del norte desde el Viejo Mundo, por si acaso.

»Pero lo más importante es que el grueso del ejército dé media vuelta y se dirija hacia aquí.

—¿Se le da permiso para atacar a discreción?

—No. No quiero que arriesgue su ejército en una batalla campal contra la Orden Imperial en estas praderas. Sería demasiado costoso. Por buenos que sean sus hombres, no tienen ninguna posibilidad contra un ejército tan numeroso como el de Jagang. Necesitamos refuerzos. Y, sobre todo, no quiero que ataque, porque su principal baza es que Jagang no sabe que están tan cerca.

»Dile que avance hacia el oeste siguiendo de cerca a Jagang, pero que no baje demasiado al sur, ni se acerque demasiado a él. Que utilice los menos exploradores posibles; sólo los justos para no perder de vista a la Orden. Jagang no debe saber que las fuerzas de Reibisch están aquí. Si de repente Jagang decidiera ir al norte, esos soldados d'haranianos serían el único obstáculo que encontraría. Hasta que no enviemos mensajeros y lleguen los refuerzos, la sorpresa será el único aliado de Reibisch.

»No quiero arriesgar a sus hombres si no es absolutamente necesario. Será un recurso provisional si todo sale mal.

»Si Anderith se rinde, podemos combinar su ejército con el nuestro. Si logramos desterrar a los repiques, controlar el ejército de Anderith y recibimos refuerzos a tiempo, es posible incluso que podamos cercar al ejército de Jagang con el océano a su espalda. Incluso podríamos lanzarlo a las fauces del Dominie Dirtch; acabaría con ellos sin necesidad de que nuestros soldados perdieran la vida.

—¿Y qué hago yo en Aydindril? —preguntó Cara.

—Ya oíste a Zedd.

—Sí. Encima de la quinta columna de la izquierda, en el enclave del Primer Mago, encontraré una botella con el tapón adornado con una filigrana dorada. Tengo que romperla con la *Espada de la Verdad*. Berdine y yo hemos estado con vos en el enclave del Primer Mago y lo recuerdo perfectamente.

—Bien. Puedes romper la botella con la espada tan bien como lo haría yo. —Cara hizo un gesto afirmativo—. Te aconsejo que hagas lo que dijo Zedd: que pongas la botella en el suelo para romperla.

—Así lo haré.

Richard sabía perfectamente que Cara no quería tener nada que ver con la magia. Recordaba que tuvo que insistir para lograr que las dos mord-sith lo acompañaran al enclave del Primer Mago. Y quedaba el asunto de los escudos mágicos que protegían el Alcázar.

—Si realmente la magia del Alcázar ha desaparecido, no tendréis ninguna dificultad para atravesar los escudos porque no funcionarán.

—Recuerdo la sensación que producen. Sabré si siguen cargados de magia o si podemos pasar.

—Cuéntale a Berdine todo lo que sabes de los repiques; puede que ya tenga información valiosa. Si no, al menos tiene el diario de Kolo y podrás decirle qué debe buscar. —Richard alzó un dedo para dar más énfasis a sus palabras. Con la otra mano le agarró con fuerza un hombro—. Pero lo principal son la espada y la botella. No las dejes expuestas ni un segundo más de lo necesario.

»Es posible que los repiques intenten detenerte. Permanece alerta y no bajas la guardia. Procura no acercarte ni al agua ni al fuego. No te fíes. Es posible que sepan que el hechizo guardado en la botella puede hacerles daño.

»Antes de partir hablaremos con Du Chaillu para ver si ella puede decirnos algo sobre cómo seducen a sus víctimas hacia la muerte. Si puede recordar, lo que nos diga nos ayudaría a protegernos de los repiques.

Cara asintió. Si tenía miedo, no lo demostraba.

—Después de reunirme con el general Reibisch, cabalgaré veloz como el viento. Primero iré al Alcázar para recuperar vuestra espada y romper la botella. Después volveré con la espada, Berdine y el libro. ¿Dónde os encontraré?

—En Fairfield —contestó Kahlan—. Seguramente acampados con nuestras tropas en las afueras de la ciudad, cerca de la mansión del Ministro de Cultura. Si debemos irnos, te dejaremos un mensaje o algunos hombres. Si eso no es posible, trataremos de avisar al general Reibisch.

—Cara... —Richard vaciló— tendrás que desenvainar la espada para romper la botella.

—Naturalmente.

—Ten cuidado. Es un arma mágica, y Zedd cree que aún funciona, que conserva su magia.

Cara suspiró. No tenía pensamientos muy agradables.

—¿Qué me hará cuando la desenvaine?

—No lo sé con seguridad. Supongo que reacciona de manera distinta según la persona, según lo que cada uno aporta a su magia. Yo sigo siendo el Buscador, pero es posible que funcione con cualquiera que la empuñe. No sé cómo te afectará su magia.

»Es un arma que usa la furia. Sé prudente y recuerda que tratará de utilizarte, igual que tú quieres utilizarla a ella. Alimentará tus emociones, especialmente la cólera.

—Eso no le costará mucho —replicó Cara con ojos brillantes.

Richard sonrió.

—Ten mucho cuidado. Después de romper la botella no desenvaines la espada por ninguna razón excepto por un asunto de vida o muerte. Si matas con ella... —La voz de Richard se apagó.

Cara frunció el entrecejo.

—Si mato con ella, ¿qué?

Richard tenía que decírselo o Cara podría hacer algo peligroso.

—Provoca dolor.

—¿Como un agiel?

El joven asintió de mala gana.

—Tal vez más. —Bajó el tono de voz mientras lo inundaban los recuerdos—. La ira es lo único que contrarresta ese dolor. Si estás llena de cólera justa, eso te protege, pero de todos modos el dolor es atroz.

—Soy una mord-sith y no me importa el dolor.

—Te dolerá aquí, Cara —repuso Richard dándole golpecitos en el centro del pecho—. Ese tipo de dolor sí te importará, créeme. El dolor del agiel es mucho más soportable.

La mord-sith le dirigió una sonrisa triste y comprensiva.

—Necesitáis la espada y yo os la traeré.

—Gracias, Cara.

—Pero no os perdono que me obliguéis a dejaros sin protección.

—No estará sin protección.

Todos se volvieron. Era Du Chaillu, pálida y con el pelo alborotado, que ya no temblaba envuelta en la manta. Su rostro era una máscara de adusta determinación.

Richard negó con la cabeza.

—Debes regresar junto a tu gente.

—Yo iré con mi marido. Protegeremos al *Caharin*.

Richard decidió no enzarzarse en una disputa sobre su estado matrimonial.

—Antes de llegar a Anderith llegarán las tropas.

—No son maestros de armas. Nosotros reemplazaremos a Cara.

Ella inclinó la cabeza hacia Du Chaillu.

—Gracias. Estaré más tranquila sabiendo que tú y tus maestros de armas lo protegéis.

Richard lanzó a la mord-sith una mirada asesina antes de volverse hacia la guía espiritual de los baka tau mana.

—Du Chaillu, ahora estás a salvo. No pienso arriesgar tu vida innecesariamente. La muerte te ha pasado rozando. Debes regresar junto a tu gente. Te necesitan.

—Nosotros ya estamos muertos. Eso no importa.

—Pero ¿de qué estás hablando?

Du Chaillu enlazó las manos. Los maestros de armas se desplegaron en abanico detrás de ella como una escolta real. Los hombres barro contemplaban la escena desde más atrás. Aunque aún no había recuperado el buen color, Du Chaillu se comportaba de nuevo como una reina.

—Antes de partir dijimos a los nuestros que estábamos muertos. Les dijimos que ya no pertenecíamos al mundo de los vivos y que no regresaríamos si no encontrábamos al *Caharin* para advertirle y asegurarnos de que no le pasaba nada malo. Los baka tau mana lloraron por nosotros antes de irnos, porque para ellos estamos muertos. Solamente podremos regresar si cumplimos con nuestra palabra.

»Hace muy poco oí los repiques de la muerte. Pero Cara, la protectora del *Caharin*, me hizo volver del mundo de los espíritus. Los espíritus, en su sabiduría, me permitieron regresar para cumplir con mi deber. Cuando Cara vuelva con tu espada y estés a salvo, entonces y sólo entonces recuperaremos nuestras vidas y podremos volver a casa. Pero hasta entonces estamos muertos.

»No te estoy pidiendo permiso para viajar con vosotros, sino que te lo comunico. Soy la guía espiritual de los baka tau mana y he hablado.

Richard levantó una mano dispuesto a amenazarla con un dedo. Apretaba los dientes con fuerza. Kahlan se lo impidió.

—Du Chaillu, yo también hice un juramento similar. Después de ver cómo la Orden Imperial masacró a toda la población de Ebinissia juré venganza. Chandalen y yo nos topamos con un pequeño ejército de jóvenes reclutas que también habían visto los muertos de su ciudad y estaban decididos a castigar a los responsables.

»Juré que me daba por muerta y que no regresaría a la vida hasta no haber castigado a esos criminales. Todos los que me acompañaban juraron asimismo que renunciaban a sus vidas y que las

recuperarían solamente si vencíamos. Sólo uno de cada cinco jóvenes regresaron vivos con Chandalen y conmigo. Pero, antes de eso, matamos a todos los asesinos de Ebinissia hasta no dejar ni uno con vida.

»Entiendo el juramento que has hecho, Du Chaillu. Es algo sagrado que no puede ser tomado a la ligera. Tú y los maestros de armas sois bienvenidos.

Du Chaillu inclinó la cabeza ante Kahlan.

—Gracias por honrar las costumbres de mi pueblo. Eres una mujer sabia, digna de ser esposa de mi marido.

Richard puso los ojos en blanco.

—Kahlan.

—La gente barro necesita a Chandalen y a sus cazadores. Cara va a hacer lo que le has pedido, se reunirá con el ejército de Reibisch y luego cabalgará a Aydindril. Hasta que el general no nos envíe una escolta estaremos solos y seremos vulnerables. Du Chaillu y sus hombres nos ofrecen una protección muy valiosa.

»Con tanto en juego no podemos ser orgullosos, Richard. Jagang está muy cerca.

Él miró a Cara a los ojos y captó su fría resolución; ella quería eso. Los ojos oscuros de Du Chaillu parecían duros como el hierro. También ella había tomado una decisión. Y en cuanto a los ojos verdes de Kahlan, prefería no saber lo que decían.

—De acuerdo —dijo—. Hasta que los soldados lleguen, puedes venir con nosotros.

Du Chaillu miró a Kahlan con desconcierto.

—¿A ti también te dice cosas que ya sabes?